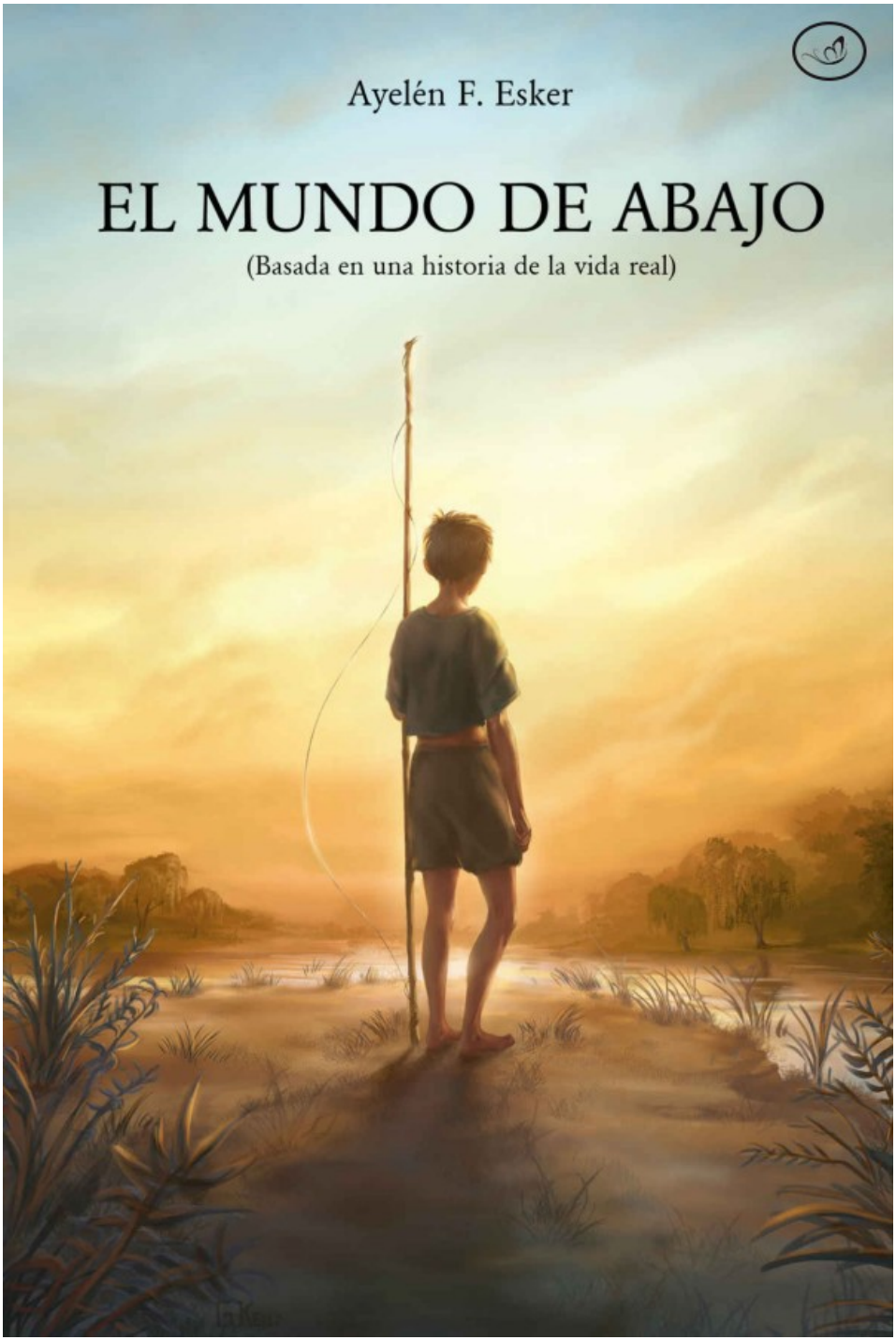
Ayelén F. Esker
EL MUNDO DE ABAJO
(Basada en una historia de la vida real)

El mundo de abajo

(Basada en una historia de la vida real)

Ayelén F. Esker

2020 Ayelén Fernández Esker

Imagen de cubierta © Guillermo Kelly

Aclaración: los personajes, hechos y lugares descriptos en este relato están inspirados en la vida real, con todo el respeto que merecen las personas y los eventos que han sido objeto del trabajo creativo necesario para reconstruir el pasado.

Américo contempla el horizonte con la ilusión latente de conocer algún día aquel sitio en donde se oculta el sol. El río está inusualmente calmo y el monstruo no volverá a casa hasta mañana, así que él decide quedarse allí junto a la orilla unos minutos más, oyendo esa melodía animada que proviene desde la cima de la barranca. En el mundo de abajo, sin embargo, ya todos se han resguardado de la penumbra que llegará pronto con la noche. Mamá lo llama a cenar y Américo se sonríe frente al atardecer en llamas antes de dar la vuelta, sin prisa, para volver a su hogar. Se ha terminado una jornada más de aventura y supervivencia, el nuevo día traerá nuevos retos que él enfrentará con mayor experiencia, y si el monstruo opaca su sonrisa, ahí estará el río como siempre para recibir sus lágrimas, que entonces formarán parte del torrente que seguirá acunando sus sueños y esperanzas…

A Rosa,
una heroína sin máscara.

Prefacio

El 19 de marzo de 1955 mi madre me dio a luz en la localidad santafesina de Helvecia. Según me ha contado, su única compañía en ese momento fue una comadrona que refrescaba su rostro con un paño húmedo, mientras ella esperaba a que, entre sus piernas abiertas, llegara la criatura que la hacía chillar de dolor.

En aquel entonces mi padre se ganaba el sustento como repartidor de fruta. Solía cargar su mercadería en una lancha vieja, con la que se embarcaba en un viaje de casi treinta horas a través de los ríos San Javier y Paraná, desde Santa Fe hasta la vecina Entre Ríos. Sus clientes eran mayormente las tripulaciones de los barcos en el puerto de Santa Elena, aunque también visitaba alguna de las proveedurías de esa comunidad.

Una noche hacia fines de marzo, mientras todos dormíamos, mi padre —que solía quedarse bebiendo hasta muy tarde— notó la presencia silenciosa de un intruso merodeando el rancho. Nuestra condición humilde nos mantenía fuera del radar de los ladrones, así que entendió que sólo podía tratarse de uno de los indígenas con los que mi tío Jonás había quedado en deuda.

De esa historia no supe muchos detalles, pero desde la primera vez que me la contaron comprendí la intención de los mocovíes. Mi tío tenía una relación cercana con esos nativos que vivían al margen de la sociedad, en reservas que él solía visitar con cierta frecuencia. A veces iba en busca de una amante sumisa con la cual quitarse las ganas de sexo, otras veces iba porque necesitaba mano de obra barata, pero también a pasar el rato y compartir sus celebraciones. Los mocovíes siempre lo recibían amablemente, hasta que un día Jonás poseyó sin permiso a una de las mujeres comprometidas de la tribu, destruyendo así la confianza que se había ganado entre ellos. Algunos días después regresó en su caballo y seguido de su mascota,

un perro de origen incierto al que había llamado Moncho. Al parecer llevaba la mente tranquila de quien no entiende las reglas implícitas de las relaciones humanas, pero su calma se vio perturbada cuando debió presenciar, aún desde el lomo de su alazán, el asesinato premeditado de su perro. Ésa era la forma en que los mocovíes practicaban la justicia, pues no había entonces en Argentina un gobierno que los amparara y defendiera sus derechos. Jonás se bajó de su caballo temblando y caminó hasta el indígena de piel canela y taparrabos que le ofrecía la mano. Ahora las cosas volvían a estar parejas para él, pero no para mí tío, quien antes de aceptar su mano en acuerdo de paz, sacó una faca de su cinturón y asesinó al mocoví sin vacilar. Luego cargó a Moncho en su montura y huyó al galope, dejando en desequilibrio la balanza una vez más.

Los días pasaron y él no aparecía, así que mi padre quedó —por llevar la sangre del perpetrador— como el siguiente blanco en la lista de los mocovíes.

Cuando el nativo que merodeaba ingresó finalmente en la casucha donde vivíamos, José, mi padre, lo esperaba con una boleadora en el aire. Lo golpeó entonces con tanta fuerza que también se convirtió en asesino, aunque fue un acto en defensa propia.

Al otro día la policía lo detuvo con la intención de protegerlo del siguiente indígena que fuera a buscarlo, pues ahora había dos muertes que ajusticiar.

—Bueno, José, éste será un cuento de nunca acabar. Estos hombres no se quedarán tranquilos hasta cumplir con el cometido —le dijo el comisario—. Esta misma noche rajate de acá. Cargá tu familia a la lancha y desaparecé.

Mi padre decidió entonces aceptar la reiterada oferta que le hacían los marinos de los barcos cada vez que llegaba a venderles fruta, y tomó un trabajo como parte de la tripulación de una de las naves que solía frecuentar en el puerto de Santa Elena.

El destierro era para los mocovíes como la muerte, de modo que nuestro exilio sirvió para saldar las deudas que Jonás y mi padre habían contraído con ellos.

Así fue que José nos reubicó en las costas del Río Paraná —del lado entrerriano—, donde construyó sin demasiados recursos la humilde morada de adobe y paja que sería nuestro hogar durante

casi diez años. En esa casa a orillas del río, fue donde desperté a la vida y donde comenzó mi romance con el Paraná.

La última vez que lo vi frente a mis ojos fue el 22 de agosto de 2017. Mi querida madre había fallecido a sus 94 años, casi sorda, con dificultades motrices y una diabetes que databa de cincuenta primaveras. Su muerte fue un alivio y no una tristeza, al menos para ella y para mí, que siempre entendimos la existencia como una oportunidad para vivir y no sólo estar.

En fin, habían pasado ya casi cuarenta años desde la última vez que estuve en Santa Elena, el pueblo norteño en el que crecí y del que mi madre también se había exiliado, pero las vueltas de la vida la llevaron de regreso allí, donde vivió sus últimos años y murió en paz, rodeada de gente que la amaba. Yo me enteré temprano en la mañana y decidí recorrer los mil kilómetros que me separaban de ese sitio colmado de recuerdos, en los cuales veo a mamá vestida de juventud y de miedo. En esta ocasión, el pueblo lucía para mí más pequeño de lo que recordaba. Cuando era un niño las distancias parecían larguísimas y tampoco tenía buen cálculo para medir los tamaños. Pero aun así hubo algo que no cambió en absoluto ante mis ojos… El río Paraná seguía siendo el fenómeno natural más impresionante que haya tenido la fortuna de ver… y no sólo de ver, sino además de conocer, de explorar, de escuchar e interpretar.

Entendí que él lleva y trae vida… porque es transporte y camino, proveedor y verdugo, hogar y remanso. El río Paraná —pariente del mar según la lengua tupiguaraní (para = mar, (a) ná = pariente)—, despierta en San Paulo, Brasil, del matrimonio entre el Río Grande y el río Paranaíba. Fluye entonces rumbo al sudoeste y separa las costas entre su país de origen y la República del Paraguay. Desde allí se extiende a lo largo de 190 kilómetros hasta la Triple Frontera entre Brasil, Argentina y Paraguay, donde confluye con el río Iguazú para convertirse en el límite que separa las tierras paraguayas y argentinas. Allí el Paraná se desvía rumbo al oeste y se encuentra con el río Paraguay, junto al cual transita por un tramo hasta que, súbitamente, se separa en un giro violento que lo encauza hacia el sur, para adentrarse, ahora sí de lleno, en el territorio argentino. Durante este tramo de su recorrido, el pariente del mar irá lamiendo las costas de varias provincias del norte hasta fundirse, en su culminación, con el Río de la Plata, el más ancho del

mundo.

El Paraná es así, con sus casi cuatro mil kilómetros de longitud, el segundo río más largo de Sudamérica, pero… en esta historia, mi historia, él es también un protagonista.

De pie frente al río Paraná entendí que tal vez no vuelva a sentir tal admiración por ningún otro lugar en el mundo. Entendí que gracias a ese caudal inmenso de agua y de vida logré también sobrevivir, como el resto de las especies que aún se sirven de él. Me enamoré de la pesca y de la natación, aprendí a meditar sin saber que lo hacía y… me llené de esperanzas, de sueños, de recuerdos tan bellos que me ayudaron a mantener mi mente en equilibrio… al menos la mayor parte del tiempo.

Ésta es la historia de mi despertar, pero también es la historia de un río que me salvó del azar y la desgracia, del dolor y los prejuicios, de la apatía y la ignorancia… me salvó de lo que no fui y me ayudó a ser lo que hoy soy: un hombre vivo y feliz.

Emergiendo a la vida

Cuando, frente al río, él me levantó en brazos y me montó sobre sus hombros, supe sin lugar a dudas que aquél sería el día de mi iniciación. Apenas recuerdo el momento previo, son más bien imágenes difusas, hasta que de pronto mi padre me lanzó al agua y me hundí como una piedra. Todo comenzó en ese momento. Un zumbido insoportable apuñaló mis oídos mientras veía frente a mí las burbujas que ascendían hacia una superficie de la que yo me iba alejando… hasta que el agua estuvo tan turbia que ya no pude ver nada. La desesperación invadió cada neurona de mi cerebro, así es que, impulsado por el instinto de supervivencia, comencé a dar manotazos y patalear con toda la fuerza que acumulaba en mi reducido cuerpo de infante. Finalmente, luego de un tiempo que no supe precisar, logré sacar la cabeza del agua y nací. Desde entonces fui consciente de cada rostro, de cada evento, de cada emoción… Tenía cinco años y medio cuando salí del río nadando por primera vez, con un estilo perrito que provocó las burlas y risas de mis hermanos Fortu y Turi —el primero mayor y el segundo menor que yo. Mi padre en cambio me veía desde la costa con una expresión que, elegí creer, fue de satisfacción, y entonces el acuerdo tácito que me permitía ir a pescar sin supervisión quedó firmado en la brisa cálida de aquella primavera apenas iniciada.

Cuando llegué a la orilla del río arrastrándome con la lengua afuera, noté que mi padre se había ido y mis hermanos seguían burlándose de mí:

—Guau, guau, guau —imitaban el ladrido de un perro y saltaban con las manos juntas, colgando debajo del mentón.

Yo estaba exhausto pero feliz. Me quedé tumbado de espaldas mirando el cielo, mientras aún oía a mis hermanos saltando a mi alrededor; guau, guau, guau.

En cuanto descansé un poco volví al agua con Fortu y Turi. Allí estuvimos chapoteando toda la tarde, disfrutando de esa libertad relativa que traía implícita una responsabilidad que aprendimos de forma natural y sin cuestionamientos.

Esa noche, después de una cena temprana durante la cual mi padre criticó con severidad a mi madre a causa de algo que no comprendí bien —las razones de José eran en general absurdas—, él me miró alzando las cejas y me dijo:

—Vamos a festejar que aprendió a nadar.

Yo me quedé mirándolo incrédulo, ¿acaso papá me estaba invitando a celebrar mi «logro»? No, seguro entendí mal.

Él se acercó y empujó mi cabeza con su mano abierta:

—¡Que vamos, dije! —Y salió andando hacia la puerta con su paso firme.

Miré a mamá, que me vio con sus ojos muy abiertos, y corrí tras ese hombre, inducido por un claro temor.

José me llevó a festejar al bar del pueblo, sí, a festejar, y su forma de festejar era siempre la misma, en el bar, en casa, en el barco, daba igual el sitio mientras tuviera alguna botella de alcohol para brindar una, dos o veinte veces hasta quedar tieso, hasta que las neuronas se le hubieran inundado.

Apenas se había ocultado el sol y el Bar Don Eustaquio ya estaba repleto. Eran todos hombres con expresiones tristes o anodinas, aunque luego la mayoría pasarían por una etapa de alegría estupefaciente o acabarían dormidos sobre una almohada hecha de sus propias babas.

Don Eustaquio era un viejo decrépito que parecía haber absorbido en cada noche detrás de esa barra toda la dejadez, el abatimiento y el sinsentido de esos clientes adictos al producto cuya venta le proporcionaba a él un sustento. Tal vez por eso el hombre le vendía alcohol a cualquiera, sin importar su edad o procedencia. Tal vez por eso no le resultó escandaloso verme allí con José.

—Sirva dos medidas de coñac, don —le pidió mi padre al cantinero que tenía rostro de pasa de uva.

Yo no llegaba a ver sobre el mostrador, entonces José empujó uno de esos taburetes altos hacia mí y me trepé con prisa, más por la ansiedad de estar en lo alto que por lo que me estaba ofreciendo encima de la barra.

—Tome mijo, tome que yo lo voy a curar —me dijo, ¿acaso estaba enfermo?—. Esto es una porquería, usté no tiene que seguir tomando cuando sea grande, esto es la perdición, es una basura, ¿sabe? —Me miró achinando los ojos cuando ya me empinaba el vaso.

Recuerdo que al probar por primera vez esa bebida tuve la sensación de que me quemaba por dentro. El sabor era peor que repugnante, casi vomitivo, pero en esa época no se me hubiera ocurrido despreciar la invitación —por no decir imposición— de papá, así que bebí todo lo que me dio mientras me aguantaba las náuseas y me iba relajando sin darme cuenta, hasta que ya no distinguí el sabor del alcohol que me ofrecía para curarme por medio de la repugnancia.

Cuando estuvimos bastante alegres —pero no tan borrachos como los otros clientes—, regresamos caminando a casa con una botella larga y rectangular de color verde, que tenía en la etiqueta un círculo rojo con una llave.

Llegamos al rancho pasadas las diez de la noche, y aunque todos dormían, mi padre no tenía sueño aún, así que sacó de un cajón del aparador enclenque un mazo de cartas españolas:

—Traiga dos vasos y sientesé, le voy a enseñar a jugar al truco —me dijo.

Busqué los vasos y me quedé mirándolo con cierta curiosidad, todavía me sentía bastante mareado por el festejo en el bar, pero todo lo relacionado al juego me tentaba.

Fue repasando de adelante hacia atrás las cartas y sacando algunas que puso sobre la mesa. Luego sirvió una medida de la ginebra que habíamos traído en cada vaso y se acomodó en la silla:

—Éste es el ancho de espada —me mostró el uno de espada—, es la carta más grande y mata a todas las demás. Después viene el ancho de basto, el siete de espada, el siete de oro… —Levantó la cabeza para mirarme—. Es fácil. Luego los tres, todos. Después los dos y… bueno, el resto valen lo que dice el número.

Yo miraba las cartas tan atento como me era posible. Le pregunté qué pasaba con los otros dos sietes y se enojó, «le dije que el resto valen lo que valen, no sea estúpido, no me haga calentar». Luego me explicó sobre el envido y el real envido, el truco, el retruco y el vale cuatro, la flor y demás reglas de ese juego que,

desde el principio, estaba determinado a ganar.

Supongo que fue esa tendencia competitiva, que me dominaba desde tan chico, la que me permitió retener en la memoria los valores de las cartas y ganarle en la primera mano. Claro que eso tuvo sus consecuencias. José se inclinó hacia adelante sobre la mesa y me propinó un cachetazo a mano abierta:

—¿Qué se cree? Es una falta de respeto ganarle a un mayor. Además, soy su padre, carajo. —Se quedó mirándome con el ceño fruncido.

Luego se llevó el vaso a la boca y bebió con cierta urgencia, entonces me hizo una seña con la cabeza para que también bebiera. Cada sorbo de ese líquido transparente me quemaba hasta el alma que no sabía aún que tenía.

En la siguiente mano me tocaron otra vez cartas maravillosas, pero me las arreglé para perder porque, según me había dejado claro José a su estilo poco sutil, no podía ganarle. Tampoco me vi venir el segundo cachetazo, que fue un poco menos doloroso porque ambos llevábamos varios mililitros de ginebra en la sangre.

—¡Pelotudo! ¿Cómo vas a perder con esas cartas? —me dijo, y se quedó mirándome otra vez con los ojos enfadados.

Estaba acorralado, ya no sabía cómo jugar a ese juego sin recibir un golpe, así que le propuse que fuéramos a boxear. Justo esa tarde, luego de la aventura del río y antes de la cena, mi padre nos había pedido que juntáramos arena y con ella rellenamos una bolsa de arpillera que colgamos en el galpón de las herramientas, donde nos entrenaría para… bueno, no tenía claro en ese momento para qué.

—Sí, vamos a boxear un rato. —Se puso de pie y tomó la botella del cuello, entonces lo seguí hasta el galpón sorprendido de que haya aceptado mi propuesta.

En mi recuerdo de infante hay un hombre y un niño muy fuertes golpeando la bolsa con verdadera destreza, pero supongo que la realidad fue bastante más bizarra si tengo en cuenta el estado en el que nos iba dejando el alcohol, que bebíamos del pico como si fuera agua para calmar la sed que nos provocaban los saltos y puñetazos contra la bolsa. Una sed que, al menos en mi caso, se incrementaba con cada trago que le daba a la ginebra.

Al final de esa botella José me envió al bar a buscar otra, y durante el trayecto que hice casi corriendo sólo esperaba que él no

se acercara a la casa a molestar a mi madre o a mis hermanos como solía hacer cada noche cuando despertaba el monstruo en su cabeza.

Esa rutina nocturna se sucedió en adelante de forma intermitente cada vez que el viejo estaba en tierra. Él solía embarcarse en viajes de una semana, y luego se quedaba otra semana con nosotros. Las circunstancias en casa eran muy diferentes durante su ausencia, teníamos una sensación real de libertad que se veía coartada cada vez que volvía, porque él siempre encontraba excusas en varios momentos de cada día para esparcir reclamos, gritos, golpes que, aclaraba, eran para enderezarnos, para hacernos gente de bien, personas útiles. Sin embargo, la versión ebria de José era mucho peor, y descubrí con el correr de los días que, al beber con él y entretenerlo jugando cartas, boxeando o escuchando sus monólogos ridículos después de la primera botella, conseguía que dejara en paz al resto. Supe rápidamente que ésa sería mi misión en la familia. Me sentía feliz y realizado cada vez que lograba aplacar al monstruo, porque entonces mis hermanos y mi madre podían dormir sin sobresaltos. En realidad, hoy que lo pienso, no creo que Rosa durmiera muy tranquila a sabiendas de que uno de sus hijos debía lidiar con ese hombremonstruo, pero supongo que, al descubrirme sano y salvo cada mañana, la convencí —en nuestro idioma sin palabras— de que tenía la fortaleza suficiente para cumplir con ese rol.

El mundo de abajo

Santa Elena, el pueblo entrerriano donde crecí, se originó en 1871 a partir de la instalación de un enorme saladero de carne que llevaba el mismo nombre. Por aquella época, la localidad apenas contaba con unos quinientos habitantes, que vivían casi exclusivamente de esa nueva industria. Pocos años después llegó un visionario alemán que fue promotor del primer producto industrializado: el extracto de carne. A partir de entonces el saladero pasó a llamarse Kemmerich & Cía. Cambiaron su forma de trabajo e incorporaron la manufactura de nuevos productos cárnicos con salida internacional. Esto despertó el interés de inversores ingleses, quienes a poco de iniciado el siglo XX llegaron a convertir el establecimiento en un frigorífico, lo que dio origen a la llamada «ciudadfábrica». Allí no sólo se faenaba y se despostaba al ganado, sino que además se procesaba la carne para ofrecer diferentes productos derivados, como carne enlatada, salada, con salsa y otras variantes, incluso se hacían pestañas postizas para las mujeres con el pelo de la oreja de la vaca.

El Santa Elena fue montado de cara al río Paraná, en las costas del cual construyeron un puerto propio de donde salía la producción en barcos propios también. En la época de la Segunda Guerra Mundial, al extracto de carne lo enviaban a Europa para alimentar a las tropas aliadas, y así sus latas de *Corned Beef* se hicieron conocidas a lo largo de todo el globo.

Ya durante los primeros años de establecido, el frigorífico atrajo a miles de nuevos habitantes que se sumaron al plantel obrero. Muchas personas de otras provincias e inmigrantes llegaban y se instalaban en lo que entonces se conocía como «los cuarteles de solteros», casas edificadas justo enfrente del establecimiento para los trabajadores. Pronto se construyeron también un hospital, una

panadería, una carnicería, una sodería, un correo, una comisaría, una cancha de tenis y una de golf, una guardería y una escuela para los hijos de las mujeres que eran contratadas por la fábrica. Y por supuesto, también se alzó en las inmediaciones del Santa Elena, y con una construcción diferenciada, lo que algunos llamaban «el Barrio Inglés», donde se establecían los jerarquizados que venían de Londres con sus familias.

Pero el frigorífico no sólo generó puestos de trabajo de forma directa, sino que motivó a la apertura de restaurantes y otros comercios, que funcionaban en el pueblo gracias a los clientes que eran también obreros de esa industria cárnica.

Apenas iniciados los años sesenta —cuando mi mente comenzó a retener recuerdos y pude pensar la realidad además de transitarla—, la sociedad de la que formaba parte en Santa Elena se movía en dos entornos muy diferentes. La gente que tenía más dinero era la que podía comprar terrenos y construir sus viviendas en la parte alta del pueblo, alejados del río y en torno al centro donde funcionaban los comercios, los restaurantes, el hospital y el cine. Nosotros pertenecíamos al grupo de abajo. Al pie de la barranca y a pocos metros del río Paraná, las personas seleccionaban un trozo de tierra sin costo donde construían sus casas de forma humilde. Todos delimitaban su territorio con pequeñas cercas o alambres, pero eran quizás más caritativos que las personas en el pueblo. Lejos del centro —donde se desarrollaba una vida más comercial—, los pobres vivíamos una realidad diferente. Era como un mundo aparte, creábamos nuestros propios recursos para subsistir y en general nos iba bien, creo que era una cuestión de costumbre; nadie extraña lo que nunca tuvo.

Mi padre era un hombre trabajador y bastante habilidoso, de modo que, aunque había pobreza y éramos muchos bajo el mismo techo, la casa donde vivíamos y el terreno que la rodeaba lucían muy prolijos, limpios, organizados, y siempre estábamos haciéndole mejoras. Mamá mantenía el interior de la vivienda impecable. El techo era de paja y el piso de tierra apisonada, pero ella lo mojaba y lustraba como si fuera de cemento. Además, ponía en cada rincón un producto que ahuyentaba a los insectos que pudieran habitar entre la paja. También teníamos una especie de mini zoológico en el jardín, con una pequeña laguna artificial en torno a la cual andaban

las tortugas, los carpinchos, el yacaré que papá trajo en un viaje, una garza, patos, y un pájaro similar a un flamenco pero más gordo, al que le llamábamos Cucharón aunque en realidad era una espátula rosada, con el cuello blanco, el cuerpo rosado, la cabeza calva y un pico aplanado en forma de cuchara. Muchos vecinos y gente de la zona se acercaban a observar el espectáculo natural que desplegaba ese grupo de mascotas en nuestro jardín. A veces alguno moría o se fugaba y entonces papá traía un nuevo integrante para el pequeño zoológico, que permanecía en constante transformación.

Según lucía la realidad para mí en ese momento, yo era el tercer hijo de una pareja promedio —puede que no tan promedio, pero así lo percibía entonces. José, mi padre, era un hombre violento, autoritario, trabajador, exigente y alcohólico. Rosa, mi madre, era una mujer sumisa, tímida, pulcra, servicial y de una sabiduría práctica. La mayor de los hermanos, Norma, no era hija biológica de mi padre, aunque él la crió como tal. Ella tenía en ese momento unos diez años, llevaba su cabello oscuro por debajo de los hombros y una melancolía siempre presente en la profundidad de sus ojos almendrados. Era una niña tranquila y tímida que se pasaba el día en casa ayudándole a mamá con sus quehaceres, porque la nuestra era una familia claramente patriarcal, como la mayoría de las familias de nuestro mundo. El segundo de los hermanos era Fortu, de siete, ése no es su verdadero nombre sino un apodo que le pusimos en un momento para molestarlo, pero luego le quedó fijo durante toda la infancia. Él era delgado y de estatura promedio. Por sus rasgos se parecía más a mamá, con la cara alargada y la nariz bulbosa, aunque el tono de su piel era moreno como el de papá. Todavía su temperamento no estaba bien definido, pero como era el mayor de los hermanos varones, solía tratarnos con cierta autoridad, una autoridad que bien pagaba con la responsabilidad que papá le atribuía sobre nosotros y nuestras acciones. Yo era el siguiente en la escala, con casi seis años de edad. Mi nombre es Américo, pero entonces me llamaban Colía, aunque nunca supe bien la razón. En aquel entonces era un niño delgado y pequeño de estatura, tenía el cabello bastante más claro que mis hermanos, pero lo llevaba igual de corto por exigencia de mi padre, que me heredó sus rasgos faciales de forma asombrosa. Yo era quizás el más carismático, me gustaba conversar con la gente y era muy

observador. Detrás de mí llegó Darío, a quien le decíamos Turi. Él estaba cercano a cumplir los cinco. Con Turi parecíamos mellizos por el tamaño, aunque poco tiempo después me aventajó en contextura, y desde entonces siempre fue el más corpulento de los hermanos. Él era un chico diferente, solía moverse entre los extremos, a veces estaba tranquilo y sumido en sus propias ideas, y otras veces se exaltaba con facilidad ante cualquier cosa que no le gustara, entonces reaccionaba sin medir consecuencias. Marina era la quinta de los hermanos, tenía casi tres años y una energía inagotable, siempre estaba alegre y deseosa de jugar con nosotros, aunque los varones nos criamos bastante indiferentes a las nenas. Ella tenía rasgos mezclados de mis dos padres, y el pelo tan claro como yo, aunque se nos iría oscureciendo a ambos con el correr de los años. Después de Marina nació una niña que nombraron María Eugenia, pero… ella no sobrevivió. Durante muchos años ignoré el trauma que me había provocado el accidente por el que mi hermana murió— o la maté sin querer. Todos los niños dormíamos en un mismo cuarto separado de la habitación de mis padres. A mí me había tocado una cama cuna en la que dormí durante toda mi infancia, era una de esas camas de una plaza con barandas de madera a los lados. Una noche que ni siquiera recuerdo, mamá acostó conmigo a la bebé de un año —yo tendría cuatro casi cinco—, y a la mañana siguiente descubrieron que me había dormido encima de ella, de modo que la asfixié sin darme cuenta. Ese desafortunado evento ocurrió en los márgenes de mi vida consciente y marcó mi psiquis de una forma indescriptible e irrevocable, aunque en mi memoria nunca vi más que fugaces destellos cargados de vagas emociones. Meses después de aquel incidente, a mamá volvió a crecerle el vientre y supimos que nacería un nuevo hermano, el séptimo, pero de él no sabíamos nada aún.

En el mundo de abajo nos conocíamos todos y en general colaborábamos unos con otros. Varios niños vecinos querían sumarse a nuestro clan y solían acercarse a jugar, pero sólo en las semanas en que no estaba papá, porque cuando llegaba de sus viajes la realidad se transformaba para nosotros. Él era bastante severo en su trato y nos hacía trabajar a su lado como si fuéramos soldados, aunque era claro que no estábamos preparados para

cumplir determinadas tareas que, eventualmente y a los gritos, aprenderíamos a realizar de todas formas.

Recuerdo que un día de ésos en que José estaba ausente, mientras merendábamos alrededor de la mesa, oímos a Cascarita ladrando como loco. Él era de esos perros pequeños pero combativos que se le iban encima a todo lo que se moviera, por esa razón lo nombramos así: era pura cáscara sin verdadero relleno.

Salimos con prisa para ver a quién estaba amenazando, y notamos que un niño pequeño de cabello casi blanco se escapaba corriendo rumbo a la casa donde había vivido Teca, mi primera noviecita. En realidad, fuimos novios por decreto, nuestras madres lo acordaron así y las complacimos tomándonos las manos de vez en cuando; con eso y algún beso en la mejilla ellas se enternecían y a nosotros nos divertía. La familia de Teca se había mudado semanas atrás y al parecer ésos eran los nuevos vecinos.

Rato después, mientras mamá colgaba la ropa que acababa de lavar en el río y nosotros jugábamos en los alrededores, el niño rubio llegó hasta allí de la mano de su madre, que se aproximó a Rosa:

—Hola vecina. —Oí que la saludaba.

Después de un breve intercambio de palabras entre ambas, el nene de cabellos dorados —al que observábamos sin disimulo—, le tironeó del brazo a su madre como recordándole a qué iba.

—Bueno, éste es mi hijo Ángel. —Se lo presentó y Rosa le sonrió —. Quiere jugar con los suyos, está muy solo en casa y no conocemos a nadie.

—Oh, claro, pero los míos son muy salvajes —le advirtió mamá, aunque la vecina rió como si estuviera bromeando.

—Mientras no se peguen… Sería bueno que puedan ser amigos y jugar juntos.

Mi madre mandó al nene nuevo a hablar con nosotros y él se acercó con cierta vacilación, entonces descubrimos que les temía a Cascarita y a Cabeza Hinchada que nos acompañaban. Cabeza era más dócil, de pelaje color marfil, un perro de cuerpo pequeño y con un cráneo enorme —de allí su nombre—, muy compañero y bastante más joven que Cascarita, que estaba con nosotros desde antes de que pudiera recordar. El perro cabezón llegó ya cuando yo era consciente, fue el regalo de un vecino cuya perra había tenido

cría, uno de los cachorros murió y el otro era ese que ahora andaba con nosotros para todos lados.

—¿Puedo jugar con ustedes? —nos preguntó el niño desde cierta distancia.

—No tengas miedo, no hacen nada —le aseguró Turi—. ¿Cómo te llamás?

—Ángel.

—Bueno, Ángel, yo te explico. —Me adelanté sosteniendo un palo a modo de bastón—. Para jugar con nosotros tenés que pasar por una prueba —le dije y mis hermanos asintieron divertidos.

—Está bien, ¿qué tengo que hacer?

Miré a Fortu y luego a Turi, que encogieron los hombros en señal de incertidumbre. Tampoco a mí se me ocurrió un reto espontáneo, así que pensé por algunos segundos, hasta que de pronto vi en contra del sol sus pestañas largas —tanto más largas que las nuestras—, y me asaltó una idea genial, sería una prueba de confianza:

—Tenés que dejarme que te corte las pestañas, así son iguales que las nuestras.

—Bueno —accedió Ángel sin resistencia.

Corrí a la casa y busqué las tijeras del aparador.

—¿A dónde vas con eso? —me preguntó Norma que estaba peinando a Marina.

—Necesito cortar algo —le dije, y salí disparado para evitar que volviera a indagar.

—¡No corras con las tijeras en la mano!

Llegué donde me esperaban y caminamos todos juntos hasta la costa del río, a menos de una cuadra de distancia de nuestro patio trasero. Nosotros los hermanos íbamos andando con destreza entre yuyos y piedras con los pies descalzos —sólo usábamos calzado para ir a la escuela—, pero ese niño miraba hacia el suelo antes de dar cada paso, aunque llevaba puestas unas sandalias hermosas. Supimos casi instantáneamente que no teníamos nada en común, pero él estaba determinado a pasar cualquier prueba para jugar con nosotros.

—Bueno, cerrá los ojos —le ordené al rubio, que de verdad lucía y se comportaba como un ángel.

Llevé las tijeras hasta delante de sus párpados sin titubear,

entonces mis hermanos se arrimaron para ver más de cerca. Fortu se mordió el labio inferior mientras negaba con la cabeza, y Turi sólo se sonreía.

—¡No te muevas eh! —le advertí—. Yo te voy a cortar un poquito estos pelitos para que puedas ver mejor, vos quedate quieto.

Le corté las pestañas hasta casi el ras de la piel, entonces le dije que abriera los ojos. Ángel parpadeaba constantemente y estiró los brazos hacia adelante, como si intentara agarrar algo. Luego comenzó a dar vueltas desorientado y se quejaba como si le doliera algo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Fortu.

—¡Me arde, no puedo abrir bien los ojos! —Se restregaba los párpados con fuerza.

Nosotros, que esperábamos reírnos de él, nos preocupamos muchísimo. Lo llevamos entonces de la mano hasta el río para mojarle los ojos, pero sólo le alivió en el momento.

—Bueno, quedate tranquilo que el pelo crece —le dije yo sin saber en realidad si volverían a crecerle o no las pestañas.

—Sí, y ya sos parte del grupo loco, ponete contento. —Intentó animarlo Fortu.

Nos quedamos un rato más junto al río, Ángel con los ojos cerrados pero feliz de haber pasado la prueba, y nosotros tirando piedras al agua para que él adivinara cuál de los tres había sido el lanzador.

En un momento oímos la voz de su madre que lo llamaba a cenar. Había comenzado a bajar el sol y allí no teníamos luz eléctrica, así que cenábamos temprano a la lumbre de un farol a querosén y nos acostábamos rato después. Lo mismo era para la mayoría de las familias que vivíamos al pie de la barranca.

—¡Vamos Ángel, a comer, mañana siguen jugando! —Volvimos a oír la voz de su madre a lo lejos.

—Chau amigos, nos vemos mañana —se despidió el rubio, que en realidad no podía ver nada.

Cuando notamos que iba andando inseguro en una dirección equivocada, me acerqué a él y lo tomé por los hombros para guiarlo hasta la puerta de su casa en donde lo dejé. Luego regresé corriendo hasta donde me esperaban mis hermanos tentados de la risa.

Nos enteramos al día siguiente de que su mamá había descubierto el maravilloso cambio de look que le hicimos. Rosa se disculpó con la vecina y nos mandó a pedirle perdón a Ángel, que andaba con una gorra de visera para atajarse un poco del sol, pero aun así le costaba mantener los ojos plenamente abiertos.

—Ya le dije yo que éstos eran unos salvajes. —Negaba mamá con la cabeza.

—¿Por qué le hicieron esto, chicos? —nos preguntó la otra señora.

—Era una prueba mamá, ahora puedo jugar con ellos, somos amigos —intervino el rubio en nuestra defensa.

La mujer se sonrió:

—Bueno, espero que no le hagan más pruebas.

Los tres negamos en un gesto silencioso con la mejor expresión de santos que pudimos actuar, y como no estaba papá, ésa fue toda la reprimenda que recibimos.

Ángel tuvo que permanecer dentro de la casa por un par de semanas durante las cuales fuimos a visitarlo, y luego, cuando pudo salir a jugar con nosotros afuera, mamá nos advirtió:

—¡No vuelvan a hacer una cosa así!

—No mami, es que no sabíamos que iba a pasar eso —me excusé.

—Sí, justamente, ¿cómo van a hacer algo que no saben? Tienen que tener cuidado, no vuelvan a lastimar a ese chico —nos dijo muy seria—. Por suerte la mamá es muy buena, pero que sea la última vez.

No había sido nuestra intención lastimarlo, pero a partir de entonces procuramos incluso cuidar al angelito, que pronto se convirtió en nuestro devoto.

Luz de escape

Salí de mi escondite y corrí hasta la pared debajo del alero de la casa para quemar a Turi que seguía buscándonos. Era casi un déjà vu jugar a las escondidas con él porque siempre le ganábamos, aunque nos divertía ver sus berrinches cada vez que lográbamos escabullirnos para tocar ¡piedra!

Fui el primero en salir del escondite así que me quedé sentado ahí en el porche, dibujando en la tierra con una vara que encontré en el suelo mientras esperaba que mi hermano encontrara al resto… o que salieran todos a tocarle piedra y Turi perdiera otra vez en el juego que siempre elegía, quizás con la esperanza de ganar en algún momento.

Papá y su visita salieron de la casa trayendo unas sillas, que acomodaron allí a la sombra mientras mamá llegaba con la pava y el mate.

Cuando había gente —o testigos—. José se comportaba de una forma moderada, afable, a veces hasta parecía un buen tipo. Sin embargo, tenía actitudes que nos recordaban al monstruo que alojaba en algún lugar dentro de su mente. Ahora que lo pienso, no creo que haya sido fácil convivir consigo mismo, de otra forma tal vez no se habría escondido tras el alcohol como lo hacía.

—A este dormilón lo arrodillo en maíz seco al lado de la cama para que se cure. —Oí que le decía al viejo Torres mientras me señalaba.

El hombre se sonrió mientras succionaba de la bombilla del mate:

—¡No, José, al maíz se acostumbran! —aseguró levantando el mentón, y volvió a abrazar el pico de la bombilla con los labios.

Todavía recuerdo con detalle a ese sujeto, los rasgos de su rostro, la forma en que vestía, el gorro percudido que siempre

usaba, su modo de pararse o caminar sobre sus alpargatas blancas —que lucían grises por la tierra—, su risa burlona y la forma de hablar pausada. Y es que tuve mis razones para retener en mi memoria la imagen de ese hombre delgado, que solía visitar a mi padre durante los años en que yo apenas comenzaba a vivir.

Fortu llegó corriendo hasta donde yo estaba, tocó piedra y echó a reír mientras intentaba recuperar el aliento:

—Vamos a ver si el Turi encontró al Chino —me dijo y salió una vez más en carrera hacia las proximidades del zanjón.

Aunque tuve deseos de seguirlo, una curiosidad temerosa me hizo permanecer allí cerca de esos hombres, para escuchar la sugerencia que le haría el señor Torres a mi padre. ¿Qué castigo podía ser peor que arrodillarme sobre maíz seco?

—Ponele sal gruesa, con sal gruesa no se duerme más —le dijo entonces, mientras José bebía su mate y asentía con la cabeza.

Mis padres habían adoptado la idea de que yo tenía un problema con el sueño. Al principio Rosa intentó ayudarme con recursos caseros, me llevó al médico y él le dijo que era normal, que los niños necesitan dormir para crecer sanos. Pero aun así José creía que lo mío era excesivo, podía dormirme en la mesa, en el baño, en el porche de la casa, no importaba el momento del día o la circunstancia. Creo que una de las causas de mi incontrolable sopor eran las extensas jornadas de bebida, juego y boxeo con el viejo por las noches, aunque no tendría en cuenta tal detalle porque él no sentía el mismo cansancio que yo.

Como los remedios que probó mi mamá no sirvieron, papá comenzó a arrodillarme sobre maíz seco junto a mi cama cada noche, pero tampoco le estaba funcionando porque, eventualmente, acababa dormido una vez que me acostumbraba a la molestia.

Esa noche probó entonces la técnica que le había sugerido el viejo con gorra de visera y un alma tan gris como sus alpargatas. Me arrodilló en sal gruesa, la sal gruesa de esa época que venía en forma de enormes piedras. Diría tal vez, a la distancia, que ésa fue una de las torturas más dolorosas e intensas que he sufrido a lo largo de mi vida.

La sal me quemaba en la piel y tuve la sensación de que unas agujas filosas se iban enterrando en mi carne, y el dolor viajaba por mis músculos a través de los nervios hasta llegar a mi cerebro. La

neuralgia me provocó la ilusión de que, en cualquier segundo, mi cabeza explotaría. El llanto brotaba desde mis ojos y resbalaba por mi rostro mientras intentaba contenerme de hacer algún sonido que pudiera empeorar el castigo. José no se quedaba a verme sufrir, simplemente me dejaba allí y se iba a dormir con la seguridad de que yo cumpliría mi condena. Es que a pesar del intenso deseo que tenía de levantarme, sabía por experiencia propia que las represalias eran mucho peores, a veces incluso implicaba castigar a mi madre por mis errores, lo cual era terrible por el peso adicional de la culpa.

Esa noche soporté la tortura junto a mi cama, iluminado sólo por el haz de luna que llegaba a través de una pequeña ventana que daba a la barranca, mientras mis hermanos dormían y en mi mente hervía el deseo de curarme de mi condición de dormilón para no tener que seguir sufriendo ese correctivo.

Al día siguiente mis rodillas lucían pequeñas marcas sanguinolentas debajo de la piel, pero nadie preguntó nada al respecto ni yo me lamenté. Apenas recordaba las lesiones cuando me rozaba con algún objeto o caía de rodillas al suelo jugando.

El castigo de la sal se sucedió en adelante en varias ocasiones porque, aunque lo intentaba, no lograba contener el sueño a veces y me dormía sentado o hasta parado en diferentes situaciones. Una de las noches, durante esa sensación de dolor insoportable, la luz que entraba por la pequeña ventana a mis espaldas se fue haciendo más y más intensa, más clara. Luego noté que se iba extendiendo a ambos lados hasta alumbrar completamente mi camacuna, sobre la cual me vi montado. La cama de pronto se elevó en el aire y fue atraída hacia la abertura en la pared por donde ingresaba la claridad. Yo iba arrodillado y sujeto de las barandas, fascinado y asustado porque no entendía lo que estaba pasando. Supe, sin embargo, que la intención de esa nave de madera era salir del cuarto, pero la ventana era demasiado angosta, entonces vi que lentamente se iba ensanchando para que pudiera pasar sin problemas. La cama iba atravesando el umbral y me sujeté con más fuerza justo antes de que un impulso —proveniente desde alguna fuente que no pude precisar— nos propulsara hacia afuera. Mi nave voló durante un breve tramo montada en esa luz, o a través de ella, pero pronto se apagó ese fulgor y la camacuna quedó suspendida en

el aire, en medio de una oscuridad absoluta. Supe que estaba encima de los zanjones que rodeaban mi casa, pero no pude ver con nitidez hasta que se fueron encendiendo, una a una, cientos de estrellas que se hacían más y más brillantes. La luz era tan clara y fuerte que el ambiente quedó de día, entonces observé desde lo alto el terreno donde solíamos jugar por las tardes. Vi las piedras, los pastizales, las plantas, los árboles… Descubrí que, al moverme a un lado u otro, la cama me seguía, se inclinaba hacia los costados o avanzaba cuando me tumbaba hacia atrás. Así pude conducirla barranca arriba y luego emprendí el regreso hacia el zajón, junto al rancho donde mi familia estaría durmiendo. La nave de madera tomó velocidad durante el descenso y una sensación sabrosa de vértigo me invadió el cuerpo entero.

La vista desde allí arriba era preciosa, así que me pasé la noche volando sobre mi cama, sin pensar en el tiempo, en la sal que escocía la piel de mis rodillas o en el sentido de aquel viaje tan inusual.

Por la mañana desperté tendido sobre mi cama, en el cuarto que compartía con todos mis hermanos. Me sentía feliz. A partir de entonces, comencé a desear de cierta forma que llegara el momento del castigo para volver a volar, a volar muy alto, a sentir el aire fresco en mi rostro mientras escapaba por esa luz hacia la fantasía que mi mente creaba para salvarme del dolor…

Aprendiendo a sobrevivir

Papá se fue en la madrugada del primer lunes de febrero, y como cada vez que él salía en el barco, nuestra realidad se transformó. En casa nunca hubo abrazos ni besos, no buscábamos consuelo en la ternura, pero Rosa nos demostraba su cariño liberándonos de compromisos cuando José no estaba. Ella nos permitía disfrutar de los beneficios de la infancia, nos toleraba aun cuando —hoy pienso— éramos capaces de quebrar la paciencia de cualquiera.

Libres de papá, nuestras mañanas comenzaban más tarde, tomábamos el desayuno en la cama —mamá llegaba con una bandeja en la que traía las tazas rebosando de mate cocido o cascarilla de cacao con leche—, las sesiones de juegos no tenían límite de horario y el trabajo que hacíamos era para propio beneficio. A veces José nos dejaba tareas que nos apresurábamos a terminar el primer día de su ausencia —que generalmente duraba entre siete y diez jornadas—, y luego nos dedicábamos a lo que nos gustaba.

Desde que aprendí a nadar pasaba la mayor parte de mi tiempo junto al río. Con mis hermanos pescábamos para comer, pero además disfrutábamos de ese tiempo como si fuera también parte de un juego. Recuerdo que en aquella época tan temprana solíamos armar nuestras cañas con palos. A veces encontrábamos tanzas viejas y enredadas en los bordes del río, o desarmábamos esas bolsas anaranjadas en las que se vendía la cebolla —tejidas con hilo de plástico—, para amarrarles un alfiler de gancho doblado en la punta a modo de anzuelo. También empleábamos las bolsas a modo de redes con las cuales pescábamos mojarritas, que nos servían de carnada y había de a montones en las costas del Paraná.

Sin embargo, no todos los días eran propicios para pescar, y como en casa el dinero no sobraba, tuvimos que buscar una manera

de ganarnos el propio. Nos enteramos de que muchas personas juntaban vidrio y huesos para vender, y sin pensarlo demasiado nos adentramos pronto en esa labor como una forma viable para obtener ganancias que pagaran nuestros gastos —y gustos. Así es que, durante los períodos en que papá no estaba, íbamos con mis hermanos a juntar chatarra o a pescar, según nos dictaran las ganas o la necesidad. Luego usábamos el dinero que ganábamos para comprar caramelos, gaseosas o telas— a las que llamábamos géneroscon las que mamá nos cosía la ropa. En esa época no nos importaba, pero todos vestíamos igual, parecíamos payasos con esos pantalones y esas remeras de colores brillantes que se desteñían en la primera lavada. Es que los vendedores nunca nos ofrecían las mejores opciones ni nos explicaban las propiedades de cada tela, ellos se limitaban a darnos los que pedíamos, y nosotros pedíamos lo que más nos gustaba de las ofertas que veíamos en vidriera. Éramos muy chicos y pensábamos que era mejor elegir de esas que pudiéramos llevar mayor cantidad, por eso comprábamos los géneros más baratos, que se percudían más rápido y entonces eran menos duraderos.

Esa mañana de febrero en que José se fue, Rosa me llevó a la escuela del pueblo para inscribirme por primera vez. Recuerdo que entonces lucía una barriga tan grande que parecía que iba a explotar en cualquier momento, aunque nunca la oí quejarse de dolor ni dejó de levantarse cada día a cumplir sus labores. A mí me gustaba ayudarla cuando me lo pedía, y hubiera querido además atajar todos esos golpes que papá le daba sin reparar en su estado. Mamá toleró tanto… ¿y qué más podía hacer con todos esos niños a cargo? Ella no nos abandonaría jamás, y no había lugar a dónde pudiera huir con nosotros; el resto de la familia era igual de pobre y cada uno tenía sus problemas.

En fin, esa mañana Rosa quiso inscribirme en la escuela para que cursara el primer grado, porque el preescolar —o jardín de infantes— no representaba una opción para la clase humilde; los cupos eran muy acotados y solían ocuparlos los hijos de las familias más influyentes, aunque no por eso ricas. Creo que, a no ser por los dueños y administrativos del frigorífico —que en su mayoría eran ingleses—, no había gente rica en Santa Elena, aunque sí existía la diferencia de estratos y… de mentalidad.

—Lo lamento señora Silván, no podemos tomar a Américo porque no tendrá los seis años cumplidos cuando inicien las clases el ocho de marzo —le explicó a mi madre la preceptora de la escuela N° 9, una mujer que llamó mucho mi atención por ese ojo que tenía desviado. Me había quedado mirándola como embobado, pensando qué era lo que veía o hacia dónde, y ni siquiera recuerdo con certeza otro detalle de su rostro, sólo ese ojo evasivo.

Rosa intentó razonar con ella:

—Pero son unos pocos días de diferencia, ¿no podría hacer una ececión?

La señora bizca negó con la cabeza mientras apretaba los labios.

Para mí no fue una gran decepción, pues no tenía idea de qué se trataba la escuela, aunque entendía que era una responsabilidad y en realidad supuse que sería mejor no tenerla.

Durante los siguientes meses, fui aprendiendo a sortear las circunstancias que se atravesaban, siempre de una forma más intuitiva que consciente, aunque lo que me enseñó la intuición fue también a partir de la experiencia.

Cuando papá volvía a casa se abrían las puertas del infierno, un sitio al que nunca fue fácil adaptarse. Durante un tiempo tuve la idea de que el monstruo que vivía en su cabeza sólo despertaba cuando bebía, pero luego fui descubriendo que en su naturaleza la violencia era la característica predominante. A veces llegaba con buen ánimo, pero le duraba tan poco que no nos daba chance de ilusionarnos. Por eso, intentábamos acatar sus órdenes para evitar los castigos que iban desde una cachetada o un insulto, hasta una paliza que nos dejaba en el suelo, con moretones pasajeros en todo el cuerpo y heridas permanentes que se irían acumulando dentro de la psiquis.

—Traigan piedras para armar el terraplén —nos señaló a Fortu y a mí—. Usté venga conmigo que vamos a construir la escalera —se dirigió a Turi.

Los dos mayores —aunque no tan mayores— ya nos manejábamos con más independencia en las labores que nos había enseñado a puteadas y coscorrones, aunque el entrenamiento con mi padre era constante.

Recuerdo el esfuerzo que nos costó nivelar el terreno contiguo a la casa, cuya pendiente había sido un riesgo de inundación que José

pretendió evitar. Íbamos desenterrando las piedras de yeso que encontrábamos en los alrededores del zanjón y la barranca, para trasladarlas hasta el terreno en declive que mi padre había marcado con unas tablas en forma de «L» invertida. Allí debajo fuimos acomodando las rocas, una encima de la otra, hasta rellenar todo el espacio que entonces formaría parte del patio de nuestra casa. Nos quedó muy bien, considerando que éramos dos niños de cuerpos delgados para cumplir esa labor tan pesada.

José construyó mientras tanto, y con la asistencia de Turi, una escalera de madera reforzada que colocó desde nuestro terreno hacia la costa del río, con intención de que también los animales que teníamos de mascotas —aves, carpinchos, yacaré— pudieran usarla para ir hasta el agua, bañarse, alimentarse y regresar.

Así fuimos mejorando el aspecto de la casa y los alrededores. También salíamos a pescar y cazar con José, o hacíamos otras labores para sus colegas o los vecinos, porque mi padre solía representar un rol de buena persona, dadivoso y colaborador con todo individuo que no fuera de la familia con la que convivía —o sea, nosotros.

Por las noches —sin excepción— volvíamos a beber él y yo, mientras el resto del clan descansaba. En una de esas ocasiones, cuando después de la primera botella y el juego de cartas nos trasladamos al galpón, el viejo me mandó a comprar más bebida porque jamás lograba cumplir el límite que se planteaba antes de comenzar a beber. Mientras corría al bar de Don Eustaquio, José se quedó dándole golpes al costal que tendía de uno de los tirantes de madera del techo, y cuando regresé me mandó a renovar el relleno:

—La arena está cansada, vaya a cambiarla a la costa —me dijo.

No era la primera vez que me lo pedía —o me lo ordenaba—, y aunque se me había cruzado por la cabeza en algún momento mentirle, temía que se diera cuenta de que la arena era la misma y me diera una paliza por intentar engañarlo. Así que anduve con la bolsa al hombro hasta la orilla del río y la vacié para luego llenarla con arena nueva. Antes de volver a cargarla sobre mi espalda, cuando levanté la vista, lo vi allí bajo la claridad de la luna. El Lobizón era real y estaba a punto de atacarme. Había escuchado la leyenda varias veces, sobre el séptimo hijo de una pareja de aborígenes que se transformaba en bestia cuando había luna llena,

entonces salía a comer los desperdicios de las gallinas y los chanchos, pero también le gustaba comer niños que no estuvieran bautizados. Yo no tenía idea de si estaba o no bautizado, pero al ver su figura oscura e imponente frente a mí, quedé paralizado del terror. En ese instante me pregunté si le temía más al Lobizón o a mi padre. Si salía corriendo y llegaba al galpón sin la arena era probable que me tratara de cagón y me castigara por eso. Tal vez sería mejor quedarme allí y enfrentar a ese animal… Finalmente no tuve que decidirlo porque, mientras lidiaba con esa inquietud, de pronto oí el aullido de un perro en la barranca y noté que lo que veía frente a mí era su sombra recortada sobre la claridad que emanaba la luna. Me reí aliviado, cargué la bolsa sobre mi hombro y regresé al galpón para continuar con nuestra sesión de boxeo nocturna.

El siguiente verano mamá logró inscribirme en la escuela, aunque entonces ya estaba próximo a cumplir los siete años. Me tocó en el turno de la mañana, pero no me preocupé por eso hasta que comprobé lo difícil que era para mí mantenerme despierto en las clases. Mi necesidad insatisfecha de sueño y esa tendencia a dormirme en cualquier lado se vieron agravadas por la poca motivación que me provocaba la escuela. El primer día de clases fue sin embargo una novedad entretenida. Estaba sorprendido de ver tantos niños juntos en un mismo establecimiento, todos de guardapolvo blanco, bien peinados y prolijos, cargando su bolso con útiles escolares y obedeciendo a los maestros que lucían para nosotros como fuertes autoridades.

Unos días después comencé a dormirme durante las lecciones y los demás chicos se mofaban de mí, se reían y me señalaban mientras cuchicheaban entre ellos. Al principio no me importó demasiado, aunque dentro de mí se iba gestando una emoción nueva que, de todas formas, no logré reconocer como tal hasta muchos años después: la impotencia.

La señorita Blanca, mi maestra de primer grado, era una buena mujer que intentaba con frecuencia atraer mi atención, pero la mayoría de las veces no lo lograba y entonces yo acababa en el rincón de los burros varias veces a la semana.

En mi curso había un chico con la cabeza enorme, hijo del odontólogo del pueblo, que solía llevar una hilera de súbditos a los

que compraba con figuritas. Era un chico bastante belicoso, que en general buscaba pelea en todos los recreos. Pronto me convertí en su blanco, no sólo por burro sino por solitario y callado, ¿qué mejor víctima que un nene invisible? Además, nunca aparenté la edad que tenía, mi cuerpo desgarbado era un buen disfraz, porque nadie imaginaba que mi padre me estaba entrenando en boxeo cada noche después del alcohol —la razón principal por la que iba descompuesto y cansado a la escuela durante los días que duraba la estadía de José en casa—. A pesar de que no les temía a los chicos que habían comenzado a molestarme con cierta insistencia, no tenía deseos de pelear, pero además me inhibía la presencia de las autoridades de la escuela, tal vez porque, entre los cachetazos y malos tratos, papá también nos había inculcado muy bien el respeto a los mayores.

Durante los recreos, para evitar a los matones, iba a pasar el rato en el quemadero de la escuela. Jugaba con las mariposas, me sentaba a cortar pasto y flores amarillas en el suelo, o dibujaba en la tierra con una varilla que encontraba entre los desperdicios. Los demás chicos no se acercaban a ese lugar tan sucio por temor a manchar sus guardapolvos blancos, pero yo prefería ensuciarme que permanecer al alcance de ellos. También solía esperar a que todos estuvieran de vuelta en el salón —después de la campana— para ir al baño, y así siempre llegaba tarde a las lecciones, pero era menos penoso recibir la reprimenda de la maestra que tener alguna sorpresa esperándome detrás de las paredes del sanitario.

Una mañana noté que, entre los chicos que siempre me molestaban, había uno nuevo. Era más alto y corpulento que la mayoría de ellos y, claramente, mucho más grande que yo. Esa vez me esperaron luego de que tocara la campana y mandaron al grandote a retarme:

—Ponete en guardia —me dijo cuando estaba a pocos pasos de mí—. Ponete en guardia para pelear, porque te voy a pegar —me repitió mientras se posicionaba con un pie adelantado y los puños cerrados debajo del mentón.

En esa época mi padre nos había comprado unos zapatos italianos de suela Vibram —inspiradas en sus inicios por la goma de los neumáticos y creada con la intención de ofrecer un zapato resistente para los alpinistas—. Eran negros y rígidos, lucían muy

duraderos y nosotros los usábamos exclusivamente para ir a la escuela.

No hice caso a la orden del chico que me estaba desafiando y simplemente le arrojé una patada con todas mis fuerzas a la pierna derecha, debajo de la rodilla. Supongo que no fue solo el ímpetu con que le pegué sino además la dureza del zapato lo que lo hizo doblarse hacia adelante, pero entonces no me contuve y le di de la misma forma en la otra pierna. El niño cayó al suelo llorando desconsoladamente, mientras los otros huían corriendo de la escena que habían incitado.

Sentí tanta pena de verlo ahí encogido y llorando que acabé consolando a mi propio enemigo:

—Tranquilo —me agaché y le toqué el brazo—. Ya pasa, ya pasa —le dije y él me miró con los ojos empañados.

Le extendí la mano para ayudarlo a levantarse y dudó:

—¿Me vas a seguir pegando?

Le sonreí:

—Yo no quiero pelear, si vos no me peleas no te pego más.

Tomó mi mano y se levantó mientras se quejaba del dolor. Lo acompañé hasta el baño —él iba rengueando, apoyado sobre mi hombro— y lo ayudé a mojarse con agua fría.

—¿Por qué fuiste a pelearme? —le pregunté.

—Los otros chicos me mandaron —me contó—. Yo tampoco quería pelear.

—¿Cómo te llamás?

—Lelo. —Quise aguantarme la risa, pero se me escapó.

—¿Lelo?

—Sí, es mi apellido y los otros chicos me llaman así. —No iba a explicarle la razón por la que elegían llamarlo por su apellido, pero entendí que se burlaban de él como de mí.

—Creo que tendríamos que andar juntos desde ahora, así nos defendemos entre nosotros —le sugerí, y Lelo me miró con una expresión de sorpresa.

—¿Querés que seamos amigos? —me preguntó sonriente, como si le emocionara la idea. No era lo que le había propuesto, yo me imaginaba una especie de camaradería, pero al fin de cuentas era lo mismo.

Le di la mano a Lelo antes de volver a clase y así cerramos trato,

a partir de entonces seríamos amigos y nos protegeríamos. Sin embargo, ese evento no acabó allí. Una maestra que lucía muy nerviosa me llamó a la Dirección, advertida por el cabezón Noré —el cabecilla de los matones— acerca de mi reacción violenta. Ella me hizo firmar el acta por haberle pegado a un compañero y me reprendió hasta que el director Gabito, un hombre adorable y sensato, la detuvo acusándola de exagerada.

Pasaron los días y en cada recreo nos encontrábamos con mi nuevo amigo para seguir forjando esa relación como «el dúo intocable». Nadie más se atrevió a molestarnos porque mis agallas y el porte de Lelo nos sirvieron de escudo durante el resto del año.

Pájaro de mal agüero

Bajo una lluvia de silbidos, risas y gritos, caminé hasta el paredón dispuesto a esquivar los tiros, aunque temiendo el dolor que aún recordaba de los golpes recibidos en similares circunstancias. El resto de los chicos se pararon frente a mí, a unos cinco metros de distancia, mirándome con malicia y determinados a fusilarme.

Esa primavera de 1962 habíamos aprendido un nuevo juego que se hizo recurrente durante las tardes. Aunque no en cualquier tarde sino sólo cuando no estaba papá y podíamos desplegar todo nuestro entusiasmo frente al rancho donde vivíamos.

Por aquella época solíamos fabricar nuestros propios juguetes, y para jugar al Fusilado habíamos armado una pelota de trapo rellena con arena. Dibujamos un rectángulo de aproximadamente dos metros por cinco en la tierra, y cavamos pequeños hoyos en un extremo, uno para cada jugador. Después nos metimos todos dentro del rectángulo, en el lado contrario a los huecos, y nos fuimos turnando para arrojar la pelota que debía encajar en alguno de los hoyos —que no fuera el propio—. El dueño del hoyo donde cayera debía correr a buscar la pelota y lanzársela al resto de los jugadores que, para quedar inmunes, tenían que salir fuera del rectángulo y volver a entrar saltando con los dos pies juntos. El lanzador sólo podía quemar a los que estaban fuera del rectángulo o los que no habían salido nunca de él. Si conseguía tocar a alguno con la pelota antes de que se inmunizara, le daba un punto negativo a ese contrincante, y si no, el punto era para él. Salvarse definitivamente era difícil porque en cuanto el dueño del hoyo corría a buscar la pelota todos salíamos disparados del rectángulo, y para cuando queríamos entrar de un salto, el lanzador ya estaba atento para pegarle al que se acercara.

Según nos tocaran con la pelota o erráramos en los tiros cuando

nos tocaba el turno, íbamos sumando puntos negativos, y quien llegara primero a los seis puntos debía ir al paredón. Allí estaba yo, esperando en posición de alerta los tiros que mis amigos me lanzarían.

—Voy primero —dijo Fortu con entusiasmo y una mano en el aire.

Él arrojó la pelota con una fuerza moderada que le alcanzó para tocarme sin errar el tiro, y así se salvó de quedar también en el paredón. Luego le tocó el turno a Tati, que me dio de lleno en un muslo y me dejó medio rengo. El Chino echó a reír y también quiso fusilarme con esa pelota de arena, pero logré esquivar el tiro —que de otro modo me habría dado en la cabeza— y así le tocó ocupar mi lugar en el muro, que era una de las paredes de adobe de nuestra casa. Supongo que mamá escuchaba todo el alboroto desde adentro, pero jamás nos reprendía a menos que hiciéramos algún desastre digno de su enojo.

En esos días, cuando aún no había regresado papá de su viaje y mientras andábamos con mis hermanos en el pueblo, pasamos por la vidriera de una tienda tipo polirubro y vi una pelota de cuero que me gustó:

—Ésa está buena para jugar al fútbol, ¿no? —les dije y ellos asintieron con la cabeza.

Entré en la tienda y, aunque no solíamos comprar juguetes, esa vez tuve ganas de darme el gusto. Le pregunté entonces a la vendedora —una mujer madura con cabello abultado y labios muy rojos— el precio del balón.

—¿Cuánto tenés? —me preguntó mascando chicle y entrecerrando un ojo.

Saqué las monedas que había estado juntando en las dos últimas semanas y las conté sobre el mostrador:

—Tres pesos con cuarenta y cinco centavos. —La miré ilusionado.

—Ah no… esa pelota está a cinco pesos —me respondió con una expresión que hoy podría catalogar de irónica, aunque en ese entonces no fui capaz de precisarlo.

Me fui de allí determinado a conseguir el dinero que me faltaba, y regresé varios días después con los cinco pesos.

—Hola, quiero esa pelota que está ahí. —Señalé hacia la

vidriera.

La mujer, que ese día también mascaba chicle y llevaba los labios mal pintados, me miró achicando los ojos:

—¿Y tenés la plata para pagarla?

Saqué las monedas que llevaba contadas en el bolsillo y se las puse adelante:

—Cinco pesos.

—Ah no, pero aumentó esta semana, ahora sale cinco con cincuenta.

Recogí mi dinero y salí del local con una sensación extraña que no logré reconocer entonces como impotencia. Sin embargo, no perdí la esperanza de alcanzar ese objetivo, pero la vida siguió transcurriendo y dejé de pensar en ello por un tiempo.

Mi padre continuaba asignándonos tareas cada vez que se iba o repartiendo algunas más difíciles cuando estaba presente y podía supervisarnos. En esos días a mí me tocaba también cumplir el rol como su acompañante para la bebida, lo cual seguía provocando que me durmiera en la escuela durante las clases y debiera tolerar las burlas de mis pares.

Una mañana hacia finales de octubre, uno de mis compañeros de clase se atrevió a preguntarle a la señorita Blanca —mi maestra de primer grado—, por qué tenía esa mancha oscura debajo del labio. Era una duda que todos tuvimos en algún momento, pero a nadie se le había ocurrido expresarla en voz alta. Sin embargo, ella era una mujer muy buena y no se alarmaba con ninguna de nuestras ocurrencias:

—Es una mancha que me salió en mi anterior embarazo porque tuve antojo de comer chocolate, y como era muy tarde en la noche, mi marido no pudo ir a comprarlo —nos contó.

Ahora estaba nuevamente encinta y lucía feliz, acariciaba su vientre prominente y sonreía con frecuencia.

Ese mediodía regresé a casa, me acerqué a Rosa que estaba cocinando y le pregunté:

—Mami, ¿usté tiene mancha de antojo?

Ella me miró extrañada:

—¿Mancha de qué?

—La señorita Blanca nos contó que la mancha que tiene en la cara es porque no comió el antojo de chocolate. —Yo ni siquiera

tenía muy claro el concepto.

—Ah… —Mi madre asintió con una sonrisa—. No, yo no tuve antojos.

—¡Oh, qué suerte! —exclamé como si se hubiera salvado de una maldición.

—¿Ya les dijo la señorita Blanca cuándo nacerá su bebé? —me preguntó ella mientras removía la comida en la olla.

—No, pero va a nacer muerto —le contesté con una seguridad espontánea que no analicé.

—¿Por qué decís eso?

La miré elevando las cejas y encogiendo los hombros, en realidad fue algo que simplemente se vino a mi cabeza, no tenía razones muy claras para pensar eso. Entonces ella se sonrió levemente y yo me fui a jugar.

Al día siguiente fue sábado, y como había logrado juntar seis pesos, regresé a la tienda de juguetes. Resulta que el precio de la pelota había vuelto a subir, entonces supe que esa mujer con cabeza de palmera y labios de payaso nunca me la vendería. Regresé a casa con un malestar que me duró sólo hasta que mamá nos sirvió un tazón de mate cocido con leche donde mojamos el pan que siempre nos sabía delicioso.

Durante el resto del fin de semana, con mis hermanos estuvimos pescando y aprovechando la ausencia de papá para jugar con nuestros amigos del barrio. Había logrado olvidarme de la pelota sin demasiado esfuerzo, así como les ocurre en general a los niños cuando son pequeños y viven de una forma apresurada y colmada de novedades. Al día siguiente, en la escuela recibimos a una maestra suplente que llegó a darnos clases porque la señorita Blanca había tenido a su bebé y, según nos contó sin mucho preámbulo, había nacido muerto. Nos sugirieron que le hiciéramos tarjetas expresando nuestro cariño e incluso que fuéramos a visitarla, pero yo estaba tan pasmado y perturbado con la noticia que no hubiera podido verla a los ojos después de haberle provocado semejante maldición.

En la sociedad de la época corría la creencia de que, al escuchar el graznido del pájaro de mal agüero, la desgracia se manifestaría. Por eso rogaba día y noche que ese sonido nunca se oyera en mi casa o los alrededores, estaba aterrorizado con la idea de que se me

cruzara esa ave maldita en algún momento. Pero luego de acertar en mi sentencia me sentí tan mal, tan cruel, tan desgraciado, que llegué a considerar que yo era ese pájaro negro que traía la desgracia. Adopté entonces, sin siquiera proponérmelo —como si estuviera sufriendo una especie de metamorfosis—, el andar y la actitud de un cuervo amargado. Regresé a casa andando con la cabeza hacia adelante, los brazos encogidos a ambos lados de mi cuerpo, con los codos hacia atrás y las manos en forma de garras. Estaba convencido, según había interpretado la creencia del pájaro de mal agüero, que yo era el culpable de la muerte de ese bebé y ahora tenía terror de decir cualquier cosa que pudiera provocar una nueva desgracia.

Mamá me vio a través de la ventana, agachado en esa posición encorvada junto al porche de la casa, y se acercó a preguntarme qué me pasaba.

—Es que soy un pájaro de mal agüero… —le conté.

—¿Por qué decís eso?

—Porque yo te dije que el bebé de la señorita iba a nacer muerto… y nació muerto. —Me restregué los ojos porque noté que se iban asomando unas lágrimas.

—¡Ah no! Pero el pájaro de mal agüero es un avisador, él augura que van a pasar las cosas, pero no las produce —me dijo mientras yo la miraba atento—. Se posa en algún lugar y chilla para contarle a la gente que algo malo va a pasar. —Me sonrió y secó mis lágrimas con la yema de sus pulgares—. Si vos sos un pájaro de mal agüero viniste a avisar, me lo dijiste a mí, así que quedate tranquilo, el bebé iba a morir igual y vos lo sabías, nada más.

Con su sabiduría práctica y su amor sosegado, Rosa me salvó de la amargura y me provocó paz. Tampoco nosotros necesitábamos demasiadas explicaciones ni cuestionábamos lo que nos decían los adultos, de modo que a partir de las palabras de mi madre ya no sentiría el peso de la culpa, aunque… a lo largo de mi vida, continuaría siendo un pájaro de mal agüero.

Celebrar la vida

En aquella época no nos planteábamos demasiado —por no decir nunca— el sentido de la vida o el riesgo de la muerte; convivíamos con ambas sin entender bien a ninguna. Nos criamos de una forma tan rústica y natural que todos contábamos con una poderosa inmunidad, de modo que nos enfermábamos poco, y los daños más frecuentes que sufríamos eran por las palizas de papá o los accidentes que teníamos en el ejercicio diario de la existencia, una existencia que mutaba de insoportable a maravillosa según estuviera o no el viejo.

Pero a pesar de nuestra fortaleza hubo algunas veces en que caímos en cama. Generalmente no llegábamos a tal instancia sino hasta que ya no podíamos ni mantenernos en pie porque la fiebre nos derribaba, como en esa ocasión en que mamá me aisló del resto de mis hermanos —para evitar que se contagiaran—, y me ponía paños de agua fría para bajarme la temperatura. Como no lo consiguió, se apareció en el cuarto con una cataplasma hecha de grasa bovina y una mezcla de hierbas que olía espantoso.

—¡No, má! No me ponga eso que me dan ganas de *gomitar* —le pedí mientras extendía los brazos para frenar los de ella.

—Te va a hacer bien, tengo que bajarte la fiebre, Colía —me explicó frunciendo el entrecejo.

Tuve que dejarla entonces que me embadurnara el pecho con esa pasta asquerosa y aguantarme las náuseas, aunque no pude evitar las arcadas. Pronto me bajó la temperatura y ella se lo atribuyó a esa cataplasma, aunque ahora que lo pienso, es probable que fuera el intenso deseo de que me quitara esa porquería de la piel lo que me ayudó a recuperarme. Desde entonces evitábamos caer en cama y, si nos sentíamos mal, nosotros mismos nos poníamos los paños de agua fría para que mamá no descubriera que

teníamos fiebre. Sin embargo, hubo ocasiones en que las pestes fueron tan fuertes que nos obligaron a visitar incluso el hospital del pueblo. Claro que ese hospital no estaba equipado como los de las ciudades grandes, no realizaban ningún tipo de análisis complejo ni ofrecían servicios especializados, pero podían recetar medicamentos para mejorar los síntomas de una gripe o curar una infección de claro diagnóstico. Así es que, aunque le llamábamos hospital, era más bien una especie de salita de emergencias, y no emergencias de cualquier clase, porque cuando mamá estaba pronta a parir yo la hubiera llevado corriendo a ese lugar, y sin embargo ella nos mandó a buscar a la matrona para que la asistiera en casa:

—Vayan rápido, creo que ya viene —nos dijo mientras respiraba de una forma extraña y se sujetaba el vientre dilatado.

Ésa fue la primera vez que vi a Rosa en trabajo de parto, ya tenía tres hermanos menores, pero no recordaba antecedente alguno de esos nacimientos.

Corrimos con Fortu hasta la costa y empujamos la canoa para montarnos en ella, entonces remamos por turnos —y tan veloz como nos fue posible— hasta la casa de la comadrona. Mientras la llevábamos sentada allí en la proa, ella se quejaba de lo mucho que se mecía el bote:

—No se preocupe, es normal —le aseguró Fortu.

—Hablemos de otra cosa entonces, así no me dan náuseas —nos dijo, pero no se nos ocurrió nada para decirle y así la mujer prosiguió:

—Bueno, cuando lleguemos necesito que me ayuden con algunas tareas mientras a su mamá se le completa la dilatación para parir al bebé.

Con mi hermano nos miramos algo desorientados, no teníamos intenciones de permanecer allí durante el nacimiento, pero no tuvimos opción porque, en cuanto cruzamos el umbral de la puerta, la matrona nos ordenó calentar agua en una olla grande para mojar allí las toallas que necesitaba.

Gastamos varios minutos en la cocina, revisando las alacenas con intenciones de encontrar un recipiente bien grande para poner al fuego, pero antes de que pudiéramos hacerlo oímos esa voz carrasposa otra vez:

—¡¿Todavía no pusieron a hervir el agua, chicos?! —La vimos

asomándose desde el dormitorio donde mi madre jadeaba.

Me apresuré a encender la mecha de querosén mientras Fortu llenaba con agua dos ollas pequeñas, las únicas que encontramos debajo de la mesada. Luego intentamos localizar las toallas en los aparadores, pero tuvimos que recurrir a Norma —que estaba encargándose de los niños más pequeños— para que nos guiara. Cuando fuimos con Fortu y Turi llevando las ollas y los trapos hasta el dormitorio principal, la vimos a mamá con las piernas abiertas y pujando con esfuerzo mientras la matrona escarbaba con sus dedos dentro de una abertura pequeña y cubierta de sangre. Nos espantamos de tal forma que preferimos relevar a mi hermana mayor en su tarea de niñera con los más chicos, para que fuera a asistir a esa mujer de caderas anchas y voz gruesa que intentaba sacar a Sergio del vientre de mi madre, aunque en ese momento no entendíamos cómo iba a lograrlo por medio de un orificio tan pequeño.

Dos días después de conocer el rostro inflamado y rojo del que entonces era el menor de mis hermanos, fuimos con Fortu a esperar a papá al puerto. Así debía ser cada vez que llegara según nos había ordenado en una ocasión, que no se volvería a repetir sin un buen golpe que despertara nuestra memoria. Solíamos informarnos del regreso del barco en la Prefectura, donde se comunicaban a diario con todos los navíos. Esa vez mi padre llegó con un humor mucho peor al habitual, y no alcanzó con la gracia de recibir a un nuevo hijo para quitarle el malestar que no demoró en exteriorizar por medio de los puños.

No recuerdo con exactitud la excusa que utilizó esa vez para iniciar una discusión con mi madre, que iba cargando al bebé. En realidad, decir «discusión» no es lo más acertado, porque mi padre gritaba y maldecía solo. Nadie —excepto mi hermano Turi en alguna oportunidad— se atrevía a contestarle, y ni siquiera a mirarlo a los ojos por el temor de que lo interpretara como una provocación. Cuando entré en la casa vi que papá le quitaba el niño a mamá de los brazos y lo dejaba sobre un viejo sillón para empujarla hacia el cuarto, donde le daba esas tundas que nos dejaban temblando a todos. A veces le pegaba enfrente de nosotros, según le entraran las ganas en el momento, pero entonces recuerdo que él le estuvo gritando durante largo rato allí en el dormitorio y

nos provocó una desesperación dolorosa, porque ni siquiera sabíamos cómo estaba mamá ni podíamos socorrerla si en algún momento a él se le iba la mano. Sergio comenzó a llorar desconsoladamente y Norma quiso calmarlo, pero no tuvo éxito, así que debió sacarlo afuera para alejarlo del radar del monstruo, quien al final salió de la casa golpeando la puerta. Recién entonces pudimos correr al cuarto para ver a Rosa, que era tan víctima de José como el resto de nosotros.

—Estoy bien, estoy bien, no se preocupen —nos decía ella cada vez que algo así ocurría.

A la mañana siguiente, cuando nos despertamos, mamá no estaba en casa. Tampoco pudimos encontrar a Norma o al resto de mis hermanos menores; sólo Turi, Fortu y yo quedamos allí con el viejo. Sin embargo, él sabía dónde encontrarla porque, probablemente, ella se había ido ya otras veces antes cuando yo era aún muy pequeño para recordar.

Mi padre esperó algunas horas mientras intentaba ocuparse en algunas tareas sin demasiado éxito, al parecer el abandono de Rosa le había afectado, pero él no permitiría que esa situación continuara molestándolo. «Vamos a buscar a su madre», nos dijo entonces, y anduvimos con él hasta la precaria morada de don Gómez y Evangelina, mis padrinos, que vivían encima de la barranca en uno de los lugares más hostiles de la zona. Mamá difícilmente salía de casa, ella permanecía allí día y noche incluso cuando José no estaba, pero si en algún momento hacía una excepción, era para realizar algún trámite impostergable en el centro del pueblo o para visitar a mi madrina. También la familia Gómez nos visitaba algunas veces, mi padre los respetaba y estimaba mucho, sobre todo al hombre, con el que tenía una relación desde antes de que pudiera yo presenciarlo.

Llegamos allí y vimos a Tati —el único de sus hijos con el que nos tratábamos de forma habitual— jugando con Marina y otro de sus hermanos afuera. Papá golpeó las manos y salió Evangelina, una mujer muy bella y bastante más joven que mi madre:

—¿Qué hacés acá, José? —le preguntó frunciendo el ceño y con los brazos cruzados.

—Vengo a buscar a Rosa, quiero que vuelva a casa con los chicos —le dijo en un tono suave, con la cabeza gacha y un gesto de

arrepentimiento que ninguno de nosotros le creyó—. Estuve mal, yo la quiero, necesito que vuelva conmigo.

—¿Cuántas veces más tiene que pasar esto? —Evangelina suspiró—. Ella merece que la traten bien.

—Sí, yo sé. —Papá se llevó las manos entrelazadas a la nuca—. Quiero pedirle perdón.

—Bueno mirá —le dijo ella apuntándolo con un dedo—, yo te voy a dejar que la lleves solamente si me prometés que no vas a volver a pegarle.

Él asintió con la cabeza y agudizó su gesto de abatimiento.

—Pero esto es en serio, José. Que no me entere que volvés a ponerle una mano encima, ¿me escuchaste? —le repitió mi madrina.

Luego de que mi padre volviera a prometérselo, le permitió entrar a su casa, y rato más tarde él salió de allí llevando a mamá del brazo, no a modo de compañero, sino de amo.

Retornamos a casa y la paz que había estado fingiendo delante de mis padrinos le duró apenas lo que restaba del día, porque esa misma noche, durante la cena, le advirtió a mamá:

—Si volvés a irte, prendo fuego la casa con todo lo que hay dentro, ¿me entendiste? Todo.

Era imposible luchar contra la impunidad de mi padre, él no mostraba un ápice de misericordia por ninguno de nosotros, y el intento de escarmiento que ideó mi mamá sólo la perjudicó más.

Sin embargo, entre un drama y otro, también teníamos momentos gratos, como los festejos de fin de año. Ya desde unas semanas antes de Navidad, en los almacenes, mercados y quioscos vendían pirotecnia que nosotros comprábamos con el dinero que nos ganábamos con nuestras ventas de pescado, vidrio y huesos. Los comerciantes jamás nos negaron ningún producto que pudiéramos pagar, aunque fuera peligroso. Incluso nos vendían veneno para ratas, artículos de limpieza de composición tóxica y materiales con filos o puntas. Se suponía que un adulto responsable nos enviaba a comprar cosas tan específicas, y en esa época —además porque era un pueblo pequeño— la gente manejaba un código de sinceridad implícito, que nosotros rompíamos de forma indeliberada cuando comprábamos pirotecnia para usar sin supervisión.

Durante esas semanas que papá no estaba, con mis hermanos

pasábamos horas tirando «cuetes», como le llamábamos a todas las variedades de productos explosivos; los que emitían ruidos, chispas, llamas o humo. Nos gustaban más los que detonaban como bombas o truenos, los que encendíamos y arrojábamos lejos para luego correr hacia el lado opuesto e incluso taparnos los oídos. A veces, para generar aún más estruendo, metíamos varios de esos explosivos debajo de una lata, que no sólo sonaba con estrépito sino que además volaba por los aires.

Ya durante la Navidad o la noche de Año Nuevo, nos reuníamos con otras familias que en su mayoría eran vecinos con los que nuestros padres solían relacionarse y algunos compañeros de trabajo de José. Entre todos montaban una especie de tienda con lonas, que servía de resguardo para el viento o en caso de que lloviera. Allí debajo armaban mesas con tablones y colgaban varios faroles a querosén, luego distribuían la comida y la bebida de forma que todos los comensales pudieran acceder, y se sentaban a conversar. A veces también ponían música en la radio y algunos salían a bailar, no mis padres, a ellos jamás los vi moverse al ritmo de una melodía, aunque me hubiera gustado. Mientras tanto los niños éramos felices, corríamos y jugábamos en plena libertad. Luego nos llamaban a comer y saboreábamos deliciosos platos que preparaban nuestras madres de forma tradicional. También aprovechábamos para hartarnos de confituras y hasta de pan dulce, ese que se hace con fruta abrillantada y pasas de uva que la mayoría de los niños detesta pero que a mí me encantaba. Pero lo mejor de la noche era cuando salían los adultos, ya cerca de la medianoche, a tirar los fuegos artificiales. Ésos sí eran de los grandes que volaban hasta el cielo y explotaban en luces de colores. También encendían de los ruidosos y de los que salían chiflando y ardiendo desde el suelo como balas fluorescentes. Recuerdo que papá además tenía la costumbre de tirar algunos escopetazos hacia arriba, en dirección al río donde no andaba nadie, y la emoción que todos sentíamos la expresábamos con risas, aplausos, gritos y silbidos.

La mayoría de nuestras celebraciones de fin de año fueron similares, las disfrutábamos mucho, aunque nunca esperamos a un Papá Noel que llegara con regalos, tampoco creíamos en el Ratón Pérez. Lo que sí recuerdo de ese año en particular fue la llegada de

los Reyes Magos, al menos así le llamábamos a la voluntad de mi madre, que el cinco de enero por la noche nos recordó:

—Dejen los zapatos afuera de la habitación porque después de las doce pasan los Reyes Magos.

Nos fuimos a dormir entusiasmados, pero no esperábamos nada en concreto, y al día siguiente nos sorprendimos al encontrar nuestros zapatos llenos de caramelos envueltos en papeles de colores. Todavía recuerdo el sabor de esos caramelos de leche que se iban derritiendo y se pegaban en mis dientes mientras los masticaba. No sé si fue porque éramos niños —a todos los niños les gustan los dulces— o por la austeridad en la que vivíamos, pero fuimos felices esa mañana mientras saboreábamos el regalo que nos había dejado nuestra reina maga.

Juguemos en la barranca mientras el monstruo no está

Una tarde hacia finales de febrero —una de ésas en que papá no estaba—, nos reunimos con los vecinos a jugar en el patio de casa. En aquella época, el único medio de comunicación al que accedíamos era la radio. A veces mamá nos dejaba escuchar los radioteatros de cowboys que solían transmitir los últimos domingos del mes, y nosotros alucinábamos con los sonidos de los disparos, los gritos de los indios y el galope de los caballos. También habíamos visto alguna revista de vaqueros que los chicos llevaban a la escuela, pero además de recrear la fantasía en nuestras mentes, a veces nos gustaba llevarla a la práctica.

—Juguemos a los coboy —sugirió Paco.

Su prueba para unirse a nuestra pandilla —por llamarla de algún modo— había sido beber hasta quedar tieso. En aquel momento nos divertimos muchísimo al ver los gestos de asco que hacía Paco con cada trago que atravesaba su esófago, provocándole un ardor que exhalaba en suspiros profundos. Recuerdo que habíamos llenado con agua una de las decenas de botellas de vidrio vacías que guardábamos en el galpón, le dijimos que era ginebra y nosotros bebíamos de ahí, pero a él le dábamos de la verdadera —que habíamos comprado con Turi y Fortu exclusivamente para eso. No pasó más de una hora hasta que cayó al suelo inconsciente, y como sabíamos la razón de su colapso, no nos preocupamos. Lo cargamos en cambio sobre una carretilla, que yo iba empujando mientras Turi imitaba con la boca el sonido de una sirena de ambulancia. Así lo llevamos barranca arriba hacia su casa, pero se nos cayó del vehículo a mitad de camino y tuve que ir a decirle a la madre que fuera a buscarlo allí, donde yacía despaturrado. Ella vio que nosotros lucíamos sobrios, pero sospechó desde el principio que

éramos los culpables de la borrachera de Paco, que sin embargo se llevó una buena tunda en cuanto despertó de la prueba. Al día siguiente la madre llegó a sermonearnos y, como siempre, nos disculpamos actuando un remordimiento que no sentíamos en realidad pero que las madres solían creernos.

—Sí, juguemos a los coboy pero yo soy el yerif. —Levantó la mano Fortu, que por ser el mayor solía definir las reglas.

—¿Puedo jugar con ustedes? —Oímos su pequeña voz a pocos pasos y todos nos giramos para verla.

Olga tenía seis años en ese entonces, era una niña hermosa, tal vez de las más bonitas que he visto en mi vida. Todos los niños de la zona querían ser sus novios —aunque no sabíamos realmente qué implicaba tal rol—, y ella era tan dulce y abierta que jugaba con cada uno sin distinción. Recuerdo que solíamos invitarla para jugar al doctor, Olga era la enfermera y todos caíamos gravemente enfermos con tal de que ella nos revisara, nos tomara la fiebre con un beso en la frente y nos apoyara la mejilla en el pecho para escuchar el corazón… que entonces nos latía muy fuerte.

—Sí, sí, vení que estamos eligiendo los personajes —le respondió mi hermano mayor, mientras todos la veíamos embobados.

—Yo quiero ser de los buenos —dijo Tati, el hijo menor de mi madrina y, por tanto, parte de la familia.

—Yo también —agregó el Chino, que por ser hermano de Olga tampoco tuvo que pasar una prueba para unirse a nuestra pandilla.

—¡No podemos ser todos buenos! —exclamó Fortu.

—Pero si vos sos el comisario, entonce' nosotros podemos ser los coboy buenos que trabajamos con vos, los que cuidan a la gente del pueblo —sugirió Turi.

—¿Y yo quién puedo ser? —preguntó Olga.

—Mi esposa, claro —dijo Fortu sin demora y con una gran sonrisa en su rostro—. Pero alguien tiene que ser el indio malo que quiere secuestrarte.

—¡Yo! —Levanté la mano con entusiasmo.

Sospecho que el resto del grupo sintió cierta envidia y se lamentó de no haber esperado hasta el final para elegir su personaje, porque una vez que secuestrara a Olga, la tendría más cerca que cualquiera.

Me armé entonces una choza con unas cañas y hojas anchas de

las plantas de los alrededores. El resto se acomodaron un poco alejados donde, ayudados por la imaginación, instalaron el pueblo que debían proteger de mí.

Luego de un par de enfrentamientos con los vaqueros, me dispuse a esperar escondido hasta que los vi cansados y aburridos, divagando sin prestar atención a la mujer del comisario; entonces me acerqué sigiloso y logré secuestrarla. Mientras corría llevándola de la mano hacia mi choza, iba emitiendo ese grito característico de los indígenas, tapando mi boca con la mano para liberar el alarido de triunfo en pequeñas dosis. No me duró mucho la felicidad de tener a Olga conmigo porque, al descuidarme jugando con ella —medio atontado con su risa y sus modos—, me capturaron los cowboys, que surgieron de diferentes escondites donde se habían mantenido agazapados mientras esperaban para atacar.

Me amarraron con fuerza y me amordazaron mientras discutían mi destino. Finalmente me condenaron a muerte porque dedujeron que no podrían confiar en mí, así que me colgaron por los pies de un arco de madera que había junto al chiquero. Desde allí, cabeza abajo, podía ver el suelo regado de piedras de yeso, y el olor a desperdicios de los cerdos se colaba por mis fosas nasales de forma inevitable.

—Creo que ya está muerto —dijo el Chino luego de tocarme con un palo. Yo mantuve los ojos cerrados, pero estaba dispuesto a atacarlos en cuanto me bajaran de ahí.

Mi hermano mayor se acercó y soltó de golpe la soga de la que estaba sujeto y caí de cabeza, con todo el peso de mi cuerpo, sobre las piedras.

La siguiente imagen que recuerdo haber visto fue la luz cegadora de una pequeña linterna con la que el médico miraba dentro de uno de mis ojos. Al parecer me habían llevado hasta su casa desfallecido, con la cabeza ensangrentada.

—Lo podrían haber matado —le dijo el doctor a mi madre, que tenía una mano cubriéndose la boca.

—¡Si estuviera José…! —exclamó ella y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Los cowboys no lograron matarme, y aunque eran mis enemigos, me sentí aliviado de que no estuviera el monstruo en tierra porque tal vez él sí nos habría aniquilado a todos: a mí por boludo y al

resto por salvajes…

Pero papá volvió, siempre lo hacía, y el monstruo venía con él.

Afortunadamente las heridas en mi cabeza estaban cubiertas por el cabello, así que nunca se enteró del intento de homicidio contra el indígena que, de alguna manera, siempre llevé dentro de mí.

La llegada de mi padre era, para todos, una señal de alerta que se mantenía encendida hasta el día en que se iba. Aunque éramos niños y siempre tuvimos la capacidad de recrear la alegría, su habilidad para quebrar nuestro bienestar en pedazos era a veces mucho mayor. Ese día —como la mayoría de las veces que volvía a casa después de un viaje— traía buen humor, pero nunca llegaba carente de ese talento que había desarrollado con los años para fastidiarnos la paz:

—Vamos a entrenar —nos dijo, y todos nos pusimos en fila para acatar sus órdenes.

José solía impartirnos desde que tengo memoria —y durante varios años—, una forma de entrenamiento militar que, se suponía, nos haría más fuertes. El problema era que, en ese entonces, nosotros éramos muy chicos, no sólo en edad sino en tamaño, de modo que los ejercicios que nos exigía acababan por aniquilar toda nuestra energía.

—Corran, corran, vamos —nos ordenó y salimos trotando en círculo alrededor de la casa.

Los vecinos siempre se quedaban mirando, a la distancia, esas sesiones a las que nos sometía el viejo. En esa época yo me sentía humillado, como si estuviera recibiendo una especie de castigo público, y aunque es probable que las personas que nos veían se estuvieran compadeciendo de nosotros, en mi mente los veía burlándose.

Cada vez que pasábamos delante de papá, él nos ordenaba cuerpo a tierra y todos nos lanzábamos de panza al suelo, entonces comenzábamos a arrastrarnos con la ayuda de los codos sobre un terreno en el que a veces había piedras, espinas, ramas que podíamos reconocer en el contacto con la piel mientras avanzábamos como serpientes.

—¡Arriba, salto de rana, vamos, vamos! —gritó en un momento, y los tres nos levantamos del suelo a saltar con las manos detrás de la nuca—. ¡Uno, dos!

Luego nos mandó otra vez a correr, así que salimos agotados, con la lengua afuera, a trotar alrededor del rancho desde donde mamá nos veía conteniendo el llanto detrás de una mirada compasiva. Nunca le manifestamos nuestro temor, nuestro cansancio o nuestra bronca, pero ella tenía un sensor especial como la mayoría de las madres, aunque supongo que se convencía a veces de que sufrir a José nos otorgaría en algún momento la independencia.

Después de unas cuantas flexiones de las que él llevó la cuenta y nosotros ejecutamos con esfuerzo sobrehumano, finalmente papá nos mandó a bañarnos al río. Fuimos hasta la casa por un jabón y una toalla —con la que debíamos secarnos todos—, y luego de frotarnos la piel sudada y rasgada en el agua, regresamos al rancho para la cena. Nos sentamos los tres alrededor de la mesa donde ya estaban Marina, Beto y papá, entonces Norma acomodó los platos y mamá trajo la olla con la comida. Le sirvió primero al viejo —no podía ser de otra manera— y luego fuimos pasando los platos uno a uno para que nos diera nuestra porción. Comenzamos a comer en silencio, todos estábamos muy hambrientos y amábamos la comida de mamá, pero papá siempre tenía alguna crítica para hacerle y esa vez no fue la excepción. Después de beberse un vaso de vino puro y al cabo de varios bocados —que llevó a su boca con una expresión de repugnancia—, arrojó con fuerza el tenedor sobre el plato:

—Esto está asqueroso, ¿qué le pusiste? —Miró a mamá con esos ojos endemoniados que a todos nos paralizaban.

Volvió a bufar y, como ella no le respondía —ninguno de nosotros se atrevería— se levantó de la mesa, tomó la olla y la arrojó al suelo. Creo que los malos tratos que le infringía ese hombre a nuestra madre eran el castigo más doloroso para todos.

El monstruo siguió gritando y golpeando la mesa:

—¿Cuándo vas a aprender a cocinar? ¿Y ustedes qué comen? ¿Esta porquería les gusta? —Tomó el plato de Norma, que se sentaba junto a él, y lo lanzó sobre la cabeza de mamá—. ¡Salgan todos de acá, se terminó la cena! —dijo con el ceño fruncido, así que todos salimos de la casa para ir al baño antes de acostarnos.

Rosa se quedó limpiando el desastre que había hecho su marido, mientras él continuaba insultándola y bebiendo vino. ¡Qué poco le habían durado las promesas!

Mientras esperaba el turno para hacer mis necesidades, unos nervios incontrolables me retorcían las entrañas. El viejo solía hacer ese tipo de escándalos cada vez que nos sentábamos a la mesa, era una tortura y no alcanzaba con preverla para que nos acostumbrásemos a presenciarlas. Siempre temíamos por mamá, pero no sabíamos cómo ayudarla. Ahora sólo esperaba que mi madre terminara de limpiar pronto para que pudiera irse a dormir mientras yo intentaba, como cada noche, entretener a José.

Cuando entramos a la casa luego de un rato, mis padres ya no estaban en la cocina, pero oímos al monstruo gritando en el cuarto, mientras Norma seguía acomodando trastos, Marina lloriqueaba junto a ella y Beto la miraba con los ojos curiosos. Fortu, Turi y yo no sabíamos bien qué hacer, nos atrapó la maldita incertidumbre que llegaba a acosarnos cada vez que despertaba el monstruo. Nos sentamos todos a esperar que se resolviera esa pelea, ¿existe pelea cuando sólo uno de los contrincantes ataca? Para nosotros eran peleas lo que nadie dudaría hoy en catalogar como violencia de género, aunque la violencia de José no distinguía edades, especies ni género.

De pronto oí unos gritos desesperados de mamá y ya no pude contenerme. Corrí hasta el cuarto y la vi de pie encima de la cama, cubriéndose el torso con las manos y tratando de esquivar las puntadas que José le lanzaba con una de esas tijeras enormes.

—¡No, José, por favor calmate! —le suplicaba su mujer con el terror escurriéndose por los ojos.

Era claro que él no se detendría, y en uno de los impulsos le clavó la punta afilada en el brazo. Yo abrí grandes los ojos y el corazón se me encogió cuando vi cómo brotaba la sangre del brazo de mi madre. Ya sin pensar, salí corriendo de la casa tan rápido como me fue posible. Subí la barranca casi en cuatro patas y continué rumbo al domicilio del médico. A cada paso que daba sentía el cuerpo de plomo, era como si no avanzara y la preocupación por la seguridad de mi madre iba prendida de mi espalda como un maldito ancla.

Golpeé la puerta del doctor Vázquez Vuelta con una desesperación que no manejaba, y él salió a la calle extrañado:

—¿Qué pasa, querido?

—Mi mamá… —dije mientras recuperaba el aliento y el hombre

me miraba frunciendo el ceño—. Papá le clavó una tijera a mamá y está sangrando.

—Esperame que voy con vos.

El médico buscó con prisa su maletín de cuero negro y fuimos juntos de regreso a mi casa en los zanjones, debajo de la barranca. Al entrar por la puerta vimos que todo estaba en calma, mis hermanos se habían ido a dormir y José bebía en la mesa como si nada hubiera pasado:

—Buenas noches, dotor —lo saludó al verlo entrar detrás de mí.

—Buenas noches, José. Vine a ver a Rosa, me comentó el muchacho que está herida.

Mi padre se levantó de su silla con cierta parsimonia:

—Sí, venga. —Se encaminó hacia el cuarto seguido por el médico, yo fui detrás—. No creo que haya sido nada grave, no sé por qué Colía fue a molestarlo. —Se giró sobre su hombro y vi la amenaza en sus ojos.

El doctor Vázquez Vuelta revisó su herida, la curó con un líquido y la vendó con unas gasas:

—¿Qué te pasó, Rosa?

—Iba con las tijeras en la mano y me tropecé, me las clavé sin querer, de tonta nomás —le mintió ella con una sonrisa triste.

—Afortunadamente es superficial —le dijo él mientras guardaba sus instrumentos de vuelta en el maletín—. Tenés que ser más cuidadosa, si volvés a lastimarte así voy a tener que dar aviso a la policía, ¿sabés? —Ella lo miró con pudor y asintió con la cabeza en silencio.

José tampoco emitió una palabra, aunque para él era de suma importancia el concepto que pudiera tener la gente sobre su persona. Lo acompañó hasta la puerta y le ofreció la mano en saludo:

—Gracias por venir, dotor, que le vaya bien.

Esa noche, después de unos cuantos tragos, el viejo se quitó las ganas de darme un buen cachetazo mientras jugábamos a las cartas:

—Mirá lo mal que jugaste, con esa mano podrías haber ganado —me dijo después del sopapo, pero yo supe que era porque fui a buscar al médico—. Vaya a comprar más bebida —me ordenó mientras se ponía de pie para ir al galpón—. Acá tiene la plata, traiga un Tres Plumas y una grapa.

Odiaba ir a esas horas de la noche a comprar alcohol, pero esa vez al menos tenía el aliciente de que, al regresar, tomaría grapa con miel, la única de todas las bebidas que disfrutaba.

Sandías robadas

La abuela Hilaria… ¡Qué mujer tan buena!

Según lo había planeado José un par de semanas atrás, iríamos a visitar a los parientes y amigos que vivían en la provincia de Santa Fe, lugar donde nacimos Norma, José y yo, y del que nos exiliamos por las deudas morales que contrajeron el tío Jonás y papá con los mocovíes.

Yo conocía a mi abuela de otra vida, esa otra vida que había tenido antes de ser consciente, antes de despertar en las profundidades del magnánimo Paraná. Apenas recordaba su rostro pero sabía quién era, cuánto nos quería y cómo nos consentía cuando íbamos a verla. Estaba entusiasmado como el resto de mis hermanos, porque el registro mental que guardábamos de Hilaria era como el que la mayoría de los niños tiene de sus abuelos: el de una persona mágica que hacía realidad nuestros deseos, incluso esos deseos que ni siquiera sabíamos que teníamos.

Los pasajes en colectivo eran muy costosos y, aunque ésas eran las únicas vacaciones que tendríamos por mucho tiempo, no podíamos darnos el lujo de ir todos sobre ruedas. Mamá viajó entonces en micro con las niñas, Beto y Sergio —que aún eran muy pequeños—, y a los tres varones mayores nos tocó ir con el viejo en canoa, remando para cruzar el río hasta las costas santafesinas. Ese trayecto solía tomar alrededor de un día y medio con buen tiempo, y como además de un clima maravilloso nos ayudó la corriente, logramos llegar en el plazo previsto. Sin embargo, nuestra canoa era muy pequeña y, por la cantidad de cosas que llevábamos encima, el viaje resultó algo incómodo, razón por la cual tuvimos que soportar las quejas del viejo. «Ya es hora de comprar un bote más grande, carajo», repitió varias veces como si no lo hubiéramos escuchado a la primera.

Al llegar a la costa de Helvecia descendimos de la canoa y caminamos el resto del recorrido hasta la residencia de doña Hilaria, donde nos esperaba mamá con el resto de los hermanos. Cuando estábamos a pocos metros vimos a la abuela sentada en el porche de su morada con una especie de canasta encima de su regazo. Papá silbó y ella levantó la vista. Nosotros agitamos las manos en lo alto y notamos que se ponía de pie como un resorte, entonces abrió los brazos y se mantuvo así hasta que estuvimos tan cerca como para estrecharnos uno por uno. Luego nos invitó a pasar, «bienvenidos, adelante», nos dijo con una sonrisa luminosa y los ojos húmedos. Mientras José se cambiaba la ropa para salir, la abuela nos preguntó sobre el viaje, nos contó lo feliz que estaba con nuestra visita y volvió a besarnos a todos con una ternura que no estábamos acostumbrados a percibir.

La casa de Hilaria era más grande que la nuestra, contaba con tres dormitorios y una cocina comedor bastante amplia. No tenía agua potable —la extraían de un aljibe— y tampoco luz eléctrica, pero en casa también usábamos farol a querosén y bebíamos agua del río. La diferencia más grande era quizás el aspecto del barrio, construido sobre un terreno llano rodeado por calles de tierra arenosa, a lo largo de las cuales se alzaban tres o cuatro viviendas de cada lado.

Cuando mis padres se fueron a saludar otras gentes, la abuela mágica nos preparó una merienda increíble. Afuera estaban haciendo unos treinta grados centígrados y en esa época la mayoría no teníamos heladera, de modo que los lácteos eran un lujo que no solíamos darnos. Sin embargo, la abuela Hilaria había comprado leche para hacernos chocolate y una manteca para untarnos sobre el pan. Aquello fue para nosotros como un banquete real, todavía recuerdo el aroma y el sabor de ese manjar, la cremosidad de la chocolatada y el placer que me generaba chuparme los dedos, embadurnados de manteca y salpicados del azúcar que la abuela había regado encima del pan.

Luego de esa merienda de reyes, salimos con mis hermanos a jugar, fascinados con la idea de encontrar novedades en los alrededores. Anduvimos en torno a la casa y luego caminamos a lo largo de la calle, como exploradores en busca de algún gran hallazgo. Lo más gracioso de todo es que en realidad hicimos ese

hallazgo a pocos metros de distancia, en diagonal a la casa de la abuela. Desde afuera del alambrado descubrimos una extensa plantación de sandías que nos dejó a todos con la boca abierta, y aunque teníamos la panza bien llena de pan con manteca, se nos despertó la tentación.

Fue entonces que se me vino a la memoria una escena que todavía me provocaba cierta indignación. Por alguna razón mi padre me había asignado la tarea de mandadero, yo era el que iba a cobrar o pagar sus deudas, llevar y traer encargos, mensajes o paquetes. Semanas atrás él me había mandado a recoger un dinero que le debía el Gordo Ramón, un hombre morocho y corpulento que atendía la única verdulería del pueblo donde vivíamos. Nunca supe la forma en que adquirió esa deuda con José, aunque es probable que fuera durante uno de esos encuentros casuales en la taberna que ambos frecuentaban. La cuestión es que, cada vez que iba a buscar la cuota, ese tipo solía ponerme a esperar hasta que atendía incluso a los clientes más indecisos —y a los vecinos que sólo pasaban a conversar—, antes de darme unas pocas monedas que escasamente achicaban su deuda. Así es que acabé pagándole al viejo con mi trabajo para que no se enojara conmigo por no exigirle al Gordo lo que le correspondía. Seguí visitando la verdulería para recuperar mi dinero aunque fuera en pequeñas cuotas, pero la última vez que fui me cobré la deuda entera. Cuando llegué él se preparaba para partir una sandía que tenía encima del mostrador. Me miró sin prestarme demasiada atención y luego tomó una cuchilla y la abrió al medio. Al ver esa pulpa rosada y jugosa, se separaron mis labios y mi lengua comenzó a moverse dentro de mi boca. A esas horas el calor era abrasador y un trozo de sandía habría sido como un bálsamo para mi cuerpo sediento. Yo me acerqué unos pocos pasos con intenciones de aceptarle una tajada en cuanto me la ofreciera. Fijé mi vista en sus manos mientras sacaba lentamente el centro de una de las mitades que luego se llevó a la boca de una vez. Lo saboreó sin prisa mientras el jugo chorreaba por las comisuras de sus labios. Luego hizo lo mismo con la otra mitad y arrojó el resto de la sandía a un tacho con desechos que tenía a su derecha. Se limpió la boca con un trapo percudido que estaba junto a la cuchilla, buscó unas pocas monedas de un cajón y me las arrojó encima del mostrador:

—Ahí tenés, andá —me dijo de mala forma. Luego se giró para seguir acomodando la fruta.

Yo me quedé por un instante mirando el resto de sandía que había arrojado al tacho, mientras una sensación incómoda de rabia se iba despertando en mi mente. No estaba acostumbrado a toparme con ese nivel de mezquindad, ni las personas más pobres eran tan angurrientas. Tampoco esperaba que me diera la mejor parte de la sandía, pero él ni siquiera me ofreció uno de esos trozos que desechó frente a mis ojos deseosos.

Anduve hasta el mostrador y tomé las monedas. Todavía no sabía leer, pero era bastante bueno contando dinero, supongo que fue una capacidad adquirida en el ejercicio de la supervivencia.

—Esto no alcanza —le dije con firmeza—, faltan como cinco pesos para pagar todo lo que le debe.

—Pero no tengo toda la plata. —Me miró frunciendo el ceño.

Tragué saliva e insistí:

—Papá me dijo que se la mande toda, si no va a venir él.

El Gordo cambió su expresión, agachó la cabeza y buscó en el cajón:

—Bueno, a ver… Acá tengo algo más… —me dijo con la voz serena. Él conocía a mi padre y no hubiera querido que llegara enojado a verlo, era preferible quedarse sin dinero.

Antes de retirarme con el pago completo de la deuda, volví a mirar con indignación los restos de sandía que ese verdulero mezquino había desechado ante mis ojos, y en ese momento no imaginé que alguna vez estaría de pie frente a un sandial como el que acabábamos de descubrir en diagonal a la casa de la abuela.

—Podemos venir cuando se haga de noche y nadie nos vea —les dije a mis hermanos, que también estaban pensando en meterse a robar sandías.

—No se van a dar cuenta si sacamos algunas —comentó Fortu con una media sonrisa—. Hay muchas…

Como a las diez de la noche, cuando ya todos se habían ido a dormir, nosotros nos escabullimos por la ventana con las sogas y el cuchillo que le habíamos sacado a la abuela sin que se diera cuenta. Ella era el único adulto a cargo porque mis padres se habían quedado en la casa de unos amigos, de otro modo nunca habríamos intentado tal hazaña.

La claridad de la luna llena fue suficiente para ubicarnos en el camino que teníamos bien medido, además estábamos acostumbrados a andar de noche cuando íbamos de caza. Marchamos sigilosos, cuidando de no tropezar con nada, y cuando estuvimos frente al sembrado armamos una especie de horqueta con unos palitos para separar el alambrado. Con Turi pasamos por debajo de las púas hasta quedar dentro de la plantación, mientras Fortu aguardaba junto al cercado para sacar la fruta hacia la calle sin que se lastimara la cáscara. A mí me tocó seleccionar las sandías porque era al que más le gustaba comerlas, y por eso sabía cómo distinguir las mejores. Buscaba las que tuvieran una forma redonda uniforme, les daba golpecitos con el nudillo para oír si sonaba seco, las levantaba para cerciorarme de que fueran más pesadas de lo que parecían —era señal de que estaban maduras y contenían más azúcar— y, si me convencían, cortaba con el cuchillo los cabos por los que estaban sujetas a las plantas. Luego les amarraba una soga alrededor del cabo y Turi las llevaba arrastrando hasta donde estaba Fortu, esperando para recibirlas.

Ninguno pensó en medir la cantidad según nuestra capacidad de consumo, y simplemente nos entusiasmamos sacando sandías a la calle, por la cual luego las llevamos rodando hasta la casa de la abuela. No recuerdo cuántos viajes hicimos de vuelta para trasladar nuestro botín, pero sin dudas habíamos robado mucha mayor cantidad de la que seríamos capaces de comer.

Entramos las sandías por la ventana con cierto esfuerzo porque eran bastante grandes, pero el deseo de saborearlas al día siguiente nos inyectó el combustible para terminar el trabajo. No fuimos conscientes, en ese momento, de que pudimos haber encontrado una serpiente en el sembrado. Ni consideramos la posibilidad de que alguien pasara por esa calle mientras íbamos trasladando nuestro pillaje. Tampoco planeamos muy bien qué le diríamos a la abuela cuando descubriera el cuarto repleto de sandías, sólo nos dormimos satisfechos, pensando en el momento de la degustación.

Al día siguiente, la mujer mágica que había quedado a cargo de nosotros entró en la habitación donde dormíamos para llamarnos a desayunar.

—¡¿Ay chicos, qué hicieron?! —exclamó llevando ambas manos a la cabeza.

Nosotros nos miramos, todavía estábamos sucios de arena y nos dolían un poco los brazos.

—No abuela, no se preocupe, ahora vamos a ir a comprar algunas sandías —le dije para excusarnos por haber robado, aunque un par de monedas que pudiéramos darle al dueño de la plantación no cambiaría nada. En ese momento nosotros estábamos convencidos de que, como tenían muchas, no les haría ningún daño que tomáramos algunas.

—Hm, son muchas, ¿se las van a comer todas? —nos preguntó la abuela, mientras veía alrededor las sandías que estaban en fila a lo largo de la pared… y las que sobresalían por debajo de las camas y del armario.

—¡Sí, abuela! —exclamamos los tres.

Sabíamos que papá podría llegar en cualquier momento, debíamos sacar las sandías del cuarto y empezar a comerlas. Dentro de la casa el calor era insoportable y la abuela no quería que ensuciáramos todos los pisos con el jugo de la fruta. Teníamos que salir, pero afuera había tanto movimiento que nos entró un miedo terrible de ser descubiertos, de modo que la paranoia nos mantuvo recluidos por largo rato. Los cosechadores estaban trabajando desde temprano en la plantación frente a la casa de la abuela, y cada tanto nos asomábamos para ver cómo iban formando pilas de sandías junto a un galpón que, apenas horas atrás, habíamos visto de cerca.

No podíamos salir a comer la fruta con el riesgo de que nos vieran, así que debí armarme de coraje y cruzar la calle para ir a comprar un par de sandías que nos sirvieran de tapadera. Ya habían pasado algunos camiones a recoger la mayor parte de la mercadería, entonces salí arrastrando los pies con cierta vergüenza y el temor de que me vieran sospechoso, pues, aunque nadie nos había descubierto, nosotros sabíamos lo que habíamos hecho.

Llegué frente al galpón junto al cual estaban las tres pilas de sandías —que se habían reducido a menos de un quinto de lo que eran antes de que pasaran los camiones—, y una mujer que andaba por allí me miró con una sonrisa:

—Oh, ¿vos sos uno de los nietitos de la abuela Hilaria?

Asentí con la cabeza gacha, actuando un papel de «pobrecito» que me costaba creerme.

La señora se acercó a mí, inclinó su torso hacia adelante y me

tomó el mentón con una mano para levantarme la cabeza:

—A ver… qué bonito nieto tiene la vecina —me dijo aún sonriendo—. ¿Viniste a comprar sandía?

Volví a asentir con la mejor actitud de humildad que pude inventar.

—A ver cuánta plata tenés…

Le mostré las monedas que llevaba apretadas dentro del puño.

—Ah, ¡cuánta plata! Te alcanza para muchas sandías. —Llevó las manos a la cintura en un movimiento gracioso—. ¿Te gusta la sandía?

—Sí.

—¿Y a tus hermanitos? Son muchos hermanos, ¿no?

Asentí otra vez con la cabeza.

—Y allá en Entre Ríos, ¿tienen sandía?

—No —pronuncié casi en un susurro.

—¡Ah bueno, entonces tienen que aprovechar para comer sandía acá!

La miré esbozando una sonrisa.

—Mirá, con la plata que trajiste te alcanza para todas esas sandías. —Me señaló lo que quedaba de las tres pilas—. Así que vos dejame las monedas y llevátelas todas.

No iba a decirle que ya le habíamos robado una cantidad similar de sandías, la idea había sido comprar sólo un par para tener la excusa de comer la fruta afuera sin que sospecharan que se las habíamos sacado sin permiso, así que no tuve más opción que aceptar la oferta de esa mujer tan caritativa. Ella tuvo un gesto tan maravilloso que me dejó pasmado, y la culpa comenzó a brotar en mi conciencia joven e inexperta.

Nos llevamos las sandías a la casa de la abuela con una alegría que no necesitábamos esconder, y esa tarde nos empachamos todos comiendo la pulpa rosada de esa fruta que sigue siendo mi favorita.

Cuando llegó papá todavía nos quedaban decenas de sandías amontonadas junto a la casa. Afortunadamente, la actitud de esa mujer tan bondadosa nos salvó de un detalle que tampoco habíamos tenido en cuenta al robar tantas sandías:

—La vecina nos las regaló —le dijo Fortu al viejo cuando nos preguntó, y así pudimos seguir comiendo incluso las sandías robadas.

La abuela Hilaria no dijo nada porque ella sabía la pesadilla que vivíamos con papá, entonces nos permitía hacer lo que quisiéramos cuando él no andaba cerca.

Aquélla no fue la última vez que robamos pero, al menos para mí, fue la última vez que lo hice por voluntad propia. Había entendido que hay dos formas efectivas para conseguir algo que uno quiere con muchas ansias: una es pedirlo, porque no todos son tan mezquinos como el Gordo Ramón, y la otra es trabajar por ello. No tuve que pensar mucho para descubrirlo, era una lección que la vida me estuvo repitiendo desde que desperté en las entrañas del inmenso Paraná.

En la mira

Por alguna razón que nunca nos explicó, mi padre tenía la costumbre de introducirnos a diferentes prácticas según llegábamos a una edad que él consideraba la apropiada, y así, los mayores iban adquiriendo antes que el resto nuevas responsabilidades, pero también más permisos. A los cinco años todos tuvimos que aprender a nadar, sin excepción, y eso nos permitió andar solos en las inmediaciones del río, usar la canoa y salir a pescar sin supervisión. Evidentemente, las instrucciones básicas para el arte de la pesca las recibimos un poco antes, así que de ésas no me acuerdo bien, es casi como si hubiera nacido con la habilidad implantada en el cerebro, aunque luego me fui perfeccionando e innovando en las técnicas a medida que iba creciendo y sumando experiencia. Aprendíamos mucho de la observación y la práctica, de la prueba y el error, y cuando no estaba el viejo, los errores nos provocaban risa.

Ahora era tiempo de recibir las instrucciones para usar la escopeta, había cumplido ocho años y, según el cronograma mental de mi padre, estaba listo. Fortu había aprendido a disparar un año atrás, y desde entonces tenía permiso para llevar el arma de fuego en nuestras excursiones de caza. A veces papá estaba ausente y nos íbamos sin él, pero ni Turi ni yo nos atrevimos jamás a considerar siquiera la idea de tocar el arma de Fortu. Supongo que temíamos que José se enterara de alguna manera… Habíamos desarrollado la teoría de que él tenía un sexto sentido para descubrir nuestras mentiras, pero la realidad era que no sabíamos fingir y, cuando desobedecíamos sus órdenes, luego lucíamos —irremediablemente— sospechosos, algo que cambiaría con el tiempo.

El día que papá había previsto para enseñarme, fuimos los tres hermanos mayores en canoa hasta un área deshabitada y agreste en la zona del delta. Recuerdo aquel evento como si fuera una especie

de ritual, ya desde que subimos a la canoa para cruzar el Paraná pude sentir esas cosquillas de emoción recorriendo mis vísceras. Era sin dudas una forma de iniciación, y José me daría las instrucciones una única vez, de modo que si fallaba no sólo debería soportar el castigo físico sino además el peso de la frustración. Sin embargo sabíamos que, con cada práctica o conocimiento que incorporábamos, nos hacíamos más libres, más independientes. Eso es algo que debo reconocerle a mi padre, él nos formó como personas hábiles, nos inculcó el trabajo y, de una manera nada recomendable, nos hizo fuertes ante la adversidad.

Bajamos de la canoa sobre un terreno arenoso, regado de árboles y plantas que se hidrataban con el agua del río. El sol resplandecía sobre nuestras cabezas, y sólo se oían los pasos que iba dando mi padre hasta el sitio donde pondría la cuchara de plata a la que debíamos apuntar y, eventualmente, pegarle. Se detuvo a unos treinta metros de distancia y pude ver el brillo intenso de la cuchara, que reflejaba la luz del sol. Luego regresó hasta donde estábamos, tomó la escopeta descargada —una calibre 16 de doble caño yuxtapuesto— y se acercó a mí:

—A ver… —dijo mientras me entregaba el arma—. Para sujetarla bien tenés que poner la mano con la que vas a disparar en la empuñadura, agarrala por la garganta, ese espacio ahí detrás del guardamonte y del gatillo. Vamos, con firmeza. —Yo lo escuchaba muy atento para seguir sus instrucciones—. Ahora vas a poner la otra mano en el guardamano, sostenela así por el medio. —Me mostró haciendo mímicas—. Ahora apoyá el arma contra tu hombro, manteniendo las manos en la misma posición. Empujá la cantonera firmemente contra tu hombro. —Empujó la culata hacia mi cuerpo—. Cuando salga la bala, el arma te va a dar un golpe pa'atrás. Si no mantenés la escopeta con firmeza contra tu hombro, vas a perder el equilibrio y el tiro saldrá pa' cualquier lado —me explicó con seriedad, y luego me advirtió que no pusiera el dedo sobre el gatillo hasta que quisiera disparar.

Una vez que supe cómo sostener el arma, debía aprender a cargarla. Recuerdo que empleábamos unos cartuchos Bremer —plomo grueso— para cazar animales de gran porte, y municiones de perdigones para las aves. Si uno es diestro, como yo, el cartucho se carga en el cañón derecho y la munición en el izquierdo.

Normalmente el gatillo número uno es el que dispara el plomo, y el número dos —que está justo detrás del primero— es para la munición menor.

—Vas a hacer un tiro con rodilla a tierra —me dijo José cuando ya tenía el arma cargada entre mis manos.

Nosotros sabíamos —de haberlo visto a él tantas veces— que existían al menos tres posiciones para tirar: una que era cuerpo a tierra, la segunda con una rodilla apoyada en el suelo —que mejoraba la estabilidad cuando salía el proyectil y la escopeta daba un golpe hacia atrás—, y la posición de pie, que generalmente se empleaba cuando la presa era muy rápida y no daba tiempo de acomodarse mejor.

Bajé una rodilla al suelo y sostuve el arma como me había indicado papá minutos atrás.

—Para apuntar, tenés que apoyar la cara en la culata y cerrar el ojo izquierdo, así ves bien con el otro ojo por la mira de la escopeta —continuó explicándome el viejo—. Ahora fijate que en la punta del cañón hay un punto de disparo, ese punto tiene que estar justo sobre el objetivo, cuando lo tengas en la mira, dispará.

Apunté tan precisamente como pude hacia la cuchara que seguía brillando bajo el sol, respiré profundo y gatillé. El primer tiro debía ser con el cartucho, que al salir empujó mi hombro hacia atrás, entonces el plomo dio justo en el centro del objetivo y la cuchara voló por los aires. Según nos había explicado antes, si acertaba en el tiro con el plomo —que iba compacto y daba en un solo punto—, el de la munición era más fácil porque tenía varios perdigones que se esparcían.

Ésa fue la única lección que recibí de mi padre, y supongo que el temor de ser reprendido fue el que me definió para acertar en el primer tiro. Así era en la mayoría de las cosas que nos enseñaba o nos mandaba a hacer, si no aprendíamos en la primera, nos ganábamos —como mínimo— un soplamoco que nos dejaba tumbados.

El siguiente viernes, ya que el viejo había vuelto a embarcarse, mis hermanos y yo salimos en una excursión de caza que se extendería hasta el domingo en la tarde.

Cuando regresamos de la escuela, después de almorzar, cada uno preparó su equipo de pesca y caza. —Fortu y yo ya usábamos

escopeta, Turi andaba con navaja—, y entre todos empacamos un bizcocho de aceite que nos había preparado mamá para la merienda, fósforos, un paquete de sal, unas botellas de vino —bebíamos alcohol como energizante y para apaciguar el frío por las noches— y una lona con la que armaríamos nuestra carpa.

Cuando estuvimos listos, nos pusimos al hombro nuestros equipos y anduvimos entusiasmados hasta la costa donde cargamos todo en la canoa. Entonces remamos hasta el lugar que teníamos previsto. Cada vez que salíamos en ese tipo de excursión, seguíamos una especie de protocolo que en realidad fuimos adquiriendo y perfeccionando con la experiencia. Al llegar al sitio donde nos quedaríamos, bajábamos con todo el equipaje que llevábamos y, luego de limpiar con un machete la zona de maleza, buscábamos unos palos para armar una carpa con la lona y establecer allí nuestro campamento improvisado. Lo primero que hacíamos, en general, era cazar algún ave para quitarle las vísceras, que nos servirían de carnada para pescar.

Esa vez, luego de montar el campamento, Fortu y yo salimos con las armas cargadas a buscar nuestra presa. Turi se encaminó detrás de mí y observaba todo a su alrededor porque, aunque no tenía escopeta, podía marcarme el objetivo si lo encontraba antes que yo.

Caminamos por algunos minutos hasta que advertí un casal de martinetas revoloteando juntas sobre la copa de un árbol. Le hice señas a Fortu y, cuando supe que me había interpretado, disparé. Él le tiró entonces al ave que quedaba en el aire y cayó cerca de la que había bajado yo. Las martinetas eran de carne muy sabrosa, así que decidimos guardarlas para la cena en lugar de usarlas como carnada. Pronto se hizo de noche y regresamos al campamento. Encendimos fuego y armamos una especie de espiedo, con unos palos en forma de horquetas que sostenían la estaca con la que habíamos atravesado la carne de nuestras presas. Cenamos con esa informalidad que tanto disfrutábamos, sosteniendo la comida con las manos y arrancando cada bocado con los dientes. Bebimos vino para calentarnos el cuerpo y luego nos tumbamos en el suelo.

Nos despertó la claridad del sol que anunciaba el comienzo de un nuevo día, y pronto nos pusimos de pie motivados por las ansias de aventura.

Salimos otra vez en busca de aves para conseguir las carnadas

que necesitábamos para pescar. Llevábamos las escopetas al hombro y en la mano un trozo de bizcochuelo que íbamos comiendo a modo de desayuno. Caminamos por largo rato mientras disfrutábamos de ese paisaje salvaje y nos reíamos de nuestras propias peripecias. De pronto vimos, a unos cuantos metros de distancia, a un hombre que miraba hacia arriba. Los tres alzamos la vista al cielo y notamos que unas aves inmensas volaban a gran altura. Nos acercamos al anciano —que seguía mirando hacia arriba con las manos en los bolsillos— y lo saludamos:

—Hola.

Él bajó la vista para vernos, se sonrió mostrando su dentadura desprovista pero no nos contestó, así fue que nos quedamos allí contemplando a su lado el planeo de esas aves enormes, con picos amenazantes y un bello plumaje en blanco y negro.

—¿Qué andan haciendo por acá? —nos preguntó el hombre, minutos después, con ese acento extraño de quienes no tienen dientes.

—Estamos cazando —le contesté cuando ya nos miraba con más atención.

—¿Les gustaría cazar uno de ésos? —Apuntó hacia el cielo.

Los tres asentimos con la cabeza.

—Bueno, para atraerlos y que bajen, tienen que correr —nos dijo—. Esos bichos son muy curiosos, cuando notan algo raro quieren ver más de cerca lo que está pasando, entonces bajan.

Nosotros lo mirábamos con desconfianza, no parecía muy probable lo que nos explicaba.

—Yo sé que no me creen, pero… ¿qué pierden con probar? Prueben, vean lo que les digo —nos desafió—. Los dos que tienen escopeta se acuestan apuntando al cielo; y vos, salí corriendo en círculo. —Lo apuntó a Turi con el dedo—. Ellos siempre bajan cuando ven algo fuera de lo común.

Nos miramos entre nosotros con cierta vacilación, pero finalmente decidimos probar lo que ese hombre de cabello blanco y sin dientes nos propuso.

—Yo me vuelvo al rancho —nos dijo él mientras se encaminaba hacia una vivienda pequeña y humilde que se veía a unos ciento cincuenta metros de distancia—. Después me cuentan qué tal les fue.

Fortu y yo nos tumbamos de espalda en el suelo:

—No quiero correr solo —se quejó Turi—. El viejo se va a reír.

Mi hermano mayor levantó el torso y lo miró:

—¡Si el viejo está lejos! Además, ¿qué importa si se ríe?

—Si no te importa corré vos. —Se cruzó de brazos, entonces me levanté del suelo, dejé allí mi escopeta y salí corriendo en círculos como nos había indicado el anciano.

Pronto se sumó Turi y luego también Fortu iba corriendo en círculos con nosotros. Poco después vimos que, efectivamente, esos inmensos bichos voladores habían comenzado a bajar. Iban siguiendo nuestro recorrido a medida que se aproximaban, más y más cerca en cada vuelta. Con Fortu nos arrojamos al suelo, recuperamos nuestras armas y nos acomodamos de espaldas para apuntarles, mientras Turi seguía corriendo. Una vuelta más y las aves habían descendido tanto que también él debió echarse al suelo porque tuvo la sensación de que lo golpearían.

—¡Dale, tirá! —exclamó Turi asustado.

Fortu disparó instantes antes que yo y logramos bajar a dos. Por un momento tuvimos la impresión de que esas aves enormes nos caerían encima, pero por fortuna quedaron a varios pasos de distancia. El resto del grupo regresó a las alturas y nosotros nos levantamos entusiasmados a festejar nuestra victoria.

Mientras saltábamos y reíamos, vimos que el viejo se aproximaba.

—Yo sabía que lo harían, ¿vieron? No les mentí. —Se sonrió.

—Podemos dejarle uno si quiere —le ofrecí en gratitud por la información que nos había dado.

—No, gracias, esa carne es muy dura para mí. —Volvió a sonreír al tiempo que señalaba con un dedo sus encías desnudas.

Luego nos indicó cómo podíamos cortarlos para llevarlos con mayor comodidad, y pronto regresamos a nuestro campamento cargados con esas presas enormes.

Apenas era el mediodía pero sabíamos que la carne de esos bichos no duraría fresca por mucho tiempo, así que encarnamos nuestros anzuelos con las vísceras que sacamos de uno de ellos, y pescamos sólo lo suficiente para prepararnos el almuerzo. Luego de comer desmontamos la carpa, juntamos todas nuestras pertenencias y cargamos en la canoa las presas que habíamos cazado. Tuvimos

que regresar antes de lo previsto, pero llevábamos con nosotros el producto de una nueva lección de caza, una nueva técnica, y la satisfacción de haber logrado el objetivo en el primer intento.

Entre las flores del jacarandá

El verano de 1963 se había pasado de forma precipitada como cada día, mes y año durante mi infancia. Se intercalaron el trabajo, el juego, las aventuras en las entrañas de la selva y sobre el lomo del río… También las noches de alcohol con el viejo —que a veces me mandaba a cumplir el correctivo sobre la sal gruesa—, sus escenas durante los almuerzos y las cenas, los golpes que recibí en el cuerpo y los que les dio a mamá o a mis hermanos —y a mí me dolieron en el alma—… hasta que de pronto, y sin que me lo esperara, comenzó un nuevo año lectivo.

Yo había transitado el primero sin aprender demasiado, de modo que me convertí en un repetidor y, cuando regresé a la escuela, todos los compañeros que habían pasado de grado me bautizaron Burro. Asumí el rol sin resistencia y me lo tomé bastante en serio, sobre todo cuando comprobé lo mucho que me costaba aprender cualquier cosa que tuviera que ver con lo académico. Tampoco sabía leer y apenas reconocía algunas letras, pero por suerte volvió a tocarme la señorita Blanca que me tenía mucha paciencia.

Ese año Lelo no fue a la escuela. Nunca me enteré de la razón, pero supuse que se habría mudado de Santa Elena y lo lamenté profundamente. Los recreos volvieron a ser entonces tan desagradables como esas primeras semanas del año anterior. En el patio había varios árboles de jacarandá detrás de los cuales solía esconderme para que no me molestaran los matones, que parecían haberse incrementado ante la ausencia de mi amigo Lelo. En época de otoño, las copas de los jacarandás se llenaban de hermosas flores azulvioláceas que todos admirábamos. A mí me gustaba recostarme sobre sus troncos aromáticos cada vez que salíamos al patio, y elegía en general los dos que estaban cerca de la oficina del director como un recurso de protección, aunque el señor Garito no

espantaba a nadie. Desde allí veía al resto de los chicos jugando, corriendo, conversando. Nunca me cruzaba con mis hermanos en esos momentos, pero tengo entendido que ellos se adaptaron mejor que yo. A mí no se me acercaba nadie que no quisiera fastidiarme, y el Cabezón Noré había regresado recargado; ahora que estaba otra vez solo, él se burlaba de mí sin restricciones. Pero yo no era el único blanco, ese chico era cruel en general, seguía comprando seguidores con figuritas y también las usaba como una especie de anzuelo, las arrojaba al aire y cuando un niño se agachaba a recogerlas le daba patadas en el trasero. Cada vez que lo veía venir escoltado de sus secuaces, me escondía detrás de los jacarandás e iba pasando de un tronco al otro para evitar que me vieran. No lo hacía por temor de que me peleen sino por miedo a perder el control y desquitarme de la única forma que conocía: a los golpes.

Un día no los vi acercarse, porque estaba distraído diseccionando con mis dedos una de las flores violáceas que había caído sobre mi hombro. El Cabezón quiso atraerme del mismo modo que a los demás, y arrojó un montón de figuritas cerca de mí. El resto de los chicos que andaban por ahí se amontonaron y se empujaban para agarrarlas como si fueran animales peleando por una presa. Yo no me sumaría a ellos pero me agaché a levantar una que había caído junto a mi pie. En ese instante sentí un golpe seco en las nalgas y me fui de bruces al suelo. La humillación fue peor porque oía las risotadas de los demás niños que seguían al Cabezón en sus maldades. Esos a los que apodé «sus reidores», que no tenían el coraje para pelear pero lo alentaban. La bronca se encendió en mi cabeza y, cuando me puse de pie, anduve resuelto hacia el matón con intenciones de golpearlo. Antes de que pudiera alcanzarlo me detuvo por detrás uno de sus secuaces, más alto y fornido que todos los demás —y que yo, por supuesto. Me zafé de su agarre y di la vuelta para mirarlo a la cara, entonces metí mis pulgares en su boca a modo de ganchos, y estiré sus labios— desde las comisurashacia afuera para que no pudiera morderme. El chico no sabía qué hacer para librarse y me tomó del pelo con fuerza, entonces metí los dedos que tenía libres en sus ojos. Él inclinó en un impulso la cabeza hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo, entonces quedé encima, con mis manos arañando y machacando aún su rostro. El matón comenzó a moverse y me tironeaba de la ropa con

intenciones de zafarse, quiso pegarme con la frente en la nariz para que lo soltara, pero en el envión agarré su oreja con mis dientes. Jalé con todas mis fuerzas como si quisiera arrancársela, y vi la sangre que brotaba de su piel lastimada. La bronca se había apoderado de mí después de haber tolerado la persecución durante semanas, y ya no pensé en las consecuencias. Nadie se metió a ayudarlo, aunque ese chico gritaba como si fuera un cerdo al que estaban degollando. Sin embargo, no iba a detenerme porque la rabia guiaba mis impulsos, y era una rabia nacida de todo el daño que había recibido hasta el momento, no sólo de mis pares sino también de los adultos, sobre todo de mi padre. En ese momento tuve la certeza de que ya nadie volvería a molestarme o lastimarme gratuitamente, no podía librarme del viejo, pero sí de todos los demás.

—Basta Silván. —Reconocí la voz del señor Garito pero no me detuve, y comencé a darle la cabeza contra el suelo de tierra—. Basta —repitió con serenidad y firmeza, entonces lo solté.

El matón lloraba con la cara sucia de tierra y mojada con su propia sangre. Me miré las manos y bajo mis uñas mugrientas vi que tenía pequeñas tiritas de piel que le había arrancado del tejido interno de las mejillas.

El director me condujo hasta su oficina mientras una auxiliar acompañaba al chico lastimado —que seguía llorando como un condenado— a lavarse la cara.

Luego él y su maestra llegaron a la dirección y ella desató un escándalo, comenzó a acusarme de malhechor, de violento, de inadaptado.

—¡Pará un poquito! —La detuvo Garito para que dejara de acusarme así sin conocimiento—. Yo vi todo. Silván siempre pasa los recreos debajo del árbol y cerca de la oficina para protegerse, y esos chicos peleadores lo vienen a buscar ahí. —Exhaló con fuerza y agachó la cabeza unos segundos, luego volvió a mirar a la maestra —: Yo lo vi y lo dejé avanzar hasta donde quise, porque lo provocaron, lo agredieron.

—¡Pero no puede ser! Mire cómo dejó a este alumno. —Levantó por el mentón la cabeza del chico, que todavía sangraba por las heridas que le había hecho minutos atrás.

Para esas instancias yo ya estaba llorando, me sentí muy mal

con las acusaciones que esa mujer desplegaba sin miramientos. Recuerdo que Garito me abrazaba como si así pudiera protegerme de su ensañamiento.

—¡Esto no puede quedar así, tiene que castigarlo! —le dijo ella con fuego en la mirada.

—Bueno, ahora tendrá que firmar la planilla de advertencias y si vuelve a ocurrir algo semejante, con la próxima firma lo suspendo —le prometió él.

—Ya debería tener muchas firmas este muchachito salvaje, ¡claro que merece una suspensión! —agregó la maestra.

El director me miró y se sonrió, él no llevaba un registro escrito de mis arrebatos porque sabía que estaban justificados, además nunca antes había llegado a explotar de esa manera.

Mi problema en ese entonces era que no le contaba a nadie lo que me pasaba, cómo me trataban o las peripecias que yo hacía para evitar a los matones que iban buscando mi reacción. Tal vez, si se lo hubiera mencionado a alguien me habrían ayudado, pero yo creía que esas cosas debía enfrentarlas solo, era lo que aprendí de mi padre, que cuando nos golpeábamos o teníamos algún accidente durante el juego o el trabajo, encima nos pegaba por boludos. Cualquier señal de debilidad era inaceptable bajo su jurisdicción, y quizás eso era lo que me reprimía también de buscar ayuda con otros adultos.

Días después de aquel altercado en la escuela, cuando mi padre regresó del trabajo, tuvimos otra lección que nos empujaría aún más a practicar la justicia por mano propia. Esa vez él traía un humor terrible, estaba furioso porque al parecer un compañero de trabajo lo había delatado cuando estaba ebrio, así que lo suspendieron en sus labores por varias semanas. Eso implicaba que ya no contaría con su sueldo de marino durante ese tiempo y, por lo tanto, tampoco podría mantener la casa ni sus vicios. Creímos que se desquitaría con nosotros, y aunque en los siguientes días el monstruo nos visitó varias veces, no se comportó tan diferente a lo que ya conocíamos.

—Bueno —nos dijo una tarde cuando llegamos de bañarnos en el río y nos sentamos a la mesa donde Norma ya había dispuesto los platos para la cena—. Mañana a la mañana me van a acompañar. —Los tres lo miramos con curiosidad—. El tipo que me denunció tiene

que ir a trabajar y nosotros lo vamos a esperar afuera porque voy a cagarlo a trompadas.

Los tres afirmamos con la cabeza y hasta sonreímos, tal vez porque nos había gustado la idea de castigar al culpable de que tuviéramos que soportar a papá en casa por tanto tiempo.

Por la mañana, Fortu, Turi y yo fuimos con el viejo hasta el lugar previsto. Él me entregó una navaja y me dijo:

—Téngala usté, si se pone fea la cosa, me la alcanzás.

Cuando vimos que el hombre llegaba a la costa para embarcar, papá lo interceptó.

—No José, yo no quiero saber nada…

—Sí vení, tengo que hablar con vos —insistió el viejo.

Nosotros tres, que nos habíamos quedado un poco más alejados, notamos que la presa intentaba escapar, entonces comenzamos a arrojarle piedras para impedirle el paso. Levantábamos las rocas del suelo y tirábamos con todas las fuerzas que teníamos. Sentí la misma adrenalina que en la persecución de algún animal durante nuestras expediciones de caza. Con mis hermanos estábamos convencidos de que eso que hacíamos era una forma de justicia por mano propia, de no ser así, sin dudas nos habríamos reprimido.

Cuando vio que su colega estaba resignado y un poco atontado por los piedrazos, mi padre comenzó a golpearlo; le pegaba sin clemencia aunque el hombre le pedía perdón y le suplicaba piedad. Minutos después de que se detuviera, aparecieron unos oficiales de la prefectura y se llevaron preso a José.

Unas horas más tarde fuimos con mis hermanos hasta donde lo tenían detenido y, mientras esperábamos a verlo, sentados frente a la oficina en donde estaba la víctima, oímos su declaración:

—Quiero levantar la denuncia.

—Pero si te destrozó, mirá cómo te dejó la cara —le dijo el oficial con el que hablaba.

—No, en realidad fueron los piedrazos de los pibes —aseguró.

—¿Cómo los piedrazos? ¿Qué pibes?

—No sé, sus hijos supongo. Fueron ellos los que me hicieron más daño, ellos me acorralaron.

—¿Pero entonces Silván no te hizo eso?

—Que no, fueron los chicos —insistió el hombre lastimado.

Él sabía que, por nuestras edades, los tres éramos inimputables,

y no querría que José quedara preso por su culpa. Luego de haber sufrido semejante represalia a razón de la suspensión, ha de haber sido espantoso siquiera imaginar su reacción tras una denuncia penal.

Poco después mi padre regresó a trabajar sin problemas e incluso el patrón fluvial del barco donde solía navegar soportó en silencio sus borracheras a bordo. Es probable que todos se hubieran enterado de la forma de venganza que José empleaba con los soplones.

Nuestras vidas retomaron entonces esa dinámica particular que se iba dando entre las semanas con papá y sin él, que siempre llevaba al monstruo dentro. Sin embargo, había veces en que volvía a casa con cierto entusiasmo por planes que le generaban buen ánimo, y en esas ocasiones era agradable… o menos desagradable de lo usual. Recuerdo que justo en medio de ese invierno se decidió finalmente a comprar una nueva canoa para participar de las carreras que se organizarían en primavera. Papá tenía planeado invertir en una buena canoa porque para nosotros era además una herramienta de alta necesidad, y hacía ya bastante tiempo que estaba buscando para comprar una que estuviera en buenas condiciones y fuera funcional. Como no la encontró —era bastante obsesivo—, resolvió que mandaría a construirla, y yo lo acompañé cuando fue navegando hasta una isla en el delta para encargarla. Llegamos a un rancho pequeño donde nos recibió un sexagenario menudo y delgado de tez oscura.

—Hola don Aurelio, he oído hablar mucho de usté. —Le estrechó la mano José.

Según me había contado mientras navegábamos hasta allí, ese individuo era un famoso canoero de la zona, que trabajaba de forma artesanal y exclusiva, por lo cual un pedido podía tomarle incluso hasta un año completo. El hombre era un autodidacta que se había ingeniado de alguna manera para aprender su oficio sin demasiada ayuda, ya que en esos lugares y por aquellos años no había acceso a ciertos recursos.

Mientras mi padre hablaba con don Aurelio, yo me quedé mirando una canoa casi terminada que estaba puesta al revés sobre unos caballetes de madera. Luego caminé lentamente alrededor de aquel precario taller y vi por allí algunas herramientas de las más

básicas con las cuales doblar o cortar madera. También había tablones marcados en el suelo y otros parados junto a la pared, al lado de unas estanterías donde vi latas, cajas con papeles y lijas, escuadras y cintas medidoras.

—¿Entonces cree que puede terminarla antes de la carrera de noviembre? —le preguntó papá cuando el hombre ya había aceptado construirle la canoa que quería.

—Si usté me trae los materiales pronto, se la puedo terminar, sí —le contestó don Aurelio mientras buscaba un papel donde anotar lo que necesitaba—. Eso sí, se la entrego sin pintar —le aclaró.

Nos regresamos a casa contentos, él porque había conseguido lo que iba a buscar, y yo porque él seguía de buen humor.

Llegando la primavera, cuando los árboles de jacarandá habían florecido por segunda vez, en la escuela se organizó el picnic de cada año para recibir la nueva estación. Esas reuniones de esparcimiento a las que iban alumnos, padres, maestros y directivos —y que se catalogaban como «obligatorias»—, se realizaban en un sitio llamado «La cruz de los milagros», una especie de prado con arbustos de diferentes clases que iba en descenso hasta la costa arenosa del río. Allí habían construido una cruz inmensa, en conmemoración de las decenas de personas que se habían metido al agua y murieron sin opción. Era una zona muy peligrosa del Paraná en la que, si uno osaba entrar, sólo salía de milagro.

—Mami, tenemos que llevar algo para comer al picni —le dijo Turi a Rosa un mediodía, cuando apenas había llegado papá y todavía le duraba el buen humor.

—¿Y qué llevan los otros chicos? —preguntó ella mientras repartía los platos en la mesa.

—No sé…

—Sánbuches, galletitas, gaseosa —enumeré lo que recordaba vagamente de otros años.

—Pero ustedes van a llevar lo que haya acá —intervino el viejo que estaba terminando su primer vaso de vino—. Pesquen y lleven pescado frito.

Ninguno se atrevió a discutirle y fue lo que hicimos. El día del picnic él nos acompañó a los cinco. —Norma, Fortu, Turi, Marina y yo— porque mamá tenía que quedarse en la casa con Beto y Sergio.

Al principio, en tanto los adultos colocaban unas tablas muy

largas sobre caballetes de madera para armar las mesas, los chicos nos divertimos jugando y corriendo, pero luego nos llamaron a comer. Mis hermanos y yo nos mirábamos con mucha vergüenza mientras el resto sacaba de sus bolsos la comida que habían llevado: picadillos de carne en lata, fiambres, galletitas, milanesas, pasteles, gaseosas…

—A ver qué trajeron ustedes —preguntó una maestra que nos había visto titubear—. Estamos compartiendo todo sobre la mesa.

Turi movía la boca de un lado al otro, Fortu agachó la cabeza y yo la miré:

—No, nada… —le respondí mientras metía la bolsa con comida detrás de mi espalda.

Ella acercó sus manos dulcemente y me pidió ver lo que tenía:

—¿Pescado frito? ¡Ah no! —exclamó. Mis hermanos abrieron grandes los ojos y a mí se me encogió el estómago mientras ella colocaba la bolsa encima de la mesa—. Esto lo vamos a cortar en pedacitos porque todos vamos a querer comer.

La dulce mujer cortó el pescado y, luego de disponerlo en varios platos de cartón, degustó una porción como si fuera un sabroso manjar:

—Está buenísimo —nos aseguró, y aunque probablemente exageraba, nosotros le creímos.

Fue tanta la propaganda que le hizo a nuestro pescado, que pronto se acabó todo lo que habíamos llevado.

—Un aplauso para los chicos del pescado frito —dijo la maestra señalándonos, y entonces sentimos una vergüenza distinta a la anterior, una vergüenza cargada de alegría.

Esa tarde, quizás porque estaba rodeado de gente y él era un hombre de apariencias, mi padre se mantuvo sobrio, conversó con otros adultos y hasta nos hizo de arquero cuando jugamos al fútbol. No sé si confiar o no en mi percepción del momento, pero diría que ese día él fue feliz… y también lo fuimos nosotros.

Si los muertos hablaran

—Vamos a buscar la canoa —nos dijo papá una mañana, cuando apenas nos levantábamos.

Fuimos los tres hermanos sin demasiadas expectativas, ¿qué tan diferente a la que teníamos podía ser esa que había terminado de construir don Aurelio? Y la verdad es que era bien diferente. No imaginamos que tendría un andar tan distinto, incluso el aroma a madera nueva nos fascinó. A Fortu le tocó —por ser el mayor— regresar en la canoa pequeña hasta casa, y yo lo acompañé para que no fuera solo, pero luego salimos a probar la más grande por allí cerca de la costa y no queríamos volver.

Como don Aurelio no la había pintado y era necesario proteger la madera, papá trajo los restos de pintura que quedaban en las latas con las que pintaba las estructuras del barco —y que de no usarse se secarían— para pintar también nuestra canoa. No tuvimos entonces la chance de elegir un color, pero el verde que usamos le quedó hermoso. Luego le agregamos unas franjas blancas y escribimos sobre la derecha de la proa el nombre que todos estuvimos de acuerdo en asignarle: María Eugenia, en homenaje a nuestra hermana fallecida.

Días después se organizó la competencia en canoa que mi padre había estado esperando por varios meses. Ninguno de nosotros tenía la edad ni la estatura para participar de la carrera, pero estábamos ansiosos por disfrutar del festejo comunitario que se iba armando en torno al evento, al cual asistió gente de todo el pueblo.

Un amigo de mi padre fue su pareja para la competencia, en la que se definían distintos niveles según el tamaño de la canoa y las edades de los participantes. Era muy divertido y emocionante verlos allí avanzando sobre el Paraná, entre otros competidores que también intentaban llegar primeros a la meta. El premio consistía

simplemente en una mención para los ganadores, pero en realidad todos competían por la satisfacción de haberse destacado en aquel desafío físico.

Durante gran parte del recorrido fijado, «María Eugenia» se mantuvo a la delantera, pero de pronto surgieron nuevos gritos y silbidos entre el público cuando otras dos canoas —también obra de don Aurelio— se le acercaron por ambos lados. La primera sección del trayecto había sido en favor de la corriente, pero ahora iban remando en contra y se les notaba el cansancio.

Con mis hermanos corrimos a lo largo del muelle, haciéndonos lugar entre las demás personas, para presenciar más de cerca la llegada de las canoas a la meta. Aún siento en el recuerdo esa adrenalina que me provocó ver a mi padre aproximarse por delante de sus competidores. Tal vez fue producto del sentido de pertenencia, no sólo en relación a ese hombre del que habíamos surgido sino al bote que también era parte de nosotros, pero además resultaba inevitable contagiarse de la energía festiva que emanaba la gente.

En los días siguientes, mientras papá no estuvo, sólo usamos a «María Eugenia» para dar paseos. Era una canoa bastante grande y no nos resultaba tan fácil de manejar como la pequeña. Fue una suerte que nos haya costado un poco más adaptarnos a ella porque… bueno, una tarde ya cercana al arribo de mi padre, se me ocurrió una gran idea:

—Che, ¿vamos a cazar un macá? —les propuse a mis hermanos.

Ambos me miraron, Turi encogió los hombros y Fortu movió los labios de un lado a otro considerando mi plan:

—Y bueno, vamos —dijo finalmente.

El macá común, también llamado zambullín pimpollo o rollandia rolland —según su denominación científica—, es una especie de ave acuática zambullidora, con ojos de iris rojo y plumaje negro en la mayor parte de su cuerpo, a excepción de unas areolas blancas a ambos lados de la cabeza. Estas aves solían verse en distintas zonas del río, nadando, zambulléndose y pescando allí su comida. Era entretenido observarlas, pero además nos tentaba la posibilidad de cazar al menos una para probar nuestra habilidad con la escopeta. Papá había cazado un macá tiempo atrás, pero a nosotros no nos permitía siquiera intentarlo ya que, según había

dicho alguna vez, era una pérdida de tiempo y de balas. Ese pájaro constituía un blanco difícil porque se mantenía en constante movimiento, desaparecía en un lugar bajo el agua y luego reaparecía a varios metros de distancia. Sin embargo, a mis hermanos y a mí nos provocaba intentarlo, sobre todo a mí, pues a esa edad estaba convencido de que era capaz de lograr cualquier cosa.

Salimos entonces en la canoa pequeña, remando por turnos porque íbamos en contra de la corriente y la tarea se hacía muy pesada para uno solo. Nos alejamos bastante de la costa hasta que, luego de casi media hora, vimos varias parejas de macá nadando sobre el lomo del río en diferentes direcciones, unos más cerca que otros. Turi bajó entonces la velocidad y se mantuvo agitando suavemente los remos para que la correntada no nos alejara. Habíamos llevado un recipiente plástico con mojarritas que Fortu le ofreció a una de las aves a modo de carnada, mientras yo le apuntaba con la escopeta a la que había cargado con munición y cartucho —aunque el cartucho era más que nada por si se nos cruzaba algún carpincho nadando, lo cual no sería raro.

—Pato hijo de puta —balbuceaba cada vez que él metía la cabeza bajo el agua y se me escapaba de la mira.

—Ja, ¿el pato es un hijo de puta o vos sos un boludo? —me provocaba Fortu.

—Ahí salió —me indicó Turi, y me giré sobre la proa de la canoa para volver a apuntarlo.

Como grupo, con mis hermanos trabajábamos en armonía, competíamos en los juegos —como este tipo de desafío—, pero nos ayudábamos siempre que podíamos, porque el triunfo de uno era también del equipo que los tres conformábamos.

El macá volvió a desaparecer bajo el agua varias veces más y yo apuntaba de un lado al otro, esperando que en algún momento se detenga por los segundos que necesitaba para dispararle. Fortu se había quedado sin carnada y Turi tenía los brazos acalambrados de tanto mover los remos. Yo también estaba cansado de medir al bicho, pero mi determinación de atraparlo se iba incrementando a medida que me lo ponía más difícil. De pronto, agotado de zambullirse y quizás hasta mareado —al menos yo lo estaba—, el macá se detuvo y me miró por un instante mientras lo apuntaba,

pero antes de que disparara volvió a desaparecer. Estuve seguro entonces de que saldría por el lado opuesto como había estado haciendo, así que me quedé esperando con la escopeta en esa dirección.

El ave salió por el mismo lado en que se había zambullido, y empujado por la ansiedad que me rebalsaba hasta por las orejas giré el arma en un impulso y disparé los dos tiros juntos. Tras el sonido del impacto vimos que, lejos de haberle pegado al macá, le había abierto un cráter a la canoa.

—¡¿Cómo le vas a apuntar a la canoa?! —exclamó Turi que era el más reaccionario de los tres—. ¡Encima ni lo tocaste al macá, boludo!

—¡Se me escapó el tiro, che!

—¡Los dos tiros se te escaparon, pelotudo! —Volvió a regañarme.

—Bueno loco, dejen de pelear, póngasen del otro lado así no entra agua por el hueco —nos ordenó Fortu.

Regresamos a casa haciendo malabares sobre la canoa para evitar que se llenara de agua, y una vez que estuvimos en la costa, buscamos con prisa las herramientas y unas maderas del galpón para reparar el daño. Debimos trabajar todo el día porque papá estaba próximo a llegar y sabíamos que el castigo sería importante si se enteraba. Afortunadamente habíamos aprendido —gracias a él— cómo hacer todo tipo de labores, así que, aunque nos llevó mucho tiempo, nos resultó bastante fácil. Luego de terminar la reparación, pintamos toda la canoa —que quedó como nueva—, y al día siguiente cuando estuvo seca, salimos a probarla para constatar que funcionaba igual de bien que antes.

Mientras nos alejábamos de la costa, notamos que algo extraño flotaba sobre el río a varios metros en dirección lineal a nosotros.

—Parece un cuerpo —dijo Fortu cuando íbamos acercándonos con más curiosidad que cautela.

Menos de un minuto después ya no tuvimos dudas:

—¡Es un hombre! —exclamé, y mi hermano mayor se apresuró con los remos para llegar hasta él.

Entre los tres amarramos el cadáver a un lado de la canoa, que se tambaleaba mientras intentábamos acomodarlo. Lucía pálido, estaba rígido y muy pesado. No teníamos idea de quién era o qué le

había ocurrido, pero sabíamos que nuestro deber era llevarlo de vuelta a la costa. Aquélla no fue la primera vez que vimos un ahogado en las aguas del Paraná, mucha gente se arriesgaba a meterse sin conocer realmente las características del río —sus fuertes correntadas, los relieves variables de su fondo—, y creían que, si unos mocosos de la zona podían nadar sin problemas allí, también ellos podrían. Pero esos «mocosos» —nosotros entre ellos— eran niños que habían nacido y se habían criado en las costas del Paraná, lo conocían bien y sabían cómo mantenerse a salvo. Así, todos los veranos se ahogaba algún turista en las playas que se armaban más allá del muelle, a escasos kilómetros del mundo de abajo. Nosotros íbamos poco a esa zona cuando vivíamos allí porque preferíamos la tranquilidad de la playa que teníamos en el barrio de los zanjones, formalmente conocido como el barrio Ribera. Por eso, aunque ya habíamos visto algún muerto, siempre fue de lejos. Ésta era la primera vez que tuvimos un cadáver tan cerca e incluso lo tocamos con nuestras propias manos.

—¿Se acuerdan del Adiós milonguita? —nos preguntó Turi mientras volvíamos remando.

—Sí, ¿se habrá ahogado El Cholo? Capaz que se lo llevó la corriente —consideré mientras observaba al muerto que íbamos trasladando sobre el agua, amarrado a un lateral de la canoa.

Fortu encimó los labios y levantó los hombros:

—Ni idea.

Los tres nos quedamos pensando en esa barcaza llamada «Adiós milonguita», que apareció a la deriva una mañana y cuyo dueño, un hombre calvo y simpático al que llamaban El Cholo, jamás fue encontrado, aunque tampoco lo buscaron mucho.

Cuando llegamos a la costa, Turi corrió a la casa para avisarle a mamá de nuestro hallazgo, mientras Fortu y yo sacábamos el cuerpo del agua para recostarlo sobre la arena. Mi hermano menor regresó poco después con papá, que había llegado minutos atrás de su viaje. Él apoyó una rodilla en el suelo y se inclinó sobre el cadáver para inspeccionar mejor su fisonomía.

Pronto vimos que otros hombres del barrio se acercaban:

—Si estaba flotando es porque lleva varios días muerto —comentó mi padre, que sin dudas tenía algo de experiencia en eso de ver cadáveres—. ¿Alguno de ustedes lo conoce?

Todos negaron con la cabeza mientras lo observaban desde arriba.

—¿Habrá caído de algún barco? —preguntó uno de los vecinos.

—Seguro —opinó otro.

No sé a ciencia cierta cuánto fue que investigaron para averiguar la identidad de ese muchacho que no superaba los treinta años, pero finalmente lo declararon un NN y además le adjudicaron el rol de marino pues, si su cuerpo no presentaba señales de violencia, y dado que había aparecido flotando en el río, no había otra opción que sonara más razonable. De modo que la teoría fue que cayó de un barco —tal vez ebrio, tal vez de noche—, nadie lo vio y acabó ahogado.

Lo reportaron entonces a las autoridades de Prefectura, y mi padre además sugirió que lo velaran en el local de asambleas del SOMU. —Sindicato Obrero de Marinos Unidos. Los demás marinos estuvieron de acuerdo como gesto de respeto hacia un colega, y así organizaron un funeral muy modesto en el que, sin embargo, no faltó la bebida.

Como yo era de todos mis hermanos el que José consideraba su *compañero*, me llevó con él a esa reunión en torno al muerto, que estaba dispuesto en un cajón de pino, rodeado por cuatro velones enormes y junto a una corona de flores medio marchitas que expelían un aroma muy extraño.

Me senté en una de las pocas sillas dispuestas contra la pared, mientras mi padre y sus colegas conversaban y bebían de pie junto a uno de los extremos del ataúd.

—Tomá. —Me ofreció un vaso José cuando notó que me estaba quedando dormido.

Anduve hasta él y lo acepté… en realidad no tenía opción. Incliné el vaso sobre mis labios y pude oler el alcohol antes de que ingresara en mi boca y me quemara la laringe. Aunque a esas alturas estaba muy acostumbrado a beber con él, nunca me habitué a ese intenso ardor.

Ya sobre la medianoche, la mayoría de los hombres comenzaron a manifestar sus intenciones de marcharse:

—¿Quién puede quedarse por la noche? —preguntó uno de ellos mientras se calzaba el abrigo, clara señal de que no sería él.

Todos miraron a José, quien, como solía hacer, se ofreció de

voluntario para cuidar al muerto esa noche. Lo que nadie sabía —o no les importaba—, era que en realidad papá tenía a quien se quedara por él.

—Tenés que quedarte vigilando acá hasta mañana, es fácil, los muertos no se levantan. —Rió mi padre mientras se colocaba su abrigo para salir.

No quería quedarme, menos desde que, una hora atrás, había comenzado a cabecear y casi no lograba mantener los ojos abiertos.

Cuando papá cerró la puerta y quedé solo, me levanté de la silla y caminé hacia el cajón. Entonces me incliné sobre él para mirar al cadáver. A no ser por la tonalidad blanca de su piel y ese aroma putrefacto que emanaba —y que en combinación con el olor de las flores moribundas me resultaba nauseabundo—, ese hombre parecía dormido. En aquella época no estaban de moda las historias de zombis o de fantasmas, al menos en el ambiente donde me crié. Así es que nunca le temí a los muertos sino a los vivos, en primer lugar porque convivía con uno que era muy habilidoso para provocar el tormento, y en segunda instancia porque los villanos que conocíamos de la ficción eran bandidos, indios salvajes, o bien el profesor Neurus, Cachavacha y el Gran Hampa de «Hijitus», una historieta que nos fascinaba.

No estaba seguro de que tuviera permiso para dormirme en ese velorio desierto, ni de cuál era la verdadera función de aquel ritual, de modo que ante la duda me mantuve de pie porque sabía que si regresaba a la silla perdería el conocimiento en cuestión de segundos. Noté que mi sombra se reflejaba en el suelo y jugué a formar diferentes figuras sobre la luz de las velas. Cuando me aburrí de eso, apoyé los antebrazos sobre el borde del ataúd, y el mentón encima de mis manos:

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté a ese desconocido en avanzada descomposición.

—Juan —me contesté cambiando la voz.

—¿Y cómo te muriste?

—Me pegó un tiro un pirata —volví a contestarme con esa voz que le había inventado al muerto.

—Uh, ¿había muchos piratas en el barco pirata? —continué preguntando mientras en mi mente se iba proyectando una escena de combate entre piratas y marinos, inspirada en alguna de esas

historias que había oído en boca de los adultos que navegaban… y que nunca supe si en realidad fueron ciertas.

Continué hablando con el difunto y me sumergí tan profundo en los laberintos de la imaginación que acabé también como protagonista de esa aventura ficticia. Me aposté entonces sobre el cajón como si tuviera una escopeta entre manos, y apunté hacia el lado opuesto para dispararle al pirata que quería atacarme. Me movía a un lado y otro como cuando intentaba cazar al macá, pero en uno de mis meneos descuidados empujé el ataúd que se balanceó violentamente y, mientras yo intentaba sostenerlo para que no cayera al suelo, el borde de la madera golpeó uno de los velones y la flama alcanzó un pliegue de la mortaja amarillenta que cubría el cuerpo del muerto. Pronto el fuego comenzó a expandirse y me desesperé. Miré a mi alrededor y sólo vi botellas de alcohol vacías, entonces tomé la tela de un tirón y la llevé al suelo para apagar el fuego a pisotones. Afortunadamente logré extinguirlo, aunque el zapato me quedó medio derretido y una gran porción de ese lienzo se había quemado.

Llevé ambas manos a mi cabeza. Estaba temblando, no sabía cómo esconder las evidencias de mi descuido… o mi arrebato. Levanté la tela del suelo, la sacudí y la acomodé encima del cuerpo desnudo del muerto, metiendo el borde quemado debajo de uno de sus brazos para que nadie lo viera. A esas alturas ya el olor era fétido, pero me lo aguanté mientras manipulaba al cadáver para envolverlo sin dejar rastros visibles. Al final le quedaron los pies afuera, pero al menos logré cubrir el resto del cuerpo con esa tela vieja y deslucida que ahora encima tenía zonas grisáceas por el tizne.

Revisé detrás de un armario de chapa verde buscando una escoba, pero encontré un plumero despeluchado que debió servirme para desparramar las pocas cenizas que habían quedado en el suelo junto al cajón.

Luego regresé a la silla y me quedé mirando los reflejos temblorosos que formaban las flamas de esos cirios maléficos. Pronto los párpados comenzaron a pesarme y me esforcé para no cerrar los ojos, aunque cada tanto me vencía el cansancio y los cerraba por unos segundos, pero luego volvía a abrirlos. En una de esas veces noté que Juan estaba sentado en su ataúd:

—¿Ya no vas a hablarme? —me dijo con una voz que no era la que yo le había inventado.

Me quedé observándolo con los ojos muy abiertos: «¿No era que los muertos no se levantaban?».

—¿Y? ¿Ya te aburriste de mí? —insistió.

—Estoy cansado —le dije.

De pronto oí un fuerte estruendo y abrí los ojos. Mi padre había llegado y atizó la puerta al cerrarla; ésa fue su forma de despertarme.

—¿Todo bien? —me preguntó con su mirada tenebrosa de siempre.

Asentí con la cabeza mientras me enderezaba en la silla.

Pronto llegaron también los otros marinos y yo suplicaba en mi mente que no descubrieran ningún vestigio de mi accidente.

—Pufff, cierren ya ese cajón que el olor es insoportable —dijo uno de ellos y otros dos sirvieron a su pedido con expresiones de asco.

Supongo que el olor a humo se había disipado o el aroma a podrido de ese cuerpo lo enmascaró. En cualquier caso, fue una suerte que mi único testigo haya sido Juan, un muerto que no me delataría.

Una semana más

Una de esas noches en que papá había invitado amigos a cenar, mientras los adultos conversaban y preparaban la mesa, con Fortu nos fuimos a pescar al río, bajo la luz de una luna llena que teñía el agua de plata. Mientras preparábamos nuestras cañas, antes de sentarnos, vimos que se acercaba una canoa en medio de la penumbra. Cuando estuvo a pocos metros de nosotros, un hombre, cuyo rostro no logramos ver, nos arrojó un pez parecido a una mojarra, pero de mayor tamaño que esas que solíamos agarrar ahí en la costa:

—Encarnen con esto, así entero, y van a ver que sacan algo grande —nos sugirió desde la distancia, y luego giró suavemente en dirección al muelle.

Eso hicimos, enganché la carnada en el anzuelo y Fortu lo lanzó al agua. No pasó mucho tiempo hasta que mi hermano sintió un tirón en la línea. Intentó recogerla pero la resistencia era muy fuerte:

—Creo que se trancó el anzuelo en una piedra —me dijo.

—A ver… —Me acerqué a él y tomé la caña—. No, me parece que picó algo —noté mientras intentaba traer la línea que había comenzado a temblar.

Fortu tomó la caña junto conmigo y comenzamos a tirar con fuerza. Luego de algunos minutos de lucha logramos sacar un pez gordo y horrible, con forma de sapo y piel babosa. Regresamos entonces a la casa para cenar, pero dejamos en la costa la presa que era demasiada pesada para cargar, y que de todas formas no teníamos intenciones de comer.

—Sacamos un bagresapo —les contó Fortu a los adultos cuando entramos, luego de haber dejado nuestras cañas en el galpón.

—Ah, un bagrecito —comentó el amigo de papá.

—No, es un bagresote —lo corregí.

—¿Cómo de grande? ¿Me lo muestran?

Los condujimos entonces con Fortu hasta donde habíamos dejado el pez. Papá alumbró con una linterna y entonces su amigo llevó ambas manos a la cabeza y exclamó:

—¡Un manguruyú! ¡Sacaron un manguruyú! —Se acuclilló ahí junto—. Y debe pesar como… sesenta kilos.

Mi padre lo miraba sonriente y nosotros nos sentimos orgullosos de haber pescado ese espécimen, que lucía igual de feo que un bagresapo, aunque un poco más grande.

—A estos hay que descuerarlos. Son una delicia —comentó con los ojos muy abiertos, aún sorprendido.

—Bueno, llevalo si querés —le ofreció papá.

—Oh, no, ¿han probado alguna vez este pescado? —nos preguntó el hombre y negamos con la cabeza—. Bueno, entonces les ayudo a limpiarlo y me llevo la mitad, así lo prueban, no pueden quedarse sin probarlo.

Después de cenar el invitado nos ayudó con cierto entusiasmo a descuerar y eviscerar el pescado. Se llevó su parte y mamá nos cocinó la otra mitad al día siguiente. Ésa fue una prueba bien clara de que a veces las apariencias engañan, porque jamás hubiéramos imaginado que ese ejemplar tan asqueroso por fuera supiera tan sabroso por dentro, es más, creo que nunca volví a comer en otro sitio un pescado tan delicioso.

Pescar fue entonces, además de mi entretenimiento predilecto, una forma de obtener tales manjares; nos encantaba comer pescado.

A veces, cuando íbamos por las tardes e incluso por las noches a pescar en la costa, con mis hermanos oíamos música que provenía del Club Atlético Belgrano, a pocos metros de donde estábamos. Así fue que conocí la gloriosa guitarra de Santana. Me encantaba escucharlo tocar «Jinetes en el cielo» —entre tantas otras canciones—, aunque en esa época no tenía idea de quién era ese artista. Hoy su música me traslada a mi infancia, a la costa del río desde donde lo oía tocar mientras soñaba con un mundo fantástico que esperaba conocer algún día.

Ya por aquel entonces Fortu formaba parte de un equipo de fútbol que se integró en la escuela, y competía con otros grupos en las instalaciones de ese club que estaba cerca de casa. Según las

reglas de clasificación, su equipo había llegado a instancias superiores, y habría un partido final que definiría cuáles eran los campeones de esa temporada. Para mi hermano era importante participar en ese tipo de eventos, él tenía habilidad para el fútbol y lo disfrutaba, pero además cada éxito con el equipo le provocaba cierto orgullo, algo que papá solía pisotearnos con una asiduidad invariable. En la mayoría de las ocasiones que a Fortu le había tocado jugar, el viejo no estaba, pero las veces que sí, no tuvo más opción que faltar. En esta ocasión, la fecha que se había fijado para el último partido del campeonato entraba en el rango de ausencia de mi padre, pero la suerte no fue tal y volvió antes de lo esperado.

José solía llegar cansado y el primer día se dormía temprano. Así que le sugerí a mi hermano que fuera a jugar el partido y yo le serviría de campana. Él se sentía incómodo con esa opción, pero al final logré convencerlo. Lo acompañé con orgullo y emoción, me entusiasmaba verlo como parte de semejante espectáculo, entre luces y gritos de aliento, aunque hubiera querido vivir aquel momento libremente y que también mi madre y el resto de mis hermanos lo compartieran con Fortu.

Entre un tiempo y otro yo corría a la casa, barranca abajo, para cerciorarme de que papá dormía y todo estaba en silencio. Luego regresaba, barranca arriba, para seguir alentando a mi hermano mayor.

—Me voy, mejor me voy —me dijo él en alguna ocasión, preocupado de que el viejo nos descubriera y nos moliera a golpes.

—No, seguí jugando, papá duerme, yo lo vigilo —le aseguré.

La adrenalina que había creado por contagio en medio del festejo y los gritos de una multitud, me proveyeron la energía para seguir yendo y viniendo de casa al club, y como el viejo se mantuvo dormido, Fortu tuvo la posibilidad de ganar con su equipo el partido que los dejó como máximos vencedores de la temporada. Además de la copa, a los jugadores les entregaron unos ramos de flores preciosas, y al ver a mi hermano recibiendo halagos y aplausos se me hizo un nudo en la garganta. Lloré de alegría por su triunfo y de tristeza porque no éramos libres para disfrutar ese tipo de cosas, porque nuestra familia sólo se divertía en cuotas y con restricciones que luego se fueron convirtiendo en represiones… sobre todo para mi madre.

Esa semana, además de soportar los malos tratos de papá, surgió otro de esos velorios a los que me mandaban como «sereno». Nunca entendí por qué alguien debía quedarse vigilando a un muerto mientras se hacía la hora de enterrarlo, pero tampoco pregunté y sólo cumplí con lo que me mandaba José. Él conocía a mucha gente en el pueblo y le gustaba quedar bien con todos, de modo que, si no iba en persona a presentar sus condolencias a la familia sufriente, enviaba a un sustituto que, en general, era yo.

Esa vez la fallecida era una mujer de mediana edad, esposa de un compañero de José, que quedó electrocutada en el baño. Llegué a la casa velatoria ya cuando bajaba el sol. Entré caminando tímidamente y me abrí paso entre la gente hasta llegar a una silla que encontré vacía en la antesala del cuarto donde estaba el ataúd. Allí me quedé observando mi entorno mientras las personas que habían ido a acompañar a la familia, se retiraban de a poco. Una niña apenas menor que yo iba y venía de un lado a otro, me sonreía cada vez que pasaba enfrente de mí, pero no me decía nada ni yo a ella. En un momento —y ante mi sorpresa— se detuvo a mi lado y se sentó encima de mis piernas. No supe cuál era su propósito, pero imaginé que buscaba contención o simplemente estaba cansada. Nadie reparó en nosotros así que pasé mis manos alrededor de su cintura, como si estuviera sosteniendo a una niña mucho menor. Ella comenzó entonces a menearse encima de mis piernas de forma insistente. Supuse que estaba jugando porque parecía divertida, pero a mí me generó una especie de erección incómoda que en aquel momento no habría sabido siquiera cómo explicar. No creo que ella se haya enterado de lo que estaba pasando, y continuó moviéndose hasta que el padre la llamó, entonces se puso de pie como un resorte y corrió tras él. Yo me quedé tieso, con la espalda recta sobre el respaldo de la silla y mis manos cruzadas encima de la bragueta de mi pantalón, que se había humedecido levemente.

Poco después no quedó nadie en la sala y comencé mi tarea de velar por la paz del alma de esa mujer que, con suerte, ya no estaba en el cajón. Siempre que me quedaba con los muertos tenía la sensación de que estaban transitando un sueño profundo, del que no volverían a despertar pero que, de todas formas, era un sueño… como hubiera sido el de Blanca Nieves si el Príncipe Azul nunca llegaba a besarla.

Al día siguiente, cuando regresé a casa papá ya no estaba y me fui directo a la cama, donde caí dormido casi instantáneamente. Ésa fue la ocasión en que mamá me dejó dormir durante cinco días seguidos; habían culminado las clases y yo llevaba, como siempre, un gran cansancio acumulado. En ese lapso de casi ciento veinte horas, me desperté unas pocas veces a beber agua y orinar, pero luego regresaba a la cama y continuaba durmiendo. No supe que había dormido tanto hasta que Rosa me lo dijo, y aunque nunca más tuve la oportunidad de repetir aquella maratón, sé que podría incluso mejorar mi marca en cualquier momento.

Norma, la maestra

Una tarde de aquel avanzado noviembre, mientras observaba a un mangangá construyendo su nido en un aliso sobre la costa del río —donde muchos otros de esos insectos andaban revoloteando—, se me ocurrió una competencia que les propuse a los demás chicos:

—¿Vieron que hoy está lleno de mangangás? —les dije y todos se me quedaron mirando—. Juguemos a ver quién mata más bichos en el aire.

—¡No! —exclamó Ángel—. Nos van a picar…

—Yo tampoco me animo —dijo el Chino mientras Paco los miraba con un gesto de duda.

—Si los matan antes, no los pueden picar —les expliqué en favor del sentido común.

—¡Vamos, no sean maricones! —los retó Turi.

Pronto todos estuvimos corriendo como locos detrás de esos insectos cuyas alas brillaban bajo el sol, resaltando sus trazos azulados a lo largo de sus pequeños cuerpos negros y redondos.

Yo llevaba la delantera, los mataba aplastándolos entre las dos manos —volaban bastante lento— o cuando se posaban en el tronco de un árbol. En pocos minutos me había convertido en un habilidoso exterminador, así que comencé a mofarme del resto de los chicos, que con suerte habían agarrado uno o dos, algunos ni siquiera eso porque les temían.

En un momento pasaron dos mangangás sobre mi cabeza y vacilé por un instante, hasta que me decidí por uno y alcé los brazos para alcanzarlo, pero al juntar las manos con intenciones de aplastarlo el insecto se defendió clavándome su gordo aguijón. Tuve la sensación de que me quemaba y abrí los brazos de golpe. Me miré la mano aguijoneada, que había comenzado a hincharse, y luego la sacudí en el aire varias veces, como si eso fuera a disminuir

el ardor.

—¡Oh, qué bicho de mierda! —dijo uno de los chicos cuando les mostré los dedos inflados como salchichas.

—¿Te duele? —preguntó otro.

—Me quema… y tengo la mano pesada —les conté mientras la sumergía en las aguas del Paraná, que siempre estaba allí para aliviarme.

—Al final son peligrosos —expresó Ángel con las manos en la cintura y una expresión de preocupación.

—Pero todos los bichos van a querer defenderse —comentó Fortu ladeando la cabeza. Era una obviedad.

Lo pensé por un momento y recordé todas las veces que tuve que defenderme de los matones de la escuela, ¿cómo no iba a entender que aquel insecto hiciera lo mismo? Esa noche me fui a dormir con la mano afiebrada y pensando en el terror que habrá sentido aquel pobre bicho para largarme su aguijón. Me juré entonces a mí mismo que no volvería a molestar o matar insectos o animales por diversión.

Al día siguiente me levanté mucho mejor, pero aún me quedaba algo de inflamación, sin embargo eso no me alcanzó de excusa para faltar a la escuela. Atravesé la mañana, sumido en mi mundo interno y casi ajeno a las lecciones académicas. Luego volví caminando a casa con mis hermanos y, al entrar, vimos a papá sentado en la cabecera de la mesa mientras mamá terminaba de hacer la comida. Nunca era grato encontrar al viejo en casa, pero en general conocíamos la fecha aproximada de su regreso cada vez que se iba. Los tres mayores reconocíamos además el ruido del motor de su barco cuando andábamos cerca del puerto —ya sea por tierra o por agua—, y como ya he comentado, nos tocaba esperarlo en el muelle para ayudarle con su equipaje. Lo único que nos libraba de esa responsabilidad era la escuela o, como excepción, algo tan inusual como encontrar un muerto flotando en el agua.

Nos sentamos alrededor de la mesa y Rosa nos sirvió como siempre la comida en cada plato. En esa ocasión recuerdo —y lo recordaré siempre— que mamá había preparado polenta —harina de maíz cocida con agua y sal. Ése era un menú que generalmente se comía en el invierno porque eleva la temperatura del cuerpo, pero en casa se comía lo que había y nadie se quejaba— excepto el

viejo, claro. Mi madre era una excelente cocinera, ella había adquirido la habilidad para preparar un plato sabroso con dos o tres ingredientes, pero además nosotros nunca fuimos delicados para comer, no se nos habría permitido.

Almorzamos mayormente en paz, aunque nos mantuvimos en un estado de alerta instintivo mientras estuvimos sentados a la mesa con el monstruo. Era difícil relajarse en presencia del viejo, pero durante la infancia uno cuenta con determinados mecanismos de defensa inconscientes que lo ayudan a mantener el optimismo vivo, incluso hasta segundos antes y después de una catástrofe. No olvidábamos, sin embargo, los golpes, castigos y gritos que habían forjado en nuestras mentes una inquietud constante en presencia de papá, aunque tampoco la previsión nos servía para evitar el drama que él creaba de forma asombrosa.

Ese día, cuando terminamos de almorzar y mientras las mujeres limpiaban, José me mandó al galpón a buscar unos alambres que utilizaría para reforzar la contención del techo. Aún conservo nítida la imagen de esa casa que, aunque humilde, era también hermosa. Mi padre la había construido con paredes de adobe que estaban pintadas de blanco —con cal— por dentro y por fuera. El techo era de paja que había sido prolijamente seleccionada, amarrada en forma de placas, y barnizada para soportar la erosión. Si algo he de reconocer a mi padre, es esa faceta emprendedora y perfeccionista que heredé, aunque en diferente proporción.

Cuando regresé con el encargo de José, encontré a Norma sentada a la mesa, cerca de él, con sus cuadernos abiertos y afilando un lápiz.

—¿Usté no tiene tarea de la escuela? —me preguntó el viejo, mientras abría su caja de herramientas

Yo negué con la cabeza aunque no recordaba si me habían dado deberes o no, en realidad ni siquiera me esmeraba en hacerlos porque no entendía nada. Las consignas que lograba anotar en mi cuaderno eran una mala copia de esas palabras que la señorita escribía en el pizarrón y yo intentaba reproducir sobre el papel como si fueran dibujos y no letras, pues no sabía interpretarlas aún.

—En el picni del otro día la señorita Blanca me dijo que usté no sabe leer, y no podrá pasarlo de grado si no aprende —me dijo con el alambre en una mano y la pinza en la otra. Yo pude ver en la

profundidad de sus ojos esa malicia que a veces le brotaba de imprevisto—. Y los maestros de usté, Norma, me dijeron que le va muy bien, que es una alumna brillante y tiene dotes de maestra —comentó y ella lo miró con una sonrisa tímida, como si al fin le hubiera provocado al viejo un ápice de orgullo.

Yo estaba desesperado por salir de ahí, me hubiera gustado alejarme corriendo hacia el mundo exterior, pero algo me decía que eso no sería posible.

—Bueno —suspiró José—, si es tan inteligente, enséñele a su hermano a leer —la desafió a Norma—. Traiga su cuaderno —me mandó mientras comenzaba a entorchar los alambres para hacer un tensor más resistente.

Fui maldiciendo en mi mente hasta el cuarto y tomé el cuaderno para regresar a la cocina. Recuerdo que, cuando íbamos a comprar los útiles escolares —con las monedas que ganábamos de la recolección y la pesca—, la vendedora no nos mostraba diferentes opciones, simplemente nos vendía las cosas de peor calidad, como cuadernos con hojas que se desprendían y no soportaban ni un solo borrón, lápices con minas que se quebraban constantemente y cuyo trazo era grueso y demasiado oscuro. Nos resultaba un suplicio trabajar con esos útiles, y casi imposible mantener la prolijidad. Recién cuando fui mayor tuve el coraje de pedirle a la vendedora que me mostrase las opciones de mejor calidad, cuando entendí que ella no lo haría por propia iniciativa porque era de esos individuos prejuiciosos que marcaban la diferencia entre los de abajo y los de arriba.

Me senté junto a Norma que lucía muy nerviosa, como si ésa fuera una gran prueba, y en realidad lo era… para ambos. Mi hermana escribió una palabra sobre el papel y me explicó:

—Ésta es la C, ésta es la A, ésta es la S y ésta la A otra vez. —Fue remarcando las letras con el lápiz a la vez que pronunciaba el sonido de cada una—. Y así se forma la palabra «CASA».

Lucía simple, demasiado simple, mi hermana dibujaba las letras bien grandes y las nombraba varias veces, me pedía que las copiara y luego las unía en palabras sencillas y cortas para que yo las leyera… pero no había caso, me resultaba imposible recordar el sonido de las letras. Para mí era como un juego de adivinanzas, y aunque Norma realmente se esmeraba, yo estaba convencido de que

no tenía la capacidad para aprender, tal como lo habían decretado en la escuela donde me llamaban Burro.

—¿Y? Al final no resultó tan buena maestra —se burló mi padre, que no perdía oportunidad para mofarse de ella… o de cualquiera de nosotros.

Mi hermana agachó la cabeza algo frustrada, entonces le pedí, con intenciones verdaderas de entender, que volviera a explicarme. Lo hizo por enésima vez pero yo no lograba siquiera leer monosílabos.

José se bajó de la escalera, donde había estado montado trabajando, y se aproximó a nosotros con uno de esos alambres entorchados. Los dos abrimos los ojos espantados porque sabíamos que se venía el castigo y… sin dudas habría preferido ser yo el que lo recibiera, porque claramente no era responsabilidad de mi hermana que no aprendiera a leer. Pero mi padre sabía bien cómo castigarnos a todos de una sola vez, y tomó a Norma de la nuca para llevarla casi a la rastra hasta el porche de la casa, donde comenzó a azotarla con el alambre. Mi madre se cubrió el rostro y se puso detrás de la pared para no ver, aunque no alcanzaría para sosegar su dolor. Pero… ¿qué podría hacer ella para detener al monstruo? Sabía por experiencia que, si se acercaba, sólo conseguiría que José se ensañara más y extendiera el castigo, incluso que terminara golpeándola también y luego no estaría en condiciones siquiera de socorrer a su hija.

Yo me quedé pasmado junto a la mesa, viendo cómo mi hermana gritaba y se retorcía en el suelo mientras él la golpeaba. En un momento comenzó a vomitar la polenta que había comido minutos antes, y recién entonces José se detuvo, le arrojó un par de insultos más y regresó al trabajo. Norma había quedado desvanecida sobre la tierra, mojada por su propia orina y manchada por la sangre que brotaba de sus heridas.

Mamá corrió a levantarla y yo quise seguirla, pero mi padre me frenó con la mirada:

—Tráigame esa pinza de ahí —me ordenó.

Anduve arrastrando los pies con una molestia pegajosa entre las piernas —me había defecado en los pantalones. Levanté la herramienta del suelo y se la di, mientras una congoja profunda me invadía por completo. Cada vez que el viejo castigaba a mi madre o

a alguno de mis hermanos, me asaltaba la culpa por haber fallado en mi propósito de contener al monstruo, que esta vez apareció sin la influencia del alcohol.

Rosa lavó a su hija y le curó las heridas, aunque era bastante claro que le tomaría varios días reponerse completamente de la paliza. Yo casi no podía verle la cara a mi hermana, sin embargo le susurré un «perdón» pudoroso al oído antes de seguir corriendo hacia el río para bañarme. Quedé limpio de heces pero no logré lavarme la culpa, aunque a partir de ese día pude entender todo lo que Norma me explicaba. Ella siguió dándome clases, a veces delante del viejo, y yo leía en voz alta para que él escuchara. Ésa era la forma en que solíamos aprender nosotros, inducidos por el temor y la impotencia, aunque estoy seguro de que su técnica violenta era la que nos anulaba en primera instancia. Yo admiraba la capacidad que había desarrollado mi hermana en lo académico a pesar de los temblores que se vivían en casa, pero hoy comprendo que era su válvula de escape. Ella quería convertirse en maestra algún día para irse lejos de allí, así que supongo que ésa era la razón que la mantenía motivada.

Yo por mi parte solo aprendí a leer para que el viejo no volviera a golpearla, pero ese evento tan desgarrador que me estimuló fue también el disparador de uno de mis más vergonzosos secretos. No fue la última vez que me cagué en los pantalones sino sólo la primera. Perdí el control de mis esfínteres mientras intentaba mantener bajo control al viejo, y aunque sabía que en algún momento él volvería a vencer todas mis armas, al menos durante el resto de esa semana lo mantuve entretenido por las noches, bebiendo y boxeando mientras los demás descansaban.

¡Se me escapó la víbora!

Varios metros río adentro —pasando la zona del delta del Paraná—, se formaban unos bancos de arena sobre los cuales crecían unos arbustos de hasta tres metros de altura, con un tronco corto y gris que se abría en numerosas ramas finas y largas. Estas varas eran muy útiles como tutores para las plantas de tomate, cuya temporada de cultivo comenzaría muy pronto en Santa Fe.

El mes de diciembre avanzaba a menos de dos tercios de su final, las clases escolares habían terminado y los días eran más largos a medida que se aproximaba el verano.

Nosotros llevábamos como un mes planeando la excursión a esos islotes naturales, donde podríamos juntar varios paquetes de chilcas —según le llamábamos a esas ramas largas— para venderles a los barcos que transportaban madera hacia la vecina provincia de Santa Fe.

Salimos temprano por la mañana con los machetes al hombro, y nos montamos en la canoa para ir remando, a lo largo del río, hasta un arroyo en la zona donde crecían las plantas que buscábamos.

—Acercate más —me dijo Fortu cuando ya estábamos próximos a uno de los islotes.

Desde arriba de la canoa, intentando no perder el equilibrio, Fortu cortaba las chilcas al ras del terreno y nos las iba pasando a Turi y a mí, que a su vez las trozábamos en dos o tres piezas —según lo largas que fueran— para formar paquetes de cincuenta varillas que luego colgábamos en los laterales de la canoa.

Ya cuando no tuvimos más espacio para cargar chilcas, regresamos remando con cuidadoso esmero hasta la zona del río por donde pasaría el barco —o barcaza— al que se las venderíamos. Como no sabíamos el horario preciso de su arribo, zambullíamos cada tanto la cabeza en el agua para ver si oíamos el motor de la

nave. Así supimos cuando estaba cerca, hasta que pronto pudimos verla también a lo lejos.

Se aproximó lentamente remolcando las jangadas, sobre las cuales iba saltando de una en una el hombre que se acercó a nuestra canoa. «Los quiero todos», nos dijo, entonces nos apresuramos para ayudarle a cargar, en la jangada donde estaba, cada paquete de chilcas que habíamos armado. El precio en general lo fijaba el comprador porque, si no las vendíamos todas, tampoco sabíamos qué hacer con ellas. Así es que no hubo conversación al respecto, sólo nos dio el dinero que consideraba justo y nos despedimos con un ademán en el aire.

Regresamos a casa un poco antes del mediodía, mamá estaba preparando el almuerzo así que nosotros salimos a jugar con el vecinito de enfrente, aprovechando cada minuto que nos quedaba libre antes de que llegara papá.

Mientras corríamos tras la pelota que nos habíamos fabricado con trapos, un niño nos observaba a pocos metros de distancia, sobre un puente improvisado que unía los terrenos divididos por un pequeño arroyo que a veces estaba seco. Ya habíamos visto a ese chico en otras ocasiones cuando iba a visitar a sus abuelos, una pareja de ancianos que solían venderle a la gente de allí algunos artículos de almacén, como velas, jabón, sal, yerba, azúcar y cosas por el estilo.

—¿Puedo jugar con ustedes? —se atrevió a preguntar recién cuando la pelota se desvió hasta sus pies y él se acercó a devolverla.

—Bueno, pero tenés que pagarnos con algo —le dije.

—No puedo pagar, no tengo plata. —Nos miró apretando los labios.

—Y bue, pero algo tenés que darnos para jugar con nosotros —intervino Turi.

—¡A mí me cortaron las pestañas! —exclamó Ángel, con su sonrisa amistosa y las manitos detrás de la espalda. Todavía puedo ver su rostro nítido en mi mente, con los ojitos claros y la piel tan blanca que desencajaba con el resto de todos nosotros.

—No, a mí no me van a cortar nada —aclaró el visitante—. ¿Qué más puedo hacer?

—Tu abuelo tiene fóforos —le dije y él asintió con la cabeza—. Bueno, nosotros somos… —Fui girando la cabeza para contar

cuántos éramos—. Cinco, somos cinco. Tenés que traer una caja de fóforos para cada uno.

—Bueno, pero yo le puedo sacar los fóforos a mi abuelo cuando él duerme la siesta, así no me ve —nos explicó en voz baja y con la cabeza levemente hacia adelante, como si nos estuviera contando un secreto.

—Está bien —le respondí.

—¿Y puedo jugar con ustedes ahora? En la siesta voy a buscar los fóforos —nos prometió.

—Bueno, dale —le hice una seña con la mano para que se sumara al juego, mientras Turi ya corría tras la pelota y Fortu se ponía de arquero en el otro extremo.

Pronto nos llamaron a almorzar y cada uno se metió en su casa. Después de comer volvimos a salir y minutos más tarde se nos unieron el angelito y el nieto del vecino almacenero, que traía entre los brazos varias cajas de fósforos «Ranchera». Eran unos fósforos llamativos, con cabos de papel multicolor encerado.

Fuimos con prisa hasta el galpón y les enseñé a los vecinos cómo envolver los fósforos con papel de aluminio —que sacamos de las cajas de cigarrillos vacías—, para luego golpear con un martillo o con un fierro las cabezas de las cerillas que explotaban como petardos. Allí se nos pasó gran parte de la tarde, entusiasmados explotando fósforos y riendo a carcajadas. Supuse que mamá nos escucharía desde la cocina, pero en tanto no llegáramos heridos o llorando a buscarla, ella no interrumpiría nuestros juegos y travesuras. Tal vez estaba convencida de que la mejor forma de aprender cualquier lección era con la experiencia… o tal vez sólo pretendía brindarnos esa libertad que el viejo nos coartaba cada vez que estaba en tierra.

Rato después, mientras tomábamos un mate cocido en la merienda, oímos la voz del vecino almacenero gritando:

—¡Mario! ¡Mario!

El pequeño ladrón de fósforos se sobresaltó, bebió de un sorbo lo que le quedaba en la taza y salió corriendo, mientras largaba un débil «chau» que quedó suspendido en el aire. Instantes después la curiosidad nos superó y salimos a husmear qué ocurría. Notamos que Mario se había montado en las ramas más altas de un árbol mientras el abuelo agitaba un rebenque contra el tronco:

—¡Bajá de ahí! ¿Qué hiciste con los fóforos, mocoso?

—Nada abuelo, te lo juro, yo no toqué nada —intentaba defenderse el chico.

—¡Pero si yo escuché las explosiones, sinvergüenza! ¡Bajá de ahí! —Le exigía el viejo, mientras seguía dándole azotes al árbol.

—Pero si bajo me vas a pegar…

—¡Y claro que te voy a pegar, me sacaste todas las cajas de fóforos que tenía!

De pronto Mario advirtió que lo estábamos mirando y me señaló de lejos:

—Fue él, el Colía me pidió los fóforos —le dijo al abuelo, que se giró para vernos, entonces nos metimos corriendo a la casa y ya no volvimos a salir ese día.

Por un momento creímos que el vecino llegaría a golpear nuestra puerta, pero aunque no lo hizo, jamás volvimos a molestarlo de ninguna forma porque sabíamos cuáles serían las consecuencias.

Al día siguiente llegó papá y, aunque lo esperábamos, me invadió esa sensación de zozobra que sólo se iría del todo cuando él volviera a embarcarse. Como la mayoría de las veces, mis hermanos y yo fuimos al puerto a recibirlo, y le ayudamos a cargar el equipaje y algunas provisiones —como fruta, ropa y otros artículos— que solía conseguir a precios muy convenientes en esos lugares a los que llegaban con el barco.

Por la tarde José estuvo trabajando solo en el galpón y nos encomendó algunas tareas afuera, que cumplimos sin supervisión porque él se mantuvo ocupado hasta el anochecer. A la mañana siguiente, luego de tomar su mate sentado en el porche, se dirigió una vez más al galpón y regresó con una caja de cartón gris, que había sujetado con un cordón fino cuyas puntas formaban un moño:

—Quiero que vaya a llevarle esto al dotor Flores —me entregó el paquete.

El doctor Flores era un odontólogo de conocido prestigio —no por bueno sino porque era uno de los dos únicos dentistas en el pueblo—, pero además practicaba la taxidermia a modo de pasatiempo, y como sabía que mi padre era cazador de oficio, le había comentado que estaba preparando una muestra de animales autóctonos embalsamados para los niños de la escuela, la única

escuela en Santa Elena y a la que, por lo tanto, asistíamos también nosotros.

—Si usted pudiera mandarme algunos de los especímenes que suele cazar en los alrededores, sería de gran aporte para esta obra cultural que estoy planeando —le había dicho una vez que lo encontró en un almacén del centro, cuando nosotros íbamos con él.

Como José era un hombre de apariencias y le gustaba crear lazos con la gente influyente, accedió con gusto a su pedido, y cada cierto tiempo me mandaba con cajas de diferente tamaño hasta su casa. Yo nunca sabía qué era lo que llevaba, y después de la advertencia de mi padre —que me prohibía abrir los paquetes—, no me animaba siquiera a espiar lo que había en ellos.

Tomé la pequeña caja y me encaminé barranca arriba. Era un camino muy empinado que medía varios metros de largo, y como vivíamos en el mundo de abajo no teníamos otra opción menos agotadora para llegar al centro —para ir a la escuela, a vender chatarra, comprar gaseosa y telas, o visitar al doctor Flores—, que subir andando.

Mientras iba avanzando cuesta arriba, las palabras de mi padre se repetían en mi mente a modo de provocación:

—No vayas a abrir los paquetes eh, lo que hay ahí no es de tu incumbencia —me había dicho frunciendo el entrecejo y apuntándome con un dedo.

Es lo que me advertía siempre y hasta el momento había cumplido esa orden al pie de la letra, pero… supongo que todos tenemos un momento de debilidad. Además, era como si José con sus prohibiciones no hiciera más que plantar en nuestras mentes el deseo de romper la regla. Tal vez, si no me hubiera insistido tanto en que no viera dentro de la caja, ni siquiera se me habría ocurrido. Cabe aclarar que, a esa edad, no relacionaba mucho los hechos y las palabras entre los adultos a través del tiempo. Mi mente absorbía información del ambiente como una aspiradora en constante uso, pero sin la función de un filtro de análisis que me habría servido para imaginar al menos lo que me tocaba llevar cada tanto en esas cajas.

Miré a mi alrededor para cerciorarme de que no hubiera nadie cerca y entonces tironeé del hilo que sujetaba la tapa de cartón. Cuando la levanté —con cierta prisa— vi con sorpresa y terror la

cabeza de una víbora, con la boca abierta y mostrando los colmillos. Arrojé la caja al aire y, cuando cayó al suelo, vi que ese bicho espantoso se movía hacia mí pendiente abajo. Corrí de vuelta hasta la casa y entré en la cocina alarmado:

—¡Papá, papá, se me escapó la víbora! —le dije al viejo con los ojos muy abiertos y sacudiendo las manos de los nervios.

—¿Cómo que se escapó? —Me miró frunciendo el ceño, con las manos en la cintura—. ¿Vos estuviste espiando? ¿Abriste la caja?

Yo no supe qué responder, tragué saliva y me quedé mirándolo con una expresión de arrepentimiento mezclada con temor. Cuando reconocí en su gesto que iba a pegarme, salí corriendo de la casa y él fue detrás de mí con un palo que encontró al paso:

—¡Andá a buscar esa víbora y ponela en la caja! ¡Andá! —gritaba mientras me golpeaba con la punta del palo—. ¡No vuelvas antes de darle eso al dotor porque te mato!

Seguí corriendo y llorando en dirección a la barranca, donde un par de niños menores que yo picaban con unas varillas el cuero de esa víbora que debía recuperar.

—¡Es mía, dejenlan! —les reclamé mientras aún lloraba.

No sintieron ninguna piedad de mi estado alterado así que debí insistir para que se alejaran. Yo era de contextura pequeña pero bastante duro, entonces tomé otro palo que vi en el borde del camino y los amenacé hasta que finalmente se fueron corriendo. Con la misma vara me acerqué al cadáver de la víbora —que mi padre había eviscerado—, y me agaché para empujarlo con tierra y todo dentro de la caja. Luego puse la tapa encima y la amarré con las manos temblorosas, pues aunque estuviera muerta, esa serpiente lucía aterradora, sobre todo porque llevaba la boca y los ojos abiertos.

Me demoré en volver a casa porque tenía la seguridad de que papá volvería a pegarme. Afortunadamente me equivoqué y, aunque no faltaron sus quejas y críticas a mi madre en la mesa, almorzamos con relativa tranquilidad.

—Espero que hayas aprendido tu lección, la próxima vez que metas la nariz donde no te importa, te voy a dar una paliza de verdad —me dijo más tarde, mientras le ayudábamos a cambiar unas tablas del chiquero, ¿acaso no me había pegado de verdad con ese palo?

Horas después de haber cumplido con algunas de las tareas que nos encomendó, tuvimos permiso para jugar —un permiso que siempre era restringido—, entonces vi que Mario se acercaba. Me puse de brazos cruzados delante de él y le pregunté enojado:

—¿Qué hacés acá?

—Vine a jugar con ustedes.

—No, andate. —Le señalé la casa de sus abuelos con el dedo.

—¡Ehhhh, pero yo les traje los fóforos!

—Sí, pero sos un alcahuete, le dijiste a tu abuelo que fue mi culpa. ¡Mirá si venía y me pegaba con el arreador!

—¡No, el abuelo no le pega a nadie, me asustó nomás! —exclamó con una sonrisa—. Además, cuando bajé del árbol me dijo que él no era como tu papá, que no me iba a pegar.

La mayoría de los vecinos sabían bien de las zurras que José nos surtía casi a diario cada vez que estaba en tierra, y no era por el fenómeno de boca en boca que se enteraban, sino que el viejo nos castigaba a la vista de todos, creído tal vez de que lo merecíamos y los demás adultos estarían de acuerdo con él. A veces los castigos eran psicológicos y dolían tanto o más que los físicos: uno que me quedó particularmente grabado —y solía repetir de tanto en tanto—, era el que nos imponía cuando, por alguna razón cualquiera, nos peleábamos con mis hermanos, así como se pelean o discuten la mayoría de los hermanos. Papá nos decía, «si pelean como perros, también se tienen que oler culo como los perros». La primera vez que mencionó tales palabras nos quedamos mirándolo algo desorientados, entonces él se inquietó, «vamos, bajensén los pantalones y huélansen el culo». Por largo tiempo reprimí ese recuerdo, o en realidad no es que lo reprimí sino que me dolía evocarlo y simplemente lo fui evadiendo. En ese momento no teníamos opción más que acatar sus órdenes, y con gran humillación nos bajábamos los pantalones y acercábamos la cara a las nalgas de los otros, sin olernos, claro, sólo haciendo esa mímica que a José lo dejaba satisfecho y que, en más de una ocasión, los vecinos presenciaron también. Con el tiempo aprendimos a evitar cualquier pelea entre nosotros delante del viejo, y así nos liberamos de aquel castigo denigrante.

Finalmente, esa tarde acepté que Mario volviera a jugar con nosotros, y por la noche después de mi viaje astral sobre la sal

gruesa, soñé con una víbora zombi que se salía de la caja para clavarme los colmillos en el cuello. Ésa fue otra de las experiencias que me marcó profundamente, tanto que me curó la curiosidad para el resto de mi infancia.

Manzanas del carnaval

Hacia finales de enero ya se oían desde temprano las murgas y otros estilos musicales que interpretaban las diferentes comparsas a lo largo del pueblo. Eran grupos de personas que se reunían durante meses para armar y ensayar el acto que presentarían en el carnaval, no sólo con intenciones de ganar uno de los premios que otorgaba el jurado, sino además para divertirse y establecerse como agrupación carnavalesca en la zona. Días antes de que se diera inicio al evento, estas comparsas recorrían los barrios con su música para recaudar algo de dinero que los ayudara en la elaboración de las carrozas y los vestuarios. A veces tocaban canciones populares que la gente les pedía, y otras veces aprovechaban la ocasión para exhibir sus propias composiciones, que luego presentarían de forma más elaborada durante el corso. Aunque no todas las personas podían colaborar con dinero, todos disfrutábamos y aplaudíamos esos breves e improvisados espectáculos callejeros que anticipaban la gran celebración.

El carnaval —del latín carnem levare, «abandonar la carne»— se ha celebrado en el norte argentino desde hace más años de los que pueda recordar. En la época de mi infancia, la gente de Santa Elena esperaba con ansias esas fechas, y durante el transcurso de la celebración —que se prolongaba por varios días—, las diferencias de clase, de opinión, de ideología, de partido político o religión, se desvanecían, porque todos se unían para divertirse desnudos de carne y de prejuicios. También llegaban oleadas de turistas que se sumaban a la fiesta con entusiasmo y siempre dejaban buenas ganancias económicas, al menos para todos aquellos que fueran creativos y ofrecieran algún producto —accesorios, juguetes, comida, máscaras, etcétera— en las ferias que se montaban durante el evento.

Una tarde ya muy próxima a la inauguración del carnaval, mientras terminábamos de sacar la maleza alrededor de la casa, con mis hermanos oímos los tambores que se acercaban y no pudimos resistirnos, así que subimos corriendo la barranca para ver a los músicos que iban pasando por los barrios cercanos a la costa, donde vivíamos.

—¡Por acá! —gritó Turi y se desvió en una callejuela tras el sonido de la música.

Fortu y yo íbamos retrasados porque se nos había sumado Marina, que insistió en acompañarnos y no pudimos dejarla, así que la llevábamos un poco a los tirones para subir más aprisa la barranca empinada.

Cuando nos acercamos lo suficiente, vimos a los integrantes de la comparsa con pantalones de colores brillosos y el rostro pintado. No eran tantos ni llevaban todo el glamour que solían presentar durante el corso, pero aun así nos resultaba atractivo verlos tocar con esa energía que nos provocaba alegría a todos.

Marina aplaudía con una gran sonrisa en su rostro. En un momento me pidió una moneda para ponerles en el sombrero que habían dejado en el suelo, y yo le di a mi hermana veinte centavos que tenía en el bolsillo del pantalón. Se nos pasó más de media hora allí. Estábamos fascinados por ese espectáculo que apenas solíamos ver —con suerte— una vez al año. Luego regresamos a casa inyectados de energía, y terminamos el trabajo imitando con la boca los sonidos de los tambores y moviendo el trasero como si estuviéramos bailando en el carnaval.

Al día siguiente, mi padre llegó justo cuando salíamos con nuestros platos a almorzar afuera, porque dentro de la casa el calor era asfixiante. No es que afuera estuviera mucho más fresco, pero al menos corría una leve brisa. Durante el verano era bastante común que saliéramos a comer bajo el cielo abierto. Andábamos con el torso desnudo y los pies descalzos —siempre íbamos descalzos—, pero no alcanzaba para bajar la temperatura que, durante el mediodía, ascendía fácilmente a los cuarenta grados centígrados. Tampoco era raro que nos atacaran los mosquitos cuando estábamos al aire libre, y comer un guiso con esos insectos revoloteando alrededor de la cabeza era de lo más molesto.

—Vayan a prender fuego, carajo —se quejó el viejo en cuanto

llegó mamá con su plato al porche, donde la esperaba sentado y ahuyentando mosquitos a manotazos.

Fortu corrió a buscar unos gajos del arbusto de castor —según le llamábamos al Ricinus communis, un arbolillo de tallo grueso y leñoso de follaje púrpura y verde oscuro—, y yo traje los fósforos de la cocina para encender las ramas, que comenzaron a emanar un humo denso con el que espantaríamos a los insectos mientras también nos asfixiábamos un poco, pero al menos nos salvaríamos de las picaduras y podríamos comer el guiso de mamá sin mosquitos pegados en cada bocado.

Cuando terminamos de almorzar, José fue con todos nosotros al río para darnos un chapuzón que nos quitara el tizne del humo y nos refrescara un poco. Luego nos pusimos con él a trasplantar algunos arbolitos y plantas desde el jardín de adelante al de atrás de la casa, entre otras tareas a las que nos mandaba según se le iban ocurriendo. Durante toda la tarde oímos el sonido de las comparsas que andaban recorriendo los barrios cercanos, y supongo que mis hermanos como yo soñaban con estar presentes al día siguiente, para la inauguración del corso, aunque ninguno de nosotros se atrevería a pedirle permiso al viejo. Finalmente fue Norma, que tenía ya casi trece años y se comportaba como una adulta, quien se arriesgó a pedir autorización para que todos pudiéramos ir:

—Papá, ¿nos deja ir mañana al carnaval? —le preguntó después de cenar, mientras levantaba la mesa y cuando José ya se había bebido media botella del vino «Viejo Tomba», ese que en la etiqueta llevaba la foto de un viejo con bigotes y corbata.

Él movió los labios de un lado al otro en tanto nosotros lo veíamos expectantes, deseando la sorpresa de una respuesta positiva.

—Mañana vemos —respondió con una seriedad inmutable, y todos nos fuimos a dormir con el estómago constreñido de los nervios.

Al día siguiente, luego de otro almuerzo en medio de la humareda que provocaban las hojas de ricino, José se levantó sudoroso de su silla y se llevó ambas manos a la cintura:

—Hace mucho calor para trabajar ahora —dijo mientras lo mirábamos atentos—. Vayan al carnaval, yo me voy a dormir una siesta. —Se dio la vuelta y regresó a la casa.

Nosotros nos miramos entusiasmados y corrimos a bañarnos al río para luego ponernos la mejor ropa que teníamos —que no era de mejor calidad que la que usábamos a diario, sino que estaba menos gastada porque la reservábamos para ocasiones especiales.

Norma nos llevó a todos y, como sabíamos que el viejo le había otorgado la responsabilidad sobre nosotros, nos mantuvimos cerca de ella y respetamos sus reglas. Cuando salimos de casa eran las dos de la tarde y el sol brillaba intensamente, convirtiendo el paseo en una especie de suplicio. No nos quejamos sin embargo de las circunstancias, porque al menos teníamos la oportunidad de alejarnos de José por el resto de la tarde.

A esas horas el pueblo entero permanecía dentro de las casas. Los vecinos estarían durmiendo la siesta envueltos en toallas mojadas o escuchando radio con un abanico en la mano, para agitar un poco el aire caliente que se respiraba. Nosotros caminamos ida, vuelta, ida y vuelta alrededor de la zona donde, tres horas más tarde, las personas llegarían con sus propias sillas para apartarse el mejor lugar que encontraran en torno a lo que sería el corsódromo —o pasarela para las comparsas, murgas y carruajes del carnaval. En ese momento también comenzaron a montarse los puestos de venta de comida, accesorios, globos de agua, silbatos, máscaras; llegaron los carritos donde preparaban algodón de azúcar, garrapiñadas y pochoclos; empezaron a ensamblar el palco donde sentarían al jurado, y a delimitar con carteles y sogas los perímetros de la pista sobre la que andarían esas personas disfrazadas que darían vida al espectáculo.

En mi cabeza comencé a reproducir sobre ese ambiente los recuerdos que tenía registrados del año anterior, cuando papá había estado embarcado y pudimos disfrutar del carnaval sin restricciones. Silbidos, aplausos, gritos y risas llegaron todos juntos a mis oídos. Me giré y vi venir a los hombres zancudos de las murgas que me dejaban con la boca abierta. Los seguí con la mirada por algunos metros, hasta que noté que detrás llegaba la comparsa de los Guerreros de Babilonia, que era mi preferida porque los integrantes iban disfrazados de soldados egipcios, con unos trajes blancos y cinturones gruesos de brillos dorados, algunos usaban vinchas en forma de serpiente sobre la frente y otros una especie de tocado hecho con una tela a cuadros, ajustado en el contorno de la

cabeza y que caía a los lados. Iban escoltando una especie de estatua egipcia que cargaban otros hombres en una tarima con agarraderas de madera.

Fortu me zamarreó y regresé abruptamente a la realidad. Apenas eran las cinco de la tarde y la fiesta comenzaría como a las nueve de la noche.

—¡Pirulines! —gritó un hombre que llevaba esos caramelos coloridos en forma de palillos piramidales.

Mis hermanos compraron pirulines y, mientras les quitábamos el papel transparente que los envolvía, unos muchachos pasaron a nuestro lado y nos bombardearon con bombuchas. Los varones alcanzamos a esquivarlas, pero Marina y Norma recibieron los bombazos que las dejaron empapadas, aunque el calor era tal que no les molestó. Otra de las actividades usuales durante el carnaval era justamente esa de mojar a la gente, a veces con globos de agua, otras con botellas de plástico que también llenaban con agua, pero había incluso de los que usaban pequeñas cubetas o baldes más grandes. Eso se daba mucho en las horas previas al inicio del espectáculo de las comparsas, luego todos se acomodaban en su sitio —los de adelante sentados en el suelo, los del medio en sillas y los de atrás de pie— para disfrutar del desfile sin interrupciones.

Mientras se iba armando la estructura del festejo y los vendedores ambulantes y callejeros establecían sus puestos, también comenzaban a llegar algunas personas, sobre todo niños que andaban correteando y mojando a la gente, y ancianos que buscaban los mejores lugares para poder ver las comparsas.

—Creo que es hora de volver, hace ya mucho que salimos, papá se va a enojar si llegamos muy tarde —dijo mi hermana mayor con un dejo de tristeza en su mirada, una tristeza que sin dudas sentía por nosotros más que por ella misma.

—¡Un ratito más! —le pidió Marina, uniendo las palmas de las manos a modo de súplica.

—Bueno, un ratito —le respondió ella antes de retomar el mismo sendero por el que habíamos ido y vuelto unas veinte veces… o más. Sin embargo, ahora podíamos ir mirando las chucherías que ofrecían los vendedores y captar un poco del espíritu festivo que ya comenzaba a sentirse en el aire.

Antes de regresar, pasamos por un puesto de fruta y Norma

decidió comprar, con unas monedas que tenía, una bolsa de manzanas rojas:

—Vamos a llevarle unas manzanas a papá, se ven muy ricas —nos dijo, y todos supimos que lo haría a modo de ofrenda para intentar aplacar al monstruo si es que andaba suelto.

Eran apenas las seis de la tarde cuando llegamos a casa los cinco. El viejo estaba sentado a la mesa con su vaso a la mitad y mamá ya preparaba los ingredientes para la cena.

—¡¿Dónde mierda estuvieron?! ¡Cómo les gusta andar de vagos! —exclamó alterado, dejando en evidencia al monstruo que se asomaba a través de sus ojos—. Lo único que saben hacer es andar de vagos. ¿Qué mierda se creen? ¿Les gusta tomarme el pelo? ¿Se creen muy vivos? —Su enojo parecía aumentar con cada palabra que pronunciaba.

Norma se adelantó unos pasos hasta él y le ofreció la bolsa que llevaba entre manos:

—Mire, le trajimos unas manzanas del carnaval —le dijo con una timidez tan grande como su temor.

—¡Pero para qué mierda quiero yo esta porquería! —le respondió el monstruo mientras le arrebataba la bolsa con violencia.

Norma se alejó unos pasos con un susto manifiesto en todo su cuerpo, y aunque no era tan evidente, todos teníamos el mismo susto que ella. Mi padre no demoró en arrojarle el paquete de manzanas por la cabeza, entonces mi hermana no tuvo más opción que recibir los golpes de la fruta que colisionó contra su rostro. Luego las manzanas cayeron al suelo y se desparramaron, rodando en diferentes direcciones por el suelo de tierra apisonada.

Turi, que siempre fue el más reaccionario de los hermanos mayores, tomó un jarrón que había encima de la mesa y, en un impulso por hacer justicia, se lo arrojó con fuerza a mi padre. Todos nos quedamos paralizados con su reacción, pero lo que nos aterraba en realidad era la represalia que, sabíamos sin lugar a dudas, recibiría mi hermano en respuesta. No pasaron más de unos pocos segundos hasta que José se levantó envalentonado de la silla donde estaba, para correr tras el justiciero, que había salido de la casa huyendo en cuanto el jarrón tocó el hombro de mi padre.

Instantes después, llegamos a oír desde la cocina los rugidos del monstro y los alaridos que Turi emitía mientras recibía una de esas

palizas que nos dolían a todos. Aquélla era una de las mayores habilidades del viejo, con sólo pegarle a uno, dañaba al resto de la familia, incluso a los más pequeños, Beto de cuatro años —que se metía debajo de la mesa cada vez que oía gritos— y Sergio de apenas un año —que ahora lloraba desconsolado como si supiera lo que estaba pasando.

Cuando José regresó, con la respiración agitada y una seriedad tenebrosa, Norma ya estaba recogiendo las manzanas del suelo, mamá cocinando, Marina cuidando a Sergio y, esta vez como pocas, con Fortu poníamos los platos sobre la mesa.

Poco después nos sentamos todos a cenar, con excepción de Turi, a quien papá mandó a la cama sin comer. Más tarde el resto de mis hermanos se retiró al cuarto y yo me quedé con el José como cada noche mientras estuvo en casa, bebiendo con él hasta que no soportaba el sueño y se iba a dormir. Esa semana, sin embargo, mi sacrificio fue un poco más doloroso de lo usual, pues durante las sesiones de alcohol nocturnas oía a lo lejos las melodías, tambores, silbidos y batucadas del carnaval, del cual ese año sólo probamos unos pirulines dulces junto al corsódromo desierto, y unas manzanas magulladas que Norma guardó y comimos a escondidas de papá.

Un ojo de la cara

En algunas ocasiones, papá planeaba viajes por razones que no nos informaba, pero poco nos importaban las razones cuando surgía la posibilidad de emprender una aventura a través del río.

Esa vez Turi no fue —no recuerdo bien por qué—, entonces llevamos a un amigo que no veíamos mucho en los veranos porque vivía en el centro, pero estaba ciertamente más preparado para ese tipo de travesías que el resto de nuestros amigos del barrio. Así que los tres salimos con el viejo muy temprano en la canoa donde cargamos algunas provisiones básicas que necesitaríamos durante el viaje. Navegamos hasta Las Colonias, una zona que quedaba varios kilómetros al norte de Helvecia, en Santa Fe, y a la cual accedimos en canoa por el río San Javier, que llegaba justo hasta los límites del campo donde estaban establecidos los familiares que íbamos a ver.

Esas tierras lindaban con las reservaciones de los indígenas mocovíes, aquéllos con los que mi tío Jonás, y luego mi padre, se endeudaron tanto que no hubo otra forma de pagar más que con el exilio. Sin embargo en esa época yo no conocía la historia, y lo único que sabíamos era que no debíamos acerarnos a su territorio bajo ninguna circunstancia.

Allí en esa zona que nosotros llamábamos Las Colonias vivía la hermana de mi padre con su familia, el marido y cinco hijos, tres de los cuales ya eran adolescentes y los otros dos de edades similares a las nuestras. La tía María parecía una buena mujer aunque no pasé demasiado tiempo con ella como para asegurarlo. Con los que sí compartimos momentos inolvidables fue con sus hijos menores, y por inolvidables no me refiero a «momentos felices».

Llegamos cerca del mediodía y la familia nos esperaba para almorzar. Luego los adultos se quedaron conversando en la

sobremesa y los primos nos invitaron a recorrer la zona. Vimos vacas y caballos pastando en los alrededores, plantaciones de tomate y zanahoria que eran producción de mi tío —cuyo nombre y rostro no recuerdo—, y el resto eran extensiones de pastizales que iban hasta el río o se encontraban con los límites de campos vecinos. Aquéllas eran tierras que pertenecían a grandes campesinos, y éstos otorgaban un pequeño territorio a las familias como la de mis tíos, que trabajaban para los dueños y además podían producir lo que quisieran en el sector que le habían legado, donde generalmente plantaban verdura.

—¿Puedo andar a caballo? —les preguntó Fortu a mis primos ya cuando íbamos regresando a los ranchos.

—Bueno, yo te ensillo el más mansito —le ofreció uno de ellos, el más alto, y los cinco nos encaminamos hasta el potrero en donde estaban los caballos.

Ya mientras le ponía las riendas notamos que ese animal no estaba muy a gusto, pero mi hermano creía en la palabra de Carlos y se montó con entusiasmo. En cuanto mi primo palmeó su nalga, el caballo salió al galope como si le hubieran apoyado hierro ardiente sobre la piel. Luego comenzó a dar saltos y a retorcerse en el intento de quitarse a Fortu de encima, mientras él se aferraba con ambas manos y ajustaba sus piernas al vientre del animal. Mis primos se reían a carcajadas, era claro que lo habían hecho a propósito, y aunque a mí me aterraba lo que pudiera ocurrirle a mi hermano, no sabía cómo ayudarlo.

—Che, ayudenlón —les reclamó Luis, tan preocupado como yo.

—No pasa nada, ya se va a cansar —le respondió Carlos todavía entre risas.

—¿Y si se cae? El caballo lo puede pisar —intervine mientras veía al alazán corcoveando con una energía que parecía inagotable.

—Naaa, no pasa nada, vas a ver —me dijo Arturo, el menor de mis primos. Luego los dos se fueron hacia la vivienda y nos dejaron allí solos.

Efectivamente el caballo se cansó y Fortu logró arrojarse al suelo, entonces corrió hacia nosotros rengueando de una pierna. No les contamos lo acontecido a papá ni a la tía porque consideramos que se burlarían también de nosotros antes que defendernos, así que simplemente disimulamos y perdonamos a esas dos sabandijas que,

según nos dijeron, sólo querían jugarnos una broma.

A la mañana siguiente, mientras andábamos caminando, notamos que cerca de los arrozales y justo a lo largo de una franja aérea sobre el río, volaban decenas de patos gordos de colores brillantes. Parecía como si hubiera un puente imaginario a través del cual las aves cruzaban hacia un lado y el otro de aquel afluente, para ir de una plantación de arroz a la otra, donde se alimentaban a discreción.

—Che, con tanta cantidá de patos, ¿por qué no los cazan? —les pregunté a mis primos.

—No, es que estamos cansados de comer pato… —me respondió Carlos echando la cabeza hacia atrás.

—¿Y por qué no los venden? —intervino Fortu.

—No tenemos ganas de cazar para vender.

Nunca habíamos visto tantos patos volando al alcance de nuestras manos. Para nosotros era casi como haber descubierto un tesoro, y no podíamos perder la oportunidad de llevarnos al menos una porción de él. Les pedimos entonces a los primos que nos prestaran sus escopetas para cazar algunos patos, y ellos con gusto nos cedieron sus armas. Con Fortu nos tendimos en el suelo sobre un terraplén —que quedaba en el trayecto por donde pasaban las aves volando—, para dispararles en cuanto las tuviéramos en la mira. De pronto se aproximó una bandada en dirección lineal hacia nosotros y comenzamos a gatillar. Los patos fueron cayendo uno tras otro. Nos resultó demasiado fácil, incluso sin la necesidad de camuflarnos como debíamos hacer cuando íbamos a cazar al delta. La mayoría de ellos cayeron heridos al río, y para evitar que se nos escaparan nadando, corrimos a sacarlos. Con Fortu habíamos avanzado ya varios pasos dentro del agua, movidos por el entusiasmo de recoger nuestras presas, pero justo antes de que llegáramos a tomar uno de los patos que estaban más cerca, vimos que saltaban en el aire las plumas y la sangre mientras cientos de dientes filosos como agujas despedazaban su carne.

—¡Pirañas! —gritó mi hermano, y los dos salimos corriendo desesperados del río.

El corazón nos latía acelerado de sólo pensar en el peligro al que acabábamos de exponernos. A partir de entonces no volvimos a creer y ni siquiera escuchar a nuestros primos, cuyas bromas eran

demasiado perversas.

Durante el resto del día ayudamos a los adultos en unas tareas que nos encomendaron, y descubrimos al encerrar las vacas en un potrero cercano a la casa que a varias de ellas les faltaban los pezones de las ubres, a algunas incluso parte de la ubre.

—Pobrecitas, ¿qué les pasó? —preguntó nuestro amigo Luis.

Uno de mis primos mayores, que estaba con nosotros en ese momento, nos explicó lo que con Fortu ya nos imaginábamos:

—Lo que pasa es que a veces se quieren pasar al campo de enfrente porque los pastizales son más largos, entonces se meten en el río que es bajo, pero las pirañas las atacan. —Cerró una de las tranqueras y se frotó las manos en el pantalón—. Las vacas son bastante tontas, los caballos no se meten ni locos ahí.

Ya cuando el ocaso se iniciaba en el horizonte habíamos terminado de cenar y nos fuimos a la cama agotados. La vivienda estaba compuesta de tres o cuatro ambientes completamente separados, como si fueran pequeños ranchos uno al lado del otro. A nosotros tres nos tocó dormir con los primos menores, y mi padre se quedó con los primos mayores.

En medio de la noche, mientras dormíamos plácidamente, unos gritos violentos nos despertaron. Salimos del cuarto donde estábamos y escuchamos más claramente: «¡Hijo de puta, rajá de acá!», «¡borracho de mierda!», «¡no te queremos ver más, andate porque te mato!».

Cuando vimos que papá salía disparado del rancho de mis primos mayores, ya no tuvimos dudas. Él era jodido en cualquier lado, pero no todos le tenían paciencia… ni eran niños vulnerables como nosotros.

—Vamos, vamos —nos decía Luis que, al parecer, había estado escuchando todo el escándalo desde el principio.

Nuestro amigo fue guiando a mi padre —que iba tapándose el rostro quejumbroso— hacia el río en donde estaba la canoa, y nosotros nos apresuramos a recoger las cosas que teníamos en el cuarto para huir tras ellos sin siquiera despedirnos de los tíos. Ya junto a la canoa le apuntamos al viejo en la cara con la linterna, entonces vimos que le habían destrozado un ojo, aparentemente con algún artefacto filoso y rígido. Nos subimos todos en «María Eugenia» y, mientras yo remaba, mi hermano le puso alcohol en la

herida a papá y Luis improvisó una especie de parche para cubrirle el ojo. Creo que aquélla fue la primera vez que vi a José asustado, se entregó a nuestra voluntad y casi no emitió palabra durante gran parte del trayecto que hicimos de noche.

Ésa es la breve y desprovista historia de cómo mi padre perdió la visión de su ojo derecho, cuyo globo conservó simplemente como un accesorio de aspecto bastante decrépito. Según nos contó Luis, había estado maldiciendo y criticando a mis primos sin mucho reparo, entonces ellos le respondieron con una paliza. A partir de aquel incidente el viejo comenzó a usar anteojos, pero no le cambió en nada el temperamento, es más, ahora se sentía incluso con más derecho de expresar su furia contra esa «suerte» que lo había dejado tullido.

¿Primer amor?

Tal vez por compasión, la señorita Blanca me pasó de grado luego de haber sido su alumno durante dos años seguidos. No había aprendido mucho del programa académico, pero al menos sabía leer —aunque muy mal— y eso le alcanzó para justificar su decisión. Sin embargo, era un repetidor y la maestra que me tocó en segundo grado lo sabía. Ella nos recibió el primer día con una sonrisa que, pronto descubrí, era una máscara para disimular sus intenciones diabólicas.

—Van a sentarse en pares mixtos, un varón y una nena —nos explicó, todavía ocultando su verdadero ímpetu.

Noté que los chicos se iban uniendo de a dos para sentarse en pareja. Yo conocía a varios de ellos, pero también había otros cuyos rostros me resultaban nuevos. De pronto sentí que alguien me clavaba el dedo en el omóplato. Me di la vuelta y vi a la niña más bella de toda la escuela, tanto que parecía una muñeca —al menos a mí. Le sonreí de forma espontánea con una expresión que, imagino, fue bastante boba.

—¿Te vas a sentar en este pupitre? —me preguntó ella, con sus ojos muy abiertos.

No me había dado cuenta de que estaba apoyado en la primera mesa de la tercera fila. Saqué mi mano de allí, mientras en mi mente se encendía una luz que duraría pocos segundos, pero me alcanzó para invitarla:

—Sí, ¿querés sentarte conmigo?

Ella aceptó y los dos nos acomodamos en ese pupitre a pocos metros del pizarrón.

—¿Cómo te llamás? —Se quedó mirándome con una sonrisa tan dulce que me provocó cosquillas en el estómago.

—Américo —le respondí—, pero todos me dicen Colía.

Durante los siguientes cuatro días me sentí feliz de asistir a la escuela, sólo porque allí me sentaba junto a Dolores. Ella era la única, de todas las niñas, que me trataba bien o conversaba conmigo durante las clases. Me había motivado incluso a permanecer despierto, aunque no prestaba atención más que a sus miradas, las muecas que hacía o las palabras que pronunciaba. El resto del salón era invisible para mí, sobre todo porque la mayoría de esos chicos me trataban con desdén y hostilidad, ¿por qué habría de mirarlos u oírlos?

—Yo tengo un gato que se llama Manchas, y un perro que está muy viejo y se llama Oso —me contó el cuarto día de clases, antes de que llegara la maestra a la sala—. ¿Vos tenés mascotas?

—Puff, tengo un montón —le dije—. Perros, gatos, pájaros, un carpincho, un chancho, muchas gallinas… —Hice una pausa—. Bueno, no, ésos son para comer, pero todos los otros no, y también tengo dos tortugas y un yacaré que se escapó, no sé si va a volver —le expliqué mientras ella me miraba atenta, con los ojos muy abiertos.

—¡Cuántos animales!

La presencia de Dolores me provocaba unas cosquillas extrañas en el estómago y una alegría espontánea que se extendía a lo largo del día. Yo era dos años mayor que ella y, aunque no lo entendía entonces, estaba iniciándome en la pubertad, de modo que mis hormonas ya comenzaban a alborotarse y en ocasiones me ponían a volar entre las nubes. Esa mañana, sin embargo, la maestra me bajaría cruelmente de las alturas:

—Yo vine a enseñarle a los que pueden aprender, no voy a perder el tiempo con los lentos —nos dijo en cuanto entró al salón, antes de iniciar la clase—. Así que los inteligentes se vienen para adelante y los burros se van para atrás.

Tal como era de esperarse, yo fui el primero al que mandó al fondo del salón. Me levanté con cierta vergüenza, pero vi que Dolores me seguía y las ilusiones volvieron a brotar de forma casi instantánea, aunque no me durarían más de un minuto y medio, que fue el tiempo que se demoró la señorita Nora en explotar mi burbuja:

—No, no, no —dijo en voz alta—. Vos, querida, vení para acá adelante. —La llamó con la mano.

Dolores me miró por un instante, como si estuviera pidiéndome disculpas por tener que irse lejos, sentarse con otro chico y aprender más rápido que yo. Para mí fue casi como una ruptura, había vivido cuatro días de fantasía junto a esa niña dorada y, a los nueve años, cada jornada mide una eternidad.

Esa mañana mi sistema digestivo me jugó una mala pasada. Unos cólicos comenzaron a molestarme durante la clase, pero me daba mucha vergüenza pedir permiso para ir al baño, así que decidí aguantarme las ganas. Como solía pasarme de tanto en tanto —luego de ese maldito día en que aprendí a leer por miedo y culpa—, no logré frenar la necesidad fisiológica de mi cuerpo y acabé defecándome en los pantalones. Eso empeoró mi situación de frustración y vergüenza, así que evité moverme durante el resto del tiempo que faltaba para que sonara la campana que marcó el final de la clase.

Ese día no esperé a mis hermanos para volver juntos a casa, sino que me apresuré para bajar la barranca y fui directo al río, en donde me lavé con cierta bronca… bronca hacia la maestra que me quitó a Dolores y hacia mi propia incapacidad de controlar los esfínteres.

Afortunadamente, la relatividad con que percibía el tiempo también me ayudaba, pues pronto se diluyó el mal humor y me alcanzó con la sabrosa comida de mamá para recuperar la alegría. Por la tarde salimos con Fortu y Turi a juntar vidrios y huesos. Llevábamos unas bolsas de arpillera que guardábamos en el galpón y las ansias de ganar algunas monedas para comprarnos unos dulces.

En general, los vidrios que encontrábamos semienterrados o desparramados en los alrededores de los bares estaban en trozos. No resultaba fácil encontrar botellas enteras porque eran retornables, y la gente las conservaba para no pagar envase cuando iban a comprar más bebida.

Gastamos la tarde entera recolectando vidrios de todos los colores y formas que encontramos.

—Yo ya estoy lleno —dijo Turi cuando terminamos de juntar unos trozos de cristal cerca del muelle.

—También yo. —Miré a Fortu.

—Bueno, entonce’ vamos —sugirió mi hermano mayor, y los tres

levantamos los costales de un envión, con cuidado, y nos los pusimos al hombro.

Comúnmente, los vidrios que habían estado por determinado tiempo a la intemperie perdían el filo a causa de la erosión natural. Sin embargo, siempre era probable encontrar trozos puntiagudos o incluso que se quebrara el vidrio durante el traslado.

Escalamos con cierto esfuerzo la barranca, cargando nuestras bolsas repletas, y anduvimos hasta un predio donde el viejo Pérez acumulaba montañas de vidrio —no éramos los únicos recolectores de la ciudad.

—Buenas tardes —nos saludó el hombre calvo cuando nos vio llegar—. Vengan, vamos a la balanza.

Lo seguimos hasta donde nos indicó y bajamos las bolsas del hombro, pero antes de que apoyara la mía en el suelo, el grito agudo de Fortu me apuñaló los oídos. Giré mi vista hacia él, que se había agachado para sujetarse la pierna ensangrentada. Al parecer una punta filosa se había salido del costal y mi hermano se abrió la piel desde la rodilla hasta casi el tobillo.

Arrojé al suelo todo el vidrio que llevaba en mi bolsa e improvisé con ella una especie de torniquete alrededor de su pierna.

—¿Tiene alcohol? —le pregunté al viejo Pérez, que anduvo hacia la casa y regresó poco después, con una botella de plástico que le entregó a Turi de mala gana.

—Se las voy a descontar, eh —nos advirtió, y era lo justo, aunque en realidad ese costo saldría de los vidrios que había juntado el accidentado.

Mi hermano menor le quitó la tapa al alcohol y arrojó una buena cantidad sobre la venda que yo le había puesto, entonces Fortu comenzó a gritar como un condenado.

—¡Oh, pobrecito… se le van a salir las tripas! —bromeé como lo hacía mi madre cuando nos accidentábamos de más pequeños.

—¡Callate, boludo! —exclamó mi hermano secándose las lágrimas.

—Boludo vos, que te cortaste —le respondí y Turi se rió conmigo.

Regresamos a casa sirviéndole a Fortu de sostén, mientras él iba saltando en un pie y se quejaba de dolor cada vez que, sin querer, se rozaba la pierna herida contra mí.

Afortunadamente José no estaba en tierra, pues el trabajo de recolectores lo hacíamos durante su ausencia. De modo que mi hermano mayor se ahorró la reprimenda que le hubiera dado mi padre por zonzo, pero además pudo descansar para reponerse. Yo quise acompañarlo y me tendí junto a él en mi cama para conversar —lo cual solíamos hacer cada tanto para hablar sobre nuestras andanzas o planes.

—Si pudiera hacer una película, haría una de tres pistoleros que tienen que salvar el pueblo de unos tipos malos que llegan a robar el banco —me contó—. ¿Te imaginás? Ahí de botas con espuelas, de a caballo y con unas pistolas de caño cromado… —Volaba en su imaginación y yo lo seguía.

Nuestro encuentro con la pantalla grande había sido justamente a partir de una pantalla grande, la pantalla del cine del pueblo, ese que construyeron los dueños del frigorífico. Por allí pasábamos a veces los domingos —eran los días que proyectaban películas—, y oíamos desde afuera el sonido de los altoparlantes. El costo de las entradas era bastante alto para nosotros, de modo que sólo entramos un par de veces cuando nos invitaron unos conocidos que trabajaban ahí, y lo disfrutamos con esa fascinación de quien apenas entiende el funcionamiento de algo tan inmenso.

Además de las pocas sesiones de cine, nuestra imaginación era también impulsada por esas novelas que escuchábamos en la radio, e incluso por los cómics que alguna vez habíamos leído en las revistas que llegaban a nuestras manos.

—¿Vos qué película harías? —me preguntó mi hermano.

Pensé un momento y lo único que veía en mi mente era…

—«Una rosa roja en la arena» —dije en voz alta y Fortu me miró extrañado.

—¿Y de qué sería esa película?

—De unas chicas que se meten al río, pero no saben nadar, entonce' tenemos que rescatarlas. —Ahora el que volaba era yo—. Una de las chicas es Dolo, mi compañera de la escuela.

—¿Esa que te despidió con la mano el otro día? —me preguntó él.

—Sí.

—¡Pero esa nena es muy linda pa' vos! —Sonrió y se cubrió el rostro con las manos.

—Y qué me importa, igual es mi amiga… —Me sonrojé.

—¿Y qué tiene que ver esa película con la flor roja en la arena?

Afortunadamente llegaron al cuarto el resto de mis hermanos e interrumpieron nuestra conversación, porque en realidad no habría sabido cómo explicar la razón por la que imaginaba una rosa cuando pensaba en Dolores. Pronto todos hicieron silencio para dormir, y yo volví a ver en mi mente la escena en la que salvaba a la niña bella de las aguas del Paraná, ese que lleva y trae vida, ese que me acompañaba incluso en las fantasías más cursis.

El gran negocio de mi padre

«Bueno, esta noche tenemos motivos para festejar», me dijo papá cuando regresó de hacer sus diligencias, de las que nunca nos contaba nada, ni siquiera a mamá. Pero esta vez era diferente, porque estaríamos directa y activamente involucrados en sus planes.

Resulta que, después de haber juntado algo de dinero durante cierto tiempo, logró comprar un terreno en el mundo de arriba, ése al que llegábamos escalando la barranca. Según nos contó, el lote estaba ubicado en una zona intermedia entre el frigorífico y el centro de la ciudad. Nos alegramos al principio porque creímos que era un lugar hermoso para ir a vivir, pero la alegría se nos achicharró en cuanto nos llevó a conocerlo. El terreno parecía una zona de guerra, había lomas enormes y zanjas profundas y extensas a lo largo de toda la superficie, como si hubieran dinamitado bombas durante un combate armado. Era imposible siquiera pensar en construir los cimientos de una casa sobre ese suelo tan desparejo, pero claro… el viejo lo tenía todo previsto.

Así es que, durante los siguientes meses, además de algunas labores que nos tocaba hacer en la casa donde vivíamos, tuvimos que ir a tapar las zanjas en el nuevo terreno. Recuerdo que para esa tarea mis hermanas también colaboraron, tal vez no en la misma medida que nosotros —los tres varones mayores—, pero todos trabajamos mucho. Solíamos ir temprano por la mañana cuando estaba más fresco y, casi al estilo de los presos que son sometidos a trabajo forzado, aflojábamos la tierra de los montículos con picos y palas. Luego la cargábamos en carretillas o baldes y la trasladábamos para depositarla encima de los pozos. Se nos pasaban las horas demasiado rápido y siempre terminábamos agotados, pero al final de cada día se notaba muy poco el trabajo que habíamos

hecho. Durante la semana también íbamos al colegio y, cuando nos quedaba algo de tiempo, pescábamos para vender y jugábamos en la costa con los amigos del barrio —eso cuando José no estaba, por supuesto.

Llegado el invierno, ya parte del terreno estaba en condiciones para soportar los cimientos sobre los cuales se levantarían las paredes de la casa. José contrató entonces a un albañil para realizar ese trabajo que nosotros no sabíamos cómo hacer, aunque muchas veces nos tocaba colaborar. Cuando volvía papá, nos suplantaba en la obra y nos dejaba tareas en la casa de la costa, las cuales terminábamos bastante rápido porque él no estaba cerca para juzgarnos.

Una de esas noches, mientras nos sentábamos a la mesa agotados, José carraspeó con el vaso de vino en la mano y luego dijo:

—Mañana vamos a carnear el chancho, los quiero a todos arriba a las cinco.

Ninguno le respondió, estábamos concentrados en el estofado de pollo que había preparado mamá y cuyo aroma nos hacía salivar. Sin embargo, sabíamos que difícilmente nos tocaría alguna de las mejores presas que, por decreto tácito, estaban reservadas para el gran José, ese mismo al que le vendieron el terreno más ruin que he visto jamás. Si lo pienso, aunque papá no parecía tan inteligente, en realidad sí lo era. Él mantenía una salud de hierro porque en realidad nunca llegó a ser un alcohólico perdido, sino uno bastante organizado y astuto. Bebía mucho, sí, pero se alimentaba muy bien en cada comida y dormía las horas necesarias para reponerse. Además moderaba sus ingestas de alcohol durante el día para rendir en el trabajo, y sólo se descontrolaba por las noches —la mayoría de las veces—, cuando ya no importaba el estado en el que acabara. Así, el peor de sus defectos no era el alcoholismo, sino el nivel de violencia y egoísmo que manejaba… o no manejaba.

En fin, según las indicaciones de José, a la mañana siguiente preparamos una especie de tambor grande con agua que pusimos a calentar sobre una fogata que encendimos afuera, cerca del galpón. Luego armamos una mesa con tarimas que apoyamos sobre unas piedras bien firmes, que debían sostener todo el peso del cerdo, al que llevamos andando con una soga amarrada al cuello hasta allí

donde mi padre afilaba la cuchilla junto a la hoguera.

—Sosténganlo bien fuerte —nos ordenó mientras tomaba un martillo y lo levantaba en el aire, midiendo la cabeza del animal que había comenzado a chillar como si supiera su destino.

Pocos segundos después, José bajó el mazo con tanta fuerza que logró desmayar al cerdo. Tal vez en realidad lo mató, porque cuando lo subimos a la tarima y mi padre enterró la cuchilla en su pecho, él ni siquiera se inmutó. Junto a la mesa —y debajo del animal—, mamá había colocado un recipiente plástico donde recolectó la sangre con la que prepararíamos las morcillas, uno de los embutidos que más nos gustaban. Ya cuando el cerdo se hubo desangrado, lo cubrimos con bolsas de arpillera que habíamos abierto por la costura y extendimos una junto a la otra. Allí encima comenzamos a chorrear el agua hirviendo para luego ir raspando el pelo con una cuchara. Eso lo hacíamos entre varios, lo más rápido que podíamos, mientras otros seguían mojando la lona que íbamos retirando a medida que pelábamos toda la superficie. En aquella época procurábamos aprovechar cada centímetro del animal, por eso le quitábamos el pelo al cuero que luego usábamos para preparar chicharrones y hacer estofados. También picábamos a mano parte de ese tocino que emplearíamos para hacer las morcillas, a las que mamá les agregaba una mezcla de especias que les otorgaba un sabor delicioso.

Luego de pelar al cerdo, papá lo despostaba, y mientras algunos ayudábamos a mamá a rellenar las tripas saladas con la mezcla de sangre, grasa y especias —lo hacíamos a mano, con la asistencia de un embudo—, otros colaboraban con el viejo para colgar los trozos de carne que dejaríamos oreando toda la noche.

Al día siguiente todos regresamos al galpón desde muy temprano para continuar con el trabajo. Mi padre había atornillado una de esas máquinas a manija para picar la carne, que fue cortando en trozos y arrojando allí dentro. Nosotros nos turnábamos entonces para girar la manija que, por momentos, se ponía bastante pesada. Mamá iba condimentando entretanto —con una agilidad innegable — los recipientes de carne molida, que luego metimos a presión — con otra herramienta especial— dentro de las tripas saladas que formarían roscas enormes de chorizos.

Los cuartos del animal se colocaban en unos cajones que

llenábamos con sal gruesa —esa misma sobre la que todavía a veces me tocaba arrodillarme—, y se dejaban allí por varios días. Luego los colgábamos en el galpón, procurando que estuvieran al fresco, por unos cuantos meses, y el resultado era un maravilloso jamón crudo —dos en este caso. Del mismo modo también preparábamos la bondiola y colgábamos algunos de los chorizos para obtener salamines, que son una especie de fiambre muy consumido en Argentina— y quizás en el mundo, aunque con diferentes nombres. No obstante, la mayoría de los embutidos que hacíamos en casa se comían frescos, y no exclusivamente por nosotros, porque entonces papá tenía esa manía de regalarlo todo. La excusa era que, como no había heladera, los chorizos se echarían a perder, pero a nosotros nos dolía ir regalando a vecinos —muchos con los que ni siquiera teníamos trato— el producto de un esfuerzo que nos había tomado varios días. Sin dudas podríamos haber puesto más cantidad a secar, pero José prefería comprar elogios. Del mismo modo, solía traer de sus viajes azúcar o madera que nosotros hombreábamos desde el puerto hasta la casa, y luego él les regalaba también a los vecinos. La gente lo respetaba y lo estimaba por esa generosidad, una generosidad que nunca llegamos a probar en carne propia.

Disfrutamos, sin embargo, de los chorizos que nos tocaron y de otras varias comidas que mamá preparó con partes del cerdo que nos supieron sabrosísimas, pero tuvimos que controlar el deseo de probar los fiambres que veíamos a diario colgados, secándose en el galpón, y de los cuales sin dudas papá regalaría la mayor parte.

No todo tiene un precio

Hacia mediados de septiembre, la escuela invitó a los alumnos de distintos niveles a que se unieran al coro, pues ya era hora de comenzar a ensayar para el evento que presentarían a fin de año. Como cualquiera podía anotarse en esa actividad, las aulas quedaron vacías porque todos queríamos salvarnos de las clases; cantar parecía más entretenido.

El día de la selección acudimos todos al salón de actos, que era inmenso y se empleaba como teatro municipal los fines de semana. Allí nos esperaba la señora Chimbe, profesora de música y encargada de elegir a los alumnos que formarían parte del coro que ella dirigía. Nos acomodó a todos en varias filas, unos detrás de otros, y yo quedé en el medio, sobre la línea del frente. Luego, la mujer de caderas anchas y ojos saltones se sentó al piano y nos propuso una canción que todos sabíamos:

«Arroz con leche, me quiero casar, con una señorita de San Nicolás. Que sepa tejer, que sepa bordar, que sepa abrir la puerta para ir a jugar (…)».

La señora Chimbe tocaba la melodía en el teclado mientras todos aullábamos la letra como si en realidad fuéramos expertos cantantes. Ninguno de nosotros estaba preparado para seguir reglas de afinación o rítmica, algunos de los chicos mayores que habían estado en el coro los años anteriores atinaban mejor a alguna nota, pero la verdad era que la mayoría sonábamos bastante mal.

De pronto la profesora golpeó con fuerza las teclas del piano y se detuvo, giró sobre la silla y nos apuntó con el dedo:

—¡Vos! —Todos nos asustamos con su grito—. ¡Levantá la mano, vos, el del medio!

No levanté la mano, aunque sospechaba que era a mí a quien señalaba. Otros chicos que estaban cerca sí la levantaron:

—No, no, ¡vos! —me dijo ya viéndome a los ojos, y me encogí de hombros con deseos de desaparecer—. Sos el único que desafina. ¡Fuera!

Salí del salón arrastrando una vergüenza que años más tarde se mudó en bronca y hoy sólo recuerdo con cierta nostalgia, porque en ese momento acabé convencido de que no era bueno en nada que tuviera que ver con lo académico, y entonces comencé a odiar el colegio. Así es que me hice fanático de los días lluviosos, porque la ciudad tenía en su mayoría calles de tierra, y en cuanto empezaba a llover se empantanaban los caminos. Era imposible subir la barranca sin embarrar el guardapolvo, por eso no asistíamos a clases y yo me iba a pescar al río. Era sin dudas una de mis actividades preferidas, porque además me servía de terapia, aunque en aquel momento no hubiera podido explicarlo con estas palabras. Tenía nueve años, pero llevaba toda mi vida consciente saboreando esos momentos introspectivos que se me daban allí frente a esa masa acuosa que me tenía fascinado.

El año se fue acabando sin que hiciera absolutamente nada para mejorar mi rendimiento académico, en realidad estaba resignado a esa «incapacidad» que me habían atribuido compañeros y maestros. Sin embargo, fuera del ámbito escolar la vida me resultaba bastante interesante, incluso hasta deleitable cuando el viejo no estaba. A finales de esa primavera, por ejemplo, con mis hermanos descubrimos que la gente comía rana. La compraban para el consumo porque, según decían, tenía una carne exquisita, pero como eran difíciles de atrapar y muy pequeñas, se vendían a precios relativamente elevados. Fue así que se nos ocurrió ir a cazar ranas.

—En La Cruz de los Milagro' hay un montón de ranas —nos comentó Paco cuando le contamos nuestra idea—. Yo las escuchaba cuando fuimos con mi papá a pescar el otro día.

Tuvimos que esperar hasta una de esas noches en que José no estaba, y los tres hermanos. —Fortu, Turi y yo— nos encaminamos con nuestras linternas y unas bolsas de arpillera hacia La Cruz de los Milagros, ese lugar donde se organizaban los picnics escolares en primavera.

Ya desde antes de llegar a la orilla del río, pudimos oír a las ranas croando bajo la luz de una luna llena que nos permitió hacernos una idea aproximada de la cantidad que había: incontable.

Las ranas suelen estar allí a flor de agua cazando su comida —insectos voladores, pequeños peces, caracoles o babosas—, de modo que nos metimos así vestidos al río y, según nos había aconsejado otro pescador, las encandilamos con la luz de la linterna. Cada uno llevaba una bolsa y nos habíamos buscado unos palos finos pero resistentes con los que les pegábamos un golpe en la cabeza para desmayarlas, entonces las fuimos metiendo en las bolsas donde luego despertaban y comenzaban a saltar para salirse.

No es que fuéramos muy buenos en esa tarea, en realidad asustamos a muchas que se sumergieron en las profundidades y otras que se alejaron a los saltos entre los yuyos y arbustos, pero había tantas que, con la técnica esa de cegarlas con la luz, logramos atrapar varias. Estuvimos alrededor de una hora allí chapoteando y persiguiendo ranas bajo la luna, hasta que notamos que ya no quedaba ninguna a la vista. La mayoría habían huido lejos y, si aún quedaba alguna por ahí, se mantuvo bien escondida.

De todas formas, habíamos logrado cazar a varias y, para ser la primera vez que lo hacíamos, nos sentimos satisfechos. Matarlas, sin embargo, fue un suplicio, porque no habíamos imaginado que fueran tan resistentes, y no conocíamos una forma más sencilla que a los golpes. Le dábamos con los palos a las bolsas hasta que quedaban inmóviles, pero a los pocos minutos se despertaban algunas y volvíamos a golpear los sacos. Así lo hicimos varias veces hasta que estuvimos seguros de que no quedaba ninguna viva.

Regresamos a casa bastante cansados y dejamos las bolsas bien amarradas en el galpón, entonces nos fuimos a dormir contentos. Al día siguiente, cuando estuvimos otra vez frente a nuestro botín, los tres pensamos que, si pagaban tan bien por las ranas, tendríamos que probarlas.

Estábamos acostumbrados a cuerear pescados, pero cuerear una rana nos resultó tanto más complicado por la forma de su cuerpo. Luego las destripamos y cortamos en trozos, para freír sobre una sartén que pusimos encima de una pequeña fogata que encendimos en la costa, a pocos metros de casa. La carne era tan fibrosa que comenzó a saltar en la sartén como si estuviera viva, entonces intentamos reducir un poco el fuego para terminar de cocinarla. No quedó de muy buen aspecto, pero luego del primer bocado ya no tuvimos duda de lo deliciosa que era esa carne, tanto que nos

atragantamos comiendo. Desde entonces fuimos a cazar ranas algunas veces con la única intención de comerlas, aunque fue una rutina que se nos acabó bastante pronto, una noche cuando, al alumbrar con la linterna, una lengua bífida emergió de la boca del animal que me miraba amenazante. El terror fue tal que salí del agua gritando como loco y sin interrupción hasta que me quedé sin oxígeno. Mis hermanos me siguieron asustados, aunque también desorientados:

—¿Qué te pasó?

—Una… víbora, uf, uf, ¡una víbora! —Señalé hacia el río mientras intentaba recuperar el aliento.

No volvimos a cazar ranas ni a meternos en el agua en las noches cuando no podíamos ver con claridad. El sabor de su carne era exquisito, sí, pero entendimos que no pagaríamos un precio tan alto… la vida nos sabía mucho mejor.

La gota que rebalsó el río

—He aquí la última información de eeeeeste boletín…

Mientras sonaba la dramática voz de Ariel Delgado en Radio Colonia, el viento embestía las celosías viejas de nuestras ventanas y hacía vibrar las paredes. Llevaba dos días lloviendo y ya se anunciaba el inminente desborde del Paraná, cuyo caudal iba creciendo a paso sostenido e inquietante.

Mamá había preparado la cena temprano, pero aun pasada la hora de ir a dormir seguíamos todos en torno a la radio, oyendo las predicciones climáticas y los consejos que el conductor nos ofrecía a los lugareños de tomar ciertas precauciones.

Papá no estaba en ese momento y para nosotros no había opción de evacuación. Las familias que vivían encima de la barranca ni se asomaron al zanjón, y el Estado tampoco se haría cargo de la gente hasta después de ocurrida una catástrofe… aunque las crecidas del río eran de esos desastres naturales que no pueden preverse con mucha anticipación, menos aún en aquellos años.

Lejos del temor, a mí me invadió un deseo desbordante de vivir la aventura que nos propusiera aquel evento. Supongo que lo mismo les ocurrió a mis hermanos, pero no así a mi madre o a Norma, que lucían nerviosas y preocupadas.

Continuó lloviendo durante toda la noche, mientras se extinguía la mecha del farol a querosén y se acababan las pilas de la radio en torno a la cual nos dormimos, oyendo las noticias de las que pronto y sin opción seríamos parte.

Apenas despuntó el sol salimos con mis hermanos, Turi, Fortu y Marina, a encerrar a los animales y recuperar algunas cosas que el viento había desparramado por todo el jardín. De pronto, vimos el agua del río asomándose sobre el último peldaño de la escalera de madera que había construido papá para bajar a la costa, y en

cuestión de segundos más, una especie de avalancha oscura y violenta se abrió paso hasta el galpón donde guardábamos herramientas, cajones, madera y otras cosas por el estilo. El agua llegó en forma de caldo espeso y lodoso, trayendo chapas, maderas, ramas, incluso animales que iban muertos o vivos flotando y girando sobre la indómita corriente que seguía avanzando al margen de nuestra casa, devorando todo lo que se cruzaba en su camino. Luego de comerse los cimientos del galpón —a donde creímos que no llegaría—, vimos que las paredes comenzaron a caer. Marina estaba en ese momento dentro del gallinero, intentando sacar a una de las gallinas que corría junto al único muro que quedaba en pie, y que se desmoronó encima de mi hermana justo cuando yo la estaba mirando.

—¡Ey, Marina está ahí abajo! —le señalé a Fortu mientras Turi ya corría en su dirección.

Me apresuré también hacia ellos para ayudarles, y durante la corrida sentí de pronto un profundo pinchazo en la planta de un pie. Levanté la pierna y noté que traía una tabla pegada. Un clavo se había enterrado en mi carne, a la altura del metatarso, justo debajo de mis dedos. Tiré de la madera para quitarme el clavo, y recién cuando lo conseguí el ardor cedió en gran medida. Luego seguí el camino hasta mis hermanos y nos metimos debajo de la pared de adobe para empujar hacia arriba y levantarla. La desesperación nos proveyó a Fortu y a mí de la fuerza necesaria para sostener aquel muro sobre nuestras espaldas, mientras Turi tironeaba de los brazos a Marina para sacarla de allí. Cuando finalmente vimos que estaba ilesa —apenas un poco dolorida y sucia—, nos sentimos superpoderosos por un instante, mientras el viento tironeaba de nuestras ropas y la lluvia seguía mojándonos en medio de todo aquel caos.

Regresamos entonces al porche de la casa para presenciar desde allí el curso de ese espectáculo natural que nos tenía asombrados, y que para muchos de nuestros vecinos fue sin dudas desesperante y aterrador. Supongo que, si no hubiera sido por la tortuosa realidad que vivíamos bajo la tutela del viejo, la magnitud de esa destrucción nos habría provocado la misma impotencia y angustia que al resto. Sin embargo, a todos nos unía la intención primordial de salvar la vida. No es que uno lo pensara demasiado, sino que

servíamos al instinto de supervivencia que nos empujaba a buscar la salida. Siempre tuvimos presente que, al final de cuentas, la vida es la maleta en donde llevamos lo importante: el conocimiento, la experiencia y la posibilidad de seguir andando.

A la mañana siguiente nos visitaron dos personas de Bienestar Social del Ejército, una mujer vestida de civil y un uniformado. Iban con intenciones de constatar los daños que habíamos sufrido durante la crecida del río, y acordar así la ayuda que nos brindarían. Mis hermanos y yo estábamos desayunando cuando llegaron, y permanecimos sentados a la mesa mientras ellos deambulaban por la casa. Observaron todo con cierto detenimiento: el techo de paja barnizada y las paredes pintadas de blanco con cal, los pisos de tierra apisonada impecables, las camas tendidas y los trastos de la cocina organizados en simples estanterías de madera.

—Bueno señora, vemos que aquí no necesitan nada —determinó la mujer de ojos café, que llevaba unas carpetas abrazadas contra su pecho.

Rosa afirmó con la cabeza apretando los labios, indignada:

—Está bien, así que yo tengo que ser una persona sucia, desordenada, tener todo tirado y roto como si no me costara nada, entonces ustedes me darían algo —le reclamó.

La asistente social desvió la mirada hacia su compañero, que elevó las cejas sorprendido y luego volvió la atención a Rosa:

—Tiene razón, señora, dígame qué necesita.

Mamá les pidió ropa para nosotros, calzado y frazadas. Ellos le ofrecieron también paja y alambre que ella aceptó agradecida, entonces lo agregaron a la lista que estaban haciendo. Al retirarse estrecharon su mano con una sonrisa porque, así como hacía con nosotros casi a diario, Rosa les había dado a esos dos una lección importante: la pobreza no es sinónimo de desidia.

Por la tarde, cuando papá volvió, nos adentramos con él en canoa sobre las aguas cuya corriente se había serenado, aunque el caudal continuaba por encima de los árboles. Fue entonces que pudimos presenciar la angustia de los vecinos, la desesperación por salvar animales y objetos. Nosotros ayudamos bajo ciertas condiciones que mi padre fijó en la moneda argentina de la época, y así salimos a reunir ganado, cerdos y caballos que, aunque podían flotar y movían sus patas bajo el agua, no conseguían ubicarse para

nadar en dirección a tierra firme. Logramos sacar varios de esos animales amarrando una soga a sus cuellos para guiarlos mientras iban nadando detrás de la canoa, pero al final ninguno de los vecinos le pagó a mi padre por el trabajo, aunque tampoco él insistió demasiado. Siempre le gustó recibir alabanzas y por eso solía regalar el producto de nuestro esfuerzo en la pesca, la caza o el contrabando, en lo cual nos adentramos un poco más durante años posteriores, esos años que seguirán pasando aquí tan velozmente como en el presente que gastábamos entonces.

Un nuevo mundo entre pirámides y faraones

La creciente del Paraná dejó a muchos habitantes del mundo de abajo en una situación de pobreza aún peor, pero a nosotros nos empujó a escalar la barranca para mudarnos finalmente —y de forma precipitada— a la casa que aún no estaba terminada en esa zona cercana al frigorífico. Allí nos tocó trabajar muy duro —incluso cuando no estaba el viejo— para colocar los mosaicos en el suelo y hacer el revoque de las paredes de ladrillo. Recuerdo que con mis hermanos nos vimos en un terreno completamente desconocido. Papá apenas nos enseñó cómo preparar las mezclas de cemento y luego nos libró a nuestra suerte, pero además se esmeró en arruinarnos el trabajo pisoteando las baldosas apenas puestas —que se corrían de lugar y luego debíamos volver a pegar— y desprendiendo con un palo el revoque fresco:

—Esto está mal, quedó todo suelto —nos decía una y otra vez cuando se acercaba a revisar nuestra labor.

Así es que, dadas las circunstancias, decidimos apresurarnos a terminar con el trabajo en los momentos que él no estaba, para no tener que hacer dos, tres y diez veces lo mismo bajo su tutela.

Finalmente, cuando habíamos culminado la tarea en la que, sin ser especialistas, nos fue bastante bien, tuvimos que pintar las paredes por dentro y por fuera con cal. Él estuvo presente durante esa etapa, pero no molestó demasiado porque era una tarea que conocíamos bien.

La noche anterior a que papá se fuera, llovió torrencialmente, y al día siguiente había charcos alrededor de toda la casa. Por la tarde despuntó el sol entre las nubes grises que se fueron disipando, y con mis hermanos salimos al patio. Como José no nos había dejado tareas, nos pusimos a jugar con el lodo que se escurría entre los

dedos de nuestros pies descalzos. Todavía recuerdo la sensación tan cremosa deslizándose por nuestra piel escamada de tanto sol. En un momento metí mis manos en un charco para formas una bola de barro, que luego arrojé con fuerza hacia una de las paredes blancas de la casa. Mis hermanos se quedaron paralizados por un instante, y luego se sumaron a mi iniciativa. Así bombardeamos la vivienda como si estuviéramos culpándola de todo el trabajo que nos había causado, aunque sabíamos que luego deberíamos limpiar el desastre. Supongo que fue una forma divertida de exorcizar emociones, aunque jamás fuimos conscientes de eso y sólo nos reímos jugando. De pronto Turi se detuvo pasmado con la vista clavada a nuestras espaldas. Con Fortu nos giramos y vimos a José, parado con su bolso colgando de una mano y frunciendo el entrecejo; al parecer el barco no había zarpado y por eso regresó a casa. Él se quedó mirando las paredes embarradas sin decir nada, y entonces estimamos que estaría pensando en la reprimenda, una bien dura. Sabíamos que no teníamos escapatoria, pero igual nos apresuramos para intentar despegar las bolas que habían quedado prendidas del cemento.

Papá suspiró:

—Déjenlon así, el sol lo va a secar y mañana lo sacan con un palo —nos dijo con voz serena y se metió a la casa.

Los tres nos quedamos sorprendidos de que no hubiera castigo, aunque sólo lo tomamos como un hecho aislado y hasta fortuito. Conocíamos tan bien al viejo que difícilmente nos ilusionábamos.

Al día siguiente el barco sí salió y mi padre se fue en él. Efectivamente el sol acabó de secar el barro que estaba pegado sobre las paredes y así pudimos despegarlo más fácil, aunque pasamos el resto del domingo pintando con cal —por segunda vez— toda la casa por fuera.

El lunes comenzaron las clases y yo había logrado pasar al tercer grado. No es que hubiera aprendido todo el programa académico del año que culminé apenas sabiendo leer, pero en aquella época —y en determinados niveles— se consideraban varios aspectos a la hora de promover a un alumno. La maestra de segundo grado no llegó a quererme ni un poco, ella fue en cambio una de las personas que se esmeró en marcar las diferencias de clase, y hasta en ocasiones supo ser más cruel que los niños para dejarme en claro

que yo era y siempre sería un burro. No pudo, sin embargo —o quizás no quiso— retenerme en su curso, y así es que ese año me vi en un nuevo grupo, otra vez con una mezcla de conocidos y desconocidos con quienes compartiría el salón. Es que entonces sólo había una escuela en Santa Elena, de modo que se abrían dos o tres cursos de cada grado y allí se repartían los niños según alguna característica o regla que nunca tuve clara.

Ese año resultó ser que, entre los desconocidos que provenían de otro segundo grado, estaba además mi hermana Marina, quien con tres años menos de edad me había alcanzado. No recuerdo las razones por las que compartí el pupitre con ella, en general nos sentaban en parejas de distinto sexo y, tal vez, elegí a mi hermana porque no tenía buena relación —en realidad no tenía relación alguna— con ninguno de esos niños que serían mis compañeros por el resto del ciclo.

—Hola chicos, mi nombre es Rosa Mesa. Yo seré su maestra este año. Espero que nos llevemos bien y que juntos podamos aprender mucho —se presentó una mujer de mirada amable.

En aquel momento no me contagió su entusiasmo, aunque era bien claro su amor por la enseñanza, algo que no había notado en ninguna otra de las maestras que tuve en años previos.

Aquel ciclo no comenzó mejor que los anteriores. Yo me había apropiado del catálogo de burro y, cada vez que me nombraban para pasar al frente a decir la lección, iba caminando con la cabeza gacha hasta el escritorio de la maestra para ganarme un uno, que no nos daban si permanecíamos sentados en nuestro banco.

Marina se regodeaba con mi ignorancia, en alguna ocasión incluso se sumó al canto popular que me dedicaban el resto de mis compañeros: «No sabe, no sabe, tiene que aprender, orejas de burro le van a crecer». No creo que mi hermana lo hiciera con dolo, es que cualquier movimiento grupal genera ese efecto adhesivo en las personas. Por otro lado, ése era el campo en el que Marina se sentía segura y quizás hasta un poco superior, ya que generalmente no la aceptábamos en nuestros juegos rudos o nuestras expediciones de caza y pesca, aunque ella manifestaba siempre sus agudas intenciones de sumarse. Recuerdo también que cada vez que la maestra decía nuestro apellido en voz alta, ella saltaba de su silla incluso antes de que nombrara a uno de los dos, y siempre sabía las

lecciones, hacía su tarea y leía incluso textos que no eran obligatorios. Mis dos hermanas fueron sin dudas las más estudiosas de todos nosotros, a ellas les gustaba saber y eran muy aplicadas sin que nadie las forzara.

Durante los primeros meses de ese tercer año, un Silván encabezó la lista de las calificaciones y otro Silván fue el último de la misma lista. A pesar de las burlas, no discutiría mi condición de burro porque no era algo que —al menos conscientemente— me afectara. Pero un día todo cambió.

—Silván… —Marina se puso de pie sonriente—… Américo —completó la señorita Mesa.

Mi hermana volvió a sentarse y yo me levanté de la silla para andar, como siempre, con la cabeza gacha hasta el frente del curso en busca de un lastimero uno.

—Bien. —Me miró sonriente esa mujer de ojos amables—, ¿qué podés decirme del imperio faraónico?

—No sé nada —contesté en un hilo de voz apenas audible.

—¿Estudiaste la lección de hoy?

Negué con la cabeza y sólo esperaba que me pusiera el uno para regresar a mi lugar.

—Bueno. —Destapó su lapicera para escribir en el cuaderno que tenía abierto sobre el escritorio—, tenés un diez.

El resto de la clase se alzó en gritos y reproches: «no es justo», «es un burro y le pone diez», «si no estudió le toca un uno».

—Shhh —les pidió la señorita Rosita—. ¡Qué malos compañeros que son!

Los chicos continuaron manifestando su desacuerdo, incluso Marina se declaró en mi contra y, debo reconocer, en ese momento sí me dolió.

—Bueno escuchen. —Se puso de pie la maestra—, yo le puse un uno y el cero del diez se lo va a ganar con una condición…

Todos cambiaron la expresión de sus rostros y se dispusieron a escuchar.

—Si no viene la semana próxima con la lección aprendida de principio a fin, le quito el uno y le dejo el cero. —Me miró con un gesto risueño.

Aquel día regresé a casa con un deseo insólito de encerrarme a estudiar. Así fue que pasé el resto de la semana evadiendo a mis

amigos y hermanos, que insistían para que saliera a jugar. Mamá me encontró una tarde escondido en el ropero con un libro y una linterna, entonces me preguntó si estaba bien:

—Sí, estoy estudiando para una lección de historia —le conté, y ella me miró con un brillo esperanzador en los ojos.

A la semana siguiente, cuando la maestra me llamó al frente, todos cuchicheaban entre ellos y se reían de mí, tal vez con la certeza de que fallaría como era mi costumbre.

—Bueno, a ver, contanos lo que estudiaste…

Recuerdo que en ese momento me invadió un escalofrío sabroso, y tuve la extraña sensación de que había crecido en estatura desde la última vez que estuve allí parado, frente a la clase. Comencé a explicar todo lo que había leído acerca de ese período entre pirámides y faraones. Hablé de las dinastías, los imperios y las invasiones; del comercio, las producciones y costumbres de la época. Lo relaté todo en palabras propias, pero con el mismo entusiasmo con que lo había estudiado, preso del interés que me tuvo aferrado a los libros durante horas que se me esfumaron sin que me diera cuenta.

Pude reconocer la satisfacción en el rostro de la señorita Mesa y el fastidio en el de algunos de mis compañeros. Recuerdo además, con cierto dolor, la expresión de derrota de mi hermana. Supongo que en aquel momento no pudo manejar la sensación de inquietud al sentir que este burro la había alcanzado, aunque yo no planeaba en absoluto quitarle su podio.

A partir de entonces descubrí un gusto por la lectura que se mantuvo hasta la actualidad, pero además me ayudó a levantar todas mis notas por encima del promedio. Dejé de ser el burro y en poco tiempo me acostumbré a ocupar un puesto entre los primeros de la clase, aunque nunca fui bueno en matemáticas y me costaba mucho la materia de lengua. Sin embargo, una mañana después del izado de bandera en el patio, cuando el resto de chicos ya estaba en clases, mi maestra me mandó como escolta de la segunda bandera, una que izaban en el frente de la escuela los mejores alumnos de cada curso, según fuera su turno en cada día de la semana. Era tal vez una forma de incentivo para mantener vivas las ganas de aprender, y en mi caso funcionó, aunque debo reconocer que sentí pena por Marina, a quien, cada vez que yo recibía un cumplido por

mi desempeño escolar, se le ponía el rostro colorado y se le invertía la sonrisa. Nunca llegué —ni fue mi intención— a superarla en ningún aspecto, pero estaba feliz de no haberme quedado al final de la lista, feliz de que la señorita Mesa se haya cruzado en mi camino para demostrarme que podía aprender. Ahora mi mundo se expandía incluso más allá de lo evidente…

De gatos, lechugas, y una cámara fotográfica

Al mudarnos a la nueva casa, no sólo nos alejamos de las costas del Paraná y ascendimos sobre el nivel de los zanjones —donde pasamos los diez primeros años después del exilio a causa de la deuda con los mocovíes—, sino que además experimentamos un cierto progreso en nuestra calidad de vida, aunque teníamos bien claro que aún pertenecíamos al mundo de abajo. En ese hogar con paredes de cemento ahora teníamos tres habitaciones: una para nuestros padres, una para los hermanos mayores y otra para los menores; un baño con inodoro, bidet y ducha; una cocina más amplia y cómoda, y una sala que separaba el cuarto principal de los otros dos.

A veces sentía pena por mamá que pasaba sus horas limpiando, cosiendo y cocinando para esa enorme familia que seguía creciendo muy a su pesar —éramos siete hermanos y acababa de nacer el octavo y anteúltimo de aquella primera camada… sí, sí, la historia es larga. Hubiera querido ayudarla más o incluso sacarla de allí para que no tuviera que sufrir las críticas y el abuso del viejo, sobre todo en esa época en la que, ya con diez años, veía la realidad de una manera más cruda.

Sin embargo, mamá lucía contenta de mudarse a vivir allí arriba, y eso también me alegraba a mí. Recuerdo que la sola nostalgia que sentí fue a causa de la distancia que ahora teníamos con el Paraná. En ese momento —para mi percepción infantil— las distancias lucían diez veces mayores de lo que en realidad eran, pero eso no me detuvo en absoluto, el río era para mí algo así como un moderador de energía, me servía de remanso y de inspiración, funcionaba tanto para animarme como para serenarme, y siempre lo concebí con respeto y admiración. De allí bebíamos y comíamos,

allí nos bañábamos para limpiarnos o para refrescarnos, y a esa edad ya entendía que, en realidad, no hubiera necesitado más que al Paraná para sobrevivir.

En fin, la nostalgia que sentí fue sutil y efímera porque, aunque no era lo mismo vivir a pocos metros de él, pronto nos acostumbramos a andar ese tramo hasta el río y lo visitábamos casi a diario para pescar, jugar o bañarnos. A veces, yo iba sólo para contemplarlo, para caminar junto a sus aguas o sentarme a sus orillas a pensar, a soñar… Todo el tiempo debía luchar para contener el intenso deseo de huir de allí, de liberarme de la tutela de mi padre. Recuerdo que, en alguna de esas ocasiones, mientras observaba el horizonte donde se juntaba el Paraná con el cielo, decidí que algún día viajaría en esa dirección, pero llegaría mucho más lejos de lo que podía ver desde la costa. «Voy a ir a Buenos Aires», pensaba, había oído hablar muchas veces de la Gran Ciudad. «Y también a los Polos. Quiero llegar a la Antártida», me decía. Lo que no logro recordar con exactitud es cómo se implantaron destinos tan específicos en mi cabeza, supongo que a todos nos ocurre, más que nada durante la infancia o la pubertad, cuando no existen límites claros para la imaginación y entonces planeamos lo que ni siquiera entendemos, aunque muchas veces terminamos creando un verdadero destino…

La misma tarde en que planeé mi futuro con una certeza categórica, noté que una correa de tela negra flotaba sobre el agua, a pocos centímetros de la orilla. Me acerqué con curiosidad y tiré de ella, entonces saqué un artefacto negro que pronto distinguí como una cámara fotográfica. Era grande y seductora. Miré a mi alrededor, pero no vi a nadie que estuviera en la zona buscando algo, así que simplemente me la llevé a casa. La sequé tan bien como pude y luego intenté, mientras estaba solo en el dormitorio, abrir la parte trasera donde creí que encontraría las fotografías que habría tomado su antiguo dueño —porque ahora el dueño era yo. De más está decir que no encontré ninguna foto sino una especie de carretel pequeño con una cola de negativo que sobresalía del plástico, y de la cual tironeé sin mucho éxito. Pronto me aburrí de ese aparato que no sabía cómo usar y tampoco tenía fotos que pudiera ver, así que lo dejé debajo de mi cama por si en algún momento se me ocurría qué hacer con él.

Por aquella época también cambié de trabajo, o en realidad me inventé uno. Las ganancias que obteníamos de la chatarrería y la venta de vidrios iban mermando, y cada vez había más pescadores que abastecían de pescado a un pueblo bastante chico. Se me ocurrió entonces dedicarme a la huerta, pues aunque no tenía mucha idea al respecto, había ayudado alguna vez a mi madre en la pequeña quinta que tenía en la casa de la ribera.

Averigüé cómo iniciar mi proyecto y conseguí semillas de lechuga, perejil y acelga —según la recomendación de Rosa que conocía las épocas de siembra de cada verdura. Luego recolecté estiércol de los caballos vecinos para abonar la tierra que dividí en cercos para plantar las semillas, y pronto nacieron mis primeras plantas de lechuga. Aprendí que no debía regarlas demasiado para que no se pudrieran, y que era mejor ir sembrando por tandas con la distancia de algunos días para tener siempre producción fresca.

Por aquellos días me encontré con un compañero de escuela que era el hijo de uno de los dos fotógrafos de Santa Elena, entonces le conté sobre mi hallazgo y él me incitó a darle el rollo que había encontrado dentro de la cámara para revelarlo en el estudio de su padre.

—Capaz que ya se velaron todas las fotos —me dijo—. Si los negativos vieron la luz, cagaste.

Yo no entendía bien de qué me estaba hablando, pero accedí a darle el rollo, que según me contó al día siguiente estaba arruinado o no tenía fotos. Fue una decepción, pero pronto me olvidé del tema porque estaba ya bastante ocupado con mi huerta, la cual había comenzado a dar frutos que ahora debía salir a vender. Al principio tomé una canasta de mimbre con una agarradera, que colgué de mi antebrazo para llevar la verdura y ofrecerla en los barrios de abajo, esos alejados del centro y cerca del río en donde me había criado. Las primeras veces que salí sentía mucha vergüenza de ofrecer mi mercadería, y simplemente caminaba muy lento cerca de los ranchos con la esperanza de que me vieran y quisieran comprar lo que llevaba. Así ocurrió: lentamente las mujeres de esa zona se fueron alertando unas a otras del servicio ambulante que ofrecía, y muy pronto me armé de una clientela bastante fija.

—A ver, querido, yo solamente quiero un poco de perejil —me pidió una de esas mujeres que yo veía muy vieja y sin dudas era

mucho más joven de lo que soy ahora.

Le entregué un atado de perejil verde y fresco, pero cuando quise cobrarle ella se alarmó:

—En la verdulería me lo regalan, el perejil no se cobra.

—Bueno, señora, entonce' vaya a buscar a la verdulería —le contesté sin pensarlo.

—Y si te compro alguna otra cosa, ¿me das el perejil gratis? —insistió.

Noté que las otras clientas me miraban y asentían con la cabeza, como si estuvieran de acuerdo con ella.

—Y bueno… —respondí, con la única intención de que me compraran el resto de mi mercadería sin regatear. Luego aprendí a llevar atados más y más pequeños de perejil para esas mujeres que siempre esperaban la yapa.

Una tarde —por fortuna José no estaba—, alguien tocó a la puerta con insistencia. Mis hermanos y yo estábamos tomando la merienda que mamá acababa de prepararnos, así que fue ella quien se acercó a abrir.

Desde la mesa pude ver en el portal a un hombre esbelto con mirada intimidante:

—Su hijo es un ladrón —le dijo a Rosa sin preámbulo.

—Buenas tardes, señor. ¿De qué está usté hablando?

—Su hijo me robó mi cámara fotográfica y quiero que me la devuelva, es una herramienta de trabajo. —A cada palabra sonaba más enojado, así que me acerqué a la puerta.

—¿Está hablando de vos, Colía? —Me miró mi madre.

Negué con la cabeza:

—Yo no robé nada.

—Tengo pruebas de que la tenés vos —me habló con fuego en los ojos—. Vaya y revise sus cosas, señora. Estoy seguro de que este mocoso se robó mi cámara.

Mi madre no perdió su serenidad, pero lucía decepcionada, como si de verdad le creyera a ese hombre. Sin embargo, le respondió:

—Si él dice que no la robó, es porque no la robó. Así que por favor, retírese de mi casa.

—Está bien, entonces tendré que hacer una denuncia en la comisaría, si su pibe es inocente tendrá que presentarse a declarar,

y si tiene mi cámara, espero que la devuelva —dijo con el ceño fruncido y apuntándome con el dedo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero, y en cuanto mamá cerró la puerta corrí hasta el cuarto y me tiré al piso para buscar la cámara que había dejado debajo de la cama, pero no estaba. Creo que aquélla fue la primera vez que me dio taquicardia, aunque no sabía qué era o cómo se quitaba. Regresé a la cocina y Rosa se quedó mirándome con una media sonrisa:

—¿Qué pasó, Colía? —me preguntó mientras el resto de mis hermanos se levantaban de la mesa.

Yo evité los ojos de mamá y me apresuré a preguntar:

—¿Alguien agarró una cosa que estaba abajo de mi cama?

Ninguno me hizo caso.

—¿Qué perdiste? —volvió a intervenir Rosa, mientras a mí se me iba subiendo la vergüenza a las mejillas.

—Yo encontré la cámara en el río, no la robé, te lo juro… y lo que uno encuentra se lo queda, ¿o no?

—Apareció el dueño y tenés que devolverla.

—Pero ya no la tengo, desapareció —le dije encogiendo los hombros con pena.

—Yo la encontré ayer debajo de la cama y la puse en el cajón del aparador —me contó—. Andá, agarrala y mañana por la mañana la llevás a la comisaría.

Eso hice, y allí tuve mi primer encuentro con el comisario Saco Corto. Le llamaban así porque insistía en usar un estilo de saco de corte pequeño y entallado que, por ser muy alto —provenía de descendencia alemana—, le quedaba como si se hubiera encogido.

Saco Corto tenía una fama de jodido que generaba el respeto de la gente y el temor de los menores. Sin embargo, lo encontré bastante dócil y comprensivo cuando me invitó a conversar con él en su oficina:

—Bueno, entonces sí tenías la cámara —me dijo mientras tomaba el aparato y lo observaba entre sus manos.

—Pero no la robé, la encontré en el río —le expliqué sentado frente a su escritorio—. Y ese señor le dijo a mi mamá que yo era un ladrón y yo no la robé, y ella se sintió muy mal, y no me gusta que le hagan mal a mi mamá… —Casi no respiraba de los nervios.

—¿Y por qué no se la devolviste al dueño cuando fue a buscarla?

—Porque lo que uno encuentra se lo queda.

—¿No pensaste que esto podía ser de alguien y que podría estar buscándolo?

Negué con la cabeza y lo miré como esperando un veredicto.

—Bueno, esta vez lo dejaremos pasar y no te meteré preso —bromeó conmigo, pero yo lo tomé muy en serio.

—Muchas gracias —le dije mientras me inclinaba sobre el escritorio para tomar la cámara.

Él me detuvo:

—¿Qué hacés?

—Me la llevo.

Saco Corto rió:

—No, Américo, esto no es una chatarra ni un juguete, el dueño la necesita para trabajar, no es tuya, es de otra persona.

—Pero ya le dije que no la robé. Y el que encuentra algo se lo queda.

El comisario volvió a reír:

—Bueno, creo en tu palabra y es por eso que no te dejaré preso. Ahora debo atender otros asuntos. ¿Necesitás decirme algo más?

Negué con la cabeza y él se puso de pie para guiarme hasta la sala donde aguardaban otras personas. Allí me senté mientras el comisario seguía atendiendo gente. Pasaron un par de horas y mi hermano mayor llegó a buscarme alarmado, pensando que me habían detenido.

—No —le dije—. Saco Corto me dijo que me quede acá, yo creo que me va a devolver la cámara.

Otro uniformado tocó a la puerta del comisario y éste se asomó, entonces me vio allí sentado con Fortu:

—¿Qué hacés todavía acá?

—Usté me dijo.

—No sé qué te dije.

—Que vaya acá.

—Ah no, que ya te podés ir a tu casa, y si encontrás algo como esa cámara, lo traés a la comisaría, ¿sí?

Asentí con la cabeza algo decepcionado, y aunque en ese momento me costaba entender ciertas reglas morales, no volví a quedarme con nada que no me haya ganado o me obsequiaran.

Los días siguieron pasando en medio del innegable contraste que

existía entre los momentos de violencia y abuso del viejo, y la seudo-libertad que vivíamos cuando se iba. Todavía debíamos presenciar los arrebatos injustificados que José cometía sobre la piel y la mente de mi madre. Todavía tenía que beber con él por las noches hasta quedarme tieso para evitar que perturbara el descanso de los demás. Todavía nos tocaba trabajar horas interminables, y tolerar el desprecio que nos hacía mi padre cada vez que las cosas no salían exactamente como las quería. Sin embargo, en la escuela me iba muy bien ahora que estaba aprendiendo a estudiar motivado por la confianza de la señorita Mesa. Las tardes sin papá eran entretenidas y a veces hasta mágicas, había hecho nuevos amigos en el barrio y mi huerta se iba expandiendo. Me encantaba ver crecer el fruto de mi esfuerzo, y a medida que ganaba experiencia también me volví más eficiente, así que ya cuando mi producción comenzó a exceder mis ventas, finalmente decidí llevarle mercadería a una verdulería en la zona del puerto, cerca del frigorífico. A diferencia de la mayoría de negocios que cerraban los fines de semana, esa señora solía trabajar de lunes a lunes, así que todo el mundo iba a comprarle y hacía una gran diferencia en esos días que otros no abrían. Recuerdo su rostro siempre iluminado por una sonrisa a pesar de un cansancio que también llevaba a flor de piel.

—Hola —la saludé entusiasmado.

—Hola, ¿qué andas vendiendo?

—Tengo lechuga, acelga y un poco de perejil. —Le acerqué la canasta.

—Hm, bueno, dejame todo eso y volvé mañana a la tarde para ver si se vendió.

Fui acomodando las plantas en un cajón que me dio y luego ella me pagó sin que se lo pidiera.

—Pero… —le dije mirando los dos billetes que me había dado —, ¿no tengo que esperar hasta que lo venda?

—No, es tu trabajo, yo soy tu clienta, si no se vende no te compro más y listo. —Me sonrió, y entonces me fui contento con mi dinero.

Cuando regresé al día siguiente, con mi canasta otra vez repleta, la verdulería estaba llena de clientas, esas clientas que otros negocios se estaban perdiendo por estar cerrados. La verdulera me pidió que aguardara allí cerca y eso hice, mientras escuchaba la

charla entre las vecinas:

—La pobre chica grita como si la estuvieran matando —exclamó una de ellas mientras se llevaba una mano al pecho.

—Qué terrible, y sí, el marido es muy grandote, me imagino cómo le debe doler —le contestó otra de las mujeres.

—Encima llevan tan poco tiempo de casados… —intervino una tercera—. Es una lástima.

—Sí, pero así no van a poder tener hijos, imaginate —volvió a hablar la primera.

—Claro, y tampoco puede atender al hombre como corresponde. Viste que los hombres necesitan hacer… eso, todo el tiempo —sugirió la tercera y sacudió la mano mientras se mordía el labio.

Pronto entendí que hablaban de una chica joven y menuda que se había casado meses atrás con un obrero del frigorífico, bastante más alto y robusto que ella. No fue muy difícil imaginar a qué se estaban refiriendo, aunque claro, en esa época todavía no estaba seguro del intercambio que implicaba el sexo.

Cuando finalmente quedamos solos, la verdulera se acercó a mí y me susurró:

—Mirá, tu lechuga está toda meada por los gatos.

Yo abrí grandes mis ojos y negué con la cabeza:

—No, yo no tengo gato —le aseguré.

—Bueno, deben ser los gatos de los vecinos. Yo soy alérgica y lo puedo sentir claramente, esta verdura está meada por los gatos.

Agaché la cabeza, avergonzado, y ella apoyó una mano sobre mi hombro:

—Andá a lavar la lechuga con un poquito de lejía y traémela igual. —Me guiñó un ojo—. Traeme dos canastas. Pero esta noche fijate, quedate espiando y vas a ver que los gatos te mean la verdura.

Regresé minutos después con la lechuga lavada —aunque sin lejía porque no tenía idea de qué era eso—, y en la noche me quedé haciendo guardia junto a mi huerta como me sugirió la señora.

Ante mis ojos incrédulos, muchos gatos de todos los tamaños y colores aparecieron desde distintas direcciones para participar en una especie de orgía encima de mis verduras. No había notado que además de pis se hacían caca entre las plantas, se «amaban» y se peleaban encima de las lechugas, y hasta se revolcaban sobre la

tierra como burlándose de mí. En un momento salí corriendo hacia ellos y se desparramaron a gran velocidad, pero sabía que en cuanto me fuera a dormir, volverían.

Al día siguiente fui a una tienda y compré una pequeña pistolita llamada «matagatos» —arma que actualmente no se fabrica y con suerte podría encontrarse en algún museo argentino—. Llevaba unos cartuchos de cobre con municiones de seis milímetros llamadas Flobert, como su inventor.

Esa noche, cuando el jolgorio gatuno estaba en auge, salí de mi escondite y comencé a dispararles con el matagatos, que al parecer no les hizo ni cosquillas. No pude quedarme de brazos cruzados sin hacer nada mientras esas alimañas destruían todo mi esfuerzo, así que en un arrebato de desesperación busqué mi escopeta y al cabo de tres escopetazos —y los silbidos y gritos de algunos vecinos—, todos los gatos desaparecieron.

Me retiré entonces a dormir tranquilo y sólo esperaba que nadie fuera a denunciarme por el alboroto que acababa de ocasionar, pero si lo hacían, mi amigo Saco Corto comprendería mis razones…

El paraíso de la pesca y la llegada de Pepe

A pocos meses de habernos mudado a la casa nueva, a papá se le ocurrió comprar caballos. Nunca entendimos bien las razones que lo llevaban a tomar sus decisiones, y supongo que tampoco esos animales llegaron a cumplir una función específica, ya que ni siquiera él los montaba. Sin embargo, las yeguas que trajo eran muy lindas, a una la llamamos Mala Cara, era toda negra y bastante rebelde, y a la otra la nombramos Rufi, un diminutivo de rufián(a), aunque era de las dos la más dócil. Rufi lucía un color pardo brilloso con unas líneas blancas que iban desde la frente hasta el hocico. Ella no toleraba que la montaran en las nalgas, sólo admitía un jinete a la vez, pero me resultaba más leal que Mala Cara, así que las pocas veces que andaba a caballo —yo era muy desconfiado con los animales— prefería a Rufi. No obstante, el romance con esa yegua me duró bastante poco, todo acabó una vez cuando regresaba al galope a casa, ella iba tomando velocidad en una cuesta empinada hasta que de pronto se asustó y frenó de golpe, entonces me levantó en el aire y caí sobre mis testículos en el hueso que sobresalía de su lomo. El dolor me dejó sin aire por varios segundos, mientras la yegua se percataba de que no había nada a qué temer. No me bajé porque no estaba seguro de poder caminar, así que regresamos a casa andando lento, aunque los pasos de Rufi repercutían en mis… partes. Al desmontar, ya de pie en el suelo, noté que mi entrepierna estaba inflamada. Fui con prisa hasta el baño y me bajé los pantalones para refrescar la zona, pero el dolor no se iba. El susto fue mayor cuando intenté orinar y vi que el chorro salía teñido de rojo, entonces busqué a mi madre —que andaba con el menor de mis hermanos alzado— y le conté:

—Mami, me golpié en los huevos con el caballo y me duele mucho, además hice pis con sangre.

—Bueno, andá al médico mijo, esas cosas hay que revisarlas. Vaya —me instó seriamente.

Fui andando como pude —tratando de no rozar muy duro las piernas— hasta el consultorio de una doctora que atendía cerca de la escuela, a pocas cuadras de casa. No sé si sería normal o no que los niños fueran solos al médico, pero a esa mujer no pareció extrañarle porque me invitó a pasar sin preguntarme nada al respecto.

—¿Qué te anda pasando?

Le conté lo que me había pasado y le expliqué que orinaba con sangre.

—Bueno, bajate el pantalón y el calzoncillo, por favor —me dijo.

Hice lo que me pidió sin ningún pudor —sabía que era natural desvestirse delante del médico—, y entonces la mujer tomó mi pequeño miembro con sus dedos, lo dio vuelta cuidadosamente hacia un lado y otro para inspeccionarlo, y luego palpó mis testículos:

—¿Te duele? —Me miró.

—Sí —le dije arrugando la nariz.

—Bueno. —Se quitó los guantes y buscó en un cajón un pequeño frasquito—. Vas a tomar la medida de una tapita de éste jarabe. Y vas a tomar también mucha agua. Cuando vayas a hacer pis fijate bien, tiene que ir aclarándose de a poco. Si en un momento ya no orinás más sangre, dejás de tomar el remedio y te olvidás, pero si mañana a la tarde seguís orinando con sangre, volvés a verme, ¿sí?

Afirmé con la cabeza, le agradecí por su ayuda y pagué por mi consulta con mi propio dinero; en mi familia era natural también hacernos cargo de nuestros gastos.

Por el resto del día seguí sus sugerencias y, hasta esa noche antes de ir a dormir, todavía orinaba con sangre, pero a la mañana siguiente noté que se había aclarado y apenas vi un vestigio colorado en el orín. Sin embargo, mi conmoción permaneció intacta durante algún tiempo y me alcanzó para no volver a montar en el lomo de un caballo hasta que fui bastante mayor.

Por esos días, ahora que comenzábamos a frecuentar otros lugares y conversar con gente del barrio nuevo, con mis hermanos oímos hablar de una zona que llamaban «El paraíso de la pesca». Según decían, ése fue uno de los efectos colaterales que generó el

frigorífico, cuyas inmensas tuberías llegaban hasta una parte del río a donde iban a parar todos los desechos orgánicos, desde cuero, grasa, sangre; hasta cuernos, pezuñas y huesos. Eso generó con el tiempo una gran diversidad de especies marinas, que se alimentaban a discreción de esos «manjares» que expulsaba la fábrica.

Recuerdo la primera vez que fuimos con Fortu y Turi. Los tres vestíamos unas camperas de cuerina negra que nos había traído el viejo de uno de sus viajes al Paraguay. Llevábamos las cañas al hombro y, al menos yo, unas ansias desbordantes de pescar alguno de esos jugosos ejemplares de los que nos habían hablado.

Para llegar al muelle debimos atravesar la pasarela que había enfrente de la Prefectura y separaba la ciudad de la zona de pesca. Unos marineros que andaban por allí nos alzaron la mano y les devolvimos el saludo, pero en cuanto nos giramos, oímos que uno gritaba:

—¡Mirá, ahí van los Alain Delon! —Supusimos que lo decía por nuestros atuendos.

—¡Delon vuelta que están del revés! —agregó otro y luego escuchamos risas, que se fueron extinguiendo a medida que nos alejábamos de la Prefectura y nos aproximábamos al muelle.

Cuando finalmente llegamos al Paraíso, vimos a varios hombres con sus líneas en el agua y nos acercamos entusiasmados. Fortu se fue quitando la campera, tal vez por temor a nuevas bromas, pero hacía frío y con Turi decidimos arriesgarnos a las burlas.

—¿De dónde son ustedes? —nos preguntó uno de los pescadores que estaban junto al muelle.

—Vivimos allá, cerca de La Bomba. —Señalé en dirección a nuestra vieja casa en La rivera, el barrio contiguo a La bomba, de donde nos sentíamos originarios.

—Bueno, acá se paga un permiso —nos dijo con el ceño fruncido.

Nos quedamos mirándolo, esperando tal vez que nos exigiera un porcentaje de nuestra captura para ganarnos ese lugar. El individuo con sombrero y barba prominente se dirigió entonces a mí entrecerrando un ojo:

—¿Ves a ese hombre de allá? —Me señaló a un señor delgado que estaba pescando en cuclillas.

—Sí.

—A ése le decimos El Chaqueño —me contó—. Andá y preguntale con qué está encarnando.

No entendí muy bien aquella prueba que me parecía bastante sencilla, pero de todas formas caminé hasta él para hacerle la pregunta. A medida que me acercaba a ese individuo de piel oscura y dañada por el sol, noté que estaba muy concentrado, como abstraído de la realidad circundante.

—Hola, señor —le dije.

El Chaqueño me miró con un cigarrillo en la boca y un gesto poco amable, mientras el resto de los pescadores nos observaban en absoluto silencio.

—¿Qué querés, pendejo de mierda? —bramó y me quitó un poco el ímpetu que llevaba.

—Esos hombres me mandaron a preguntarle con qué está encarnando. —Los señalé.

Se demoró algunos segundos, tal vez dudando si me respondía o no. Entonces sostuvo el cigarro entre los dedos percudidos y me lanzó:

—¡Con cuero de pija de cocodrilo, pelotudo!

Yo me quedé por un momento paralizado, mientras todos echaron a reír.

—¡Vení! —gritó uno desde el otro extremo—. ¡Acá tenés un lugar!

—¡Acá también! —exclamó otro.

Primero pensé que había sido una prueba de valentía porque, según me enteré en ese momento, El Chaqueño era un hombre hosco, que solía andar borracho, de mal humor, y que no hablaba nunca con nadie, así que la mía pudo haber sido toda una proeza a la que me lancé por pura ignorancia, como la mayoría de las veces. Luego entendí que no habían querido probar mi valentía sino sólo reírse a costa mía, y elegí pensar que, a veces, soportar la burla ajena sin ofenderse era también señal de fortaleza.

A partir de entonces ésa fue nuestra zona predilecta para pescar cuando queríamos sacar una buena cantidad. Casi todos los días llegaban al Paraíso de la pesca un par de camiones con cajas refrigeradas, y los choferes compraban el pescado para llevarlo a los pueblos cercanos, donde lo vendían todo. Los pescadores allí

constituían una especie de profesión de oficio, porque muchos pescaban para vender y vivían de eso. A veces nosotros íbamos y sacábamos entre todos los hermanos varias montañas de peces, que vendíamos a los hombres de los camiones. Ellos ofrecían un valor por el producto en función de la cantidad que hubiéramos pescado y el tamaño de las presas. No siempre era bien pago, pero nunca regateamos porque, si se enojaban y no nos compraban, nos quedábamos con todo el pescado.

Una de esas veces en que el plan era pescar para vender, empleamos la técnica de pesca furtiva. Enroscamos una tanza en una lata de duraznos —al estilo de un carretel— y trabamos un palito en la tapa para que quedara abierta, entonces metimos unos cincuenta metros de tanza con varios anzuelos enganchados en ella, separados por algunos centímetros. Luego arrojamos la plomada con robador —anzuelo triple que toma la presa furtivamente— en la punta. Con ese artefacto en el agua y la tanza enroscada en las manos, sacudíamos los brazos para atrapar peces con los anzuelos, que no llevaban carnada pero siempre enganchaban dos o tres peces a lo largo de la línea. Si la Prefectura llegaba a inspeccionar, debíamos soltar la tanza y sólo perdíamos los anzuelos, pero en general no hacían controles allí.

En esa ocasión, llevábamos ya varias horas pescando en forma furtiva y habíamos sacado una buena cantidad de peces cuando, de pronto, escuchamos el bocinazo de un barco en las cercanías. No dudamos ni por un segundo de que ése era el navío en que venía papá, así que nos apresuramos para recoger nuestras cosas y nos fuimos dejando el montículo de pescado atrás.

—¡Eh! ¿Qué van a hacer con esto? —nos gritó uno de los hombres que estaban allí.

—Se los regalamos —respondió Fortu mientras nos alejábamos con prisa, temerosos de que papá nos regañara por estar allí.

Y sí, era ridículo que nuestro padre fuera a castigarnos por ir de pesca para ganarnos algo de dinero. Él sabía que teníamos nuestros recursos y actividades durante el tiempo en que navegaba, pero mientras estaba en tierra debíamos servir a sus necesidades y exigencias sin excusas ni retrasos, de modo que ahora la prioridad era esperarlo en el puerto para ayudarlo con su equipaje y cualquier producto que haya traído del lugar en donde había estado.

Esa vez llegó del Paraguay con un pichón de loro. Me entregó la pequeña caja con el ave dentro y me ordenó cuidarlo como si fuera mi vida. Desde ese momento nos quedó claro que ese bicho sería su protegido, como antes lo había sido el Cucharón. Mamá era la encargada de mantenerlo vivo —como si no tuviera ya bastante trabajo con los ocho hijos que la rodeaban y absorbían todo su tiempo—, y a mí me designó responsable de su cuidado diario.

El loro era tan pequeño cuando llegó a casa que ni siquiera tenía plumas, estaba cubierto por una especie de pelusa. Pero comenzó a crecer muy rápido y pronto también emplumó. No me gustaba cuidarlo porque era muy delicado. En general, los animales y las mascotas que teníamos eran independientes, nosotros les dábamos de comer y cada tanto limpiábamos sus lechos, pero con Pepe era una rutina diaria de varias tareas: sacarlo afuera por las mañanas y entrarlo en las tardes, alimentarlo dos veces al día y cambiarle el agua que ensuciaba todo el tiempo. Papá lo había puesto en una especie de aro, que enganchábamos afuera junto a un fierro grueso donde también habíamos puesto dos latas de sardinas vacías, una para la comida y otra para el agua. Era un loro hablador, que aprendía rápido los monosílabos y los sonidos que emitían otros animales o pájaros, de modo que se pasaba el día hablando y chirriando. Era tan buen imitador de los perros que a veces ladraba o aullaba contagiando a todos los canes de la zona, que se sumaban al alboroto y luego había que soportar sus ladridos por lapsos que parecían interminables.

Cuando José llegaba de los viajes, solía andar con Pepe para todos lados, incluso lo traía en su hombro hasta la mesa y le daba comida de su plato. El loro era bastante sagaz y parecía como si se contagiara la hostilidad de su amo. A veces gritaba desde afuera para que le sirviera la comida: «Papa, papa, quiero papa», decía. Entonces yo iba y le llenaba la latita, pero él la empujaba con la pata o el pico y seguía gritando: «Papa, para, quiero papa». El viejo se aceraba a verlo y me regañaba porque el loro no tenía comida, y nunca creyó que Pepe la tiraba a propósito:

—No me hagas calentar y servile la comida, ¿querés? —me decía sin rastros de gracia.

Allí cerca de la casa pasaba una calle de tierra por la que transitaban a pie algunas personas, y por las mañanas a veces

pasaban grupos de chicos que iban a la escuela. Recuerdo que en una ocasión, mientras esperaba a mis hermanos para caminar juntos hasta esa única institución educativa del pueblo, un grupo de niñas pasó frente a mí y se detuvo:

—Bueno, a ver Silván, decí lo que tengas que decir —me increpó una de ellas, con las manos en la cintura.

Yo me quedé mirándolas sorprendido y desorientado.

—Sí, dale, ahora no te hagas el tonto, ¿por qué siempre nos estás chiflando cuando pasamos y te escondés? —intervino otra.

—Ah no, ése es el loro —les expliqué y se rieron de mí.

—Claro, sí, sos un cagón. Dejá de chiflar y hablá en la cara, Silván —me advirtieron antes de seguir su camino.

Cada día odiaba más a Pepe, pero no teníamos otra opción que soportarlo porque… claro, era el consentido del jefe.

Infieles

Papá estaba llegando al puerto y corrimos a recibirlo en cuanto escuchamos la bocina del barco. El tiempo se nos pasaba tan rápido cuando se iba, que ni siquiera nos percatábamos de la cantidad de días que había estado ausente. En esa ocasión llegó con cuatro bolsas de cincuenta kilos de azúcar rubia del Paraguay. Como todo lo que traía de afuera, la había conseguido a un precio muy bajo, pero además evadía los impuestos al ingresarla porque tenía una especie de «acuerdo comercial» con los jefes de Aduana y Prefectura de Santa Elena.

En casa festejábamos —aunque de forma individual y silenciosa— cada vez que José traía fruta o azúcar, porque todos éramos bastante golosos y nos fascinaba echarle esos gránulos dorados a todo lo que bebíamos o comíamos. Sin embargo, y acorde a su costumbre, nos mandó a repartir tres de esas bolsas enormes entre los vecinos y conocidos de los alrededores. La última mitad, una cantidad aproximada a los veinticinco kilos, la reservó para un pariente lejano al que le tenía cierto aprecio, un hombre con muchos hijos que vivía enfrente de casa y trabajaba como recadero para el frigorífico, de modo que conocía bien a toda la gente del puerto porque era la vía por donde la fábrica recibía la materia prima.

Pipo se sorprendió cuando llegué a tocar su puerta con esa media bolsa de azúcar, pero la tomó con amabilidad y me agradeció. Un par de horas después mamá me pidió que fuera al almacén a comprar unos ingredientes que necesitaba para preparar la cena, y a mi regreso encontré a un hombre de camisa blanca y rostro familiar esperando en el porche de mi casa.

—Hola —me dijo—, estoy buscando a José.

Me quedé mirándolo mientras mecía la bolsa que llevaba

colgando de mi mano.

—¿Está en casa? —Alzó las cejas.

—No sé, voy a ver —le contesté y luego entré en la casa.

Mi madre esperaba por el mandado así que le entregué la bolsa:

—¿Dónde está papá? —le pregunté—. Lo busca un señor.

—No sé, preguntale a Fortu, creo que anda por el basural —me respondió algo evasiva.

Salí una vez más y el hombre que seguía esperando me miró.

—No está acá, voy a buscarlo. Si quiere entre a la casa a esperarlo.

—No, tengo que regresar a la oficina, cuando lo encuentres decile que vaya a la Aduana por favor, ahí junto a la Prefectura.

Afirmé con la cabeza y el hombre se fue.

En esa época no había teléfonos para comunicarse, de manera que para citar a mi padre o cuando lo necesitaban para hacer algún arreglo en el barco, siempre se presentaban en persona.

Busqué entonces a mi hermano para preguntarle dónde estaba exactamente el viejo:

—Creo que en lo de la viuda, por allá abajo. —Me señaló unos ranchos a los pies de una barranca, en la zona del basurero.

Fui corriendo rumbo al sitio en donde mi padre estaría visitando a la viuda ésa cuya fama de prostituta era bien conocida en todo el pueblo, aunque la impunidad de José no le daba lugar a Rosa para reproches.

Ya cuando estaba cerca, mientras bajaba una loma en dirección al rancho de adobe y paja que tenía en vista, uno de los chicos del barrio me advirtió desde cierta distancia:

—¡Che, Colía, cuidado con el perro!

—¡Callate! —le respondí sonriente, creyendo que estaba bromeando.

—¡En serio, cuidado que hay un perro malo! —insistió, pero no hice caso y continué corriendo.

A un metro de llegar a la puerta, un perro enorme de pelaje oscuro me salió al encuentro. Levanté el brazo de forma instintiva para cubrirme, entonces el animal se prendió de mi carne con sus dientes filosos. Comenzó a sacudirme de un lado al otro mientras yo gritaba desesperado y los chicos de los alrededores clamaban por ayuda. Mi padre salió de la casa de la viuda para ver qué estaba

ocurriendo, y me vio allí luchando con el perro. Él era un hombre muy fuerte y temerario, así que lo tomó por las patas traseras y cuando el can giró la cabeza para lanzarle un tarascón, papá lo sacudió contra la pared de la casa. Luego siguió golpeándolo —aunque la mujer le suplicaba que se detuviera—, hasta dejarlo medio inconsciente.

—¿Cómo me lo dejaste así, José? —se lamentó la viuda mientras se acuclillaba junto al animal moribundo.

—No podés tener un perro tan peligroso, en cualquier momento mata a un chico —le respondió él y me apoyó una mano en la espalda:

—¿Y qué viniste a hacer vos acá?

—Es que un hombre de la Aduana fue a buscarlo a la casa —le conté.

Él asintió con la cabeza:

—Bueno, vamos primero al dotor. —Señaló con su mano el camino y eché a andar en esa dirección—. Y vos atá a ese perro del demonio —oí que le decía a la mujer antes de salir tras de mí.

Ya cuando estuve frente al médico y él me preguntó si me dolía, largué un llanto desconsolado que sin embargo me duró menos de un minuto. No había llorado antes por ese temor constante al juicio de mi papá, pero en cuanto noté algo de compasión no pude contenerme. Luego el doctor me limpió las heridas —que eran bastante profundas—, vendó mi brazo y le entregó a mi padre unos antibióticos que debía tomar por unos cuantos días para evitar la infección.

Al salir de allí acompañé a José —no porque quisiera sino porque no tenía opción— hasta la oficina de la Aduana, donde lo esperaban el hombre de camisa blanca que había ido a buscarlo a casa y un oficial de la Prefectura. Detrás del escritorio había una alacena colmada de whiskies de diferentes etiquetas, tamaños y providencias. Parecía una colección, pero en realidad era la moneda con la que esos hombres cobraban su silencio y la vista gorda que solían hacer con algunos marinos como mi padre.

—Buenas tardes. Me dijo Colía que me andan buscando —les dijo él con cierta confianza.

—¡Cerrá la puerta, pelotudo! ¿Sos boludo vos? ¿Qué mierda tenés en la cabeza? —El sujeto que lo regañaba parecía sin embargo

más preocupado que enojado.

—Pero… ¿por qué?, ¿qué pasó?

—Sos un pelotudo, José… ¡Dejá de regalar las cosas! Mirá. —Sacó de abajo del escritorio la bolsa con azúcar que yo le había llevado a Pipo—. Esto lo regalaste, ni siquiera lo vendiste. ¡Lo regalaste, boludo! —Abría grandes los ojos—. Y encima el tipo te alcahueteó, vino a denunciarte por contrabando. ¡Qué fidelidad te tiene esta gente! ¿Te das cuenta del quilombo que podés armar por ir regalando las cosas? ¡Dejate de joder, no le regales nada a nadie, pelotudo!

Yo escuchaba las palabras de ese hombre alterado y me sonreía, cubriéndome el rostro con el brazo vendado.

—¿Qué te pasó? —me preguntó el tipo que no había hablado hasta el momento.

—Lo mordió un perro —le contó mi padre, que no había podido aún responder a los regaños del jefe de la Aduana.

—Oh, pobre…

—Bueno. ¿Me entendiste? —volvió a hablar el hombre irritado.

—Sí.

—Vos sabés lo que tenés que hacer… Acá no te vamos a despreciar los regalos, José. —Se sonrió y papá se distendió—. Pero dejá de regalarle cosas a cualquiera.

Aquélla no fue más que una reprimenda con buenas intenciones, porque de alguna manera mi padre se había ganado la estima de esos hombres que ejercían la ley de forma ciertamente cuestionable.

Cuando salimos de allí y mientras caminábamos a casa, reconocí en mi mente la sutil esperanza de que mi padre dejara al fin de regalar el producto de nuestro trabajo y nuestro alimento, aunque de esa manera sería difícil para él mantener la reputación de generoso y benévolo que se había forjado en el barrio…

Operación Corned Beef

A pesar de las faltas que a veces cometía en su trabajo bajo el efecto del alcohol, José se había convertido en un marino de gran valor para la empresa y su tendencia al liderazgo era innegable, de modo que cuando ya no hubo tripulación que lo soportara, sus superiores lo destinaron al gran Santa Elena, un buque carguero a bordo del cual sus tareas serían más agradables que esas que le había tocado cumplir en los buquesjaula donde trasportaban ganado.

«Voy a navegar en el barco nuevo», nos anunció papá contento. Mi mente se remontó entonces a esa tarde de diciembre en 1960, cuando vimos llegar al Santa Elena a nuestro pueblo por primera vez…

—Mirá mami, mirá esta foto que me dio el señor del almacén. —Le mostré a Rosa un folleto con la imagen del barco nuevo. Tenía además unas inscripciones, pero en esa época yo aún no sabía leer.

—Ah, éste es el Santa Elena. Está por llegar en estos días —me explicó.

—¿Va a venir al pueblo? —La miré con los ojos muy abiertos.

Ella afirmó con la cabeza.

—¿Pero… este mismo barco?

—Sí, Colía. —Me sonrió y yo corrí a mostrarles la foto a mis hermanos:

—Miren, este barco está por llegar, lo vamos a poder ver —les dije entusiasmado.

—¡Faaaaa! —exclamó Fortu—. Es re grande.

—Y es nuevito, mirá. —Señalé con el dedo la imagen—. Dijo mamá que se llama Santa Elena, como el pueblo y como el frigorífico.

La tarde del arribo se había organizado una especie de kermés en las inmediaciones del puerto, donde nos reunimos todos a

esperar al Santa Elena. Ésa fue la primera vez que vimos un barco vestido de fiesta o, más precisamente, engalanado. Llevaba las banderas de todos los países flameando en unas cuerdas que se izaban entre los mástiles.

—¡Guau! —Expresamos con la boca abierta mientras veíamos que el Santa Elena se acercaba al muelle, y detrás de nosotros sonaban las trompetas, los bombos y platillos que le daban la bienvenida al «barco nuevo».

Cinco años después, mi padre —que ya era parte de la tripulación—, fue el mayor responsable de que el Santa Elena volviera a ser noticia. Ocurrió una mañana de septiembre cuando estábamos esperándolo con mis hermanos en el puerto, junto al muelle donde también había familiares de otros marinos. El barco se iba acercando en dirección a nosotros, hasta que en un momento giró levemente y siguió de largo para fondear —anclar— cerca de la costa y a varios metros del Arroyo Gómez, donde solían llegar los buquesjaula en los que el viejo había navegado antes. Anduvimos con prisa hasta allí, y vimos a dos oficiales de la Prefectura esperando encima del puente ancho que se utilizaba para bajar el ganado de los barcos. Mi padre y el resto de la tripulación habían dejado el Santa Elena a unos cuantos metros de distancia, y se acercaban a nosotros en canoa. En cuanto llegaron, corrimos con mis hermanos para tomar la soga y amarrarla a un muerto de cemento, entonces los marineros pudieron descender a tierra. Mi padre era el último que quedaba a bordo del bote.

—Usted hará la guardia con nosotros —le dijo uno de los oficiales y él asintió.

En general siempre debe quedar uno de los marinos haciendo guardia el día que el barco arriba a puerto, pero esta vez no era una guardia convencional, sino que el barco había quedado detenido… y a varios metros del puerto.

—El resto esperen por aquí, procederemos a incautar el equipaje que vuelve al barco —explicó otro de los oficiales.

Mi padre me guiñó un ojo de forma que nadie más lo viera, entonces actué rápido y me acerqué por el borde de la canoa simulando que revisaba el amarre mientras los uniformados confiscaban el equipaje de los otros marinos. Agaché la cabeza cerca de su rostro y me dijo en un susurro muy claro: «Esta noche,

boya frente al muelle». No tuvo que repetirlo, entendí el mensaje de forma instantánea, aunque no tenía idea de qué era lo que traía o qué habría ocurrido en aquel viaje a Buenos Aires. No sabía lo que luego nos contó con detalle:

Una vez anclado en el puerto de la Gran Ciudad, junto a un barco mercante de mucho mayor tamaño, los guinches bajaron el palé —especie de tarima de madera— hasta la bodega del Santa Elena, donde los marinos acomodaron, según las indicaciones de un estibador, las cajas de cartón repletas de latas de *Corned beef* —carne de ternera salmuerizada que se manufacturaba en el Frigorífico Santa Elena. Luego se izó el palé con las cajas apiladas y amarradas, y el guinche lo movió hasta el buque mayor donde otro estibador dirigía la descarga del bulto. Previamente al inicio de esa tarea— que se demoraba tal vez un par de horas, —la tripulación del Santa Elena recibió una tentadora oferta:

—¿No quisieran quedarse con un porcentaje de estas latas? —les preguntó uno de los estibadores—. Si les interesa, nosotros podemos acomodar la carga de forma que no se note lo que saquemos, ¿qué dicen?

Al parecer aceptaron sin mucho análisis, y mi padre fue uno de los que negoció aquel acuerdo por el cual parte de la mercancía que llevaban nunca salió del Santa Elena.

El apuntador, ubicado en el puente del buque mercante, iba anotando la cantidad de palés que bajaban allí, pero no tenía idea de cuál era la cantidad de bultos que debían entrar, así que sólo llevaba la cuenta de lo que veía descender en la bodega.

Al final del proceso, los estibadores tomaron su parte del botín y se largaron. Pronto el Santa Elena tuvo el permiso para salir del puerto y comenzó el viaje de regreso a casa. Entretanto, la tripulación del barco mercante descubrió el hueco que los estibadores habían dejado en el centro de su bodega.

Según el viejo dicho: «Hecha la ley, hecha la trampa», resultó ser que el barco donde navegaba mi padre ya estaba para ese entonces fuera del territorio de la Capital Federal, y como el mismo había sido asentado en la provincia de Entre Ríos, las autoridades marítimas de Buenos Aires se declararon incompetentes para resolver el caso. El delito pasó a ser entonces una responsabilidad de la jurisdicción entrerriana, y no se podría detener el barco hasta

llegar a destino.

Ahí es donde nosotros entramos en escena. Los guardias de Prefectura que esperaban a mi padre en tierra habían recibido la orden de atracar el barco a cierta distancia del puerto y montar guardia a bordo hasta que llegaran las autoridades idóneas para hacer el allanamiento. Así es que José tuvo que volver con ellos en la canoa, pero justo antes de adentrarse en el río rumbo al Santa Elena, me miró con un gesto que confirmaba la misión que ya me había encomendado antes: «Esta noche, boya frente al muelle».

Regresamos entonces a casa.

—¿Qué pasó? —me preguntó Fortu durante el trayecto, él sabía que el viejo me había dado una orden.

—Tenemos que ir al muelle esta noche, papá trajo algo que va a tirar al río —les dije.

Transcurrió el resto de la tarde muy lentamente y, mientras nosotros íbamos preparándonos para regresar en canoa hasta la zona indicada, José les iba ofreciendo comida y alcohol a los oficiales que se habían quedado con él a bordo del barco nuevo. Esos hombres estaban encargados de evitar que se extrajera o modificara cualquier cosa dentro del navío, y ésa era también la razón por la que lo habían hecho anclar lejos del puerto, en medio del río. No estaban autorizados para revisar ni tocar nada hasta que llegaran las autoridades designadas para el allanamiento, pero no se moverían de allí hasta que eso sucediera. De modo que mi padre debía ingeniárselas para librarse de esa vigilancia sin levantar ninguna sospecha, y embriagarlos era la forma más fácil. A esas alturas, José había desarrollado una tolerancia asombrosa al alcohol, pero además tenía un buen incentivo para controlar su propia ingesta. Les ofreció entonces una botella tras otra a esos hombres ingenuos que siempre aprovechaban la comida y la bebida gratis, y al parecer ambos se quedaron dormidos antes de lo que mi padre había previsto. Recién entonces él pudo arrojar al río los bultos que ya había armado con antelación durante el viaje desde Buenos Aires, y sólo quedaba esperar a que llegáramos nosotros a recolectarlos.

—Cuidado, se ven las luces del muelle —le advirtió Turi a Fortu, que iba remando y ya bordeaba el barco con la canoa.

Vimos entonces que las boyas que había lanzado mi padre al

agua estaban en línea recta con la oficina de la Prefectura, desde donde apuntaban varias luminarias. La adrenalina se fue elevando en mi torrente sanguíneo —y supongo que algo así también les ocurrió a mis hermanos— mientras intentábamos levantar las boyas y tironeábamos de los cabos en cuyos extremos, debajo del agua, estaban amarradas unas bolsas de arpillera que pesaban como plomo.

—Vamos, apurensén —nos alentó Fortu, que ya iba acercando la cuarta boya al lateral de la canoa.

A lo lejos podíamos oír sonidos y risas que provenían de esa oficina donde había más oficiales de guardia, de modo que la tensión era mayor a cada instante.

—¡Ey! —Escuchamos en un momento y los tres nos quedamos pasmados.

Cuando enfocamos la vista en dirección al origen de esa voz, notamos que un oficial estaba parado frente al río con la mirada hacia el cielo, y otro se iba acercando desde la oficina, pronunciando palabras que no llegábamos a oír. Movimos lentamente la canoa hasta quedar bien cubiertos por la sombra del barco, pero entonces una risotada escandalosa nos llegó desde más cerca. Alzamos la cabeza y vimos que uno de los hombres que estaba de guardia con mi padre se había apoyado en el borde de la proa. Estaba muy ebrio, pronunciaba a los gritos palabras incompletas y reía como si estuviera presenciando un acto de humor graciosísimo. Nosotros en cambio vivíamos un momento de gran tensión, no sólo por las implicaciones legales que nos tocaría enfrentar si nos descubrían sino por los castigos que nos impondría José.

—Vamos, vamos —nos apresuró Fortu otra vez.

Cuando acabamos de subir las diez bolsas que estaban bajo el agua, la canoa se tambaleaba. El peso que le habíamos cargado era demasiado y entonces quedó medio hundida. De modo que fuimos remando lenta y cuidadosamente por el borde del muelle y pasamos junto al terraplén donde se había construido un calabozo, a pocos metros por debajo del nivel de la Prefectura. De allí seguimos hasta las inmediaciones del frigorífico y atravesamos un pequeño puente, para acercarnos tanto como nos fuera posible a un pasadizo angosto que bordeaba la fábrica, y por donde subiríamos hasta casa para

evitar a toda persona que pudiera andar deambulando por la zona. Fortu se quedó custodiando la canoa mientras Turi y yo hicimos el traslado de la primera tanda de bolsas. A mitad de camino, nos encontramos a un guardia que estaba de sereno aquella noche, un hombre bastante mayor que nos saludó amablemente:

—Hola chicos, ¿qué andan haciendo por acá?

Con Turi nos miramos algo asustados e inquietos.

—Estábamos pescando por ahí. —Señalé en dirección de donde veníamos.

—Ah, qué bien —nos respondió quizás con intenciones de seguir hablando, pero nosotros retomamos el paso con prisa.

Cuando regresamos, ya teníamos acordado con Turi que pasaríamos corriendo y sólo saludaríamos al sereno con la mano. Eso hicimos y él se quedó tranquilo en su puesto. Así nos fuimos turnando con mis hermanos para acarrear el botín y cuidar la canoa, mientras la adrenalina continuaba empujándonos a través de esos ochocientos metros que debíamos recorrer desde la costa hasta la casa. Cuando ya regresábamos los tres con las últimas bolsas, el sereno nos chistó y se acercó:

—¡Epa! Parece que pescaron mucho.

—Sí —respondimos al unísono.

—Ahora vamos a limpiar el pescado a casa —le mintió mi hermano actuando la serenidad que no tenía.

—¿Y qué pescaron? ¿Sábalos? —indagó el hombre cuando vio que cargábamos los costales al hombro, pues resulta que el sábalo es un pez sin espinas, de carne blanda, que no lastimaría la piel si uno lo lleva apoyado en la espalda.

—Sí, claro, esta noche picó mucho sábalo —respondí como para conformarlo y Fortu rió por lo bajo.

—¿Me van a dejar alguno? —El sereno caminaba junto a nosotros mientras íbamos andando medio doblados, haciendo un gran esfuerzo para cargar nuestro botín cuesta arriba.

—Sí, cuando vaciemos las bolsas y quede la última por la mitá, se la traemos —le aseguró mi hermano mayor antes de perderlo en la oscuridad con la mano alzada en señal de saludo.

Cuando ya habíamos trasladado todo el botín eran casi las once de la noche. Papá no estaba ni nos había dicho qué hacer con eso, de modo que debimos improvisar y, aunque teníamos un galpón

grande junto a la casa, sabíamos que dejarlo allí sería un riesgo.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Turi.

—Hay que esconderlo —sugirió Fortu mientras espiaba dentro de una de las bolsas—. Guau —exclamó con los ojos muy abiertos, entonces nos acercamos a ver.

En aquella época, para nosotros y la mayoría de las personas del entorno, el *Corned Beef* era un manjar de difícil acceso, de modo que se nos hizo agua la boca de sólo imaginar el momento en que tuviéramos la posibilidad de sumergir la cuchara dentro de una de esas latas.

—Vamos a enterrarlo. —Se me ocurrió mientras oía el rugido de mis tripas deseosas.

Tomamos las palas del galpón y comenzamos a trabajar para abrir un hoyo justo al lado de mis almácigos de lechuga. Eso nos llevó un par de horas durante las cuales nos íbamos turnando para alumbrar y cavar. Luego metimos allí las bolsas que cubrimos con unas maderas —para que fuera más fácil sacarlas— y encima pusimos tierra hasta emparejar el terreno. Al final notamos que la tierra quedaba muy revuelta y era probable que, si alguien aparecía, le llamara la atención. Decidimos entonces trasplantar la lechuga encima de aquel espacio a modo de máscara, y cuando estuvimos conformes con el resultado y consideramos que el esfuerzo de crear un escondite perfecto estaba logrado, nos lavamos las manos y fuimos a dormir.

A la mañana siguiente, cuando volvió, José nos contó que antes de llegar al puerto —luego de que les comunicaran que el Santa Elena quedaría detenido—, sus compañeros habían decidido arrojar todo el botín al río. Papá se negó y les aseguró que él se haría cargo si los descubrían, y aunque en principio los hombres dudaron porque suponían que los condenarían como cómplices, luego accedieron a su pedido con un temor que, al parecer, superó al menos a uno de ellos, porque poco después, cerca del mediodía, unos uniformados llegaron a golpear la puerta de casa con una orden de allanamiento.

—Tenemos la información de que la mercancía que traía el Santa Elena está escondida aquí, señor Silván —le dijo uno de esos hombres con maneras tan formales.

Según pudimos ver, la policía provincial acompañaba a los

oficiales de la Prefectura, que fueron los que se metieron en la casa y el galpón a revisar cada rincón… más de una vez.

—¿No se dan cuenta de que esto es un error? —les cuestionaba mi padre, mientras los hombres iban y venían de un lado a otro sin responderle.

Afortunadamente no habían llevado perros, pero a mí me saltaba el corazón cada vez que pasaban caminando cerca de mi huerta.

—¿Está seguro usted que no tiene nada que ver con esa denuncia? —Se acercó el jefe de la Prefectura, ése con el que tenía una amistad circunstancial.

—Nada de nada, oficial —le respondió mi viejo con una seguridad terminante.

El hombre de cabello canoso y sólida presencia pasó su brazo por encima de los hombros de mi padre y lo miró sonriente, afirmando levemente con la cabeza. Lo incitó a caminar unos pasos hacia adelante hasta pararse justo enfrente de donde habíamos enterrado el *Corned Beef*, y entonces le dijo:

—Oiga Silván, parece que a esa lechuga le falta agua, se ve muy marchita, ¿no cree?

Yo estaba cerca y pude oír incluso el sonido tan particular de esas palmadas que el oficial le dio a mi padre estableciendo una coima. Luego estrecharon las manos y todos se retiraron tras una disculpa que José aceptó con la cabeza erguida, actuando de forma asombrosa la inocencia.

La odisea del Plomo

Esta vez, aunque a papá le gustaba jugar al Robin Hood, no regalaría el botín de *Corned Beef* que había conseguido bajar del Santa Elena porque, luego de la traición de Pipo con el azúcar y de que alguno de sus compañeros lo haya denunciado por las latas de carne, ya no confiaba en nadie y prefería evitar el riesgo.

Teníamos entonces varias bolsas repletas de *Corned Beef* y eso le sirvió de excusa a José para planear un viaje a Santa Fe, donde visitaríamos familia y amigos entre los que repartiría el producto de su hazaña. No hacíamos ese viaje muy seguido porque el traslado implicaba un gasto importante, pero los parientes que estaban allí —por parte de José y de Rosa— eran tal vez más humildes que nosotros, y no tenían más familia que visitar en Santa Elena donde vivíamos, entonces resultaba más razonable que viajáramos nosotros hasta Helvecia donde podríamos verlos a todos.

Como siempre, mamá iría en colectivo con Norma y todos los hijos menores, que para ese entonces eran cuatro: Marina, Beto, Sergio y Rubén, quien apenas tenía meses de edad. Para ahorrar en pasajes, los mayores viajaríamos a través del río con el viejo y llevaríamos el *Corned Beef* con nosotros.

En cuanto mamá se fue, comenzamos a buscar en la zona una canoa para rentar, ya que «María Eugenia» había desaparecido y no habíamos podido encontrarla en casi un mes de exploración exhaustiva. La canoa que nos quedaba era la pequeña, en la que claramente no cabíamos los cuatro con los equipos de supervivencia y las bolsas con latas de carne. Gastamos una tarde entera preguntando a cada persona que conocíamos, pero nadie nos alquilaría una canoa por tantos días, pues era una herramienta de supervivencia casi elemental en aquella época. La única oferta que tuvimos —y hubiéramos preferido no tener— fue la de don Pablo,

un vecino muy amable que siempre intentaba congraciarse con mi padre por todas las veces que él le había regalado azúcar, pescado o madera.

—Llévela vecino, sería un honor poder ayudarle —le decía a José con una sinceridad que se traducía en el gesto afable de su rostro.

—Bueno, don Pablo, si no consigo otra que estoy esperando, veré la posibilidá' de alquilársela por unos días —intentó evadirlo mi padre, que conocía la fama de esa canoa inmensa y pesada a la que habíamos bautizado El Plomo.

—Nooo, yo se la presto, no le voy a cobrar, ¡faltaba más! —Se acercó el hombre a mi papá y pasó un brazo alrededor de su cuello, mientras nosotros rogábamos que no aceptara la oferta—. No busque más, llévela con confianza por el tiempo que la necesite.

Finalmente logró convencerlo, así que luego de haber perdido más de un día buscando transporte, mi padre tomó prestado El Plomo. Ya era tarde para salir así que José resolvió que partiríamos a la mañana siguiente, pero mientras tanto intentamos poner en condiciones esa canoa prestada que hubiéramos preferido no tener. Por lo general, en esas embarcaciones pequeñas suele haber siempre algo de humedad por debajo del enjaretado, que era una especie de enrejado de madera sobre el cual uno se mantenía seco. El Plomo no tenía enjaretado así que debimos improvisar uno para no ir con los pies bajo agua y evitar, en lo posible, que nuestro equipaje se mojara.

Antes de iniciar la travesía —que ya estábamos padeciendo con antelación—, papá envió por correo un telegrama a mi madre avisándole que íbamos en camino. Nos habíamos demorado tanto en conseguir y acondicionar el transporte —sumado al tiempo que nos llevaría llegar a destino—, que era probable que Rosa emprendiera pronto el regreso si no recibía indicación contraria. Con la intención de ahorrar palabras, el mensaje que mandó sólo decía: «Voy. José Silván», y estaba destinado a cualquier persona con su apellido o el de su mujer en la localidad de Helvecia, donde todos conocían al emisor y pondrían en aviso a mi madre.

Apenas había amanecido cuando nos montamos en El Plomo y, por primera vez, sentí deseos de resignar una posibilidad de aventura. Papá pronunció la frase de cábala que solía emplear cada

vez que salíamos en un viaje largo o íbamos de caza: «Nómbrese de Dios», y se persignó a su manera. Lo imitamos, aunque era evidente que no entendíamos cuál era el sentido de aquella práctica, ni llegábamos a figurarnos la influencia que tendría en nuestra suerte el Dios al que se encomendaba. José siempre lo nombraba y quizás fue quien nos transmitió la idea de que no todo depende de uno, a veces con la sola intención no alcanza para que algo salga como lo planeamos.

Ese viaje fue una prueba de tal teoría. La canoa estaba en peores condiciones de lo que nos habíamos imaginado, apenas comenzamos a andar notamos que se filtraba agua por todas las uniones. Era bastante obvio que nunca le habían hecho el calafateado, que suele realizarse cada cierto tiempo para cubrir los espacios de dilatación entre las maderas que, por la humedad, comienzan a hincharse y dividirse.

Ya en camino, ninguno disfrutó demasiado de ese primer tramo durante el cual la corriente nos favorecía, porque sabíamos que al regreso tendríamos que impulsar El Plomo a remo. Lo que sí nos gozamos sin mesura fueron los momentos en que papá decretaba el horario de comer. Nuestro menú consistía básicamente en *Corned Beef* y pan, lo cual se tradujo para nosotros en la felicidad total. Era difícil imaginar un mejor manjar que esa carne salmuerada en lata de las que llevábamos a bordo unas cinco bolsas de arpillera repletas, razón por la cual teníamos el permiso de ingerir la cantidad que se nos antojara.

Cuando habíamos hecho menos de un tercio del camino, comenzó a formarse una gran tormenta. El cielo se cubrió de nubes grises que lucían bastante espesas y mi padre declaró «va a llover». En la canoa llevábamos todo el equipamiento necesario para sobrevivir, desde una lona rectangular que nos serviría de carpa, hasta las cañas de pescar y las escopetas con cartuchos. También teníamos un par de ollas que usaríamos para cocinar pescado si lo necesitábamos, pero en principio sólo intentamos protegernos de la lluvia extendiendo la lona encima de El Plomo. La idea, cuando íbamos de viaje hacia un destino previsto, era siempre avanzar lo más rápido y constante que nos fuera posible, incluso de noche o con mal tiempo. Continuamos entonces por unos minutos más pero pronto se levantó una fuerte sudestada que nos castigó bien duro. El

Plomo no se movía sobre el agua turbulenta y ésa era una clara señal de que se hundiría con facilidad si seguíamos navegando.

—Se está poniendo muy feo. Bajaremos ahí entre las piedras esas para pasar la noche en tierra —decidió mi padre señalando una especie de bahía que se formaba a pocos metros de donde estábamos.

Nos resultó todo un fastidio descargar la canoa y armar campamento bajo esas circunstancias, pero al menos estaríamos seguros.

Cuando finalmente nos acomodamos, notamos que un barco inmenso con bandera paraguaya se acercaba con intenciones de atracar también por allí. José sabía, por su experiencia de marino entre otras cosas, que no les sería posible hacerlo solos, de modo que se subió a una piedra bastante alta —mientras la lluvia y el viento lo castigaban— y les hizo señas para que le arrojaran el cabo de bola, que consiste en una bola de acero del tamaño de un puño cerrado con una soga fina que va unida al cabo más grueso, con el cual se amarra el barco. Recuerdo aquella escena con la misma adrenalina que sentí en ese momento cuando observábamos con mis hermanos, bajo la lluvia, los intentos desesperados de la tripulación por alcanzar las manos de mi padre. La tormenta estaba en auge y veíamos volar una vez tras otra esa bola que luego el viento se apropiaba, provocándonos suspiros y maldiciones. El capitán no podía acercar más su embarcación a la costa por el peligro que implicaban esas piedras puntiagudas que asomaban por todo el contorno, de modo que José nos hizo señas para que le ayudáramos. Nos apresuramos, movidos quizás por el entusiasmo que nos inspiraba tal hazaña bajo ese clima tan espantoso, y nos enganchamos de las manos —con los dedos juntos a modo de paleta— para formar una cadena humana que acercaría a mi padre un poco más al objetivo. Él se había metido en el agua con una soga amarrada a la cintura —con la que lo sacaríamos si el río lo arrastraba—, dispuesto a cumplir su cometido de atajar ese cabo que volvieron a arrojarle un par de veces hasta que finalmente lo tuvo en sus manos. Comenzamos entonces a jalar del cabo de acero del barco que llevaba una especie de grillete en el borde, con el cual lo sujetamos a una piedra. Con la fuerza del guinche luego fueron acercando la embarcación —que ya estaba fondeada o anclada por

el otro costado— hasta fijarla en un sitio donde quedó segura.

Para ese entonces, eran como las siete de la tarde y, aunque aún quedaban unas semanas de verano, ya estaba oscuro. Regresamos entonces a refugiarnos bajo la carpa que habíamos armado antes, desde donde oíamos las voces de los marinos que gritaban a través de una especie de cono con agarradera que les servía de altavoz. Papá les contestó que estábamos a salvo a través de señales de luces que producía con su linterna, y así se quedaron tranquilos y dejaron de gritar bajo la lluvia.

La tormenta se intensificó de a ratos e incluso desde nuestro refugio era difícil soportarla, hasta que en un momento comenzó a serenarse el viento y, como a las nueve de la noche, se hizo la calma absoluta. Vimos entonces que desde el barco bajaban una canoa al agua con dos marinos, que luego remaron hasta donde estábamos nosotros.

—Hola amigos —nos saludaron con un apretón de manos a cada uno.

—¡Qué tormentita tuvimos, eh! —comentó el más alto de los dos.

—Uff, linda sudestada —agregó mi padre.

—Queríamos agradecerles por la ayuda, no hubiéramos podido amarrarlo sin su colaboración.

—No hay problema, para eso estamos. —A José le gustaban los halagos, pero los recibía con cierta incomodidad.

—Permítannos por favor invitarlos a una cena en el barco, luego pueden decidir qué quieren hacer —dijo uno de ellos y, aunque en principio José no parecía muy convencido, la insistencia de los marinos venció su resistencia.

Nos ayudaron entonces a desarmar el pequeño campamento que habíamos desplegado y cargamos rápidamente el equipaje en El Plomo, para luego seguirlos a remo hasta el barco.

Cuando subimos, el capitán nos recibió con una gran sonrisa y le dio un abrazo a mi padre para expresarle su gratitud.

—Vamos a subir la canoa —sugirió.

—No, no, esta canoa no es mía, está en muy malas condiciones y se puede romper —intentó detenerlos mi padre, pero ellos le prometieron precaución y la acomodaron dentro de dos fajas gruesas para levantarla con el guinche muy despacio.

—Ahora vamos a descansar, bebemos algo, y mañana temprano los llevamos hasta las Tres Bocas para que continúen desde allí su viaje, ¿les parece?

José permaneció en silencio, aunque no lucía muy convencido con la propuesta del capitán, pero la oferta de alcohol pudo más que cualquier duda y pronto estuvo sentado, riendo y conversando con un vaso en la mano.

A nosotros nos sirvieron una sopa espesa y exquisita que saboreamos con prisa, temerosos de que papá nos arruinara el momento en la mesa como era su costumbre en casa. Luego un marinero nos condujo a los tres hermanos a uno de los camarotes y nos dijo:

—Acuéstense y descansen, deben estar agotados.

Sin dudas lo estábamos, pero también nos sentíamos dichosos con esa suerte inesperada de comer y dormir a bordo de una nave semejante. En cuanto el muchacho arrimó la puerta nos despaturramos sobre las cuchetas y pronto perdimos la conciencia.

—¡Yo no les dije que la subieran, bajelán, bajelán! —Oímos los gritos de mi padre y supimos que se había extinguido la magia.

Todavía estábamos aletargados y no sabíamos cuánto tiempo había pasado desde que nos metimos en la cama.

—¡Que bajen esa canoa les digo! ¡Me quiero ir! —Volvimos a escuchar su voz y nos levantamos de un salto.

—Pero José, deja que los chicos descansen, en unas horas cuando amanezca los alcanzamos hasta las Tres Bocas —intentaba convencerlo el capitán con su voz serena y firme.

Papá se negaba en cada ocasión con mayor exaltación, hasta que ya no volvieron a insistirle y simplemente bajaron El Plomo. Nosotros estábamos devastados, pero a ninguno se le cruzó por la cabeza emitir una palabra. Los tripulantes del barco nos ofrecieron comida que José no quiso aceptar porque…

—Yo no hago las cosas por interés —les dijo con esa cara de perro enojado que era su especialidad.

—Ya sabemos, pero te pedimos que nos aceptes esto como gratitud. No estamos pagándote nada, nos complace compartir con ustedes —le explicaba uno de los marineros.

No hubo forma de convencerlo, pero en cuanto se distrajo, nosotros tres tomamos unas bolsas de fruta que nos obsequiaron de

forma silenciosa. En cambio, él les ofreció un par de latas de *Corned Beef* para que compartan y ellos no se negaron ni por un instante, porque todos se deleitaban con ese manjar tanto como nosotros… y porque no eran tan necios como mi padre, claro.

Apenas pasada la medianoche, ya estábamos otra vez a bordo de El Plomo. Las luces del barco paraguayo nos alumbraron durante el primer tramo mientras buscábamos el canal que retomamos para continuar nuestro camino. Mis hermanos intentaban dormir mientras yo hacía guardia con el viejo, cagado de frío y de sueño, enojado con la situación y con él, que nunca nos permitía relajarnos y gozar de la suerte o la generosidad de la gente.

Al día siguiente, ya sobre el mediodía, volvimos a saborear nuestro almuerzo enlatado, del que no nos cansábamos por mucho que nos atiborráramos. Después de comer —y aprovechando que íbamos navegando— decidimos sacar las cañas para pescar. Mi padre no tenía intenciones de detenerse a cocinar lo que pescáramos, pero en realidad lo hacíamos porque era una actividad que disfrutábamos mucho y sería una forma de entretenernos, de que las horas y los kilómetros transcurrieran más rápido. Mientras preparábamos los anzuelos con carnada, de pronto Fortu emitió un alarido que atrajo la atención de todos nosotros, entonces vi cómo afloraba la sangre de uno de los talones de sus pies. Al parecer había pisado el borde de la tapa de la lata que yo me dejé sin querer en el suelo de la canoa, de modo que habría intentado asesinarme si no hubiera sido porque allí estaba papá para moderar su reacción sin siquiera pronunciar palabra. Aún recuerdo la impresión que me provocó verlo sangrar tanto. Le pusimos alcohol —siempre llevábamos alcohol como único elemento de nuestro botiquín— y le vendamos el pie con un trozo de tela que lavamos en el río.

Por la tarde nos alcanzó el barco paraguayo, que pasó junto a nosotros sonando una bocina estridente. José tomó la escopeta y dio un par de tiros al aire para responder al saludo, y con mis hermanos nos quedamos absortos en la imagen de ese navío que se iba alejando con prontitud, hasta que varios minutos después se hizo pequeño ante nuestros ojos. Por la velocidad que llevaban, sin dudas llegarían mucho antes que nosotros a las Tres Bocas —donde el río San Javier se bifurcaba en tres vertientes—, y eso nos provocaba una impotencia que sin embargo tuvimos que callar.

Al día siguiente arribamos a la costa de Helvecia poco antes de que se ocultara el sol. Nos reunimos con mi madre y el resto de mis hermanos en casa de la abuela Hilaria, que siempre nos recibía con la mejor comida que tuviera y un cúmulo ilimitado de abrazos. Por la mañana, y luego en la tarde, anduvimos visitando otros parientes que nos atendieron con la amabilidad y el entusiasmo propios de las familias norteñas. Papá repartió entre todos ellos las latas de *Corned Beef* que llevábamos, y que recibieron con expresa gratitud pero aún mayor sorpresa, ya que era un producto especialmente elaborado para la exportación y no se conseguía en Argentina.

Apenas gastamos allí en Santa Fe un par de días más, porque el viejo debía volver a trabajar y nosotros comenzaríamos las clases en menos de una semana.

La mañana que emprendimos el regreso el clima estaba bueno y las aguas del San Javier bastante calmas, así que avanzamos con cierta agilidad, aunque íbamos remando en contra de la corriente. Sabíamos que el viaje de vuelta sería difícil, pero nunca previmos lo que nos tocaría atravesar durante esos kilómetros que aún faltaba recorrer. Habíamos vaciado la canoa del peso del *Corned Beef*, pero ahora llevábamos varios baldes de fruta y nuestros equipos de supervivencia. Al entrar ya en las corrientes del Paraná, y a pesar del esfuerzo con que remábamos, El Plomo no avanzaba. Los accidentes geográficos sobre la costa de Santa Fe nos complicaban aún más la tarea. Nos encontramos con árboles caídos, bancos de arena, barrancas, entre otros obstáculos que se iban presentando a nuestro lentísimo y forzado paso. Nos detuvimos entonces sobre una orilla del rió y papá nos miró:

—Vamos a tener que silgar —dijo apretando los labios, claro que en ese «vamos» no se incluía más que como director de la orquesta.

Me propuse de primer voluntario y entonces amarré una soga a un palo que después apoyé sobre mi pecho —uno de los cabos cruzaba por debajo de mi brazo y el otro alrededor de mi cuello—, mientras Fortu enganchaba el extremo contrario de la soga a la canoa. Me eché entonces a andar, afirmándome tanto como podía con mis pies descalzos en la arena, para jalar así de El Plomo en forma sostenida. Mi hermano mayor iba caminando junto a mí mientras mi padre, ubicado en la popa, manejaba uno de los remos a modo de timón. Ésa era una función para nada sencilla, porque

debía mantener el equilibrio de la embarcación para que fuera posible el remolque sin que se vaya demasiado hacia la costa ni que se abra hacia el otro lado y provoque un desbalance que entorpezca el avance.

En general, no era tan complicado silgar una canoa pequeña, pero El Plomo era un caso único: además de ser ancho y pesado, estaba construido de una manera poco funcional. Sin embargo, no teníamos opción, así que hice mi mejor esfuerzo y tiré de él con mi mayor brío, provocando, de manera inesperada y sorpresiva, el orgullo de mi padre: «Colía va a llegar lejos con ese voluntá», lo oí decir, y eso me motivaba tal vez más que las ansias por llegar a casa.

Por fortuna el clima nos ayudó bastante, pero el esfuerzo que hacíamos con Fortu para silgar —por turnos—, no nos permitía considerar los aspectos positivos, y sólo pensábamos en llegar a destino. Incluso tuvimos la fantasía de que volvería a aparecer el barco paraguayo y entonces —acordamos en un susurro—, si papá se negaba a aceptar ayuda lo tiraríamos al agua y nos iríamos sin él. ¡Definitivamente!

Al llegar la noche nos detuvimos en la costa para comer alguna de las sobras que la abuela Hilaria nos había empacado en una vianda. A pesar del agotamiento que sentíamos y del inmenso sacrificio que habíamos hecho con mi hermano mayor, notamos que no era mucho el tramo que logramos avanzar, y eso nos desmoralizó un poco, pero no teníamos permiso para quejarnos y entonces dejamos de pensar en eso para descansar. Nos dormimos casi instantáneamente los cuatro, despaturrados en la arena y bajo la lona que habíamos colocado sobre los bordes de un acantilado. Por la mañana nos despertó un sonido extraño, similar al de esos cencerros que llevan colgados al cuello las cabras montañesas. «Clan, clan», sonaba insistente, «clan, clan, clan, clan, clan, clan».

Miramos en dirección al río y vimos que, de El Plomo, sólo asomaba en la superficie del agua una punta de la proa. Una pequeña olla había quedado enganchada de la madera y, al hamacarse con el movimiento oscilante del Paraná, se golpeaba contra la canoa emitiendo ese sonido de campana: «clan, clan».

José llevó ambas manos a su cabeza y pronunció una lista de improperios —o puteadas— con las que nosotros estuvimos de

acuerdo. La correntada del río se había llevado todo lo que dejamos encima de la canoa a excepción de la ollitacencerro, aunque lo que más nos dolió fue la fruta porque la comida era una de las cosas que más feliz nos hacían en esa época.

Mi padre era un hombre ciertamente fornido y se metió en el agua con Fortu —que era de los tres hijos el mayor en edad y tamaño— para intentar levantar El Plomo mientras Turi y yo, desde uno de los laterales, usábamos la olla y las manos para sacar el agua de adentro. Así fuimos reflotando esa canoa que había sido un suplicio desde el momento en que nos montamos en ella. Para cuando logramos sacarla del todo, sentíamos los brazos de trapo y apenas nos quedaba energía, pero tuve que volver a tomar la soga para tirar de El Plomo y continuar el camino. Fortu iba caminando a mi lado para turnarnos cuando hiciera falta, pero además nos sirvió de entretenimiento la compañía y la charla mientras andábamos.

Cuando ya no pudimos seguir por el cansancio, decidimos detenernos una vez más y aseguramos la canoa encima de la orilla, aunque no nos quedaba nada por perder. Pescamos ahí desde la costa y cocinamos el pescado sobre la ollitacencerro. Luego de comer —con un apetito que no habíamos percibido sino hasta que ingerimos el primer bocado—, nos quedamos profundamente dormidos.

Al día siguiente nos despertamos con el cuerpo adolorido pero motivados porque ya sólo nos quedaba el último tramo hasta Santa Elena. Entramos entonces en una zona familiar donde además el terreno era un poco más estable y cada paso costaba menos que cuando íbamos caminando sobre la arena.

Ya en las inmediaciones de nuestro pueblo, cuando íbamos llegando a remo a la costa, nos cruzamos con unos vecinos que iban en su canoa:

—¿A dónde fueron con ese armatoste? —preguntó uno de ellos.

—Hasta Helvecia, Santa Fe —les contestó mi padre.

—¡Oh, qué raro que no se les hundió! —Echaron a reír mientras se alejaban y saludaban con las manos.

No es que fueran videntes, era bastante obvio que El Plomo no servía de transporte y menos a larga distancia.

Una vez que subimos a la orilla festejamos con suspiros y

sonrisas. Fortu me palmeó en la espalda y le dije convencido:

—Si supiera cómo *contruir* una bomba, te juro que volaba El Plomo por los aires…

Dios lloró conmigo

«Ag, esto es una porquería», repetía José cada vez que comenzaba a beber. Yo llevaba casi seis años bebiendo con él por las noches durante toda la semana que se quedaba en tierra. Jamás se me cruzó por la cabeza renunciar a la tarea que me había propuesto de cuidar el sueño de mi familia, aunque eso atentaba contra mi propio descanso y me fue quebrando el alma de a poco, sin que me diera cuenta y sin que a José le importara. Él estaba convencido de que, si me daba alcohol desde temprano, con el tiempo desarrollaría una aversión a la bebida, pero, muy por el contrario, había comenzado a gustarme.

Durante esos seis años que se habían pasado de forma precipitada para mi percepción, viví una especie de déjà vu constante que me resultaba pesadísimo y no veía forma de cortar… Hasta esa noche en que el Cielo me habló.

Yo ya sabía —porque como dije, era algo cíclico— que cuando se nos terminara la primera botella de alcohol papá me enviaría a buscar más. Cuando vivíamos en los zanjones, debajo de la barranca, esas excursiones desesperadas en busca de más bebida habían sido una pesadilla. Iba corriendo por la costa del río a la mayor velocidad que me fuera posible para regresar antes de que el viejo comenzara a molestar a mi madre o mis hermanos. Recuerdo que en aquella época la sensación de angustia era un motor poderoso que no me dejaba pensar ni un minuto en el cansancio que sentía, y simplemente corría descalzo hasta el bar en donde el hombre con cara de pasa de uva me vendía el producto que alimentaba el vicio de mi padre, ese producto que evocaba al monstruo.

Ya cuando nos mudamos arriba, había un bar bastante más cerca de casa, aunque el tipo de gente que lo frecuentaba era ligeramente

distinto y la señora Pintos —dueña y camarera del lugar— cerraba a la medianoche. Al principio ella solía atenderme sin mucho problema cuando iba un poco más tarde a buscar bebida, aunque supongo que lo hacía porque sabía que sólo un borracho mandaría a un niño por alcohol a esas horas, y resultaba bastante obvio que, si llegaba sin el encargo, me daría una buena paliza.

Yo le había propuesto a José muchas veces que compráramos varias botellas para tener de reserva, pero siempre me respondía lo mismo:

—No mijo, no quiero tomar tanto. Esto es una porquería, con una botella es suficiente.

Pero nunca era suficiente, y yo seguía experimentando el mismo déjà vu que había vivido un millón de veces.

La noche en que todo cambió para mí, había comenzado sin embargo como cualquier otra de ésas en las que bebíamos con el viejo y yo me esforzaba por mantenerme despierto, mientras él repetía una vez tras otra las mismas insinuaciones, ideas y anécdotas. Por momentos era más tolerable según los temas que tratara, como cuando me hablaba de sus viajes o las experiencias que había vivido en los barcos, aunque lo hacía de una forma tan general que nunca lograba imaginar lo que me contaba, de modo que todo quedaba en mi mente como una mezcla de imágenes inconclusas. Lo que detestaba más era cuando hablaba de mi madre: «Yo a tu mamá la quiero mucho», decía y me miraba a los ojos mientras apoyaba una mano sobre mi hombro, como si fuera una verdad que luego quebraría con los puños sobre el rostro de Rosa.

A veces, para cortar el tedio de sus monólogos, le proponía que entrenáramos. Sin dudas prefería boxear con él a puño limpio porque, ya medio alcoholizado, los golpes me dolían menos que escucharlo decir mentiras o atajar sus promesas vacías.

—Bueno, se terminó la botella —comentó mientras servía lo último que quedaba en su vaso—. Tenga. —Sacó un billete arrugado del bolsillo de su pantalón y me lo dio—, vaya a comprar un Tres Plumas.

Como cada vez que me mandaba al bar a esas horas, se me revolvió el estómago. A pesar de que fuera ya un hábito aquella situación, no me acostumbraba a tener que molestar a otras personas por el capricho de mi padre, ni me gustaba dejarlo así

transformado en monstruo cerca de mi madre y mis hermanos.

Como no tenía opción, apreté los puños y salí con prisa mientras él jugaba con Pepe. Ese loro del demonio se había tomado la manía de morderme. Ahora cuando nos sentábamos a tomar la merienda en la cocina, el viejo me pedía que le convidara de mi pan mojado en leche. Él no sólo tomaba el pan sino que además parte de mi dedo, y en varias ocasiones casi me lo llevo enganchado del hombro de mi padre. Él me sugirió entonces que lo pusiera en el mío para que se acostumbrase, pero cuando lo sujeté entre mis manos el loro se volvió loco y, en cuanto lo apoyé en mi hombro, comenzó a pellizcarme con el pico la oreja:

—Seguro que lo tratás mal cuando yo no estoy y por eso te odia. —Reía mi padre, festejando la actitud agresiva de su protegido.

No era cierto que lo tratara mal, pero dicen que los animales pueden percibir las energías, y yo sin dudas lo detestaba.

Cuando llegué al bar —que estaba adosado a la casa de su dueña—, espié a través del cristal que daba a la calle con la esperanza de ver a la señora Pintos limpiando detrás del mostrador, pero ya no había nadie allí. Noté en cambio que las agujas del reloj ovalado que colgaba de la pared marcaban casi las tres de la mañana y me mordí los labios. Caminé nervioso hasta la puerta de la casa y di unos golpes suaves con el puño cerrado. Al no obtener respuesta, volví a llamar pero más fuerte, y fui aumentando la intensidad de los golpes hasta que alguien me contestó desde adentro:

—¡Ya va, carajo!

La señora Pintos, una mujer de mediana edad que para mí lucía como una anciana —lo mismo que cualquier persona mayor de cuarenta años—, salió a la calle vestida con un camisón largo y el ceño fruncido.

—¿Qué horas son estas de venir a molestar? —me preguntó enojada, aunque sabía bien por qué estaba yo allí.

—Perdón señora, es que me mandó mi papá. Necesito un Tres Plumas —le dije, y extendí mi mano abierta con el billete arrugado sobre la palma.

Allí mismo fue que comenzó el sermón que desataría la tormenta:

—Ya no te aguanto más, querido. Me tenés cansada. No entiendo cómo es que no comprás la bebida más temprano si ya

sabés que vas a tener que venir a molestarme todas las noches —me dijo a los gritos, agitando sus manos y con el rostro enfadado.

Yo me quedé allí cabizbajo, no se me ocurrió nada que pudiera servir de justificación y me ayudara a disminuir un poco la vergüenza que se me escurría por cada poro.

—¿Me estás escuchando? —preguntó y asentí con la cabeza—. Esto es un cuento de nunca acabar… —Yo seguía sin hablar y con la vista en el suelo.

La señora Pintos se metió en la casa y regresó con una pequeña linterna y la llave del bar:

—Vení, entrá, es la última vez que te vendo a estas horas —me dijo mientras la seguía con cuidado de no chocarme una mesa en medio de esa oscuridad tan espesa.

Antes de irme le agradecí en un susurro porque la voz no me salía de la vergüenza que sentía.

—Está bien, pero haceme caso y comprá la bebida más temprano. —Cerró la puerta de un golpe y quedé allí parado con la botella en la mano.

Regresé andando mientras cargaba una sensación de desasosiego que me visitaba a menudo durante las estadías del viejo en tierra, aunque nunca les prestaba demasiada atención pues, de lo contrario, es probable que no hubiera soportado todo lo que fui capaz de soportar.

Ya cuando estaba cerca, tomé un atajo entre medio de unos matorrales con plantas salvajes de diferentes clases, entre las cuales había unos arbustos que llamábamos uña de gato y que tenían unas espinas en forma de zarpas. Desde ahí escondido podía ver mi casa, y entonces me dispuse a interpretar —como solía hacer otras veces — el código de luces que mi padre me enviaba desde la vivienda sin siquiera percatarse. Yo no quería seguir bebiendo con él, escuchando sus sandeces o aguantándome el sueño —la peor de las torturas—, entonces observé sus movimientos desde aquel escondite, con la esperanza de que se fuera a dormir y entonces me dejara libre. Según cuál fuera la luz que se encendiera en la casa, yo iba deduciendo dónde estaría. Si llegaba a su cuarto y la luz se apagaba en menos de dos minutos, entonces sabía que se había acostado sin molestar a mamá, pero si permanecía encendida por más tiempo, me tocaba correr a la casa para salvar a Rosa de sus

garras y continuar emborrachándolo a la vez que me emborrachaba con él.

En ese momento, la única luz que vi encendida era la del comedor, de modo que no se había movido de donde lo dejé. Permanecí unos minutos en mi escondite, bajo la claridad de la luna y arrullado por el canto de los grillos que no se dejaban ver entre las sombras de las plantas. Una impotencia desbordante había explotado en mi cabeza. Me sentía cansado, aburrido y sobrepasado por aquella situación. Elevé la mirada hacia el cielo plagado de estrellas y suspiré. Nunca antes había considerado el sentido de la religión ni tenía noción de qué se trataba, pero por alguna razón se me vino a la cabeza un momento en el que había oído a Fortu decir que Dios no existía porque, aunque le había rezado mucho, no le ayudó a pasar su examen de historia. Me pregunté entonces, con cierta seriedad, si realmente existiría Dios. Una congoja muy grande se desató en mi pecho y largué el llanto que ya no pude contener. Luego de unos pocos minutos volví a mirar el cielo y pregunté en voz alta:

—Dios, si de verdá esistís, ¿por qué tengo que pasar por esto? ¿Por qué le hacés pasar todo esto a mi mamá y a mis hermanos? ¿Por qué, Dios? —Tomé aire con los ojos inundados—. ¿Qué hicimos nosotros pa' que nos castigues así?

Era como si todo el caudal de lágrimas que había estado reprimiendo por años de pronto hubiera encontrado la salida, y entonces no fui capaz de detener el llanto, que continuaba emergiendo sin pausa.

Instantes después de expresar mi cuestionamiento, el cielo se cubrió de nubes y comenzó a llover de forma torrencial. Las gotas de esa lluvia repentina caían de a millones, mezclándose con mis lágrimas y mojando por completo mi cuerpo. Sentí entonces que Dios lloraba conmigo, que aquella manifestación de la naturaleza era su respuesta, su mensaje: «estoy aquí, te acompaño». Abrí mis brazos y, de cara al cielo, sonreí. Una emoción novedosa escaló desde mi pecho hasta mi cráneo, provocándome un dulce escalofrío. Miré hacia la casa y noté que todas las luces estaban apagadas, así que me tomé unos minutos más para danzar bajo la lluvia antes de volver. Esa noche dormí tranquilo y contento, porque desde aquel momento todo había cambiado para mí. Ahora sabía que, aunque

no pudiera evitar los golpes, las humillaciones y el temor, al menos estaría acompañado.

Aquella noche también la señora Pintos me había dado una lección, y entonces comencé a comprar con mi dinero —el que ganaba vendiendo vidrios, huesos, pescado y verdura— varias botellas de alcohol que escondía en las inmediaciones de la casa. Luego, cada vez que José me mandaba a comprar, me ocultaba por un tiempo —el que me llevaba ir y volver del bar—, y aparecía con la bebida sin tener que molestar a nadie para conseguirla.

Sin dudas, las experiencias, las personas que fui cruzando en mi camino y la práctica de ciertas tareas, me ayudaron a crecer, a madurar, y ya con once años manejaba mejor las circunstancias, medía tiempos y espacios, anticipaba reacciones y… claro, aprendí también a interpretar los mensajes de Dios para mantener el equilibrio en mis propias elecciones.

Lobo, ¿estás?

A poco de haber explotado el verano en todo su esplendor, a mi padre lo mandaron a Paraná —la capital de Entre Ríos— a operarse de una hernia inguinal que, aunque juraba que no le dolía, era bastante visible y continuaba creciendo.

La empresa para la que trabajaba se hizo cargo de los gastos de la cirugía que le realizaron en la clínica San Martín, donde permanecería internado durante un postoperatorio de aproximadamente tres días. Ya una vez que estuvo operado, necesitaba que alguien fuera a llevarle ropa y a hacerle compañía, de modo que, como yo era en apariencia el compinche de mi padre, él me eligió.

Tomé entonces el colectivo hasta Paraná, que se encuentra a unos 160 kilómetros de distancia de Santa Elena. Era la primera vez que viajaba fuera del pueblo solo y en un transporte como ése, de modo que disfruté la experiencia como cada novedad a la que me veía expuesto. Cuando llegué a la ciudad me sentí bastante perdido, pero mi padre me había dicho que no caminara hasta la clínica sino que tomara un taxi, ya que también mis gastos estaban cubiertos por la empresa. Afortunadamente encontré un auto en la parada que había allí mismo detrás de la terminal de ómnibus, me monté en él y le entregué al conductor un papel arrugado en el que tenía anotada la dirección a donde iba.

—Ah sí, es el sanatorio de la calle San Martín —me dijo.

Yo iba mirando atentamente a través de la ventanilla cada cuadra, las construcciones, los carteles, las personas que iban cruzando de un lado a otro. De pronto vi el nombre de la calle a la que iba en una placa que estaba pegada sobre la pared en una esquina, pero el taxista siguió de largo.

—Señor, ya pasamos San Martín, era como dos cuadras atrás —

le advertí.

—¿De dónde sos vos? —Me miró por el espejo retrovisor elevando una de sus cejas.

—De Santa Elena.

—Bueno querido, quedate tranquilo que yo te llevo bien —me aseguró.

No le dije más nada, aunque tenía la impresión de que habíamos dado ya un par de vueltas en la misma zona, como si estuviera paseándome a propósito sin llevarme directo a destino.

Cuando llegamos a la puerta de la clínica me cobró un monto superior al precio del pasaje en colectivo desde Santa Elena. Le pagué sin quejarme porque en realidad no tenía idea de cuánto costaba un viaje en taxi ni tenía certeza de que hubiera hecho a propósito el camino más largo, pero en cuanto estuve frente a mi padre le conté:

—¡Qué hijo de puta, te cagó! —me dijo él, justo cuando la enfermera llegó a cambiarle las vendas.

—Y sí, hay cada chanta en la calle —opinó su compañero de cuarto, que también había escuchado la historia con atención.

Eran recién las diez de la mañana y, antes de que saliera del cuarto para otorgarles privacidad, José me sugirió:

—Acá te vas a aburrir, no hay mucho para hacer, así que andá a caminar por ahí y tomate un desayuno en alguna cafetería.

Salí entonces a caminar, aunque no fue mucho lo que anduve hasta que me crucé una especie de bar donde también servían desayuno. Empujé la puerta vidriada y entré. Era un sitio pequeño pero pintoresco, con manteles floreados sobre las mesas cuadradas que estaban dispuestas a ambos lados de la entrada. Al final del local había una barra sobre la cual colgaban copas y vasos de varios tamaños, y detrás del hombre que repasaba con un trapo el mostrador pude ver botellas con bebidas de diferentes colores.

Me senté a la mesa más próxima al ventanal, desde donde podía contemplar el movimiento de esa ciudad tan distinta a nuestro pueblo. Una mujer joven y bella se acercó a mí con una sonrisa, llevaba un delantal colorado que cubría sus piernas hasta la rodilla y unas pulseras doradas en la muñeca derecha:

—¿Qué vas a tomar? —me preguntó dulcemente.

—Un café con leche.

—Bueno, te voy a traer un café con leche, medialunas y manteca, ¿te parece?

—No, porque no tengo mucha plata —le advertí cuando recordé lo que me había ocurrido con el taxista, aunque ella no lucía como una chanta.

La muchacha sonrió:

—No, está incluido dentro del precio del café. En realidad, ése es el desayuno que servimos acá, no te va a salir mucho, tranquilo.

—Bueno. —Acepté algo sugestionado por su amabilidad y belleza.

Minutos después ella regresó hasta mi mesa sosteniendo una bandeja redonda de la que bajó un tazón rebosante de espumoso café con leche, un plato con varias medialunas, un recipiente con manteca y otro con mermelada de frutillas.

—Disfrutalo tranquilo, tomate tu tiempo y cualquier cosa que necesites me avisás. —Me guiñó un ojo y se retiró.

Aquél fue sin dudas el mejor desayuno que había probado hasta el momento, no sólo por el sabroso sabor de esas masas dulces, la manteca fresca y el café cremoso, sino además porque aquélla era para mí una circunstancia novedosa que lucía bastante mágica, sobre todo por la cautivadora atención de la camarera.

Al final el precio de verdad fue bajo, incluso más de lo que había imaginado que sería.

—¿Y, desayunaste? —me preguntó papá cuando regresé a la clínica.

Afirmé con la cabeza y luego me senté en un pequeño sofá que había allí junto a su cama.

—¿Lo pasaste bien? —Volvió a indagar.

—Sí, muy lindo. Me atendió una chica re buena.

—Ah, por eso la pasaste tan bien —intervino el hombre de la otra cama, robándome una sonrisa pudorosa.

Estuve allí por un par de horas mientras ellos conversaban de temas que no entendía o de los que no tenía permitido opinar. Por momentos se me cerraban los ojos por el aburrimiento y el cansancio que llevaba acumulado, pero además porque era un dormilón sin remedio. Luego de que nos trajeran el almuerzo —a mí también me daban de comer en el sanatorio—, mi padre volvió a sugerirme que saliera a pasear, él se entretenía bastante con su

compañero de cuarto, pero además habían quedado ambos deseosos de una siesta.

Salí otra vez a caminar con un entusiasmo que brotaba muy a menudo en mi mente durante aquella época. Anduve observando mi entorno con la curiosidad del forastero, esa que a veces inspira un gesto de bobera ante tantas novedades. Llegué a la zona céntrica de la ciudad —que era tanto más grande y diversa que la de Santa Elena—, y me detuve entonces en cada vidriera para mirar lo que ofrecían esos negocios. No tenía dinero para pagar la ropa o los juguetes que me gustaban, pero en un puesto de diarios y revistas me di el gusto de comprar mi primera revista de crucigramas.

—¿Tiene lapiceras? —le pregunté al diarero, ansioso por comenzar a completar las páginas.

El hombre revisó detrás de su garita, y sacó una sin tapa y con el extremo mordisqueado:

—Te puedo regalar ésta si querés.

La tomé con gratitud y continué andando hasta llegar a una plaza inmensa, en torno a la cual se elevaban varios edificios de bella arquitectura como la catedral y el municipio. Allí en el centro había una fuente blanca de mármol de la que emergía un chorro constante de agua y que atrapó mi atención por algunos minutos. Luego elegí uno de esos bancos de madera que rodeaban la fuente y me senté para completar un crucigrama. Nunca antes lo había hecho así que espié en las soluciones al final de la revista. En el siguiente hice lo mismo, aunque no con todas las definiciones porque había logrado deducir algunas y recordar palabras del ejercicio anterior. Continué con los demás de la misma forma, revisando de tanto en tanto para completar las casillas cuando no sabía la respuesta.

Ya cuando llevaba allí más de una hora, se acercó un hombre de unos setenta años y me habló:

—Hola querido, ¿me puedo sentar?

—Sí, abuelo.

—No me llames así, no soy tan viejo. —Se sonrió y sentí cierto pudor.

El hombre continuó dándome charla y así acabé contándole sobre la cirugía de mi padre y la estafa del taxista.

—¡Oh, qué mal tipo! —exclamó él—. Hay gente mala y

engañosa, tenés que tener cuidado —me sugirió y yo asentí con la cabeza—. ¿Has recorrido el centro comercial?

—No mucho, pero recién compré esta revista y estoy haciendo los crucigramas —le expliqué.

—Vamos a pasear un poco. Después podés seguir con eso, cuando estés aburrido en la clínica y no tenga nada más que hacer. —Me sonrió y fui con él.

Caminamos algunas cuadras hasta una joyería en donde me invitó a entrar, y allí me presentó a la dueña, una mujer tan mayor como él.

—Contale a ella lo que te pasó en el taxi —me pidió y volvimos a conversar sobre los timos que se daban en la ciudad.

Luego anduvimos por otros negocios donde también saludó gente que parecía muy amable y hasta me regalaron unos caramelos.

—Tengo que volver a la clínica —le dije ya cuando eran como las seis de la tarde.

—Ah bueno. Si querés mañana nos encontramos en la plaza, yo voy a andar por acá.

—Está bien, si puedo vengo.

Nos estrechamos las manos en saludo.

Cuando estuve otra vez con mi padre y me preguntó qué había hecho, le conté:

—Ah qué bien, te encontraste un amigo —me dijo.

Afirmé con la cabeza y ya entonces llegó la cena, luego de la cual me desmayé encima del sillón.

Al día siguiente volví al bar en donde había tomado el desayuno la mañana anterior, y me senté a la misma mesa. La mesera simpática se acercó:

—Parece que te gustó el desayuno de ayer.

—Sí, muy rico —le dije con cierto pudor.

—¿Y te pareció caro?

—No, nada caro.

—Te traigo lo mismo entonces. —Afirmé con la cabeza, ansioso de volver a saborear ese manjar.

Después del deleite gastronómico me lancé otra vez a la caminata —ya mi viejo me había dado permiso para que fuera a pasear—, y llegué hasta la plaza en la cual habíamos acordado

encontrarnos con «mi amigo». Él estaba sentado en la misma banca donde el día anterior nos habíamos conocido. Lo saludé y los dos nos encaminamos hacia una de las esquinas, desde donde pude ver bien de cerca la fachada de la catedral, con dos torres a ambos lados de la entrada y una enorme cúpula de vitral azulceleste que sobresalía por detrás del edificio.

—¿Entramos a rezar? —me preguntó, y acepté movido por la curiosidad de conocer el interior de aquel edificio inmenso.

El recinto lucía imponente ante mis ojos inexpertos, estaba rodeado de altísimas columnas y en el centro se reflejaba una luz violácea que llegaba desde los vidrios de la cúpula. El sitio estaba vacío y no había nadie que nos restringiera el paso, así que anduvimos caminando lentamente entre las bancas lustradas, observado las figuras de ángeles y santos, una estatua de la virgen suspendida sobre una especie de grada en el medio del establecimiento, y varias representaciones —más grandes y más pequeñas, muerto y resucitado— de Cristo.

Yo no sabía rezar, sólo hablaba a veces mirando el cielo o miraba el cielo sin hablar, y así me comunicaba con Dios. De modo que me quedé en silencio frente al altar vacío, contemplando esas figuras místicas que lo rodeaban. «Mi amigo» dio unas vueltas en los alrededores de la iglesia y luego regresó donde yo estaba:

—Vení que quiero enseñarte el confesionario —me dijo.

—¿Y eso qué es? —le pregunté mientras andaba tras él.

—Ahí es donde el sacerdote confiesa a los fieles.

Lo miré frunciendo el entrecejo:

—¿Qué es confiesar?

El hombre sonrió:

—¿Ves? —Me mostró un pequeño habitáculo de madera, como de dos metros de alto, dispuesto junto a una banca—. Ahí se mete el cura y en ese banco se sienta la gente que viene a contarle sus pecados. Cada persona le cuenta lo que hizo mal y el cura le dice lo que tiene que rezar para ser perdonado.

No me entusiasmó mucho aquel mueble con forma de ataúd —aunque era un poco más grande y estaba dispuesto en vertical—, así que continué andando por el lateral de la iglesia hasta toparme con una de esas figuras santificadas que me miraba con ternura. Me detuve a observarla y tuve la sensación de que en verdad me estaba

viendo y quizás hasta podía escuchar mis pensamientos. En medio de esa fantasía hipnótica, de pronto sentí una mano que me acariciaba la espalda y otra que me sujetaba de la cadera. Pude reconocer el aroma a naftalina de ese anciano que había llegado a considerar «un amigo».

—Ey, ¿qué hace? —Quise darme la vuelta pero me tenía bien sujeto.

—Shhh —me susurró cerca del oído, a la vez que intentaba bajarme los pantalones que yo aferraba con ambas manos.

Mientras el hombre seguía manoseándome y pretendía forzarme contra la pared, brotó de mi interior una fuerza inédita que empleé para empujarlo y apartarlo de mí. Él cayó al suelo y, aunque tuve un intenso deseo de probar allí las habilidades que había ganado en los entrenamientos de boxeo con mi padre, el respeto por esa institución religiosa me detuvo. Salí corriendo a lo largo del pasillo entre los bancos hasta la salida. Bajé con prisa las escalinatas y continué andando sin mirar atrás hasta la clínica donde estaba internado José. Recién entonces respiré y me compuse un poco de la horrible sensación que me había provocado aquella situación, y cuando estuve más tranquilo entré al sanatorio.

—Y, ¿qué tal te fue? —me preguntó mi padre.

—Bien.

—¿Lo viste a tu amigo?

—Sí, sí, pero se tenía que ir, tenía cosas que hacer —le mentí.

No podía contarle a él lo que había pasado porque era seguro que al salir de allí buscaría al anciano para asesinarlo, y aunque me hubiera gustado que lo hiciera, eso nos habría perjudicado a todos.

Me demoré varias semanas en sacar completamente de mi mente aquel recuerdo, pero además no volví a confiar en un desconocido durante el resto de mi infancia.

Hoy quiero chupín de Armado

Papá tuvo tan buena evolución posquirúrgica que un par de días después de que le dieran el alta se fue a navegar. Como ya he comentado, cuando él no estaba en casa nuestra realidad cambiaba completamente. Los hijos nos convertíamos en unos diablillos y mamá —que siempre jugaba un rol de mucama— nos consentía de una forma que no tenía permitida en presencia de José.

Yo era de todos el más exigente y, por alguna razón que ahora puedo suponer, mis hermanos creían que también era el hijo preferido de mis padres… Con José bebía y jugaba por las noches como parte de esa misión que me había propuesto y nadie sospechaba, aunque con el tiempo me fui acostumbrando y ya no lo sufría tanto. Con mamá teníamos una especie de complicidad silenciosa, nos entendíamos sin casi dirigirnos la palabra. A mí me gustaba regalarle figuritas y flores que arrancaba del jardín como muestras de cariño —pues en casa no se daban besos ni abrazos—, pero además era quien iba siempre al almacén por sus encargos o le ayudaba con alguna tarea que me pidiera, tal vez por eso ella me tenía tanta paciencia y procuraba servir a mis gustos cuando podía. Sin embargo, hubo una ocasión en la que le contesté muy mal. Esa escena que quedó grabada en mi memoria y la actitud que tuve entonces todavía me avergüenza… Ella estaba lavando una de esas ollas de fundición de tres patas que utilizaba para cocinar salsas. Yo entré en la cocina por un trozo de pan y mi madre me miró con sus ojos exhaustos:

—Necesito que vayas al almacén a traer cebolla y fósforos —me pidió.

—¡No, má! ¡Mande a otro, siempre me manda a mí! —exclamé con el ceño fruncido.

Mamá me miró con una decepción que nunca había visto en sus

ojos y yo agaché la cabeza esperando que la olla llegara a golpearme, pero ella sólo amagó con arrojarme el trapo con el que estaba secando el trasto.

No sé por qué le contesté así, supongo que estaría cansado o malhumorado por algún motivo del que no queda registro en mi memoria, pero eso no me alcanzó para justificarme ni siquiera conmigo mismo. Yo me escuché y no me gustó, entendí que al pronunciar esas palabras le estaba reprochando cada favor, cada encargo que ella me hizo en el pasado y cumplí, ¿con qué propósito hacía las cosas si después iba a quejarme? Me cuestioné entonces esa bondad que mamá me atribuía, ¿era en verdad un chico obediente? Tuve miedo de que Rosa no volviera a creer en mi predisposición, que descubriera que no era el más amable de sus hijos.

Sin embargo, su sabiduría era tal que lo entendía todo antes de que pudiéramos siquiera encontrar las palabras para explicarlo. Así es que, por fortuna, luego de aquel día mamá siguió pidiéndome favores y mandándome tareas, lo cual me provocó un gran alivio porque supe que me había perdonado de verdad, y me juré que no volvería a cometer un error semejante.

En fin, cuando papá se iba, Rosa nos dejaba dormir hasta tarde y hasta nos llevaba el desayuno a la cama. Ella tenía escondidos unos tarros con café y cascarilla de cacao para darnos cuando él no estaba. Llegaba con una bandeja sobre la cual traía las tazas llenas de café o chocolate con leche —sólo cuando había leche, que no era siempre—, varios trozos de pan o algún pastel que preparaba de forma improvisada, con los ingredientes que tenía. De todos, el que más se quejaba era yo: «¡la taza de él tiene más que la mía!», «¡su pan es más grande!», «¡todavía tengo hambre!». Entonces la vieja corría a la cocina y me traía más leche o me ofrecía otra pieza de pan.

Rosa sufría por nosotros cuando estaba papá en casa, ella hubiera querido salvarnos a todos de sus reprimendas, de sus exigencias y excesos, pero en realidad era tan víctima de él como lo éramos sus hijos. Hijos que ella no buscó tener pero que, luego de parir, cuidó con entera devoción, aunque también con los límites que le marcaba el mismo hombre que la embarazaba por la fuerza, pues sospecho que mi madre no disfrutaba los encuentros de alcoba

con su marido.

Una de esas veces en que José no estaba, cuando yo ya tenía doce años —para la época era casi un adulto—, llegué a la cocina buscando a mi madre que estaba limpiando los pisos con desinfectante:

—Mami, hoy quiero comer chupín de Armado, ¿me lo prepara?

—Bueno mijo, yo se lo hago, pero vaya a conseguir el pescado —me respondió.

El Armado —o Platydoras Costatus— es un pez gato, de río, perteneciente a la familia de los dorádidos. Tiene un cuerpo voluminoso con dos aletas dentadas, una dorsal y otra pectoral, que le sirven de defensa. No lucen apetitosos pero en verdad lo son, más aún cuando los cocinaba Rosa en chupín, y nuestro chupín no era realmente chupín sino una especie de guiso con salsa de tomate, arroz, verduras y pescado.

Me encaminé hacia El paraíso de la pesca con la caña al hombro, determinado a conseguir el Armado. Para llegar a la zona tuve que atravesar un tiempo antes la pasarela junto a la Prefectura, entonces vi un barco que estaba en reparación junto al dique, y alrededor varios hombres de la tripulación que trabajaban cerca de la hélice.

—¡Eh, Pavito loco! —me chilló uno de los marineros. A mi padre lo llamaban Pavo loco y, por lo tanto, sus críos éramos los Pavitos.

Levanté la mano en saludo y siguieron gritando:

—¡¿Cómo estás, Pavito loco?!

—¿Vas a pescar? —Se sumó otro.

—¡Sí, voy a pescar! —respondí, y luego continué mi camino mientras el sonido de sus voces se iba atenuando a mis espaldas.

Ya a pocos pasos de la zona de pesca, noté que el muelle estaba repleto de pescadores, casi no había espacio entre una caña y otra.

Bajé sin prisa y me moví entre esos hombres —que ahora consideraba camaradas—, tratando de visualizar algún lugar en donde acomodarme, pero entonces comenzaron las quejas:

—¡¿Qué hacés?!

—¡Dejate de joder, pendejo!

—¡Tené cuidado, no me pises la línea!

—¡Ya tenías que venir a romper las bolas!

Todos bufaban hasta que uno me invitó:

—Vení para acá que hay un lugar, sentate y no jodas, Delón. —

Se sonrió, mientras otro por ahí gritó:

—¡Delon vuelta! —Y todos echaron a reír, también yo, que ya me había acostumbrado a los apodos y las bromas que me hacían.

A esas alturas veía a esos hombres como iguales. Había reglas implícitas que cumplíamos sin objetar, como no quitarnos los lugares que cada uno reservaba para pescar, ayudarnos cuando alguno necesitaba una mano, regalarnos el pescado en lugar de vendernos entre nosotros, prestarnos carnada, y otras varias.

Cuando fui a buscar el Armado, sólo llevaba un trozo de carne como carnada y un anzuelo de porquería, que funcionaba pero no era para peces grandes, sin embargo, estaba determinado a pescar mi almuerzo. Recuerdo que a menos de diez minutos de haber lanzado la línea sentí que se tensaba. «Ya picó, qué hijo de puta, dale, dale, levántalo, vamos, vamos», gritaban a mi alrededor, mientras uno de los camaradas me ayudaba a sacarlo.

Cuando logramos traerlo hasta la orilla, vimos que era un Pacú enorme —o Myleus pacu—, tal vez una hembra porque llegan a ser mayores en tamaño que los machos, de forma redondeada, emparentados con las pirañas, con fuertes dentaduras. Ése debe haber pesado unos quince kilos o más. En la orilla se desenganchó y quedó moviéndose como loco, yo luchaba metido en el agua para contenerlo hasta que el mismo fulano que me había ayudado a enrollar la línea se metió conmigo así vestido al río, seguido de otro par de pescadores que también colaboraron para sacarlo. El festejo fue una lluvia de insultos bien habidos, silbidos, reproches y risas.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó uno de esos hombres.

—Lo voy a destripar.

—¿Y cómo pensás destriparlo?

—Y… por la panza —le respondí como si fuera algo obvio.

Él se sonrió:

—No boludo, se hace por el lomo. Dejame que yo lo hago —me dijo y sacó un cuchillo afilado.

Cuando terminó de eviscerarlo me cargué el Pacú al hombro y emprendí el retorno a casa con cierto esfuerzo, me pesaba más de lo que hubiera creído cuando tomé el envión para subirlo a mi espalda.

Volví a pasar por la Prefectura en donde estaban los marineros reparando un barco, y ellos se aproximaron sorprendidos a ver mi

presa:

—¿Dónde lo conseguiste? —me preguntó uno con los ojos muy abiertos.

—Lo pesqué.

—¡Qué lo vas a pescar si recién pasaste por acá!

—Es que picó muy rápido y me ayudaron a sacarlo. —Ya no podía sostenerlo y lo bajé de mi hombro para descansar.

—Entonce'… si no lo compraste lo vendés —sugirió uno de ellos.

—Bueno…

—Te lo compro.

—No, no, yo también lo quiero —dijo el otro.

Decidieron cortarlo a la mitad así que se los entregué, y mientras lo abrían al medio con una cuchilla, conversaban entre ellos. En un momento uno le comentó al otro muy seriamente:

—Che, ¿viste que a los pajeros les sale pelo en las palmas de las manos?

Yo, que estaba acostumbrado a que mi padre me dijera «pajero», me miré las manos y todos se rieron a carcajadas. Hoy cuando lo recuerdo siempre me provoca risa, supongo que también me habría reído en ese entonces si hubiese sabido a qué se referían.

Los marineros me pagaron bien por el Pacú, pero entonces me quedé sin pescado para el chupín, así que regresé a la zona de pesca y ahora los camaradas me invitaron a sentarme a su lado para que les diera suerte. Me prestaron un anzuelo porque el Pacú había destruido el mío. Lancé la línea y me senté a esperar. Esta vez la presa se demoró bastante más en picar, pero disfruté el tiempo allí con mis compañeros que de tanto en tanto me echaban una de sus bromas.

Al cabo de un par de horas, me llevé mi Armado a casa, pero además iba feliz con el dinero que me había ganado con la pesca del Pacú.

—Mirá má. —Le mostré los billetes—, pesqué uno grande y me lo compraron.

—Mirá qué bueno. ¿Qué vas a hacer con la plata? —me preguntó Rosa.

—Pensaba comprar una tela roja para que me hagas una remera de Independiente. Una como la de los jugadores, ¿sí?

—Está bien. —Se sonrió mientras iba preparando los ingredientes para cocinar el chupín.

—Y también voy a comprar una gaseosa.

—No va a alcanzar para todos, mejor comprá una para vos y tomala antes de volver a casa —me sugirió, y ahora que lo pienso, es probable que les haya aconsejado lo mismo al resto de mis hermanos cuando ganaban su dinero.

Disfruté entonces el chupín y luego bebí una gaseosa en el centro del pueblo, antes de ir a comprar la tela para la remera de mi equipo de fútbol favorito… ¿Tendría algún efecto en mi cabeza el nombre de Independiente?

Más vale pájaro en mano…

—¡No, pelotudos! —exclamó ese socio circunstancial que nos estaba enseñando una nueva labor—. Si ustedes tocan los nidos, después los pájaros sienten el olor a humano y tiran a la mierda los huevos —nos explicó sin mucha paciencia.

Llevábamos algunas semanas observando y rastreando nidos de zorzales para robarnos luego sus pichones, que venderíamos a ese individuo que nos iba revelando a cuentagotas —y según las dudas que llevábamos— los pasos a seguir en ese tipo de caza furtiva a la que llegamos por casualidad y necesidad. Es que, en Santa Elena, por ser un pueblo pequeño, la oferta siempre superaba a la demanda, de modo que había que ser creativo para mantenerse dentro del «sistema comercial» —por llamarlo de alguna manera—. Es así que con mis hermanos estábamos continuamente buscando nuevas vías o actividades para recaudar dinero. Cada vez había más pescadores y chatarreros, se abrían nuevos comercios de diferentes rubros, pero además iban cambiando las necesidades y gustos de las personas, lo cual nos obligaba a adaptarnos de forma constante.

Por aquella época aprendimos que el tráfico de mascotas siempre había sido un negocio rentable, del cual muchos cazadores especializados —y otros no tanto— lograban sobrevivir. No analizamos entonces las dificultades que deberíamos sortear o los conocimientos que necesitábamos para entrar en ese rubro, y en cuanto averiguamos que un hombre compraba pichones de zorzales nos ofrecimos para hacer el trabajo de «recolección».

Así fue que él nos señaló algunas zonas donde encontraríamos los nidos con los tres huevos que esas aves solían poner, unos huevos de color verde con pintas castañas o grises. Una vez que los localizáramos debíamos marcarlos, para regresar luego a buscar los pichones cuando hubieran nacido y ya supieran alimentarse. Nunca

estuvimos muy preparados para cumplir con ninguna tarea nueva y simplemente nos íbamos formando en la práctica, lo mismo sería en este caso. Al principio incluso nos costó diferenciar cuáles eran los nidos de las aves que andábamos buscando, porque en esa zona del país tan frondosa, con una vegetación y fauna tan ricas, uno se encontraba con todo tipo de especies. Descubrimos entonces por observación —aunque también nos enseñó un poco el tipo que era nuestro sociocliente—, que los zorzales lucen un dorso pardo oliváceo, tienen una garganta estriada en un tono rojizoanaranjado que baja hacia el pecho, y sus picos son amarillos en los machos y negruzcos en las hembras. Notamos además que vivían en parejas pero no andaban en bandadas, aunque suelen compartir el mismo territorio con otros de su especie. Durante la época de reproducción y nidificación, que va desde fines de agosto hasta enero, el canto de los zorzales se hace particularmente intenso y continuado a lo largo del día. Arman sus nidos —a baja o mediana altura— en las ramas de los árboles, troncos y salientes de las paredes, con estructuras muy elaboradas y semiesféricas, en forma de tazón, que realizan con fibras vegetales, raíces y barro.

Luego entonces de haber cometido los errores que nos llevaron al fracaso en dos ocasiones, aprendimos lo suficiente de los zorzales colorados —o Turdus rufiventris— como para asegurarnos esta vez el éxito de la operación. Así es que marcamos los sitios donde estaban los nidos, sin tocarlos, y regresamos cuando se había cumplido el plazo de empollado de los huevos.

El día que teníamos previsto robarles los nidos a las parejas de zorzales, llevamos lombrices para alimentar a los pichones y unas cajas grandes donde transportarlos. Cada uno de nosotros tres tenía una tarea asignada, en general Fortu sostenía la caja mientras yo sacaba los nidos enteros de su sitio para ponerlos allí dentro, entonces Turi les daba de comer a esos pajaritos que lucían horribles, desnudos de plumas, con los ojos cerrados y el pico amarillo muy abierto, siempre a la espera de alimento.

Una vez que hubimos recolectado todos los nidos que teníamos marcados, armamos un pequeño fuego y asamos unos trozos de carne que habíamos llevado para almorzar. Mientras comíamos y bebíamos bajo el sol intenso del mediodía norteño, hicimos también algunos cálculos acerca del dinero que recaudaríamos cuando

entregáramos esos pájaros que se vendían a tan buen precio. Luego de un rato nos invadió un sopor intenso que nos puso a dormir debajo de un árbol, tranquilos de haber cumplido ya con la parte más trabajosa de nuestra labor, y definidos a realizar la entrega en cuanto despertáramos de la siesta.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que comenzamos a oír los chillidos desesperados de los pichones que habíamos dejado en las cajas:

—¡Dale boludo, dale de comer a esos pájaros! —le grité a Turi.

—¡Pero si ya les di!

—Están chillando. Dale loco, levantate a darles otra vez que deben tener hambre —intervino Fortu.

Cuando el menor de los tres se levantó, lo escuchamos gritar junto con las aves:

—¡No, no! ¡Vení para acá, largá eso, hija de puta!

Me puse de pie y lo vi a Turi luchando con una culebra que se estaba deglutiendo los pichones como si fueran caramelos. Mi hermano había intentado agarrarla por la cola, pero la serpiente se le resbaló de las manos y se escabulló con agilidad hasta un orificio que había abierto en el suelo, dentro del cual desapareció. Los tres sentimos una impotencia expansiva mientras contábamos los pocos pájaros que nos había dejado la maldita culebra, y que seguían chillando asustados.

Levantamos nuestro pequeño campamento y nos retiramos con la caja bajo el brazo. Esa tarde, y a pesar del masivo robo que sufrimos, recaudamos una sustanciosa suma que nos dejó bastante conformes, pero no estábamos seguros de que valiera la pena tal inversión de esfuerzo y tiempo como para volver a intentarlo el próximo año. En todo caso, lo pensaríamos llegado el momento.

Pocas semanas después, cuando fuimos con un amigo del barrio al quiosco a comprar caramelos, vimos entrar antes que nosotros a un hombre que llevaba una pequeña jaula con un cardenal común —o Paroaria Coronata—, una de las aves con mayor demanda como mascota en Argentina, de aspecto muy vistoso, con cabeza roja, pecho blanco y lomo gris. Cuando los ponían en una jaula así tan pequeña era para usarlos como «llamadores», porque con su canto atraían a otros de su especie y así era más fácil atraparlos.

Mientras esperábamos nuestro turno en el quiosco le comenté a

mi compañero:

—Mirá, si tuviéramos la gomera lo cazábamos ahí nomás.

El dueño del cardenal salió sin hacer caso a mi estúpido comentario, pero en cuanto nos acercamos al mostrador, el quiosquero se inclinó hacia adelante para mirarme sonriente:

—Más vale muerto que encerrado, ¿no? —Elevó las cejas esperando una respuesta que no pude darle.

Su observación me dejó pensando en el valor de la libertad, esa libertad que incluso nosotros veíamos limitada a veces. Desde entonces deseché mi gomera y decidí que no volvería a cazar pájaros que luego fueran destinados al encierro… aun si eso nos dejara mucho dinero.

Excursiones de primavera

Ya sobre el mes de septiembre, incluso antes de que se inaugurara oficialmente la primavera, la fauna y la flora se reactivaban en toda la zona, de modo que las expediciones de caza y pesca se hacían más frecuentes, y se incrementaban nuestras posibilidades de regresar a casa con buenas y variadas presas.

Aunque nos gustaba mucho salir con mis hermanos en busca de ciertos especímenes, jamás atrapamos un animal que no fuéramos a comer o tuviéramos planes de vender. Respetábamos nuestro entorno, del que nos sentíamos parte constitutiva, y a lo largo del cual nos movíamos con las mismas intenciones que el resto de los animales: sobrevivir. Aunque contábamos con esa ventaja que tenemos los humanos de divertirnos en el proceso.

Según sabíamos de años anteriores, en el mes de septiembre comenzaban a verse en el área los guasunchos —del guaraní guasu, «venado»—. Son cérvidos de mediano tamaño, en general de color pardogrisáceo, con el interior de la cola, las verijas y el vientre blancos. A nosotros nos encantaba el sabor de su carne, pero además cuando lográbamos atrapar uno de esos teníamos alimento para varios días.

Siempre salíamos preparados para cazar y pescar, lo cual definíamos según se nos dieran las circunstancias, y aunque esa vez partimos en busca de una presa específica, nos conformaríamos con cualquier otra que se presentara en el camino. Anduvimos en la canoa a lo largo de la ribera del Paraná con rumbo hacia el sur, siempre cercanos a la costa que bordeaba las tierras de esos extensos campos ganaderos en los cuales solíamos encontrar buenos ejemplares. Nos detuvimos sin embargo en una zona donde podríamos pescar si acaso no veíamos alguna presa que colmara nuestras expectativas. Ésas eran además tierras sin habitar, alejadas

de toda señal de civilización. Sabíamos que si había casas o gente cerca era probable que nos regañaran por estar cazando. También nos cuidábamos de los controles que a veces se hacían en la zona para mantener el equilibrio de la fauna, lo cual era necesario en épocas estivales, cuando muchos aprovechaban la abundancia de especies para sacar un partido más allá del alimento.

Amarramos la canoa y nos cargamos las escopetas al hombro. También llevábamos unos trozos de carne para asar y, a esas alturas, ya nunca nos faltaba alguna botella de vino barato. Yo ahora lo disfrutaba y mis hermanos habían comenzado a beber, no sé si como gracia o parte del ritual que «los convertía en hombres».

A lo largo de la costa se intercalaban los zanjones —o despeñaderos— y las barrancas, algunas eran más empinadas que otras pero siempre permitían el acceso a pie. Nosotros estábamos acostumbrados a desfilar por esos lugares, así que subíamos sin quejarnos, cargando nuestros equipos y las provisiones para pasar el día.

A medida que íbamos caminando, observábamos todo el entorno, siempre buscando una presa factible de cazar. Por esas zonas solíamos encontrar víboras muertas, y entonces íbamos también muy prevenidos de que no nos saliera alguna alimaña al encuentro.

Después de varias horas de caminata —durante la cual no logramos ver ni un solo guasuncho, ni liebres, ni algún ave que nos provocara cazar—, decidimos detenernos a descasar y encendimos fuego para cocinar la carne que llevábamos. Nos saciamos de comida y nos bebimos la botella de vino completa, de modo que acabamos rendidos ante un intenso sopor que nos puso a dormir a la sombra de aquel árbol de baja estatura donde nos habíamos desplegado.

—Psss, psss, psss. —Oí en medio del letargo—. Psss, psss.

Abrí los ojos con esfuerzo y vi a Turi con el abdomen pegado al suelo, chistándome. Él llevó un dedo a sus labios indicándome silencio, mientras miraba en dirección a mi lateral izquierdo. Giré la vista hacia allí con cuidado, y vi que un guasuncho pastaba con total parsimonia entre mi cuerpo y el de Fortu, que seguía dormido.

Con Turi esperábamos que el siervo se alejara un poco o al menos dejara de vernos con sus ojos fijos mientras comía, para

entonces tomar la escopeta sin espantarlo y poder dispararle, pero antes de que mi hermano menor lograra siquiera alcanzar —arrastrando su mano por el suelo— el arma, Fortu se dio la vuelta para desperezarse y el guasuncho se alejó con prisa a los saltos. Turi le disparó a la distancia, pero no logró alcanzarlo.

—¡La puta madre! —exclamó frustrado—. Por culpa de este pelotudo… —Señaló a Fortu en un ademán.

—Y bueno, loco, no me avisaron…

—Callate, sos un pelotudo. ¿No viste que estábamos agachados? —Turi caminaba alterado con la escopeta colgando de una mano.

—El pelotudo sos vos, yo estaba dormido. ¿Por qué no me avisan?

Regresamos a casa un poco frustrados, pero con la determinación de volver a intentarlo. De modo que al día siguiente cargamos otra vez nuestros equipos en la canoa y partimos hacia los campos. En esa ocasión navegamos un poco más lejos para aventurarnos en otro sitio, donde nos encontramos con un grupo de cazadores que estaban en la misma búsqueda que nosotros. Para ese entonces ya llevábamos un par de horas andando con una suerte similar a la del día anterior, de modo que estábamos fatigados y un poco abatidos. Los muchachos nos invitaron a descansar debajo de un árbol con frutos redondos y amarillos que uno de ellos iba eligiendo con cierta manía antes de arrancar.

—Deben tener sed —nos dijo con una sonrisa amistosa.

Afirmamos con la cabeza y nos quedamos mirándolo.

—Pueden comerse una de éstas, tienen mucho jugo —nos sugirió—. Miren.

Nunca habíamos tocado una de esas frutas porque no estábamos seguros de que fueran comestibles, pero entonces ese joven llevó una de las esferas amarillas a sus labios y succionó.

—Hm, riquísima —dijo elevando las cejas, y luego se sorbió otra y otra del mismo modo que solíamos hacer nosotros con las naranjas.

No pudimos contenernos y arrancamos varios frutos del árbol. El sabor era tan exquisito que engullimos una tras otra esas esferas amarillas con clara voracidad. No habíamos terminado aún de masticar cuando, de pronto, comenzamos a sentir unos retorcijones intensos en el abdomen, que venían escoltados por esos sonidos

chistosos que provocan los intestinos alborotados. La vergüenza más grande nos llegó con la sorpresa que no pudimos contener y explotó desde nuestro interior hacia los pantalones, que comenzaron a chorrear materia fecal a lo largo de nuestras piernas. Los dolores que sentíamos en el vientre apenas nos permitían movernos, pero en cuanto pudimos dejar de expulsar por un momento, nos alejamos corriendo hacia el río, que quedaba a un par de cuadras a los pies de una barranca.

Nos metimos al agua vestidos y pasamos allí un buen rato frotándonos la ropa y la piel, aunque nada nos quitaría la vergüenza que sentíamos y a pesar de la cual tuvimos que subir a buscar las armas que habíamos dejado allí junto al árbol de ubajay.

Los hombres que nos habían visto cagarnos encima se reían a carcajadas mientras, nosotros —con inmutable seriedad—, tomábamos las escopetas del suelo.

—Tranquilos, tranquilos —nos dijo ese que nos había incitado a comer ubajay, tal vez con temor de que tomáramos represalia a los tiros—. Hay una forma de consumir esta fruta sin que les caiga tan mal.

Nos explicó que debíamos hacer un pequeño hoyo en un extremo, apoyar allí los labios y succionar despacio, en pequeña cantidad —como si fuera un hilo— de ese jugo que iremos tragando suavemente. Nosotros habíamos devorado también la pulpa y de forma apresurada, como cada cosa que nos llevábamos a la boca. Todavía nos duró el dolor de vientre y continuamos con diarrea por el resto del día, pero habíamos probado algo nuevo y ahora conocíamos sus propiedades.

A la semana siguiente, cuando papá volvió a embarcarse, preparamos la canoa una vez más, pero entonces llevamos a nuestro perro Piolita, el Fox Terrier enano que solía acompañarnos en las excursiones que hacíamos con el viejo. Ese can estaba entrenado para tales fines, y además de buen compañero era hábil para encontrar presas y señalarlas. Sin embargo, esta vez tuvimos la fortuna de encontrar un guasuncho pastando cerca del borde de la barranca, así que Fortu se apostó a unos cincuenta metros de distancia y le disparó con la carabina que llevaba —era el mejor en el manejo de ese tipo de armas. La bala sólo lo hirió así que tuvimos que perseguirlo, y Piolita fue esencial para esa tarea, lo corrió hasta

que el venado— lastimado y cansadoquedó vulnerable, entonces mi hermano volvió a dispararle y finalmente lo derribó.

Nos acercamos al animal, que pesaría alrededor de unos cien kilos, y amarramos sus patas a unos palos que llevaríamos dos de nosotros encima de los hombros mientras jalábamos de él. Durante el camino nos fuimos turnando varias veces para que siempre uno pudiera descansar, y ya junto a la canoa nos ingeniamos entre los tres para subirlo. Regresamos a casa felices, como cada vez que lográbamos nuestro cometido, y disfrutamos del sabor de esa carne que nos había costado tanto tiempo conseguir.

A lo largo de los siguientes meses, cada tanto volvíamos a esos campos a cazar un guasuncho, y a pesar de que todas las expediciones eran diferentes y no siempre teníamos éxito en cumplir nuestro propósito, aprendíamos algo nuevo y nos divertíamos. Recuerdo que, poco después de haber agarrado el primero de la temporada, se nos ocurrió invitar a unos amigos del barrio para que vinieran con nosotros a cazar. Pedimos permiso a sus padres y dos de ellos nos acompañaron, colmados del entusiasmo propio del inexperto.

En general, cuando invitábamos amigos que no estaban acostumbrados a las mismas andanzas que nosotros —ni tenían noción acerca de la pesca o la caza—, nuestro mayor propósito era divertirnos, de otro modo habría sido ridículo llevarlos porque siempre espantaban a las presas o se espantaban ellos y nos arruinaban los planes. Esa vez amarramos la canoa en la costa y los condujimos directo hacia el árbol de ubajay, donde los tres tomamos algunos de sus frutos y los disfrutamos justo enfrente de ellos.

—Che, ¿son ricas? —nos preguntó uno de nuestros acompañantes.

—Sí, riquísimas, te calman la sed enseguida —respondí conteniendo la risa—. Pero eso sí, tenés que chupar con fuerza para sacarle todo el jugo que puedas, y la pulpa también es muy buena. —Noté que Turi se daba la vuelta para que no lo vieran reír.

Los chicos se pusieron en puntas de pie para tomar una de esas frutas y la comieron casi con las mismas ansias que nosotros la primera vez. No pasó mucho tiempo hasta que, doblados hacia adelante y con las manos cruzadas sobre sus vientres, comenzaron a

expulsar la diarrea que vimos chorreando por las botamangas de sus pantalones. Rompimos a reír con todas nuestras ganas y sin una pizca de remordimiento. Debo reconocer que éramos criminales en las bromas que les jugábamos a nuestros amigos, quienes afortunadamente nunca nos odiaron por eso.

Acabamos el día junto al río, ellos cagando en cuclillas sobre la costa, y nosotros pescando —y aún tentados de risa— a varios metros de distancia…

Entre besos y libros

Desperté con un golpe seco en la cabeza y oí la voz de Fortu regañándome:

—¡Callate y dejá dormir, marmota!

Ésa fue la primera de muchas veces en que mi hermano mayor me golpeó con un escobillón para despertarme y que dejara de roncar.

Siempre fui dormilón —eso ya lo he dicho antes—, incluso en la actualidad suelo caer rápidamente y sin ningún preámbulo en un sueño profundo que bien puede compararse a la inconsciencia absoluta —tengo serias razones para creer que podrían desvalijarme la casa mientras duermo—, pero desde esa noche en que Dios lloró conmigo todo me resultaba más liviano, y ahora aprovechaba de una forma más intensa cada minuto de descanso. También había logrado disfrutar en cierta medida de las sesiones de bebida con el viejo, y al parecer eso no les gustó a mis hermanos, que a veces nos escuchaban reír en la sala mientras jugábamos al truco entre un vaso y otro. Esto resultó un agravante que se sumó al hecho de que, de vez en cuando, papá hablaba de mí con cierta preferencia, aunque ese favoritismo estaba basado en mi sumisión y esa compañía forzada que le hacía por las noches, como si fuéramos grandes amigos. Fortu manifestaba sus celos y su enojo de una forma física, entonces me golpeaba cuando estaba dormido como castigo por esa simpatía que, ellos creían, yo sentía por José. Claro que en aquella época no lo vi tan claro como llegué a entenderlo luego, pero tampoco les hubiera aclarado por qué es que me quedaba con papá bebiendo sin querer, oyendo sus sandeces, aguantando sus golpes o sus insultos… Supongo que en realidad buscaba la propia satisfacción de la tarea cumplida, que implicaba garantizar la tranquilidad de mi familia durante las estadías

nocturnas del monstruo.

Sin embargo, cuando papá se iba, todo recuperaba el encanto con que aprendimos a gastar nuestras vidas: jugando a ser libres y explorando el mundo que nos rodeaba, haciendo travesuras sin malicia y desafiando nuestra suerte en travesías o acrobacias durante las cuales muchas veces acabábamos lastimados, pero eso jamás nos detuvo para volver a intentar cualquier hazaña que se nos ocurriera.

Desde que nos mudamos a la zona de arriba —aunque sin perder la conexión con el mundo de abajo—, comenzaron a mejorar algunos aspectos en relación a nuestra calidad de vida. Ahora contábamos con luz eléctrica —ya no debíamos usar faroles a querosén o velas para cenar— y teníamos agua potable, pero todavía tuvimos que esperar por otros lujos como era para nosotros, por ejemplo, el televisor. Los días lluviosos, cuando no me apetecía jugar afuera entre los charcos, mis amigos Dani y Ana me recibían en su casa para ver televisión. No recuerdo con exactitud las razones por las cuales mis hermanos no iban conmigo, quizás alguna que otra vez lo hicieron, pero en general era yo el que corría a la casa de mis vecinos para plantarme frente a la caja boba. La excusa solía ser al principio la lluvia, pero luego me enganché con una serie llamada «Misión imposible» que transmitían a las siete de la tarde, y a menos que estuviera papá en tierra, no faltaba a esa cita con la ficción que me tenía atrapado.

De forma gradual, entre una visita y otra a la casa de mis amigos, una especie de juego encantador fue naciendo entre Ana y yo. Ella era la «novia oficial» de Fortu, que en realidad no le hacía mucho caso, o tal vez sí, pero yo no lo veía, como tampoco él me veía mirarla con ese pudor que ni siquiera entendía bien.

La casa de la familia Rondel era más pequeña que la nuestra, pero de ambientes más amplios. Tenía un solo cuarto donde dormían los padres con Silvana, la hija menor, y una cocinacomedor que también funcionaba como dormitorio para Dani y Ana —él de mi edad y ella un par de años más chica. Las camas, que de día vestían unos almohadones floreados y servían de sofás, estaban ubicadas frente al televisor y en línea recta con la habitación de los señores Rondel. Allí nos sentábamos los tres y a veces se nos pasaba la tarde mirando cualquier programa que

transmitieran en el canal Santa Fe de la Veracruz, el único que tomaba la antena.

Una tarde después de cenar —todos comíamos muy temprano—, me crucé a ver televisión porque no estaba cansado para ir a la cama, y aproveché que tanto mi padre como el de mis amigos —que era también marino— estaban ausentes. Ana siempre lucía contenta cuando llegaba a visitarlos, me sonreía con una picardía que alcanzaba para estremecerme. Su madre solía acostarse pronto y dejaba la puerta de su dormitorio abierta. Desde allí nos espiaba cuando veíamos televisión hasta el final de la programación, que era como a las once de la noche. Esa vez —como casi siempre—, dani se recostó hacia un lado de su sofá y yo me puse una silla junto al otro extremo, donde se había sentado Ana. Pronto mi amigo se quedó dormido y poco después lo hizo también su madre, nos dimos cuenta por el sonido de su respiración y porque a veces emitía algún ronquido.

Para ese entonces ninguno de nosotros dos estaba prestando atención a la televisión, aunque simulábamos que lo hacíamos. En un momento Ana se incorporó suavemente en su cama y giró la cabeza para rozarme la mejilla con la nariz. Yo moví mi rostro hacia ella como hacen los animales a los que uno les muestra comida; de hecho, tuve la sensación de que se incrementaba la cantidad de saliva en mi boca. Tragué con cierto nerviosismo y a los pocos segundos fui yo el que se acercó a ella, entonces la besé en los labios. Luego regresé a mi posición petrificada con la vista hacia el televisor, conteniendo el impulso de saltarle encima como a una presa, pero Ana volvió a tocarme con la nariz y todo se salió de control —a ese nivel en que pueden descontrolarse las cosas entre dos niños inocentes que no entienden las sensaciones que los atraviesan. Comenzamos a besarnos sin estilo y sin asco, supongo que incluso de una forma graciosa, pero para nosotros era genial. Me permitió tocarla un poco por encima de la ropa y tuve la sensación de que un calor extraño crecía en mi interior. Terminé sentado junto a ella, abrazándola y baboseándola en el intento accidentado y desesperado de besarla tanto como pudiera antes de que se pinchara mi burbuja.

De pronto comenzó a sonar ese pitido que acompaña la pantalla en franjas, que nosotros veíamos en blanco y negro, y que marcaba

el final de la programación, entonces la señora Rondel ordenó algo dormida:

—Chicos, apaguen el televisor y vayan a dormir.

Nos miramos un poco asustados y luego ella agachó la cabeza. Nos alejamos uno del otro y acomodamos con pudor nuestras ropas. Tuvimos que despedirnos, pero, a partir de esa noche, tendría mejores motivos que el programa de «Misión imposible» para visitar a Ana.

Un par de días más tarde llegó papá y regresé a mi papel de moderador o guardia nocturno, aunque el recuerdo de los besos de Ana se intensificaba con el efecto del alcohol, y en un par de ocasiones hasta soñé con ella. En aquella época ya tenía doce años, pero seguía siendo muy inocente. Todos los niños lo éramos, pues no había charlas con adultos que nos explicaran de qué se trataba la pubertad, ni medios de comunicación o Internet donde encontrar referencias, de modo que íbamos descubriendo cada etapa, cada emoción, cada proceso interno —físico y mental— a través de la experiencia.

Allí en el nuevo barrio hicimos amigos con diferentes códigos, de diferentes orígenes y con diferente educación. Algunos nos duraban más que otros justamente por las coincidencias o disidencias que tuviéramos, pero con todos vivimos aventuras y aprendimos lecciones que quedaron en mi memoria. Entre esos amigos —o compañeros de andanzas— había un trío que solía meterse en problemas bastante seguido. Ellos carecían de muchas de las habilidades que nosotros habíamos entrenado en el ejercicio de la supervivencia allí en el zanjón. Por eso se inventaban otros recursos para entretenerse o incluso para adquirir algo que quisieran. Una tarde, cuando papá volvió a embarcarse —y porque en la casa de los Rondel tenían parientes de visita—, salí con ellos a deambular por el centro de la ciudad. En una de las vueltas que dimos, pasamos frente a la biblioteca municipal —que estaba cerrada— y uno de ellos sugirió con entusiasmo:

—Vayamos a robar las revistas.

Lo miré extrañado:

—Pero si podemos venir a leerlas cuando está abierto.

—Sí, bueno, pero si las llevamos todas juntas ahora, podemos leerlas cuando se nos antoje —respondió con un gesto desfachatado

que pareció contagiar a los otros dos.

—¿Y por dónde entramos?

—¡Por atrás! —exclamó el más alto de los tres antes de escabullirse hacia la parte trasera del establecimiento.

El resto lo seguimos, aunque yo no estaba seguro de participar en esa fechoría. Probaron las puertas que encontraron cerradas, y entonces el más robusto de ellos la embistió un par de veces con todo el peso de su cuerpo para quebrar la cerradura enclenque. Una vez adentro, anduvimos entre las altas estanterías repletas de libros, y noté que ellos comenzaban a tirar los ejemplares al suelo, los pateaban y arrancaban las hojas.

—Che, no rompan, ¿para qué hacen eso? —les cuestioné, mientras levantaba los libros que ellos seguían tirando de camino a las puertas vidriadas que daban paso a la sala de lectura, donde estaban las revistas que íbamos a buscar.

—¡Está cerrada! —se quejó el chico que tomó el picaporte.

—Vamos a romper los vidrios —sugirió otro.

—No, dejesén de joder —me salió justo cuando escuchamos las sirenas de un patrullero, al cual sin dudas habían llamado los vecinos.

Corrimos hacia la puerta por donde habíamos entrado, pero una vez en la calle nos dimos cuenta de que no había forma de escapar sin que nos vieran. Nos agazapamos entonces a la sombra de una de las escaleras de la escuela —que estaba justo enfrente de la biblioteca—, y mientras aguardábamos todos amontonados allí casi sin respirar —tal vez incluso al borde de defecarnos en nuestros pantalones—, los dos oficiales que habían llegado en el patrullero alumbraron a lo largo del pasillo por donde, afortunadamente, habíamos elegido no seguir corriendo.

—Deben de ser estos pendejos de mierda que andan rompiendo cosas —le dijo uno al otro.

—Y sí, porque no sé qué carajo querrían robarse de la biblioteca.

—¡Qué ganas de joder, pendejos de mierda!

Cruzaron la calle y luego de revisar sin mucho detalle los rastros de nuestra visita a la biblioteca, ambos se subieron al auto y se fueron. Recién entonces salimos de nuestro escondite y noté que llevaba dos libros abrazados contra mi pecho. Eran unos libros de naturaleza, muy viejos, con las hojas marrones y desprendidas, pero

me sentí terrible porque, aunque sin intención, los había robado, y ahora no me daba el coraje para volver a irrumpir en la biblioteca a dejarlos.

Dos días después llegó papá y esos chicos nos invitaron otra vez a deambular por el centro

—¿Vas a ir? —me preguntó Fortu.

—No, ni loco, con ésos no salgo más —le dije convencido.

Mi hermano tampoco fue y al día siguiente nos enteramos de que los tres habían caído presos por robar un quiosco que estaba frente al frigorífico. El sereno de la fábrica los había visto y llamó a la policía sin demora, así que no tuvieron chance siquiera de escapar.

—Uh, de lo que nos salvamos —me dijo Fortu luego de que supimos la noticia.

Desde ese momento, ya no quisimos volver a juntarnos con ellos a pesar de lo mucho que nos insistieron al salir de la cárcel:

—Si no están con nosotros, están en contra —nos advirtió entonces el mayor de los tres.

—No, es que no nos gusta hacer lo que hacen ustedes —le expliqué.

—Si son ladrones igual que nosotros —dijo con una expresión resentida.

—Puede ser que seamos ladrones, pero no como ustedes —le aseguré.

—Le tienen miedo al viejo, tienen miedo de que los cague a palo don Silván.

—Sí, ¿y qué? —Era una verdad irrefutable, ¿para qué negarlo?

No dijo más nada y cada uno siguió su camino. Supongo que, en realidad, si mi padre no hubiera sido tan rígido tal vez no habríamos aprendido tan bien el respeto y el sentido de culpa que a veces nos planteaba ciertos límites. Aunque claro, tampoco era necesaria la violencia para inculcar los valores, pero así era él y… bueno, es el padre que nos tocó.

Pescar y ser pescado

«Cuando Colía no está en casa o en la escuela, búsquenlo en el río», solía decir mamá a cualquiera que preguntara por mí, y también se lo contaba a las vecinas con las que a veces se quedaba conversando.

A esta altura de la historia, no es difícil entender por qué crecí tan enamorado del Paraná. Aunque tengo la idea —y no quiere decir que sea acertada— de que yo lo admiraba mucho más que el resto de mis hermanos, a quienes el río también los marcó profundamente.

Pescar era entonces una de las actividades a la que más nos abocábamos. Aprendimos a tan corta edad, que para nosotros era como una habilidad innata que nos servía como recurso de supervivencia, ya sea para conseguir el alimento de forma directa o para ganar algo de dinero al vender el producto de nuestra pesca. No está de más aclarar que ninguno de nuestros padres nos reclamó jamás un centavo de nuestras ganancias, Rosa administraba lo que el viejo le dejaba de su sueldo para la comida, y él siempre apartaba lo que usaría para comprar su bebida —y vaya a saber qué otras cosas. Nuestro aporte imperativo a la familia era el trabajo que José nos encomendaba, tareas que a veces se nos hacían de verdad pesadas. Sin embargo, sabíamos que era justo ayudar en la casa y en general no nos quejábamos, además allí estaba mamá que nos permitía entregarnos al ocio infantil cada vez que papá se iba, y eso nos ayudó a mantener un equilibrio entre juego y trabajo. Luego, de mayores, descubrimos cuán importante fue aquel entrenamiento físico y mental para nuestra propia vida.

En fin, la pesca se nos daba como un juego del cual sacar provecho, y así, una vez que habíamos pescado varios sábalos, se nos ocurrió con Turi usar de carnada las entrañas de esos peces para

pescar bagre amarillo, una especie muy sabrosa que se vendía bastante bien. De modo que esa misma tarde evisceramos los sábalos y nos dirigimos, por la costa, a una zona cercana al Arroyo Gómez, donde otras veces habíamos pescado bagre amarillo. Llevamos sólo las cañas al hombro, pan para comer si nos daba hambre y esa carnada o tongorí —según le llamaban. Apenas habían pasado unas pocas horas desde el mediodía cuando nos sentamos con mi hermano a pescar cómodamente y sin expectativas. Sabíamos que esa actividad a veces requería de cierta paciencia, aunque en esta ocasión llevábamos el cebo que, según habíamos aprendido en la charla con otros pescadores, era el preferido de los peces que pretendíamos atrapar.

Ya cuando oscureció habíamos sacado al menos una decena de bagres amarillos, y como estábamos de racha y seguían picando, decidimos quedarnos. Hacia el amanecer, notamos que los montículos de pescado que habíamos logrado sacar se estaban secando y habían perdido en gran medida el típico color limonado. Así fue cómo entendimos por qué los pescadores siempre andaban con bolsas húmedas: para mantener frescas las presas que iban sacando. Pero nosotros ya no teníamos la opción de remediar nuestro error y simplemente intentamos vender la mayor cantidad que pudimos. También comimos algunos y notamos que el sabor no era tan bueno como cuando el pescado estaba fresco.

Ese día no dormimos. Luego de haber destripado y vendido tal vez menos de la mitad de lo que habíamos pescado, se nos ocurrió armar unos viveros con madera. Eran una especie de cajones a modo de jaula que luego sumergiríamos en el agua para ir metiendo ahí los peces que fuéramos pescando, que de esa manera se mantendrían frescos hasta el momento de venderlos. Regresamos entonces, con la misma carnada y al mismo lugar, para continuar con la racha de la noche anterior. Esta vez sí llevábamos amplias expectativas, fundadas en el registro del éxito previo.

Cuando despuntó el amanecer y vimos los dos viveros vacíos debajo del agua, decidimos regresar a casa, arrastrando una frustración que tal vez se sintió peor por el cansancio acumulado. Ese resultado adverso fue uno de los muchos ejemplos que nos fueron enseñando que la pesca es un arte, requiere de mucha preparación y ciertos conocimientos, pues un mínimo cambio en el

ambiente puede modificarlo todo. La naturaleza funciona de una manera armoniosa y con determinados patrones, y a medida que uno la estudia más de cerca puede mejorar sus posibilidades de obtener de ella lo que busca o necesita. No supimos si había cambiado la corriente, la temperatura del agua o algún otro factor ambiental desde el día anterior, pero sin dudas hubo alguna razón que alejó los cardúmenes de bagres amarillos.

Esa tarde llegó papá y con Turi debimos aguantarnos el sueño. Por momentos el cansancio nos vencía en medio de una tarea y así nos ganamos un par de cachetazos, además de los gritos de sargento a los que ya estábamos acostumbrados.

Por fortuna, el viejo había llegado cansado también y esa noche se fue a dormir después de la cena, durante la cual bebió sólo dos vasos de vino antes de comenzar a cabecear en la mesa.

Al día siguiente José se despertó más temprano de lo usual y comenzó a hacer ruido para que nos levantáramos todos. Estuvimos trabajando con él durante toda la mañana hasta que mamá nos llamó a almorzar, entonces noté que el señor Rondel saludaba a mi padre desde su casa. Él se acercó para estrecharle la mano y se quedaron conversando por unos minutos, mientras nosotros nos acicalábamos para sentarnos a la mesa. Jamás comenzábamos a comer hasta que el viejo no llevaba el primer bocado a su boca. El respeto a los adultos fue una actitud inculcada a través del miedo, como la mayoría de las lecciones que aprendíamos de mi padre, pero lo practicábamos en todos lados y en cualquier momento, aun cuando él no estaba presente.

—Rosa, hoy invité a cenar a Humberto —le informó él a mamá cuando se estaba sentando a la mesa.

Mi madre fue durante gran parte de su vida una especie de servidora sin sueldo, no sólo para mi padre sino para todos nosotros e incluso a veces también para los vecinos o amigos. Esa noche le tocó cocinar para la familia Rondel, aunque la otra mujer ayudó con el postre y trajeron bebida. A nosotros nos encantaba que llegara gente a comer a casa porque papá se relajaba, conversaba, se reía con los adultos, y entonces podíamos jugar libremente. Mientras las mujeres preparaban la mesa y los hombres bebían, todos los chicos correteábamos por los alrededores.

—Colía, ¿me llevás a ver el galpón? —me pidió la pequeña Ana,

con una sonrisa pícara que me quitó las ganas de seguir corriendo con los chicos.

—Sí, vení que te muestro algo —le dije entusiasmado y anduve delante de ella.

Cuando llegamos al galpón le señalé el sulqui. Tenía ya algún tiempo de uso y un aspecto algo deslucido, pero a nosotros nos encantaba. Estaba dispuesto sobre unos tacos de madera y tenía unos almohadones medio percudidos en la tabla que servía de asiento. A mi amiga se le iluminaron los ojos:

—Juguemos al papá y la mamá, ¿sí? Podemos hacer como que ésa es nuestra cama. —Su imaginación, al menos cuando estaba conmigo, parecía siempre dispararse en la misma dirección… y me fascinaba, claro.

—Bueno —le dije sin dudarlo, y le tendí la mano para ayudarla a subir.

Cuando estuvimos los dos arriba del sulqui, ella me miró otra vez risueña y continuó relatando el cuento que debíamos protagonizar:

—Ahora somos marido y mujer —me dijo—. Entonce' tenemos que desnudarnos para acostarnos juntos en la cama.

No me alcanzaban las manos para quitarme la ropa mientras la veía a ella sacarse ese vestidito de flores amarillo que aún puedo ver nítido en mi memoria. Quedamos completamente desnudos y comenzamos a besarnos y tocarnos como otras veces habíamos hecho en su casa frente al televisor. Quizás habría ocurrido algo más —aunque sin dudas con un frustrado final— si no hubiéramos escuchado en un momento que su madre la llamaba a los gritos. Nos vestimos con prisa en la penumbra y regresamos andando tan disimuladamente como nos fue posible. Cuando entramos en la casa ya todos estaban sentados, así que también nos acomodamos en la mesa, mientras la señora Rondel miraba a su hija con una expresión de disgusto:

—¿Qué estaban haciendo con Colía?

—Nada —le respondió ella sin ningún pudor.

—¿Cómo que nada? ¡Sos una atorranta! —resopló enfadada—: ¡Ya desde tan chica una atorranta!

Agaché la cabeza porque ya no sabía cómo disimular mi vergüenza, en cambio Ana insistió con la voz nítida y firme:

—No hicimos nada, mamá, te lo juro.

—¡¿Y por qué tenés el vestido al revés? ¿Me querés decir?!

Nadie habló ni se movió de su sitio, la disciplina que los padres ejercían con sus hijos era cosa seria, pero además nadie querría enfurecer más a la señora Rondel. Mi viejo sin embargo me miró con una expresión de satisfacción, en su mente machista era una gran alegría que su hijo anduviera coqueteando con muchachitas desde tan temprana edad. Lo que él no sabía es que en realidad era la niña quien me arrastraba de las narices, y yo sólo caía rendido ante sus encantos una y otra vez con pleno gusto.

La cena continuó muy amena y pronto olvidamos el momento tenso, sobre todo Ana, que comenzó a tocarme con los pies por debajo de la mesa y me provocó unas cosquillas que se habían hecho bastante frecuentes cada vez que estaba cerca de una niña.

A la mañana siguiente papá me despertó muy temprano, cuando apenas amanecía, para que fuera a comprar unos bizcochitos salados a la panadería:

—Tengo que llevar algo para tomar mate con los camaradas, me toca porque perdí una apuesta —me contó cuando sinceramente no me importaba un comino.

Caminé somnoliento hasta la panadería —que apenas estaba abriendo las persianas— y esperé a que la mujer detrás del mostrador me viera:

—¿Qué vas a llevar?

—Medio kilo de bizcochito' salados, por favor —le pedí.

El aroma en aquel local era exquisito y me hacía salivar. Cuando la panadera me entregó la bolsa, y luego de pagarle, metí la mano allí y saqué una de esas masas tibias que me eché a la boca con ansias. Eran deliciosas.

Al salir del local noté que decenas de obreros caminaban hacia la fábrica para iniciar sus turnos, y entonces se me ocurrió una nueva idea para ganar dinero.

Al día siguiente regresé temprano a la panadería, compré dos bolsas repletas de bizcochitos y me ubiqué enfrente de la fábrica con mi canasta de mimbre.

—¿Qué vendés? —Se acercaron los primeros trabajadores que iban llegando.

—Bizcochitos de manteca. —Levanté el paño con que los había

tapado y emanó ese aroma delicioso al que no pudieron resistirse.

Esa mañana vendí todo lo que tenía, y al otro día regresé a la panadería. Mientras esperaba a que la señora me sirviera los dos kilos que le pedí esa vez, entró al local don Luis, el albañil más conocido del barrio y yerno del señor Pedroza, nuestro vecino.

—¿Qué hacés levantado tan temprano en vacaciones? —me preguntó.

—Vengo a comprar bizcochitos para vender a los obreros de la fábrica —le conté.

—Ajá. —Asintió con la cabeza aguzando la mirada—. ¿No quisieras tener un trabajo más fijo?

Lo miré un poco desorientado.

—Necesito un ayudante —me explicó—. Te pagaría un sueldo para que vengas a ayudarme algunos días de la semana, ¿qué te parece?

—Bueno —le respondí sin pensarlo demasiado, difícilmente me negaba a cualquier labor que me dejara dinero, además sería un trabajo al que papá no se opondría e incluso apoyaría—. ¿Cuándo voy?

Luis se sonrió encantado de mi buena predisposición, y así fue que obtuve mi primer trabajo como empleado. No firmamos ningún contrato, sino que acordamos de palabra las características del acuerdo, pero en esa época la palabra tenía un gran valor y ninguno necesitó más garantías.

El siguiente domingo por la mañana, cuando papá aún no había regresado de su viaje y Luis no trabajaba, Fortu me propuso:

—¿Vamos a ver si podemos pescar un surubí?

El sitio donde solíamos encontrar ese tipo de pez estaba a pocos metros de la Prefectura, donde pescar de forma furtiva era considerado un delito. Sin embargo, no parecía probable que los oficiales sospecharan de un par de chicos, o que pensaran que alguien iría a quebrar la ley justo enfrente de sus narices, así que nunca lo concebimos como un verdadero peligro y nos exponíamos con cierta asiduidad.

La idea esta vez era usar la técnica del robador —anzuelo de tres patas— que ya habíamos empleado en el Paraíso de la pesca e incluso río adentro. Ese día había una fuerte correntada, pero no nos afectaba porque pescaríamos desde la costa. Así que

preparamos la tanza —que era bien gruesa— con varios anzuelos y un robador en el extremo, sin carnada. La estrategia implicaba arrojar la línea, sacudirla y traerla. En general, de esa forma se pesca rápido, pero siempre hay riesgo de dañar a los peces con los ganchos o incluso de que se escapen si uno los capta de manera muy lábil. Al sábalo debíamos engancharlo por la cabeza para poder controlarlo, ya que tiene una piel muy dura en el resto del cuerpo. De todas formas, son especies tan fuertes que, sin importar de dónde uno logre agarrarlos, cuesta un serio trabajo sacarlos. Por otro lado, si son aprehendidos intentarán —como cualquier presa— zafarse del agarre, de modo que buscarán guarecerse detrás de una piedra, un tronco —allí en el fondo del río era común que hubiera diferentes objetos al subir la marea—, y lucharán hasta las últimas consecuencias.

Fortu lanzó la línea varias veces y sacó algunos peces pequeños, hasta que en un momento lo vi caer sentado al suelo y noté que luchaba para que la tanza —que se le había enredado en una pierna — no se lo lleve hacia el río. Lo tomé por debajo de los brazos para jalarlo hacia afuera mientras él gritaba, «¡no me soltés, no me soltés!». Su temor pronto me provocó una desesperación que me puso a imaginar lo peor. Los dos hacíamos fuerza, pero el pez que se había enganchado era sin dudas bastante grande, porque nos estaba venciendo. Mi hermano logró en un momento trabar el pie que tenía libre detrás de la estaca donde habíamos amarrado la canoa, entonces me apresuré a tomar el cuchillo que vi sobre la arena y… no sé, no sé si corté la tanza o en realidad se cortó sola, yo he tenido hasta hace poco la idea de que fue la segunda opción, pero mi hermano insiste, aún en el presente, con que lo salvé. De cualquier forma, nos sentimos aliviados y agradecidos en ese momento, aunque a los dos nos duró el miedo que a Fortu, además, lo tenía temblando. Regresamos a casa bastante conmovidos, como si le hubiésemos ganado una pulseada a la tragedia, y por algún tiempo no volvimos a intentar esa técnica de pesca ni a buscar surubí.

La imagen mejor guardada

El tiempo —que para nosotros era una especie de ilusión escurridiza— transcurría aún más rápido durante los meses de verano, porque íbamos a cazar y pescar casi a diario, y en cada excursión encontrábamos —o creábamos de alguna manera— la aventura y el éxtasis. Luego llegábamos a la cama rendidos y en la mañana siguiente todo volvía a comenzar. Quizás eran menos vertiginosos y más extensos a nuestra percepción esos lapsos en que José estaba en casa, porque entonces solíamos seguir sus órdenes y nuestra libertad se veía condicionada. La ansiedad porque papá volviera a irse era tal vez lo que provocaba que se extendieran esos días en los que debíamos soportarlo, pero también debo reconocer que, entre un cachetazo y otro, entre un grito y un castigo, el viejo nos fue formando así de independientes.

A pesar de nuestras fortalezas, de la inmunidad física y emocional que fuimos ganando durante esos primeros años de vida, también adquirimos serias y perennes debilidades, al menos yo, y una de ellas me empujó a renunciar a una de las actividades que más disfrutaba. Fue al final del verano de 1968, durante una de esas excursiones en las que andábamos internados entre los pastizales de los campos buscando guasunchos. De pronto Turi exclamó:

—¡Quieto, víbora!

Me quedé petrificado incluso antes de verla, simplemente porque con ese tema no bromeábamos, y las serpientes eran —junto con las ratas y los cuchillos de cualquier tamaño— algo así como mi kryptonita.

Bajé la mirada sin mover la cabeza y vi a una víbora de la cruz —también llamada yarará o picuda del delta—, enrollada a pocos centímetros de mis pies. Un frío húmedo recorrió toda mi espalda desde la nuca de tan sólo pensar lo que hubiera ocurrido si la

pisaba.

—Tirale —le dije a mi hermano entre dientes.

—No, salí, correte —me ordenó mientras le apuntaba, él no dispararía si yo seguía tan cerca.

—No me importa, dale, dale, tirale —insistí porque el terror me tenía engarrotado.

—¡Que te corras! —me gritó, y en un esfuerzo sobrehumano di un salto hacia el costado, entonces Turi le pegó a la serpiente que se retorcía en el suelo.

Un segundo escopetazo la liquidó, pero yo seguía temblando.

Ya habíamos encontrado en esas tierras varias víboras muertas y algunas vivas a las que disparamos desde una cómoda distancia. Incluso yo mismo había aniquilado una falsa coral semanas atrás, pero esa última experiencia me definió a renunciar y no volví a entrar en esos pastizales con mis hermanos. Decidí que los esperaría en la costa pescando, y una vez que los veía acercarse al borde de la barranca les ayudaba a trasladar la presa que traían hasta la canoa.

Por aquella época aún me tocaba encargarme de Pepe, que cada día parecía más insolente. No sé realmente cuál es el nivel de consciencia que alcanzan esos pájaros habladores, pero éste parecía claramente inteligente y bastante hijo de puta. Cuando papá estaba en casa, el loro todavía se atrevía a picotearme los dedos y las orejas cada vez que el viejo me obligaba a ponerlo sobre mi hombro, pero cuando quedábamos solos cambiaba su actitud y solía portarse mejor, como si supiera que no habría nadie más para defenderlo o cuidarlo si me hacía enojar. Sin embargo, se la pasaba haciendo ruidos, gritando, chillando y provocando a los perros con su imitación del aullido canino. A veces preferíamos dejarlo en el galpón para no escucharlo ahí tan cerca de la casa.

Una tarde ya cuando iba llegando el ocaso, descubrimos que Pepe no estaba y nos invadió la desesperación. Mamá lucía angustiada porque, aunque el responsable de alimentarlo era yo, ella tenía que velar por su seguridad, y todos sabíamos con certeza cómo actuaría papá si el loro no aparecía. Comenzamos entonces a buscarlo con mis hermanos por los alrededores, gritando su nombre y ofreciéndole «papa» —como si no supiéramos lo sagaz que era ese bicho desgraciado.

El señor Pedroza, nuestro vecino lateral, tenía una linda

plantación de unos veinte árboles de durazno que cuidaba con expresa dedicación durante todo el año, para cosechar en verano la producción con la que su mujer preparaba conserva en almíbar. Su propiedad y la nuestra estaban divididas por un alambrado de un metro y medio de altura, que fui bordeando de cerca mientras alumbraba con una linterna y llamaba a Pepe, casi sin esperanza. Llegué andando hasta la casa del vecino de atrás, en donde había una luz encendida. Me acerqué a la ventana —que se suponía era de la cocina— y golpeé suavemente en el marco de madera. Como nadie respondió me asomé por el vidrio y descubrí el paraíso… Mi mandíbula se derrumbó sin opción y tuve la sensación de que había perdido por completo la voluntad. Ni siquiera me esmeré en cerrar la boca por cuya comisura pronto comenzaría a chorrear un hilo de baba, mientras miraba con especial atención el espectáculo que ese ángel desnudo me estaba dedicando. Tuca era la joven esposa de nuestro vecino del fondo, un hombre de mediana edad con el que no teníamos trato, pero con el que intercambiábamos saludos. Ella estaba duchándose —en un baño que fue parte de la reforma que habían hecho— con una insolencia que yo apenas entendía. Se frotaba el jabón por todo el cuerpo como si estuviera acariciándose a sí misma, inclinaba la cabeza hacia atrás y las gotas de agua explotaban sobre la piel de sus senos, donde yo tenía fija mi vista asombrada. Una tormenta de verano se iba formando encima de mi cabeza, pero mi mente estaba naufragando en la fantasía que me inspiraba el cuerpo de Tuca. Seguí con mi vista su delicada mano, que fue arrastrando el jabón hasta su pelvis y luego lo introdujo allí donde no llegaba a verlo. Mi entrepierna se puso tiesa y unas mariposas inquietas aleteaban dentro de mi pecho.

De pronto oí las voces de mis hermanos llamándome:

—¡Colía! ¡Colía!

—¡Vamos que va a llover!

Yo no podía moverme, estaba absorbido completamente por esa imagen gloriosa que tenía frente a mí, y que instantes después me provocó un espasmo violento y placentero por el cual salpiqué de una sustancia pegajosa el interior de mis pantalones. Creo que ésa fue la primera vez que eyaculé y ocurrió de manera espontánea, claro que no tenía idea de qué era todo eso que me estaba pasando, y entonces sólo me limité a disfrutarlo… en realidad no tenía

opción, me resultaba imposible despegarme de la ventana.

—¡Tuca, fijate que me parece que anda alguien por ahí espiando! —Escuché que el marido le advertía luego de haber oído a mis hermanos llamándome.

Ella cerró el grifo sin prisa y, antes de cubrirse con la toalla, me regaló un panorama completo de su reverso. Regresé a casa silbando, con la extraordinaria imagen de su espalda angosta y sus glúteos turgentes. Me había olvidado de Pepe y ya ni siquiera pensaba en las consecuencias que pudiera acarrear su desaparición, que en realidad fue promotora de esa experiencia mágica.

Al día siguiente, ya en cuanto despuntó el amanecer, mamá nos despertó para seguir buscando al bendito loro. Era domingo y había llovido toda la noche, así que la gente del barrio seguía durmiendo a esas horas. Volvimos entonces a separarnos con mis hermanos para rastrillar mejor toda la zona. En un momento noté que, a pesar de que no corría una gota de viento, se movían las ramas de uno de los árboles del señor Pedroza, así que me acerqué una vez más al alambrado. En cuanto me asomé por encima y miré con detenimiento… me quise morir. Los duraznos —aún verdes— de casi todas las plantas estaban en el suelo. Llevé las manos a la cabeza y comencé a putear a Pepe de forma espontánea e inevitable. Mis hermanos acudieron con prisa y yo trepé por el alambrado para luego subir al árbol en el cual él seguía arrancando duraznos. Me acerqué a la rama donde estaba y, justo cuando mi mano casi lo alcanzaba, el maldito pájaro saltó a otra rama. Así lo hizo tantas veces como pudo, mientras Turi y Fortu me indicaban desde detrás del alambrado la nueva ubicación de mi objetivo. Finalmente lo agarré de un ala con fuerza y el bicho comenzó a gritar, me quiso picotear, pero casi lo asfixié cubriéndole la cabeza entera con la otra mano. Bajé de la planta de un salto y lo llevamos a casa, donde tuvimos que contenernos para no asesinarlo.

—Estaba en los árboles de don Pedroza, le arrancó todos los duraznos —le conté a mamá, que se tapó la boca en un impulso.

Durante el resto de la mañana nos mantuvimos allí ocultos, no sabíamos qué decirle al vecino para que supiera disculparnos por algo que no pudimos evitar.

Supongo que al hombre le resultó bien sospechoso no vernos afuera como era usual, pero tampoco había muchas opciones que

considerar cuando descubrió el desastre que había hecho Pepe. Así es que, cerca del mediodía, lo vimos a través de la ventana cuando se acercaba a nuestra casa. Pronto comenzó a golpear las manos frente a la puerta y nos desesperamos:

—Má, andá vos. —La empujamos a mamá.

—No, Colía, atendelo vos —me dijo ella, también avergonzada.

—¡Doña Rosa! —exclamó Pedroza desde afuera.

—Viste má, te busca a vos, andá. —Sentí cierto alivio.

Nos quedamos allí atrás, oyendo la conversación a varios pasos de distancia:

—Hola don, ¿cómo le va?

—No muy bien, vecina. Me encontré con el desastre que hizo ese loro de ustedes en mi plantación de duraznos —le dijo consternado —. Escuché que anoche lo andaban buscando, así que imagino que fue él, ¿cierto?

—Sí don Pedroza, se nos escapó, no sabe cuánto lo lamento.

—Si lo hubiera encontrado entre mis plantas, estoy seguro de que lo habría cagado matando de un escopetazo.

—Sí, claro, nosotros también estamos muy enojados con el Pepe, y sentimos mucha vergüenza con usté, vecino.

—Bueno, pero esto queda entre nosotros, no le vamos a decir nada a José porque sabemos lo que pasa. —La tranquilizó el hombre de mirada amable—. Vi que los chicos no salieron hoy así que me imagino lo mal que se sienten, y quería decirles que no se preocupen, ustedes no tienen la culpa. —Respiró profundo elevando las cejas—. Me quedaré sin duraznos en almíbar este año, no es tan grave, pero si veo a Pepe en mi propiedad lo cago a tiros —concluyó con una media sonrisa, aunque todos supimos que hablaba en serio.

—Se lo agradezco don Pedroza, sé que debe estar muy afligido.

—Más de lo que se imagina. —Apretó los labios.

Mamá agachó la cabeza con pudor:

—Realmente no sé cómo disculparme.

—No tengo nada que perdonarle, doña Rosa, al que no perdono es a ese loro dañino. —Volvió a sonreír y le ofreció la mano antes de retirarse.

Desde entonces, cada vez que Pepe se ponía insufrible —que era la mayor parte del tiempo—, yo fantaseaba con dejarlo en uno de

los árboles del vecino. Si nunca lo hice fue por el temor de que José luego asesinara al pobre viejo.

Por fortuna, Pepe no duró mucho tiempo más y papá estuvo allí para presenciar su deceso. Resulta que una tarde mientras estaba en su aro detrás de la casa, quiso volar hacia un caño que servía de agarradera para unir los terrenos desnivelados entre la vivienda y el galpón, con tan mala suerte —para él, por supuesto— que no calculó bien la altura e impactó con el pecho en el caño. Todo lo que se oyó fue un «og» que escapó de su pico luego del golpe que lo dejó tieso en el suelo. Papá corrió desesperado a levantarlo, no sabía cómo revivirlo y, cuando finalmente aceptó que había muerto, lloró como si hubiera perdido un hijo —un hijo al que amaba, claro —. Yo en cambio festejé por dentro sin ninguna culpa, me había liberado de una pesada condena a la que había estado sometido por dos largos años.

En defensa del honor

Desde que en tercer grado —con diez años de edad— conocí a la señorita Mesa, mi actitud académica comenzó a transformarse y se disparó en mi cabeza el deseo de aprender. La motivación que recibía por parte de esa maestra fue fundamental para construir mi confianza, y luego, la sensación de satisfacción que sentía en cada lección que asimilaba y exponía con éxito me fue entusiasmando más y más con el estudio. Así comencé a leer por gusto y a disfrutar de la escuela. Pasaron entonces dos ciclos durante los cuales mantuve buenas notas, y sin que lo previera, decidieron adelantarme ese año que había perdido entre las constantes acusaciones de burro y los vómitos intercalados con siestas que tomaba encima de los pupitres.

Tengo buenas razones para creer que también hubo cierta consideración por parte de los directivos, que conocían someramente mi situación familiar —solían llamar a mamá cuando las cosas no iban bien en la escuela—, y entonces comprendieron que, si llegaba descompuesto, me costaba aprender o dormía en clase, era porque me había tocado una noche con el monstruo. Finalmente valoraron mi esfuerzo por encima de las capacidades que, tal vez por las circunstancias, nunca logré desarrollar en la medida más óptima.

Llegué a la escuela secundaria con catorce años. Fortu iba ya en tercero y a Marina la dejé atrás por la diferencia de edad, aunque ella siempre fue más estudiosa que yo. Allí la modalidad era un poco distinta a la de la primaria, incluso en las clases de educación física, que entonces se consideraba una parte importante de la preparación académica. Recuerdo que en esa época se pronunciaba mucho la frase de Décimo Junio Juvenal: «Mente sana en cuerpo sano», aunque tal vez no la interpretábamos del mismo modo en

que lo haríamos hoy. En fin, según esa importancia del deporte, teníamos en la escuela varias opciones para elegir. El profesor de gimnasia nos hacía pasar por todas las disciplinas para probar nuestras habilidades y así optar por la actividad en la que mejor nos desempeñáramos. Yo entonces contaba con un buen estado físico como el único beneficio que me ganaba en los entrenamientos con mi padre, aunque también ayudaba el estilo de vida que llevábamos y las capacidades que fuimos adquiriendo en la práctica de la supervivencia. Tal es así que la educación física fue la primera asignatura en la que me destaqué sin esfuerzo. Era más ágil, resistente y predispuesto que la mayoría de mis compañeros, de modo que pronto también me convertí en el «preferido» del profesor. En realidad, era su preferido porque me quedaba a juntar los materiales al final de las clases, siempre estaba preparado para probar cualquiera de sus sugerencias, jamás me presentaba a los entrenamientos desganado, y podía asignarme a cualquier grupo, deporte, posición o tarea sin que me quejara. Sin embargo, no fue del todo grato convertirse en un «alumno ejemplar» porque, inevitablemente, el resto de los chicos me tomaron rencor.

Nunca antes fui popular ni me destaqué en nada, pero ahora de pronto «el negrito de los zanjones», «el dormilón», «el burro», «el pobre pibe del mundo de abajo» se había convertido en el ayudante del profesor, en el preferido. Me sentí importante, para qué negarlo, y eso me inyectaba aún más energía para cumplir con aquel rol que me asignaron… o que en realidad me gané. También me gané zancadillas de muchos de mis compañeros, que intentaban derribarme durante las prácticas y se mofaban de mí. Sin embargo, cuando el profesor organizaba encuentros de boxeo en medio del patio, ninguno de los que me conocían de la primaria se atrevía a pelear conmigo dentro del cuadrilátero —que dibujábamos con tiza en el suelo—. Eso era en parte por los antecedentes que Garito no había registrado en el acta, pero circulaban de boca en boca, y además porque estaban enterados de que mi padre me entrenaba regularmente en el arte del combate.

En aquella época, el boxeo era una práctica común entre los varones de cualquier edad, pero en la escuela las reglas incluían ciertos controles y una moderación que garantizara la seguridad de los alumnos. Los rounds eran muy cortos, llevábamos guantes en las

manos y el profesor monitoreaba toda la pelea, con tantas intervenciones como creyera necesario para evitar lesiones.

Un día, cuando ya conocía las aptitudes de cada uno, me llamó a la zona de combate y luego eligió a otro chico que era de tercer año:

—Venga Tossi —le dijo elevando una mano, mientras tenía la otra apoyada en mi hombro.

Cuando el muchacho, un poco más alto que yo, estuvo frente a mí, el profesor ladeó la cabeza para verme y me preguntó:

—¿Te animás a pelear con él?

—Sí —respondí sin un segundo de demora.

Como consideraba que ambos sabíamos boxear, el profesor nos otorgó un poco más de libertad y sugirió:

—Pueden pegar con más fuerza, pero no se lastimen. Si alguno se siente inseguro me avisa.

Los dos afirmamos con la cabeza y nos pusimos en guardia. Ni bien tuvimos el permiso para comenzar, Tossi me propinó uno, dos y hasta un tercer golpe sin que pudiera reaccionar. Ni siquiera los vi venir y me dejaron aturdido. El profesor detuvo entonces la pelea y supe, sin lugar a dudas, que mi contrincante era un gran boxeador.

—¿Querés seguir? —me preguntó el referí.

—No —respondí otra vez sin un segundo de demora, y luego extendí los brazos hacia él para que me quitara los guantes.

No hubo ningún otro que se animara a pelear con Tossi, así que fueron pasando las siguientes parejas para enfrentamientos más suaves, mientras el resto de los alumnos observábamos desde los laterales.

Cuando casi terminaba la clase, uno de esos chicos a los que les gustaba generar discordia se acercó por mi espalda y me desafió:

—A que no decís «pitochico» en voz alta.

En realidad, me pareció una tontería así que lo ignoré, pero Mosquito —según lo llamaban sus amigos— insistió hasta que casi grité la palabra sólo para quitármelo de encima.

Mario, uno de los compañeros que, por alguna razón que nunca supe, me detestaba más que el resto del grupo, se dio la vuelta hacia mí y me increpó:

—La re puta madre que te re mil parió, hijo de puta. Pitochico serás vos.

Entendí así que el otro chico me había incitado a provocar a Mario, pero entonces Mario había insultado a mi madre, y ésa era una de las peores ofensas que una persona puede hacerle a otra en aquella zona del país:

—Mirá… —Lo miré enojado.

—¿Qué te pasa? Si querés lo arreglamos como hombres. —Se acercó a mí con actitud desafiante.

—Sí —le dije—. Yo no voy a insultar a tu mamá porque no la conozco y la tengo que respetar, pero a vos no, y menos cuando insultaste a mi vieja.

Pronto se terminó la jornada, pero quedamos en reunirnos al día siguiente después de la escuela, en un baldío detrás de la iglesia que estaba a poco más de una cuadra de distancia. Al otro día, durante el recreo, uno de mis compañeros vino a contarme que Mario estaba entrenando con Tossi, así que anduve hasta donde me indicó y los encontré medio escondidos cerca del taller que estaba detrás del patio. Me quedé observándolos, mientras el muchacho que me había vencido en el cuadrilátero le explicaba a mi contrincante algunas técnicas de golpe con lujo de detalles. No creo que Tossi haya sabido la razón por la cual ese otro chico iba a pedirle consejo, pero de todas formas no me hizo gracia verlos, sobre todo cuando noté por primera vez la extensión de los brazos de Mario al dar golpes rectos. Él era además mayor en estatura y musculatura, un adversario difícil, pero ya no tenía opción, la pelea estaba pactada.

Cuando tocó la campana, caminamos los dos hacia el baldío que estaba enfrente de la escuela. Íbamos seguidos de casi todo el alumnado —al parecer se había corrido la voz sobre una gran pelea —, y yo no lograba dejar de pensar en los brazos largos de Mario.

Al llegar al sitio previsto, los espectadores se fueron acomodando en una ronda y manifestaban su euforia alentando la violencia. Busqué en ese mar de rostros a Fortu, pero no lo encontré y me pareció muy extraño, ya que estaban allí casi todos los alumnos de la escuela. Al que sí vi es a Tati —hijo de mi madrina y compañero de curso de mi hermano—, que me saludaba con el brazo en alto en medio de la multitud.

Me quité los zapatos —que no me permitirían agarrarme al suelo — y quedé descalzo encima de aquel terreno minado de cardos, pero ése era en mi mente el menor de los problemas.

Tenía claro que, como dice aquel viejo dicho, «el que pega primero, pega dos veces», así que sabía que mi única chance para dominar la pelea era atinarle al primer golpe.

Nos pusimos en guardia para mirarnos. Era evidente, por su expresión relajada, que Mario se sentía muy seguro. Abrió los brazos y, con una soberbia bien explícita, me desafió:

—Dale pegame, vení, pegam…

Antes de que terminara de pronunciar la última palabra, mi puño llegó a su mandíbula. Él quedó atontado del impacto y aproveché para ponerme bien cerca de su cuerpo. Intentó retroceder y protegerse con los brazos, pero yo lo seguía bien de cerca, no me apartaba de él, entonces comenzó a lanzarme golpes encima de la cabeza. Volví a calzarle un gancho con todas mis fuerzas y oí el crujido de los huesos de su mandíbula, pero no me detuve. Sentí que Mario quería rodearme con sus brazos y me resistí, mientras continuaba tirando golpes con esa furia que, una vez más, surgía desde mis adentros, desde la impotencia y la ira que había acumulado por la realidad que vivía bajo la tutela de mi padre, y por todas las injusticias que lo veía practicar en mi casa. Mario estaba casi rendido, con el cuerpo doblado hacia adelante, los brazos tendidos a los lados y el rostro ensangrentado, pero yo continué golpeándolo, y en cada gancho que sacaba desde mis entrañas levantaba su cabeza que disparaba en el sacudón una lluvia de babas y de sangre.

«Basta… Silván…», balbuceaba Mario entre golpe y golpe, pero no alcanzaba para detenerme. Yo estaba ciego de ira, ya me había jurado a mí mismo que no soportaría que nadie me insultara, me maltratara o se burlara de mí gratuitamente, no después de aguantar a un alcohólico violento que me había golpeado y maltratado desde que tenía uso de razón, un monstruo al que todavía tenía que soportar.

Cuando ya me cansé de pegarle, tomé su cabeza de ambos lados con las manos y llevé mi pierna derecha hacia atrás para tomar envión y darle así el último golpe con la rodilla en la cara. Antes de que pudiera cumplir mi objetivo, sentí un empujón desde uno de mis laterales, fue un empujón seco y resistente que me desestabilizó, entonces caí al suelo junto con Mario, que seguía balbuceando en pedido de piedad. Me levanté como un resorte para

encarar a ese hombre —un obrero del frigorífico que pasaba por ahí—. Yo estaba absolutamente cegado, poseído por la rabia, pero entonces ese extraño sacó un cuchillo de su cintura:

—Vení, pendejo de mierda, vení que te destripo —me dijo y quedé paralizado, mientras el público de escolares se dispersaba rápidamente.

Por alguna razón, los cuchillos, navajas y elementos punzantes me generan desde siempre un pánico que no he podido explicar. Pienso que, tal vez, si me hubiera mostrado un arma de fuego lo habría atacado de todas formas, porque el furor que me gobernaba era muy intenso. Me quedé entonces petrificado mirándolo, mientras recuperaba el aliento después de aquellos golpes que le había dado sin descanso a mi contrincante.

—No digas nada. Mirá a ese chico, miralo —me dijo el hombre, señalándome hacia el suelo con el cuchillo—. Lo ibas a matar, ¡lo ibas a matar! ¿Qué te hizo el pobre para que le pegues así?

Miré al muchacho desfallecido sobre la hierba, cubierto de tierra y de sangre, respirando con dificultad y quejándose en susurros entrecortados…

El obrero se acercó a mí cuando notó que me había tranquilizado y presionó mi hombro con una de sus manos:

—Andate, pero no vuelvas a hacer algo así —me dijo antes de agacharse para ayudar a mi rival derrotado.

Cuando miré a mi alrededor descubrí que ya no quedaba nadie a excepción de Tati, que se acercó hasta mí trayendo los zapatos:

—¿Viste Colía? Al final te enseñó bien tu viejo, ¿ah? Y también te sirvió el entrenamiento que tuviste toda tu vida —comentó a sabiendas de nuestra situación en casa.

—El entrenamiento que todavía tengo, Tati —le respondí mientras me calzaba los zapatos.

Al día siguiente amanecí con la cabeza repleta de chichones. Eran las secuelas de esos golpes que Mario me había dado en el intento por defenderse, pero que en el momento de la pelea no llegué a percibir tan fuertes. Él apareció en la escuela con las muñecas vendadas, y tenía el rostro deformado por la inflamación y las heridas abiertas. Sus amigos, entre ellos el Mosquito, se reían de su aspecto monstruoso y se mofaban de él por haber perdido. Supongo que, al ver cómo me venció Tossi —que en realidad era un

boxeador entrenado y con técnica—, creyeron que yo era una presa fácil. Sin embargo, no tuvieron en cuenta que las circunstancias en que peleamos habían sido muy diferentes y que, sin guantes ni reglas, mis posibilidades de defensa y ataque se incrementaban.

La preceptora de la escuela, una joven mujer con fama de buena persona, se acercó a mí alarmada en cuanto se enteró de la noticia:

—Pero Américo… ¿cómo es que se pelearon así? Y encima detrás de la iglesia… ¿A quién se le ocurrió semejante idea?

—A mí. —Agaché la cabeza con cierto pudor—. Pero fue Mario el que quiso pelear, el me insultó.

—Bueno, pero no es forma de arreglar las cosas —me dijo afligida, y también yo lo estaba aunque, a esa edad, no conocía otra forma de resolver las diferencias cuando alguien me agredía o me desafiaba—. ¿Le vas a pedir disculpas por haberlo lastimado así?

Ya no aguanté la congoja y me largué a llorar, porque esa mujer me inspiraba una confianza que me permitió liberar mis emociones:

—Es que… —Respiré y me aspiré los mocos que se iban escurriendo por mis fosas nasales—. Es que en la casa mi papá me caga a palos todo el tiempo, y no voy a aguantar que otro me pegue.

La preceptora no pudo contestar, y tampoco los chicos que estaban escuchando en los alrededores emitieron un solo sonido.

—Si me insultan o me buscan, yo me voy a defender —le dije entonces—. Si usté quiere, yo le pido disculpa, pero lo hago solamente por usté.

—No… debes hacerlo por vos, Américo. —Me sonrió con cierta tristeza y me palmeó en el brazo—. Ahora viene el Padre Molaro.

El Padre Molaro era el rector del colegio, un ser extraordinario, sabio, sensato, que procuraba la paz y la justicia entre todos nosotros. Llamó a formación y se puso de pie frente al alumnado:

—Bueno, no vamos a entrar en detalles de cómo se inició este altercado, no voy a exigirles que pidan disculpas que no sienten, pero quiero que entiendan que esto está mal. Agredir está mal, pelear está mal, y la violencia nunca resuelve nada —nos dijo con templanza—. Son compañeros y tienen que conversar cuando hay un problema. Afortunadamente esto no pasó a mayores, las heridas sanarán, pero espero que hayan aprendido una lección y no vuelvan a usar la violencia verbal o física para resolver las diferencias.

Todos lo escuchamos en silencio, él tenía una habilidad especial para atrapar nuestra atención, pero hoy entiendo que en la vida se aprende con la experiencia… y a través de las emociones.

La muerte le sienta bien

Mamá se agachó justo a tiempo antes de que la olla le golpeara la cabeza. Ella se había entrenado de forma instintiva e inevitable a través de los años para esquivar ese recipiente que el viejo hacía volar tan a menudo y que, por fortuna, ahora colisionaba contra la pared. Ya era un clásico de cada semana que nuestra comida, esa que Rosa preparaba con dedicación, acabara chorreando sobre el cemento y embadurnada en el suelo. Mi padre siguió gritando y, cuando notó que Norma iba a levantarse de su silla —para ayudar a mamá a recoger el desastre—, él golpeó ambas manos sobre la mesa y la detuvo con una amenaza. Todos nos quedamos sentados con la cabeza gacha, rogando —cada uno a su manera y en silencio— que el monstruo se calmara lo antes posible. Ni siquiera recuerdo cuál fue la excusa que se inventó José ese día para montar semejante escándalo, porque eran ya demasiado habituales y nunca tenían un verdadero sentido. Sin embargo, la impotencia que nos generaba a todos su maldita impunidad era una sensación a la que no lográbamos acostumbrarnos.

Aquélla fue una noche muy larga y como siempre me cargué la tarea de mantener entretenido a mi padre para que el resto de la familia pudiera descansar, sobre todo mamá, que se fue a la cama con un ojo morado y el cuerpo temblando. A veces me sentía inútil porque no era capaz de cambiar esa realidad que nos dolía tanto ver y vivir. Supongo que todos mis hermanos se sentían igual de mal, pero el único que a veces se animaba a enfrentar al monstruo —y sólo porque no lograba contener el impulso— era Turi, que portaba un carácter más fuerte que el resto de nosotros, era más irritable y solía actuar sin pensar, de modo que siempre terminaba de rodillas pidiendo disculpas por haberle «faltado el respeto» a papá, y eso nos servía de escarmiento a todos.

Esa semana, cuando José se fue, Fortu, Turi y yo acordamos que llevaríamos a cabo lo que cada uno por su lado había imaginado mil veces. Ninguno tendría el valor de ejecutar al monstruo de un escopetazo en la cabeza, entonces se nos ocurrió hacerle un gualicho para que muriera sin que nos viéramos implicados de forma directa. Claro que a esa edad no éramos capaces de elaborar un plan infalible, y a pesar de que nuestra intención era librarnos de sus abusos, castigar su violencia y detener la injusticia, sentíamos culpa por ese deseo imperioso que a veces nos invadía de verlo muerto. Pero ya no soportábamos más el infierno en que vivíamos bajo su tutela, y preferíamos la culpa que la tortura.

Una tarde, mientras mamá lavaba ropa afuera, nos metimos en su cuarto y revisamos unas cajas que guardaba en el armario, buscando una foto del viejo. Recuerdo que en esa imagen que encontramos lucía muy buen mozo, con su seriedad inmutable, sus bigotes prolijos y el cabello bien peinado. Era una fotografía en blanco y negro que acomodamos sobre un pequeño altar que improvisamos con maderas y alambres. Lo habíamos dispuesto en la antesala del comedor rodeado de velas que encendimos con cierto temor, como si al prender la última mecha estuviéramos iniciando el maleficio. Estábamos bastante seguros de que funcionaría, aunque la verdad es que no teníamos idea de qué decir para invocar a las fuerzas que debían actuar en nuestro favor… o en su contra.

Cuando todas las velas estuvieron encendidas, pedimos en voz muy baja que papá se muriera, y luego nos quedamos los tres observando la foto en silencio, trayendo tal vez a la consciencia los recuerdos de los momentos más duros que habíamos pasado, esos momentos que nos incitaron a semejante decisión. De pronto una leve brisa que ingresó por debajo de la puerta tumbó levemente la fotografía hacia un lado y la flama de una de las velas se trepó por el papel encerado. La imagen comenzó a arder y nos desesperamos. Me incliné con prisa hacia el altar, tomé el cartón en llamas y lo puse en el suelo para aplastarlo con el talón de mi pie descalzo, cuya piel tenía bien curtida y por eso apenas sentí un escozor pasajero. La fotografía quedó por la mitad, se había quemado por completo la cabeza de José y sólo se veían sus hombros. Turi se puso de pie con prisa, me quitó la imagen mutilada de la mano y anduvo sin decir nada hasta el cesto de basura, donde la enterró

entre el resto de desperdicios. No volvimos a tocar el tema hasta que llegó papá, y entonces descubrimos asombrados que nuestro gualicho había dado resultado:

—No soporto más del dolor de cabeza —gruñó en cuanto bajó del barco y nos entregó su equipaje a nosotros, que como siempre lo estábamos esperando en el puerto.

Así se fue quejando de jaqueca y malestar hasta que llegamos a casa:

—Me voy a la cama —le dijo a Rosa sin siquiera saludarla—. Llamá al dotor que me siento muy mal, creo que me voy a morir de dolor. —Desapareció tras la puerta de su dormitorio.

Con mis hermanos nos miramos alarmados, no sabíamos si alegrarnos o apenarnos. La verdad es que la culpa había regresado fortalecida a nuestras conciencias luego de que lleváramos a la práctica lo que antes sólo concebíamos como una idea.

Mamá me mandó a buscar al doctor y salí corriendo. No sé si mi prisa estaba impulsada por el temor a que en verdad muriera, o el temor a que quedara vivo y después me castigara por no haber llegado pronto con ayuda. El médico regresó conmigo a la casa y revisó a mi padre tan minuciosamente como se lo permitieron las herramientas que tenía en ese momento:

—Creo que es un pico de estrés —le explicó luego a mi mamá, nosotros escuchábamos a lo lejos—. Tiene que descansar y si no se recupera para mañana, lo mandaremos a Paraná a que se haga unas pruebas. —Rosa asentía con la cabeza y en sus ojos se traslucía cierta preocupación—. Aquí tiene, le dejo la receta para que compre esta medicación, le ayudará a relajarse y a dormir mejor.

Con mis hermanos fuimos a la farmacia para conseguirle esa droga a papá, y durante el trayecto comentamos:

—¿Será que funcionó?

—No sé, parece que sí.

—¿Pero alcanzó con que se quemara la mitá de la foto?

—Y bue, tenemos que esperar pa' ver.

En mi mente se mezclaba el deseo de que haya funcionado el hechizo —que en realidad fue un invento nuestro en el que no seguimos instrucciones ni reglas—, y el temor de que, muerto mi padre, nos convirtiéramos en asesinos.

Esa tarde me fui a trabajar con Luis en los cimientos de una casa

que estaba construyendo a unas cuadras de la nuestra, y me pasé la mayor parte del tiempo pensando en mi padre y el efecto de nuestra brujería.

Por la noche cuando regresé a casa todo seguía igual, mi madre iba cada tanto a cambiar el paño mojado que había puesto en la frente del viejo, a quien no volvimos a ver hasta la mañana siguiente, cuando regresó el médico para saber cómo seguía.

—Está mejor, creo que ha sido estrés. Que siga tomando esa medicación unos días más y que no haga esfuerzos hasta que se sienta bien del todo —le indicó a Rosa.

Cuando finalmente salió de su convalecencia, José lucía mucho más tranquilo y afable de lo que jamás lo habíamos visto, nos hacía bromas y hasta agradeció —por primera y última vez en su vida— la comida que mamá puso en la mesa. Sin dudas él había creído que moriría, no estaba acostumbrado a sentir un dolor o cansancio tan intensos, y al caer en cama con semejante malestar, tan vulnerable, pensó que no volvería a levantarse. Como la mayoría de las personas que se ven al borde de la muerte —de forma real o imaginaria, como en este caso—, josé estaba agradecido de seguir vivo, y eso mejoró mucho su actitud con todos nosotros, incluso fue en esos días que decidió comprar un televisor. Lo sacó a crédito en la misma casa de electrodomésticos donde había comprado la heladera —nuestra primera heladera— cuando nos mudamos a esa casa. Al verlo llegar con el aparato nos sentimos felices de que no hubiera muerto, y creímos que finalmente el viejo había cambiado. Sin embargo, no le duró mucho el efecto de aquel susto de muerte, pues luego del siguiente viaje regresó igual o peor de jodido que antes, entonces nos lamentamos de no haber quemado la foto entera.

Mientras estaba en tierra, no nos animábamos a encender el televisor por cuenta nuestra, él nos controlaba el tiempo que podíamos usarlo y en general eran un par de horas después de cenar. A veces, si estaba viendo las noticias o algún torneo de boxeo, nos permitía sentarnos con él, pero sólo si habíamos terminado las tareas que nos dejaba y si se sentía de humor para tolerar compañía.

Cuando papá se iba, mirábamos televisión sin restricciones, por lo general hasta que se cortaba la transmisión, pero dejábamos

fuera las novelas, que considerábamos que eran sólo para mujeres. En aquella época emitían muchas series de vaqueros, de aventuras y detectives, cuyos capítulos veíamos salteados porque cuando estaba el viejo en casa no podíamos seguirlos. Sin embargo, eso no nos importaba, para nosotros cada episodio era un gozo, tuviera o no correlación con algún otro. Mamá también se sentaba a veces a mirar lo que estuviéramos viendo, aunque siempre se traía alguna prenda para coser mientras «fingía» que descansaba… De hecho, no recuerdo haber visto a Rosa descansar más de cinco minutos durante mis años de infancia y pubertad.

Poco después de haber incorporado a nuestra familia al bendito televisor, específicamente el 21 de julio de 1969, ocurrió un evento tan excepcional que nos tuvo a la familia completa, unida y atenta, frente a dicho artefacto:

—I am at the foot of the ladder. The LM footpads are only depressed in the surface about one or two inches, although the surface appears to be very, very fine grained. As you get close to it, it's almost like a powder. The ground mass is very fine —*relataba el comandante Neil Armstrong mientras exploraba por primera vez la superficie lunar que acababa de pisar.*

Las palabras de aquel astronauta nos llegaban con retraso, en inglés y sin traducción alguna, pero lo más excitante eran las imágenes que podíamos ver tras la pantalla del televisor en blanco y negro. La emoción que sentimos era indescriptible, nos resultaba un hecho casi mágico que un grupo de seres humanos hubiera salido al espacio y ahora nos hablara desde la luna. Claro que no teníamos idea del verdadero progreso que implicaba semejante hecho, pero sin dudas fue transformador para todos los que presenciamos de alguna manera ese logro de la humanidad, porque fue ejemplo de la capacidad que tenemos como especie y… un buen disparador para nuestra imaginación.

Hubo otros eventos destacados que pudimos contemplar a través de la pantalla del televisor, como los triunfos de algunos boxeadores en torneos mundiales, el lanzamiento del grupo argentino de rock Almendra, y noticias sobre diferentes acontecimientos relacionados a la Guerra Fría, que llevaba instalada alrededor de veinte años. Claro que a nosotros nos llegaba esta información como si fuera alguna clase de ficción; a esa edad y en esas circunstancias, era

difícil entender que ciertas cosas estuvieran ocurriendo en lugares tan lejanos a nuestra percepción. Sin embargo, en mi interior imperaban el deseo y la esperanza de explorar algún día ese mundo que hasta el momento sólo había imaginado…

El rejuntado y el ganso sin suerte

Cuatro meses atrás, a poco de haberse iniciado el año lectivo, comenzaron también a organizarse los campeonatos regionales de fútbol, los cuales para ese entonces ya estaban regulados por la AFA. —Asociación del Fútbol Argentino—, que cobraba la inscripción de los equipos para cederles el derecho de implementar sus reglamentos.

El fútbol ha sido desde siempre el deporte preferido de los argentinos, y se juega a lo largo y ancho del país en grupos de todas las edades y géneros, en modalidades amateur y profesional. Yo me había entrenado ese último año en la escuela secundaria, había aprendido las reglas y sabía en qué posición me desenvolvía mejor, pero la verdad es que jugaba al fútbol desde poco después de aprender a caminar.

Ese año, cuando el profesor de educación física nos sugirió que nos postuláramos para competir en el campeonato, no lo dudé. El grupo que se armó era bastante diverso, había un integrante de cada barrio y de diferentes grados, aunque todos en un rango de entre los doce y catorce años de edad. Teníamos que elegir un nombre para poder inscribirlo en la competencia y, ya que proveníamos de distintos sitios y circunstancias, llamamos al equipo «El rejuntado».

—Miren, hay un problema —les dije a mis compañeros una tarde después de la primera práctica que hicimos juntos.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos.

—Es que yo puedo venir a entrenar y jugar los partidos cuando mi viejo no está, si llega de trabajar no me va a dar permiso. —Sentí que un ardor molesto se abría paso dentro de mi pecho.

—Y bueno, vamos a ver en qué posición te podemos poner por si hay que reemplazarte —me sugirió Zárate, el capitán que elegimos

por votación, pero además el que mejor conocía las reglas y quien se había encargado de la selección de los jugadores.

Así fue que me asignaron, previa consulta con el profesor que nos asesoraba, la posición de defensor central, ya que teníamos otros jugadores muy buenos que podrían ocupar ese puesto si yo faltaba. A mí me encantaba correr y era uno de los más veloces del grupo, así que no tuve objeción alguna con mi rol en el equipo.

En las primeras rondas de encuentros, los diferentes equipos iban superando niveles y ganando posiciones dentro del campeonato. Se jugaban partidos todas las semanas y se iban eliminando así los participantes menos fuertes o hábiles, hasta llegar a la instancia culminante —hacia el final de la primavera— en la que se enfrentaban los mejores equipos de ese año. Claro que éramos todos equipos en ascenso, no había jugadores profesionales implicados en esos campeonatos, aunque siempre se mezclaba entre el público algún cazatalentos en busca de chicos con «el don». Muchos jugadores recibían ofertas para contratos cortos con clubes que probarían su compromiso e intentarían descubrir su potencial, aunque no todos pasaban luego las pruebas más intensivas e incluso a veces ni siquiera aceptaban la oferta.

Durante el año me costó asistir a las prácticas, no sólo por las exigencias de mi padre sino además por el compromiso que había tomado con Luis como su ayudante de albañilería. Sin embargo, contaba con un excelente estado atlético por el estilo de vida que llevaba y los entrenamientos militares que papá solía imponernos. Por otro lado, el profesor de educación física de la escuela nos ponía a jugar al fútbol en sus clases y eso me servía también para recordar las reglas e incorporar técnicas.

Además de los chicos que fuimos elegidos para formar El rejuntado, otros que se habían postulado pero quedaron fuera del equipo se sumaron como acompañantes, cumpliendo roles de apoyo como aguatero o utilero, pero también nos alentaban en los partidos y festejaban nuestros triunfos. Entre ellos estaban Hugo y Silvio, hijos de un Práctico que trabajaba en los barcos con mi padre, y al cual él admiraba mucho. Yo los conocía a ambos de la escuela, pero era más amigo de Hugo, el mayor, un chico muy bueno que lucía como el típico nerd, con anteojos gruesos, el cabello siempre engominado y una sonrisa inocente. Él llevaba el organigrama de

los partidos, con las fechas, días y rivales a los que debíamos enfrentarnos.

Para nuestra alegría, y a pesar de los inconvenientes que a veces tuve para participar en las prácticas, nuestro equipo fue superando niveles hasta llegar al final del campeonato.

—El próximo domingo es el partido final —nos informó Hugo en uno de los entrenamientos a los que sí pude asistir.

—Yo no voy a poder jugar —le dije con impotencia.

—¿Cómo que no? ¡Tenés que jugar! —exclamó uno de los chicos.

—Sí, Colía, sos el que corre más rápido —agregó otro, mientras los demás afirmaban con la cabeza.

Para ese entonces me había adaptado al equipo y cumplía mi rol de forma óptima, pero sentía que no podía ir en contra del viejo. Él no nos permitía realizar ninguna actividad que implicara algún tipo de diversión, porque consideraba que estábamos «boludeando».

—Perdonen chicos, pero no voy a poder, papá llega mañana.

Huguito se acercó y apoyó una mano sobre mi hombro:

—No te preocupes, yo te voy a buscar a tu casa.

—No, pero…

—Yo te voy a buscar. Tranquilo —me guiñó un ojo.

El domingo por la mañana, mientras estábamos haciendo tareas, vimos que llegaba un vehículo hasta la casa. Lo reconocí instantáneamente y tuve la sensación de que se me retorcían las tripas de los nervios.

Hugo bajó de su pequeño auto —dentro del pueblo era común que los menores condujeran— vistiendo el uniforme de la escuela, y se acercó a mi padre:

—Hola, don Silván, perdone que llegué así de pronto, pero en la escuela está por comenzar una ceremonia, y si no vamos ahora nos pondrán la falta. —Respiró y continuó—. Recién me avisaron por teléfono a mi casa y yo me comprometí a informarle a Colía, por eso vine a buscarlo.

José, que llevaba un martillo en la mano y estaba húmedo de sudor, giró la cabeza hacia mí:

—Dale Colía, cambiate esa ropa y andá con tu compañero —me dijo con los ojos muy abiertos.

Se había creído la mentira que le contó Hugo. Ya sea por su

aspecto de niño bueno o la admiración que mi padre sentía por el de él, mi amigo había cumplido su objetivo.

Corrí a la casa y me puse el pantalón color caqui, la camisa blanca y la campera de jean que hacía parte del uniforme escolar. Me calcé los zapatos negros y salí con prisa hasta el auto en donde me esperaban Hugo —sentado sobre un almohadón para llegar al volante— y Silvio, que no se había bajado. Mientras nos dirigíamos al club, festejando la hazaña que acabábamos de cometer, me fui quitando la ropa para ponerme los shorts y la camiseta blanca con una banda verde cruzada en diagonal que representaba a nuestro equipo. Ya no me importaba si al regresar a casa me tocaba recibir una reprimenda salvaje; estaba feliz de haber podido salir de allí para jugar ese último partido.

Los gritos y el alboroto que provocaba la gente en las tribunas alrededor de la cancha llegaban hasta mi casa, que quedaba a pocas cuadras de distancia. La convocatoria de ese tipo de eventos era inmensa, y por un momento tuve el temor de que apareciera también mi padre para ver quiénes jugaban. Sin embargo, me olvidé de todo en cuanto pisé la cancha con mi equipo. El entusiasmo que llevaba no se parecía a ninguna sensación que haya sentido antes, pero a los pocos minutos de comenzar el partido nos hicieron el primer gol y supe que algo no andaba bien con mis compañeros, quienes apenas habían intentado evitarlo. Noté que corrían lento y que el arquero simulaba atajar la pelota hacia el lado contrario al que en realidad la pateaban. Los delanteros, que se suponía eran los que debían atacar, escasamente llegaban a la mitad de la cancha y perdían la pelota de una forma estúpida, casi como si la estuvieran entregando. En el entretiempo, ya con dos goles en contra, les pregunté qué les estaba pasando, pero ninguno me contestó, así que en la siguiente etapa comencé a correr con la pelota hacia el arco —aunque mi posición era como defensor— e intenté patearla cada vez que estaba cerca, pero no tuve suerte y todos mis tiros pegaron en el travesaño o terminaron afuera. De pronto tuve la sensación de que era el único con ansias de ganar, el resto de mis compañeros estaban entregados y así le cedieron el primer puesto al equipo contrario. El partido culminó con un resultado de cuatro a cero y entonces me desbordó la frustración. Salí de la cancha andando con prisa para regresar a mi casa, pero entonces mis amigos corrieron

hasta mí para detenerme.

—No, dejemén, son unos pelotudos, me voy a mi casa.

—Pero esperá que nos están llamando para recibir el trofeo —me dijo uno de ellos.

—No quiero ese trofeo de mierda, metaselón en el culo, ustedes son los que se ganaron el segundo puesto —le respondí enfadado—. Hasta el referí se dio cuenta de que jugaron mal a propósito.

—Pará, vení. —Quisieron frenarme de un brazo y pegué un tirón para zafarme, entonces todos me abrazaron.

Fue allí que me contaron la razón por la que se habían dejado ganar: ellos querían la copa más bonita y nueva, la del primer puesto era una copa más grande, pero, como había sido donación de un club muy importante —que para nosotros no tenía ningún significado—, lucía vieja y menos valiosa. La cifra del premio en dinero no difería mucho entre el primer y segundo lugar, de modo que mi equipo se puso de acuerdo antes de que yo llegara para perder el partido y quedarse con ese trofeo más lindo.

—Además podemos grabarle «El rejuntado» en el centro, y poner nuestros nombres alrededor de la copa —me dijo uno de ellos, con los ojos brillosos de emoción—. La copa vieja tiene otras cosas escritas, es como un regalo usado. —Hizo una mueca de disgusto.

—¿Por qué carajo no me dijeron nada? —les pregunté aún furioso.

—Porque vos no ibas a querer perder, ¿o sí? —Me enfrentó el capitán.

—No.

—Y bueno…

—¿Vos también sabías, Anteojito? —le pregunté a Hugo.

—Me dijeron antes de empezar. —Agachó la cabeza.

—¿Por qué no me dijiste?

—Porque te ibas a ir y todos queríamos que te quedaras —me dijo y logró reducir un poco mi enojo.

Cuando recibimos las medallas y la copa por el segundo puesto, mis compañeros festejaban como si hubieran ganado, y aunque en ese momento no me cabía en la cabeza cómo es que podían estar así de contentos, en realidad habían ganado exactamente lo que querían: el segundo puesto y la copa bonita.

Días después, parte de los rejuntados y algunos vecinos de

nuestro barrio organizamos un partido de fútbol en el patio de casa. Papá no estaba y entonces teníamos libertad para divertirnos.

De pronto, durante uno de los momentos más emocionantes del juego, vimos que un ganso llegaba volando a gran velocidad y aterrizaba justo en una esquina del terreno que habíamos dispuesto como cancha. Sin preverlo ni acordarlo, la pelota perdió todo interés y comenzamos a perseguir al plumífero con intenciones de atraparlo. Sabíamos —también de manera implícita— que quien lograra atraparlo se quedaría con él, siempre que no apareciera un dueño a reclamarlo, claro. El revuelo de chicos corriendo de un lado a otro era genial, incluso hoy recuerdo la adrenalina que nos provocaban determinados juegos o, en este caso, desafíos —por no decir travesuras—, y entiendo que, a pesar de todo el sufrimiento que debimos enfrentar por momentos, también tuvimos otros de plena felicidad.

Luego de una cansadora persecución durante la cual el ganso nos llevó a varios metros de distancia de la casa, de pronto me vi más adelante que el resto de los chicos y tuve la impresión de que el ave volaría para saltar un zanjón que había en su camino. Sin pensarlo demasiado me lancé antes de que alzara vuelo y lo atajé en el aire, pero claro, caí abrazado al ganso en el zanjón repleto de esos arbustos que llamábamos uña de gato. El dolor que sentí cuando me clavé todas esas espinas no fue tan grande como la alegría por haber atrapado al plumífero, que entonces mantenía abrazado y no soltaría por nada del mundo.

—¡Pero dale, Colía, soltalo que ya es tuyo! —me decían los chicos, mientras Fortu llegaba con un machete para cortar los arbustos y sacarme de allí.

—Bueno, y ahora, ¿qué vas a hacer con el ganso? —me preguntó uno de todos cuando estuve afuera, aún abrazado al ave.

—Si no aparece nadie pronto, lo vamos a comer en casa esta noche —le dije antes de meterlo al gallinero donde teníamos unas pocas gallinas que nos proveían de huevos.

—Bueno, lo podemos compartir —me propuso—. Nosotros te ayudamos a agarrarlo.

—¡Eso es mentira! Si lo agarraban ustedes, se lo llevaban —le reclamé.

—No, dale, yo puedo traer las papas para hacer un chupín.

—No, no va a alcanzar para todos —le dije.

—Sí, es grandote —intervino otro—. Si todos traemos algo, doña Rosa puede hacer un chupín bien grande.

Así el resto se sumó a la moción y ya no pude negarme. Horas más tarde, cuando estuvimos seguros de que nadie lo reclamaría, faenamos y limpiamos el ganso entre todos, luego lo trozamos en pequeñas presas y se lo llevamos a mamá con el resto de los ingredientes que trajeron los demás chicos. Nuestra santa Rosa, esa mujer tan hábil y amorosa, se sorprendió con semejante grupo de comensales, pero accedió sin condición alguna a nuestro pedido y nos preparó una comida para chuparnos los dedos.

El exilio

Meses después de haber traído a casa el televisor, a mi padre se le ocurrió comprarnos también una bicicleta, aunque no sería en realidad para divertimento sino como vehículo, porque entonces podríamos hacer cualquier mandado o diligencia mucho más rápido.

—Vamos mijo, acompáñeme a traer la bicicleta —me dijo, y aunque estaba entusiasmado por adquirir esa nueva «herramienta», no me tentaba en absoluto tener que escuchar sus monólogos durante casi treinta cuadras a pie.

Luego de andar ya casi un cuarto de hora, me contó una anécdota nueva que no entendí sino hasta varios años después:

—Entonces el barco atracó en el puerto de Buenos Aires, y como estábamos aburridos, esa noche fuimos con los muchachos a pasear por ahí —me dijo—. Caminamos a lo largo de la 25 de mayo y vimos que había mucho movimiento, bares abiertos en toda la cuadra y mujeres de la noche, esas que a uno lo tientan, ¿vio? —Y no, no entendía a qué se refería pero él continuó:

—Las mujeres que cruzábamos por ahí parecían muy gauchitas, y nos llamaban así como con ganas pa'que entremos a los bares con ellas. —Suspiró risueño—. Y bué, uno no es de piedra, así que después de andar por un rato, entramos en un cabaré de los que habíamos visto antes. —Hizo una pausa mientras negaba con la cabeza y sonreía, recordando tal vez aquel episodio—. Estábamos todos enloquecidos, y había de todo ahí adentro. —Otra vez estaba perdido en su relato, ¿de todo qué?—. Nos sentamos a la barra a tomar unos tragos y entonce', los matones que cuidaban la entrada, se acercaron a nosotros mientras las chicas se iban. —Supe que llegaría la escena que se repetía en casi todas sus aventuras—. Nos ordenaron que les dejemos toda la plata que llevábamos y claro, yo

no iba a permitir que me roben, así que se armó flor de pelea. Lástima que como eran tipos grandotes y mis compañeros no se defendieron, al final terminamos todos en la calle y sin un mango —concluyó cuando estábamos a pocos pasos del galpón donde vendían los electrodomésticos y otros artefactos.

No tuve tiempo entonces de opinar, pero tampoco él esperaba que lo hiciera, creo que ni siquiera esperaba que entendiera lo que me estaba contando, porque no me proveía de los detalles o las explicaciones que necesitaba para hacerlo, y tal vez fue mejor así.

En el galpón al que habíamos entrado nos atendió un hombre amable que llevaba una sonrisa de publicidad, esa sonrisa que uno debe portar si pretende ser buen vendedor. Nos mostró las pocas opciones de las cuales podíamos elegir y, como a papá le gustaba comprar cosas buenas y funcionales, nos llevamos la mejor: una Aurorita de color celeste brillante con manubrio y asiento regulable, de modo que podríamos adaptarla a la altura de cada uno de nosotros, según quién necesitara usarla.

—¿Se la puedo pagar en cuotas?

—Por supuesto, Silván —le respondió el hombre de cabello blanco, que en ningún momento borró la sonrisa de su rostro.

En aquella época, y quizás porque era un pueblo pequeño, las personas confiaban unas en otras. Supongo que para los comerciantes era además la única forma de vender con regularidad, ya que mucha gente no contaba con todo el dinero en efectivo para comprar productos que no fueran de suma necesidad.

A pesar de mi alegría por la nueva adquisición, no estaba preparado para llevarla andando, nunca había montado una bicicleta ni sabría cómo hacerlo, pero además alojaba un temor paralizante de fallar ante la vista crítica de mi padre. Así fue que regresamos andando a pie los dos, yo iba llevando la Aurorita a mi lado mientras escuchaba una vez más sus anécdotas, que parecían todas iguales aunque a veces eran diferentes. Tal vez lo que más me costaba era imaginar lo que jamás había visto o experimentado, pero eso también avivaba en mi mente la intención de salir algún día a recorrer el mundo más allá de las fronteras de Santa Elena y los alrededores.

Cuando llegamos de vuelta con la bicicleta nueva, mis hermanos se arrimaron a verla. El viejo siguió de largo hasta meterse en la

casa porque venía cansado, entonces nosotros nos turnamos para montar la Aurorita por primera vez. Nos costó —a unos más que a otros— aprender a mantener el equilibrio, pero al cabo de unos cuantos porrazos los tres mayores logramos dominar someramente aquel vehículo de dos ruedas.

—Yo quiero andar, ¿cuándo me va a tocar a mí? —reclamó Marina por décima vez, cansada de ir corriendo detrás de nosotros.

—Sos muy chiquita vos —le dijo Fortu—, te vas a caer.

—No, ya tengo diez —se quejó—. Él es chiquito. —Señaló a Beto, que nos miraba desde el porche sin molestar.

—Sí, pero vos sos muy petisa.

—No tanto, si me bajan el asiento me queda bien —insistió y nos hizo reír a todos.

Marina era tan adorable como insoportable, siempre quería jugar o salir con nosotros a cualquier lugar que fuéramos, y a pesar de que era bastante fuerte, sentíamos la responsabilidad de cuidarla y eso nos provocaba cierto fastidio.

—Bueno, si vos querés… —Cedió Fortu finalmente y le ayudé a ajustar el manubrio y el asiento lo más bajo que fue posible.

De cualquier forma, mi hermana apenas llegaba a los pedales, pero eso no la detendría en su propósito y nosotros íbamos a mostrarle la razón por la que no queríamos que se montara en la Aurorita.

La llevamos hasta el final del camino y la ubicamos —deliberadamente— con la bicicleta en la cima de una loma, que descendía hacia otra calle de tierra más ancha.

—Bueno, ¿y ahora qué tengo que hacer? —nos preguntó.

—Tenés que pedalear bien rápido para no caerte —le dije.

—Sí, cuando te soltemos empezás a pedalear, y sostené bien el volante, eh —agregó Fortu mientras yo me aguantaba la risa.

—Bueno, sueltemén —nos pidió ansiosa, presionando el manubrio con ambas manos.

Apenas pedaleó un par de veces antes de comenzar el vertiginoso descenso por la loma. Pronto nos llegó su grito de espanto, «ahhhh». En un principio nos reímos a carcajadas, pero como notamos que cada vez tomaba más velocidad y continuaba avanzando, tuvimos miedo de cómo y dónde se detendría. Corrimos loma abajo detrás de la Aurorita que voló a través de la calle

principal por la que afortunadamente no pasó ningún vehículo, y vimos a Marina —que seguía gritando despavorida— meterse en el basural que se veía desde casa.

La encontramos llorando, rodeada de bolsas de residuo y restos de materiales que conformaban el montículo de desperdicios con el cual había colisionado. Yo le extendí la mano mientras Fortu y Turi levantaban la bicicleta para revisar que no se hubiera estropeado.

—¡¿Viste que no sabés andar?! —la regañó Turi.

—¡Pero es que me empujaron muy fuerte! —se quejó ella, con el rostro aún empapado en lágrimas.

—No, no te empujamos fuerte, es que vos te fuiste para el lado que no tenías que ir —le dije y volvimos a reír, sólo porque habíamos constatado que ella se encontraba bien.

Durante los días siguientes continuamos practicando, andábamos por las tardes en un terreno baldío que solíamos usar todos los chicos del barrio como a una cancha de fútbol. A mí me costaba horrores, y a decir verdad nunca aprendí a andar bien, sólo la usaba —con cierta inseguridad— cuando llevaba prisa. Recuerdo que una vez volvía andando con una bolsa de mandarinas colgada del volante. Las calles de tierra que rodeaban nuestro barrio —y la mayor parte del pueblo— estaban minadas de pozos y lomas, lo cual me dificultaba bastante la tarea de pedalear y mantener el equilibrio. En uno de los badenes que crucé, el peso de la fruta en el manubrio me desestabilizó y la rueda se torció, entonces volé hacia adelante. Aterricé con los brazos abiertos y encima de mi pecho. Todavía siento el ardor de los raspones si lo pienso, pero en aquel momento me puse de pie sin llorar ni maldecir, sacudí un poco mi ropa mientras me temblaban las manos, recogí las mandarinas que se habían esparcido por toda la calle, y enderecé como pude el volante de la Aurorita. No volví a montarla, por supuesto, y la llevé hasta la casa andando a pie. Por mucho que quise quererla, no logré más que temerle a ese transporte que el viejo nos había obsequiado con intenciones —principalmente— de reducir el tiempo que nos tomaba ir por sus mandados. En el caso del televisor fue completamente diferente, una especie de amor a primera vista me sumió en ese romance fascinante que se extendió a través del tiempo, aunque claro, amar un artefacto así fue inevitable.

Una tarde de domingo hacia fines de noviembre, mientras

mirábamos televisión sentados en el suelo, pasaron por primera vez un anuncio de reclutamiento para la Marina:

«Sea útil a la Patria, estudie en la Escuela Naval de la Armada para convertirse en militar o técnico civil».

Detrás de la voz en *off* que recitaba cada palabra con un tono firme y emotivo, iban pasando las imágenes de unos barcos inmensos.

Esa publicidad despertó mi curiosidad, pero no fue hasta la tercera o cuarta vez que la vi que entendí que sería quizás la única oportunidad para salir del pueblo y buscar otro estilo de vida.

—Yo me quiero ir a la Marina —les dije a Fortu y a Dani, el vecino, una mañana mientras caminábamos hacia la escuela.

—Sí, yo también —aseguró mi hermano sin demora.

—Y bueno, entonces yo también voy. —Se sumó nuestro amigo.

—¿Viste esos barcos enormes que pasan por la tele? —le pregunté con cierta emoción, pensando en las imágenes de la publicidad.

—Sí, están buenísimos. ¿Se imaginan navegar ahí? —Dani se había entusiasmado.

—¿Y qué tenemos que hacer? —intervino Fortu para volvernos a la realidad.

—No sé muy bien, en la propaganda pasaron una direción que queda en Santa Fe. Habrá que ir a preguntar.

—Bueno, dale, preguntemos.

Los tres teníamos claro que, dadas nuestras condiciones de vida, no habría otra forma de dejar el pueblo o seguir una carrera, de modo que, con sólo catorce años de edad, llegué esa tarde a casa y le expliqué a Rosa:

—Mami, yo quisiera irme a la Marina. —Tragué saliva—. En la propaganda sale que ya están haciendo la incrición para el año que viene.

Ella me miró risueña, suspiró y me dijo:

—Bueno mijo, usté ya es grande para tomar sus propias decisiones. Yo no voy a opinar sobre su vida. —La miré confundido —. Si se equivoca al elegir, no será tan doloroso como si se equivoca por seguir el consejo de otro. —Elevó las cejas y ladeó la cabeza—. Si usté quiere irse, vaya.

Sus palabras me dolieron profundamente, porque en algún lugar

de mi consciencia esperaba que ella se negara, que me dijera que era muy chico y que todavía me necesitaba en casa… Pero la sabiduría de mamá siempre fue mayor a sus temores, ella nos amó de una forma silenciosa y asombrosa, dedicó todo su tiempo y su esfuerzo a cuidarnos con los recursos que tenía y, al menos a mí, me enseñó también algunas de las lecciones más importantes que he aprendido en la vida.

Le pedí un día de la semana libre a mi jefe, compré el boleto de colectivo y viajé solo a Santa Fe capital. Cuando llegué a la terminal de ómnibus en el centro de la ciudad, me sentí un poco abrumado y maravillado. Aquel sitio me recordó un poco a esa Paraná que había conocido años atrás, en donde aprendí a hacer crucigramas y a desconfiar de los adultos amistosos.

Me sumé entonces al movimiento urbano mientras observaba a los peatones y vehículos que iban de un lado a otro con cierta prisa. Pregunté a una señora cómo llegar al sitio cuya dirección llevaba escrita en un papel, y ella me indicó una forma muy sencilla de acceder a pie.

Ya en la sede de la Marina que estaba reclutando a los postulantes de la zona, quise averiguar sobre los requisitos que debíamos cumplir para inscribirnos, y me acerqué entonces al escritorio de la entrada. La mujer que estaba allí me explicó que debíamos rendir un examen de *multiple choice*, para el que teníamos que estudiar determinados temas.

—Por favor permítame los documentos de identidad de todos los aspirantes que quiera inscribir —me pidió.

Saqué de una bolsa los documentos de Fortu, de Dani y el mío, y se los entregué con una ansiedad que me provocaba cosquillas en el vientre.

—Han terminado los tres la escuela primaria, ¿verdad? —me preguntó sin levantar la vista de esas planillas que iba completando con tinta azul.

—Sí.

—Bueno, ya quedaron inscriptos, ahora tienen dos semanas para estudiar antes de presentarse —me dijo mientras desplegaba una especie de organigrama con información impresa en azul y negro—. Ésta es la lista de los temas que tienen que estudiar, y por acá… —Volteó el papel—, la documentación que deben traer el día que se

presenten a rendir el examen.

—Muchas gracias —le dije mientras recibía el folleto que me entregaba para meterlo en mi bolsillo.

Cuando regresó papá del trabajo, le conté con cierto recelo acerca del examen que pensaba rendir para entrar en la Marina, y me sorprendió su respuesta:

—Está bien, si es lo que quiere… Habrá que acetar que se me va el compañero. —Apretó los labios con actitud afable y luego siguió de largo.

Él ya daba por hecho que me iba, aunque yo sabía que antes debía aprobar ese bendito examen. Nos preparamos entonces con mis colegas —tan bien como pudimos hacerlo por cuenta propia— en los temas de la lista que me habían dado, y viajamos los tres a Santa Fe para presentarnos a la prueba. Cada uno manejó a su modo el nerviosismo propio de tal circunstancia, y al final del examen nos explicaron que sólo recibiríamos por correo la invitación para unirnos a la Marina si habíamos aprobado.

Dos semanas más tarde, cuando casi había perdido la esperanza, llegó el cartero en su bicicleta con una notificación a mi nombre para que fuera al correo a retirar una correspondencia. Ni siquiera lo pensé y salí corriendo a toda velocidad hasta la oficina postal, que estaba a pocas cuadras de casa. Entregué el papel que me había dado el cartero, y el señor que me recibió se volteó para revisar entre un montón de paquetes de diferentes tamaños. Regresó con un sobre gordo que tenía impreso el símbolo de La Escuela Naval Argentina y varios sellos en rojo y azul, entonces mi corazón comenzó a latir con fuerza dentro de mi pecho.

—¿Te vas a la Marina? —me preguntó el hombre, extrañado.

Es que mi cuerpo desgarbado no parecía el de un niño de catorce años.

—Sí —le dije con una sonrisa que casi no me entraba en el rostro, mientras despedazaba ese sobre con las manos temblorosas.

Él emitió una sutil carcajada:

—Che, ¿y habrá fusiles como para vos?

—No sé, pero yo voy a ir a los barcos —le aseguré, simplemente porque era lo que más deseaba.

Cuando les conté a Fortu y a Dani, los dos se enojaron conmigo:

—Sos re mal compañero —me dijo mi hermano con el rostro

enfadado.

—¿Por qué?

—Y sí —intervino nuestro amigo—, no nos enseñaste lo que vos sabías. —Dio la vuelta y se alejó en dirección a su casa.

Fortu negó con la cabeza apretando los labios y también me dejó allí solo en medio de la calle, con los papeles de la Marina colgando de mi mano y una mezcla de alegría y tristeza. Ellos no me permitieron explicarles, pero la verdad era que muchas de las preguntas requerían de sentido común, y yo había cambiado varias de las respuestas en los últimos minutos porque no estaba del todo seguro. La única parte del examen que hice con plena confianza fue la del *test* técnico, en el cual nos presentaban figuras con partes de motores cuyo funcionamiento debíamos interpretar. Por suerte a esa edad los enojos no son tan serios ni tan extensos, y finalmente Fortu y Dani entendieron que nunca los habría engañado porque, honestamente, me hubiera encantado que iniciáramos todos juntos esa aventura.

El tiempo siguió pasando y yo continué intercalando mi trabajo como ayudante de albañil con las tareas que nos encomendaba papá y algunas tardes de juego. Aunque nada cambió substancialmente en casa durante ese verano previo a mi exilio, llegué a notar que las reacciones violentas del viejo se iban espaciando ahora que todos estábamos mayores, de modo que ya no me angustiaba tanto tener que alejarme. También sabía que era la única forma posible de ayudar a mamá: una vez que hubiera logrado hacerme de un buen trabajo y ganara suficiente dinero, volvería por ella. Ésa era mi nueva misión.

Dos días antes de viajar a la Marina, fui a cumplir con mi última jornada laboral y le conté a mi empleador que ya no seguiría trabajando con él:

—Así que te vas. ¡Qué bárbaro! —Me sonrió Luis—. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—No sé, parecía muy lejano.

—Hm, me parece que es porque nos vas a extrañar, ¿eh? Bueno, nosotros también te vamos a extrañar. —Golpeó suavemente mi hombro con el puño, mientras me miraba apretando los labios—. Espero que te vaya muy bien… Sé que te va a ir muy bien.

Le sonreí con gratitud, él me había enseñado mucho y lo

estimaba, aunque sin dudas no extrañaría ese trabajo y ni siquiera el pueblo.

—Andá nomás, seguro tenés que preparar tus cosas para viajar —me dijo mientras metía una mano en el bolsillo de su overol—. Acá tenés el pago de hoy. —Me extendió un billete.

—Pero si no trabajé casi nada.

—Es mi regalo para el viaje, espero que vuelvas a visitarnos. —Me guiñó un ojo.

Cuando atravesaba el jardín de esa casa en plena construcción, me encontré una azada en el suelo. La levanté para llevarla con las otras herramientas, pero antes me puse a jugar con ella, a sacar unas malas hierbas que había allí, mientras silbaba para exteriorizar mi alegría. En un momento me excedí con la fuerza y enterré el filo de la azada en mi tobillo. El dolor que sentí fue tan intenso que me arrojé al suelo abrazado a mi pierna. Un muchacho que estaba montado en una escalera se apresuró hasta mí para ayudarme, y la expresión de su rostro me constató mi sospecha. Cuando me incorporé vi que tenía el pie cubierto de sangre y me angustié más, porque no tenía idea de cuán grande sería la lesión. El hombre lavó la zona con alcohol y vendaron mi tobillo con una tela bien ajustada, entonces regresé a casa rengueando.

—¿Qué te pasó? —me preguntó mamá cuando entré en la cocina.

—Me lastimé en el trabajo.

No iba a admitir que había sido jugando, ya tenía con mi propia vergüenza.

—¿Fue mucho?

—No, no duele tanto —le mentí, no quería que se preocupara.

Como papá estaba navegando, pude guardar reposo para que el dolor y la inflamación se pasaran más pronto. Dos días después, metí unas pocas prendas de ropa en un bolso viejo y pálido —así lucía ante mi percepción—, y me despedí de mi familia como si fuera a dar un paseo. No recuerdo que hubiéramos manifestado algún tipo de emoción en aquel momento y, tal vez, fue también un mecanismo de defensa que habíamos aprendido todos de forma inconsciente.

Sin embargo, mientras me alejaba rengueando de la que había sido mi casa durante los últimos cuatro años, una nostalgia

incómoda se fue esparciendo dentro de mi mente. En algún punto me dolía dejar a mi madre y mis hermanos a merced del monstruo, pero confiaba en que ya Fortu y Turi tenían la edad y el criterio para hacerse cargo de él sin mi ayuda.

Algunas cuadras después, llegué con mi bolso al hombro hasta la parada del ómnibus que me llevaría a Santa Fe. Allí me encontré con una cantidad inmensa de aspirantes en la misma situación de incertidumbre que yo, esperando todos para emprender el último tramo del viaje.

Compramos entonces los pasajes de tren con dinero que nos proveyó la Marina y anduvimos en masa hasta el andén. No supe en aquel momento que también se dividía a la gente en clases sociales dentro de los vagones, pues tampoco me preguntaron qué tipo de pasaje quería y simplemente asumieron que era del mundo de abajo, como todos los que aspirábamos a ese cambio de vida.

Mientras esperaba allí rodeado de voces, las mariposas en mi estómago volvieron a alterarse y regresó esa taquicardia molesta que aún no lograba comprender. En mi mente se mezclaban sin opción la alegría por aquella oportunidad novedosa y la preocupación acerca de mi tobillo supurante, ¿sería capaz de pasar las pruebas físicas cuando llegara a la Marina?

Pronto arribó el tren y se detuvo frente a nosotros, entonces olvidé todas mis inquietudes mientras oía el sonido de aquel silbato glorioso. Era la primera vez que subiría en ese transporte tan inmenso, un transporte que prometía llevarme hasta ese sitio en donde uno de los capítulos más decisivos de mi vida estaba a punto de comenzar… Ése fue el inicio de mi independencia.

Agradecimientos

En marzo del 2004 conocí al protagonista de esta historia sin imaginar siquiera que, quince años más tarde, estaría contando muchas de esas anécdotas que fui escuchando en cada reunión donde coincidíamos…

Gracias Américo Silván, suegro querido, por abrirte conmigo, por escarbar entre tus recuerdos tan profundo como te fue posible, y así entregarme las bases de esta novela que es tu novela.

Gracias Paulo, amor mío, primogénito del Colía que va corriendo, saltando y nadando entre estas páginas. Tu apoyo y compañía han sido siempre la clave de mi persistencia.

Gracias Martita, suegra bella, por confiar en este proyecto desde el principio y brindarnos tu energía luminosa.

Gracias familia amada; padres, hermanos, sobrinas, porque sin ustedes el mundo no sería tan bello.

Gracias a los lectores que se han aventurado a emprender este viaje, porque al hacerlo me han ayudado a dar vida nueva a esta historia.

Ayelén F. Esker: (Montreal, Quebec, Canadá). Escritora, periodista y correctora.